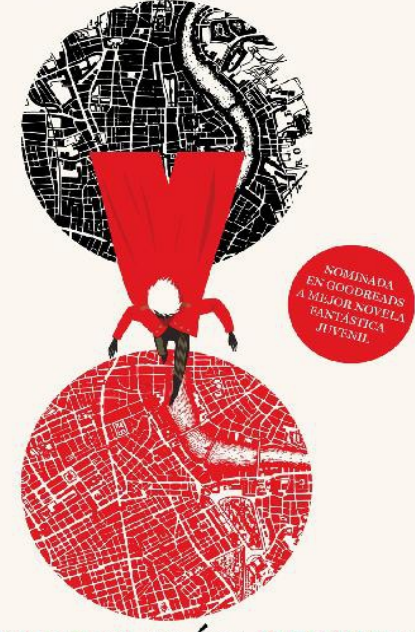
· VICTORIA SCHWAB ·



UNA MAGIA MÁS OSCURA

DESTINO

Índice de contenido

Una magia más oscura

Schwab, Victoria
Una magia más oscura / Victoria Schwab. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Destino, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-732-387-4

1. Narrativa Juvenil. I. Título.
CDD 813

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos incluidos en esta novela son productos de la imaginación de la autora o son usados de forma ficticia.

Título original: A Darker Shade of Magic

Publicado en EE.UU. por Tor Books, de Tom Doherty Associates, LLC

Traducción al español: Julieta Gorlero

Publicado bajo el sello Destino®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2017

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-732-387-4

UNA MAGIA MÁS OSCURA

V. E. SCHWAB

Traducción de Julieta Gorlero



Covent Garden
THE STRAND
The Savoy
Savoy St
R E G E N T S
P A R K
Park Square
MANCHEST
erkley Street
ST JAMES'S
SQUARE
TOTTENHAM COURT



Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos incluidos en esta novela son productos de la imaginación de la autora o son usados de forma ficticia.
Título original: A Darker Shade of Magic
Escrito por Victoria Schwab

Publicado en EE.UU. por Tor Books, de Tom Doherty Associates, LLC
Traducción al español: Julieta Gorlero

Para los que sueñan con mundos más extraños

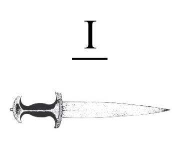
Este es el dilema cuando de magia se trata, no es un tema de fuerza, sino de equilibrio. Dado que muy poco poder, y nos volvemos débiles. Demasiado, y nos volvemos algo completamente distinto.

TIEREN SERENSE,
sumo sacerdote del Santuario de Londres

UNO

EL VIAJERO

I



Kell vestía un abrigo muy peculiar.

No tenía un lado, lo que sería lo convencional, ni dos, lo que sería inesperado, sino varios; lo que era, por supuesto, imposible.

Lo primero que hacía cuando pasaba de un Londres a otro era sacarse el abrigo y doblarlo de afuera hacia adentro una vez o dos (o incluso hasta tres) veces, hasta encontrar el lado que necesitaba. No *todos* ellos estaban a la moda, pero cada uno servía un propósito. Había algunos que pasaban desapercibidos y otros que se destacaban, y uno que no tenía objetivo alguno pero que a él le gustaba particularmente.

Así que cuando Kell atravesó la pared del palacio y entró en la antesala, se tomó un momento para recomponerse —moverse entre mundos le pasaba factura— y luego con una sacudida de hombros se quitó el abrigo rojo de cuello alto y lo dobló de adentro hacia afuera y de izquierda a derecha para que se transformase en una simple chaqueta negra. Bueno, una simple chaqueta negra elegantemente ribeteada con hilo plateado y adornada con dos columnas de relucientes botones plateados. Solo porque adoptaba una paleta de colores más modesta cuando estaba fuera (con el deseo de no ofender a la realeza local ni llamar la atención), eso no quería decir que también tuviese que sacrificar la elegancia.

«Oh, reyes», pensó Kell mientras se abotonaba el abrigo. Estaba comenzando a pensar como Rhy.

Sobre la pared detrás de él, apenas podía distinguir el borroso símbolo hecho por su pasaje. Como una huella en la arena, que ya se disipa.

Nunca se molestó en marcar la puerta desde *este* lado, simplemente porque nunca regresaba por este camino. La distancia entre Windsor y

Londres era tremendamente inconveniente si se tenía en cuenta que cuando viajaba entre mundos, Kell solo podía moverse desde un lugar en un mundo hasta el mismo lugar *exacto* en el otro. Lo que era un problema, porque no había un Castillo de Windsor que tomara un solo día de viaje desde el Londres *Rojo*. De hecho, Kell acababa de salir de la pared de piedra de un patio que pertenecía a un caballero adinerado en un pueblo llamado Disan. Disan era, en términos generales, un lugar muy agradable.

Windsor no lo era.

Impactante, seguro. Pero no agradable.

Una repisa de mármol se extendía contra la pared y sobre ella lo esperaba una vasija con agua, como siempre. Se enjuagó la mano ensangrentada y también la moneda de plata que había usado para el pasaje, luego deslizó el cordón del que esta colgaba por sobre la cabeza y metió la moneda nuevamente debajo del cuello de su vestimenta. Del pasillo contiguo, pudo escuchar pasos arrastrados y el murmullo débil de sirvientes y guardias. Había elegido la antesala específicamente para eludirlos. Sabía muy bien lo poco que le gustaba al pequeño príncipe regente que él estuviera aquí, y lo último que Kell quería era una audiencia, un grupo de oídos y ojos y bocas que le reportara al trono cada detalle de su visita.

Arriba de la repisa y la vasija colgaba un espejo con marco bañado en oro, y Kell revisó su reflejo con rapidez —el pelo, de un marrón rojizo, le caía sobre un ojo y él no lo arregló, aunque sí se tomó tiempo para alisar los hombros de su abrigo—, antes de pasar a través de un conjunto de puertas para encontrar a su anfitrión.

En la habitación hacía un calor sofocante —las ventanas estaban cerradas a pesar de lo que parecía ser un hermoso día de octubre— y el fuego ardía opresivamente en el hogar.

George III estaba sentado al lado de este, con una bata que empequeñecía su debilitado cuerpo y una bandeja de té intacta a sus rodillas. Cuando Kell entró, el rey se agarró de los bordes de su silla.

—¿Quién está ahí? —vociferó, sin darse vuelta—. ¿Ladrones?, ¿fantasmas?

—No creo que los fantasmas fueran a responder, Su Majestad —dijo

Kell, anunciándose.

El convaleciente rey soltó una sonrisa putrefacta.

—Maestro Kell —dijo—, me has hecho esperar.

—No más de un mes —respondió, dando un paso adelante.

El rey George entornó sus ojos ciegos.

—Ha pasado más tiempo, estoy seguro.

—Le prometo que no.

—Quizás no para *ti* —dijo el rey—. Pero el tiempo no es igual para los locos y los ciegos.

Kell sonrió. El rey estaba de buen humor hoy. No siempre era así. Kell nunca estaba seguro de en qué estado iba a encontrar a Su Majestad. Quizás había parecido más de un mes porque la última vez que Kell lo había visitado, el rey había tenía uno de sus arranques y Kell apenas había podido calmar sus nervios crispados lo suficiente como para entregarle su mensaje.

—Quizás es el año lo que ha cambiado —prosiguió el rey—, y no el mes.

—Ah, pero el año es el mismo.

—¿Y qué año es ese?

Kell frunció el entrecejo.

—Mil ocho diecinueve —dijo.

Una sombra recorrió el rostro del rey George y luego simplemente sacudió la cabeza y dijo «tiempo», como si una sola palabra pudiera ser la culpable de todo.

—Siéntate, siéntate —agregó, señalando la habitación—. Debe haber otra silla aquí en algún lado.

No la había. La habitación estaba asombrosamente despojada y Kell estaba seguro de que las puertas del pasillo se trababan y destrababan desde el exterior, no desde dentro.

El rey le extendió una mano escuálida. Le habían quitado los anillos para evitar que se hiciera daño, y tenía las uñas cortadas hasta ser casi nulas.

—Mi carta —dijo, y por un instante Kell vio un destello de lo que George había sido alguna vez. Majestuoso.

Kell palmeó los bolsillos de su abrigo y se dio cuenta de que había

olvidado sacar las notas antes de cambiarse. Se quitó la chaqueta con una sacudida de hombros y la regresó por un momento a su rojo natural para escarbar los bolsillos hasta encontrar el sobre. Cuando lo presionó contra la mano del rey, este lo acarició y tocó el sello de cera —el emblema del trono rojo, un cáliz con un sol naciente—, luego llevó el papel hacia su nariz e inhaló.

—Rosas —dijo melancólicamente.

Se refería a la magia. Kell nunca notaba el suave perfume aromático del Londres Rojo que se adhería a su ropa, pero siempre que viajaba, alguien le decía que olía a flores recién cortadas. Algunos decían tulipanes. Otros, lirios. Crisantemos. Peonías. Para el rey de Inglaterra, siempre eran rosas. A Kell le alegraba saber que era un olor placentero, incluso aunque él no pudiera sentirlo. Él podía oler el Londres Gris (humo) y el Londres Blanco (sangre), pero para él, el Londres Rojo simplemente olía a casa.

—Ábrelo por mí —indicó el rey—. Pero no arruines el sello.

Kell hizo lo que le ordenaron y sacó los contenidos. Por una vez, agradeció que el rey ya no pudiera ver, así no podía saber cuán breve era la carta. Tres líneas cortas. Una cortesía a una figura insigne enferma, pero nada más.

—Es de mi reina —explicó Kell.

El rey asintió.

—Continúa —ordenó, poniendo un semblante imponente que batallaba con su frágil contextura y su voz entrecortada—. *Continúa*.

Kell tragó con fuerza.

—Saludos a Su Majestad, rey George III —leyó—, de un trono vecino.

Ella no se refirió a él como trono *rojo* ni envió saludos desde el Londres *Rojo* (aunque la ciudad era, en verdad, bastante carmesí, gracias a la luz intensa y penetrante del río), porque no lo pensaba de esa manera. Para ella, y para todos los demás que habitaban solo en un Londres, no había casi ninguna necesidad de diferenciarlos. Cuando los gobernantes de uno conversaban con los de otro, simplemente los llamaban los *otros* o *vecinos* o, en ocasiones (y en particular respecto del Londres Blanco), términos menos halagadores.

Solo aquellos pocos que podían moverse entre los Londres necesitaban una forma de mantener las cosas en orden. Y entonces Kell —inspirado en la ciudad perdida conocida por todos como Londres Negro— le había dado un color a cada una de las capitales que quedaban.

Gris para la ciudad sin magia.

Rojo para el imperio próspero.

Blanco para el mundo hambriento.

En verdad, las ciudades mismas se parecían muy poco entre sí (y los países que las rodeaban y los de más allá, incluso menos). El hecho de que todas se llamaran *Londres* era en sí un misterio, aunque la teoría dominante era que una de las ciudades había adoptado el nombre mucho tiempo atrás, antes de que las puertas fueran selladas y lo único que se permitiera pasar fueran las cartas entre reyes y reinas. Respecto de qué ciudad tuvo primero el nombre, nadie se ponía de acuerdo.

—Esperamos noticias de que se encuentre bien —continuaba la carta de la reina— y que esta estación sea tan hermosa en su ciudad como lo es en la nuestra.

Kell hizo una pausa. No había nada más, salvo por una firma. El rey George se retorció las manos.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó.

Kell dudó.

—No —dijo, doblando la carta—. Ese es solo el comienzo.

Se aclaró la garganta y empezó a caminar, mientras ordenaba sus pensamientos y los ponía en voz de la reina.

—Gracias por preguntar por nuestra familia, dice. El rey y yo estamos bien. El príncipe Rhy, por otro lado, continúa deslumbrando y enfureciéndonos en igual medida, pero al menos el mes ha transcurrido sin que se rompiera la nuca o se comprometiera con una novia inapropiada. Las gracias se las debemos solo a Kell, por evitar que hiciera alguna de esas cosas, o las dos.

Kell tenía todas las intenciones de dejar que la reina se explayara sobre sus méritos, pero justo en ese momento el reloj de pared dio las cinco, y Kell maldijo en voz baja. Llegaba tarde.

—Hasta mi próxima carta —concluyó apurado—, manténgase contento y bien. Con cariño. Su Alteza Emira, reina de Arnes.

Kell esperó que el rey dijera algo, pero sus ojos ciegos tenían una mirada fija y lejana, y Kell temió haberlo perdido. Apoyó la nota doblada sobre la bandeja de té y estaba a medio camino hacia la pared cuando el rey habló.

—No tengo una carta para ella —murmuró.

—Está bien —dijo Kell con suavidad. El rey no había sido capaz de escribir una en años. Algunos meses lo intentaba, arrastrando la pluma descuidadamente por el papel, y algunos meses insistía en que Kell lo transcribiese, pero la mayoría de las veces, simplemente le daba a Kell el mensaje y él prometía recordarlo.

—Verás, no tuve tiempo —agregó el rey, tratando de salvar un vestigio de su dignidad. Kell se lo concedió.

—Entiendo —dijo—. Le daré sus saludos a la familia real.

Kell se dio vuelta nuevamente para irse y otra vez el viejo rey lo detuvo.

—Espera, espera —llamó—. Regresa.

Kell hizo una pausa. Sus ojos fueron hacia el reloj. Tarde, y se hacía más tarde. Se imaginó al príncipe regente sentado a su mesa en St. James, aferrado a su silla y enojándose en silencio. El pensamiento hizo que Kell sonriera, así que giró hacia el rey mientras este sacaba algo de su bata con dedos torpes.

Era una moneda.

—Se está desvaneciendo —dijo el rey, tomando el metal en sus manos avejentadas como si fuese algo precioso y frágil—. Ya no puedo sentir la magia. No puedo olerla.

—Una moneda es una moneda, Su Majestad.

—No es así y tú lo sabes —gruñó el viejo rey—. Vacía tus bolsillos.

Kell suspiró.

—Me va a meter en problemas.

—Vamos, vamos —dijo el rey—. Nuestro pequeño secreto.

Kell metió la mano en el bolsillo. La primera vez que había visitado al rey de Inglaterra, le había dado una moneda como prueba de quién era y de dónde venía. La historia de los otros Londres se le confiaba a la corona y se

legaba de heredero a heredero, pero habían pasado años desde la última vez que un viajero había venido. El rey George le había echado una mirada al delgado muchacho y había entornado los ojos y tendido su mano rolliza, y Kell había apoyado la moneda en su palma. Era un simple lin, muy parecido a un chelín gris, solo que marcado con una estrella roja en vez del rostro de un miembro de la realeza. El rey cerró el puño sobre la moneda y se la llevó a la nariz para sentir su aroma. Y luego había sonreído y luego había guardado la moneda en su abrigo e invitado a Kell a entrar.

Desde ese día, cada vez que Kell le hacía una visita, el rey insistía en que la magia se había desvanecido y se la hacía cambiar por otra, una nueva y tibia por estar en el bolsillo. Todas las veces Kell le decía que estaba prohibido (lo estaba, expresamente) y todas las veces el rey insistía en que era su pequeño secreto, y Kell suspiraba y buscaba un lin nuevo en su abrigo.

Ahora tomó el viejo lin de la palma de la mano del rey, lo reemplazó por uno nuevo y dobló los dedos huesudos de George suavemente sobre este.

—Sí, sí —susurró el doliente rey a la moneda en su mano.

—Cuídese —dijo Kell, mientras se daba vuelta para irse.

—Sí, sí —repitió el rey, al tiempo que su concentración se disipaba hasta dejar afuera el mundo y a su invitado.

Las cortinas estaban amontonadas en la esquina de la habitación, y Kell tiró del pesado material para revelar una marca en el patrón del empapelado. Un simple círculo dividido por una línea, dibujado con sangre un mes atrás. En otra pared en otra habitación en otro palacio, había esta misma marca. Eran como picaportes en una misma puerta.

La sangre de Kell le permitía a este moverse *entre* los mundos cuando era emparejada con el souvenir. No necesitaba especificar un lugar, porque donde fuera que él estuviese, allí es donde estaría. Pero para hacer una puerta *dentro* de un mundo, ambos lados debían estar marcados exactamente con el mismo símbolo. Casi igual no era suficientemente igual. Kell lo había aprendido a los golpes.

El símbolo en la pared aún era nítido desde su última visita, los bordes apenas borroneados, pero no importaba. Había que rehacerlo.

Se arremangó y liberó el cuchillo que llevaba atado al antebrazo. Era un cuchillo hermoso, una obra de arte; de plata desde la punta hasta la empuñadura y con un monograma con las letras *K* y *L*.

La única reliquia de otra vida.

Una vida que no conocía. O, al menos, no recordaba.

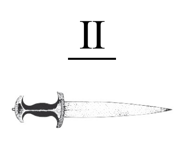
Kell llevó el filo al dorso de su antebrazo. Ya había tallado una línea hoy para la puerta que lo había traído hasta aquí. Ahora talló una segunda. Su sangre, de un rojo rubí intenso, brotó allí. Él regresó el cuchillo a su funda y llevó los dedos al corte y luego a la pared para redibujar el círculo y la línea que lo atravesaba. Kell se bajó la manga para tapar la herida —trataría todos los cortes de inmediato cuando estuviese en casa— y echó una última mirada al balbuceante rey antes de presionar la palma de la mano abierta contra la marca en la pared.

La marca vibró con magia.

—*As Tascen* —dijo. *Transferir*.

El papel estampado ondeó y se ablandó y cedió bajo su tacto, y Kell dio un paso adelante y lo atravesó.

II



Entre un paso y el otro, el lúgubre Windsor se transformó en elegante St. James. La sofocante habitación-celda daba paso a tapices brillantes y plata lustrada, y los murmullos del rey desequilibrado fueron reemplazados por un silencio pesado y un hombre sentado a una mesa ornamentada, que sostenía una copa de vino y se veía completamente ofendido.

—Llegas tarde —observó el príncipe regente.

—Mis disculpas —dijo Kell con una reverencia demasiado corta—, tenía un encargo.

El príncipe regente bajó su copa.

—Pensé que *yo* era tu encargo, maestro Kell.

Kell se enderezó.

—Mis órdenes, Su Alteza, eran ver primero al *rey*.

—Quisiera que no lo consintieses —dijo el príncipe regente, cuyo nombre también era George (Kell creía que el hábito del Londres Gris de que los hijos llevaran el nombre del padre era tan redundante como confuso), haciendo un gesto displicente con la mano—. Le levanta el espíritu.

—¿Eso es malo? —preguntó Kell.

—Para él, sí. Más tarde estará desenfrenado. Bailando sobre las mesas, hablando de magia y otros Londres. ¿Qué truco le hiciste esta vez? ¿Lo convenciste de que puede volar?

Kell había cometido ese error una vez. Se había enterado en su siguiente visita de que el rey de Inglaterra casi había salido caminando por la ventana. En el tercer piso.

—Le aseguro que no hice demostraciones.

El príncipe George se pellizcó el puente de la nariz.

—No puede mantener la boca cerrada como antes. Por eso está confinado en sus dependencias.

—Prisionero, ¿entonces?

El príncipe George pasó la mano por el canto dorado de la mesa.

—Windsor es un lugar perfectamente respetable para tenerlo.

«Una prisión respetable sigue siendo una prisión», pensó Kell, mientras sacaba una segunda carta del bolsillo de su abrigo.

—Su correspondencia.

El príncipe lo forzó a quedarse allí parado mientras leía la nota (nunca comentaba sobre la forma en que olía a flores) y mientras sacaba la respuesta sin terminar de dentro del bolsillo de su abrigo y la completaba. Claramente se estaba tomando su tiempo en un esfuerzo por fastidiar a Kell, pero a Kell no le importó. Se mantuvo ocupado repiqueteando los dedos contra el canto de la mesa ornamentada. Cada vez que iba desde el meñique al índice, una de las muchas velas de la habitación se apagaba.

—Debe tratarse de una corriente de aire —dijo distraídamente, mientras el príncipe regente presionaba con más fuerza su pluma. Para cuando terminó la nota, había roto dos plumas y estaba de mal humor, mientras que Kell encontró que su propia disposición había mejorado bastante.

Extendió una mano para recibir la carta, pero el príncipe regente no se la dio. En vez de eso, se apoyó en la mesa para ponerse de pie.

—Estoy duro de estar sentado. Camina conmigo.

A Kell no le encantaba la idea, pero como no podía irse realmente con las manos vacías, estaba obligado a aceptar. Aunque no sin antes guardarse en el bolsillo la última pluma aún sana del príncipe, que había quedado en la mesa.

—¿Regresarás directamente? —preguntó el príncipe George, mientras llevaba a Kell por el pasillo hasta una discreta puerta, semioculta por una cortina.

—Pronto —dijo Kell, que lo seguía medio paso atrás. Dos miembros de la guardia real se les habían unido en el pasillo y ahora caminaban sigilosamente detrás, como sombras. Kell podía sentir los ojos sobre él y se preguntó cuánto les habrían contado sobre su invitado. Se esperaba que la

realeza supiera, pero el conocimiento de aquellos que estaban a su servicio quedaba a su discreción.

—Pensé que tu único asunto era conmigo —dijo el príncipe.

—Soy un admirador de su ciudad —respondió Kell con tranquilidad—. Y lo que hago es agotador. Iré a caminar un rato y a tomar un poco de aire, luego emprendo el camino de regreso.

La boca del príncipe era una línea delgada y amarga.

—Me temo que el aire no es tan reparador aquí en la ciudad como lo es en la campiña. ¿Cómo es que nos llamas…?, ¿el Londres *Gris*? Por estos días, eso es demasiado acertado. Quédate a cenar. —El príncipe terminaba casi todas las oraciones con un punto. Incluso las preguntas. Rhy hacía lo mismo, y Kell pensó que debía ser simplemente el resultado de nunca recibir un *no*.

—Estarás mejor aquí —insistió el príncipe—. Déjame revivirte con vino y compañía.

Parecía una oferta bastante amable, pero el príncipe regente no hacía las cosas por amabilidad.

—No puedo quedarme —dijo Kell.

—Insisto —dijo el príncipe—. La mesa está lista.

«¿Y quién viene?», se preguntó Kell. ¿Qué quería el príncipe? ¿Exponerlo? Kell solía sospechar que eso le gustaría mucho, aunque tan solo fuera porque al joven George los secretos le resultaban engorrosos y prefería los espectáculos. Pero a pesar de todos sus defectos, el príncipe no era tonto, y solo un tonto le daría a alguien como Kell una oportunidad para destacarse. El Londres Gris había olvidado la magia mucho tiempo atrás. Kell no sería quien se la recordara.

—Es generoso de su parte, Su Alteza, pero es mejor si me deja ser un espectro más que un espectáculo. —Kell inclinó la cabeza, de modo que el cabello se le corrió de los ojos, revelando no solo el celeste del ojo izquierdo, sino también el negro sólido del derecho. Un negro que iba de borde a borde, llenando tanto el blanco como el iris. No había nada humano en ese ojo. Era magia pura. La marca de un mago de sangre. De un *antari*.

Kell disfrutó de lo que vio en los ojos del príncipe regente cuando

intentó sostener la mirada de Kell. Cautela, incomodidad… y miedo.

—¿Sabe por qué nuestros mundos se mantienen separados, Su Alteza? —No esperó a que el príncipe respondiera—. Es para mantener el suyo a salvo. Verá, hubo un tiempo, siglos atrás, en que no estaban tan separados. En que las puertas atravesaban su mundo y el mío, y otros, y cualquiera con un poco de poder podía pasar. La magia misma podía pasar. Pero lo que tiene la magia —agregó Kell— es que carcome a los decididos y a los de voluntad débil, y uno de los mundos no pudo contenerse. La gente se alimentó de la magia y la magia se alimentó de ellos, hasta que se comió sus cuerpos y sus mentes y luego sus almas.

—El Londres Negro —susurró el príncipe regente.

Kell asintió. No había sido él quien le había dado a esa ciudad la marca de color. Todos —al menos todos en los Londres Rojo y Blanco y aquellos pocos en el Gris que sabían algo— conocían la leyenda del Londres Negro. Era un cuento para antes de dormir. Un cuento de hadas. Una *advertencia*. Sobre la ciudad —y el mundo— que no era, ya no.

—¿Sabe qué tienen en común el Londres Negro y el suyo, Su Alteza? —Los ojos del príncipe regente se entrecerraron, pero no interrumpió—. A ambos les falta templanza —dijo Kell—. Ambos ansían poder. La única razón por la que su Londres aún existe es porque fue aislado. Aprendió a olvidar. Usted no quiere que recuerde. —Lo que Kell no dijo fue que el Londres Negro tenía una abundancia de magia en las venas y el Londres Gris apenas si tenía algo; quería dejar claro el punto. Y por lo que parecía, lo había logrado. Esta vez, cuando extendió la mano para tomar la carta, el príncipe no se rehusó, ni siquiera se resistió. Kell se metió el pergamino en el bolsillo, junto a la pluma robada.

—Gracias, como de costumbre, por su hospitalidad —dijo, haciendo una reverencia exagerada.

El príncipe regente llamó a un guardia con un simple chasquido de los dedos.

—Asegúrese de que el maestro Kell llegue adonde sea que vaya. —Y entonces, sin más palabras, se dio vuelta y se alejó caminando.

Los guardias reales dejaron a Kell al borde del parque. El palacio St.

James se cernía detrás de él. El Londres Gris se extendía adelante. Respiró hondo y sintió el humo en el aire. Por más ansioso que estuviera por volver a casa, tenía algunos asuntos que atender y después de lidiar con el príncipe regente, a Kell le venía bien un trago. Así que se sacudió las mangas, enderezó el cuello de su abrigo y salió hacia la ciudad.

Sus pies lo llevaron por el parque St. James, a lo largo de un camino de tierra tranquilo que avanzaba al lado del río. El sol se estaba poniendo y corría un aire fresco, una brisa otoñal que agitaba los bordes de su abrigo negro. Se encontró con una pasarela de madera que se extendía sobre el arroyo y sus botas resonaron suavemente cuando la cruzó. Kell hizo una pausa en el arco del puente; con el palacio de Buckingham iluminado por faroles detrás de él y el Támesis delante. El agua chapoteaba suavemente debajo de las tablillas de madera. Descansó los codos sobre la baranda y la miró fijamente. Cuando flexionó los dedos distraídamente, la corriente se detuvo, el agua quieta, lisa como el vidrio, debajo de él.

Miró su reflejo.

—No eres *tan* apuesto —decía Rhy siempre que atrapaba a Kell mirándose al espejo.

—No me canso de mirarme —respondía Kell, aunque nunca se miraba a sí mismo (no *todo* su ser, de todas maneras), solo su ojo. El derecho. Incluso en el Londres Rojo, donde florecía la magia, este lo hacía distinto. Lo marcaba siempre como *otro*.

Una risa tintineante sonó a la derecha de Kell, seguida de un gruñido y otros pocos ruidos menos distinguibles. La tensión desapareció de la mano de Kell y el arroyo volvió a correr debajo de él. Siguió avanzando hasta que el parque cedió el paso a las calles de Londres y luego a la acechante forma de Westminster. Kell le tenía cierto cariño a la abadía e hizo un gesto con la cabeza hacia ella, como si fuera un viejo amigo. A pesar del hollín y la suciedad de la ciudad, su caos y sus pobres, tenía algo que le faltaba al Londres Rojo: una resistencia al cambio. Un aprecio por lo perdurable y el esfuerzo que tomaba hacer que algo lo fuera.

¿Cuántos años había tomado la construcción de la abadía? ¿Cuántos más estaría en pie? En el Londres Rojo, los gustos cambiaban tan a menudo

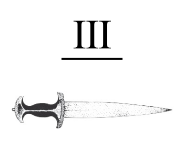
como las estaciones y con ellos, los edificios se levantaban y se demolían y volvían a levantar con diferentes formas. La magia hacía las cosas simples. «A veces, —pensó Kell— las hacía demasiado simples».

Pero aquí, la abadía de Westminster siempre estaba en pie, esperando para saludarlo.

Dejó la sobresaliente estructura de piedra atrás y se abrió camino por las calles, atestadas de carruajes, y por una callejuela que abrazaba el patio del decano, amurado con piedras musgosas. La estrecha callejuela se volvió más angosta aún, hasta finalmente terminar frente a una taberna llamada Tiro de Piedra.

Y allí también se detuvo Kell, que se quitó el abrigo sacudiendo los hombros. Lo dio vuelta una vez más de izquierda a derecha, cambiando el asunto negro con botones plateados por un look más modesto y gastado: una chaqueta marrón de cuello alto con ruedos deshilachados y codos pelados. Se palmeó los bolsillos y, satisfecho de estar listo, entró.

III



Tiro de Piedra era una taberna pequeña y extraña.

Sus paredes estaban sucias y los pisos estaban manchados y Kell sabía con certeza que su dueño, Barron, aguaba los tragos; pero a pesar de todo, siempre regresaba.

Le fascinaba este lugar, porque pese a su apariencia mugrienta y sus aún más roñosos clientes, el hecho era que, por azar o a propósito, el Tiro de Piedra siempre *estaba ahí*. El nombre cambiaba, por supuesto, y también lo hacían los tragos que servían, pero en este mismísimo punto, tanto en el Londres Gris, en el Rojo como en el Blanco, había una taberna. No era una *fuente* per se, como el Támesis o Stonehenge o decenas de faros de magia menos conocidos en el mundo, pero era *algo*. Un fenómeno. Un punto fijo.

Y que Kell gestionara sus asuntos en la taberna (ya fuese que el cartel dijera Tiro de Piedra o Puesta de Sol o Hueso Quemado) hacía que él mismo también fuese una especie de punto fijo.

Pocas personas apreciarían la poesía en ello. Holland quizá. Si Holland apreciara algo.

Dejando de lado la poesía, la taberna era un lugar perfecto para hacer negocios. Los escasos creyentes del Londres Gris —esos pocos extravagantes que se aferraban a la idea de la magia, que pescaban un susurro o un olorcillo— se movían por aquí, atraídos por un sentido de algo distinto, algo más. Kell también era atraído por eso. La única diferencia era que *él* sabía qué los estaba empujando.

Obviamente, los clientes de Tiro de Piedra con inclinación a la magia no solo eran atraídos por el sutil y profundo llamado del poder o la promesa de algo diferente, algo más. También eran atraídos por *él*. O al menos, los

rumores sobre él. Un boca a boca que era en sí mismo un tipo de magia y aquí, en Tiro de Piedra, los rumores sobre *el mago* pasaban por los labios de los hombres tan seguido como la cerveza diluida.

Estudió el líquido ámbar de su propia copa.

—Buenas, Kell —dijo Barron, deteniéndose para rellenar hasta el tope su bebida.

—Buenas, Barron —dijo Kell.

Era todo lo que se decían el uno al otro.

El dueño de Tiro de Piedra estaba hecho como un muro de ladrillos —si un muro de ladrillos decidiera dejarse crecer la barba—: alto y ancho e impresionantemente firme. No había dudas de que Barron había visto una buena cantidad de cosas extrañas, pero eso nunca parecía perturbarlo.

O si lo hacía, sabía cómo guardárselo para sí.

El reloj en la pared detrás del bar dio las siete, y Kell sacó una chuchería de su ahora gastado abrigo marrón. Era una caja de madera, aproximadamente del tamaño de la palma de su mano, cerrada con un simple broche de metal. Abrió el broche y retiró la tapa con el dedo gordo, la caja se desplegó hasta ser un tablero de juegos con cinco ranuras, cada una de las cuales contenía un elemento.

En la primera ranura, un trozo de tierra.

En la segunda, el equivalente a una cucharada de agua.

En la tercera, en lugar de aire, había un puñado de arena suelta.

En la cuarta, una gota de aceite, altamente inflamable.

Y en la quinta y última ranura, un trozo de hueso.

En el mundo de Kell, la caja y sus contenidos servían no solo como un juguete, sino también como una prueba, una forma de que los niños descubriesen qué elementos los atraían y hacia qué elementos se sentían atraídos. La mayoría dejaba atrás rápidamente el juego y pasaban a los hechizos o a versiones más complicadas a medida que perfeccionaban sus habilidades. Tanto por su prevalencia como sus limitaciones, el juego de los elementos se podía encontrar en casi todas las viviendas del Londres Rojo, y seguramente en pueblos más allá (aunque Kell no podía estar seguro). Pero aquí, en una ciudad sin magia, era realmente raro, y Kell estaba seguro

de que su cliente lo aprobaría. Después de todo, el hombre era un coleccionista.

En el Londres Gris, solo dos tipos de persona venían a buscar a Kell.

Coleccionistas y entusiastas.

Los coleccionistas eran adinerados y aburridos y generalmente no tenían interés en la magia en sí —no sabrían la diferencia entre una runa sanadora y un hechizo de amarre— y Kell disfrutaba de su patrocinio inmensamente.

Los entusiastas eran más problemáticos. Se creían verdaderos magos y querían comprar chucherías, no por el hecho de tenerlas o por el lujo de exhibirlas, sino para *usarlas*. A Kell no le gustaban los entusiastas —en parte, porque encontraba sus aspiraciones inútiles y, en parte, porque servirles se sentía mucho más cercano a la traición—, por eso, cuando un joven vino a sentarse al lado de él, Kell levantó la vista, esperando ver a su cliente coleccionista y, al encontrar en cambio a un desconocido entusiasta, se amargó considerablemente.

—¿Está ocupado este asiento? —preguntó el entusiasta, aunque ya se estaba sentando.

—Vete —dijo Kell con firmeza.

Pero el entusiasta no se movió.

Kell sabía que el hombre era un entusiasta: era desgarbado y afectado, su chaqueta era un poco demasiado corta para su contextura física, y cuando apoyó sus largos brazos sobre la barra y la tela se levantó un poco, Kell pudo distinguir el final de un tatuaje. Una runa de poder mal dibujada, destinada a amarrar la magia a su cuerpo.

—¿Es verdad? —continuó el entusiasta—. ¿Es verdad lo que dicen?

—Depende de quién esté hablando —dijo Kell, mientras cerraba la caja, deslizando la tapa y el broche nuevamente a sus lugares— y de lo que estén diciendo. —Ya había danzado este baile cientos de veces. Por el rabillo de su ojo azul, observó cómo los labios del hombre coreografiaban su siguiente movimiento. Si hubiese sido un coleccionista, Kell habría sido más tolerante, pero los hombres que se metían a caminar en el agua asegurando que podían nadar no deberían necesitar una balsa.

—Que tú traes *cosas* —dijo el entusiasta, echando una mirada a la taberna—, *cosas* de otros lugares.

Kell bebió un sorbo de su trago y el entusiasta tomó su silencio como un sí.

—Supongo que debería presentarme —prosiguió el hombre—. Edward Archibald Tuttle III. Pero me dicen Ned.

Kell levantó una ceja. El joven entusiasta obviamente estaba esperando que él respondiera con su propia presentación, pero como el sujeto claramente ya tenía una noción de quién era, Kell obvió las formalidades y dijo:

—¿Qué quieres?

Edward Archibald —Ned— se retorció en su asiento y se inclinó conspirativamente.

—Estoy buscando un poco de tierra.

Kell apuntó su copa hacia la puerta.

—Revisa en el parque.

El joven emitió una risa baja e incómoda. Kell terminó su trago. «Un poco de tierra». Parecía un pedido pequeño. No lo era. La mayoría de los entusiastas sabía que su propio mundo tenía poco poder, pero muchos creían que poseer un trozo de *otro* mundo les permitiría acceder a la magia de ese mundo.

Yhubo un tiempo en el que hubieran tenido razón. Un tiempo en el que las puertas se mantenían abiertas en las fuentes y el poder fluía entre los mundos, y cualquiera con un poco de magia en sus venas y un souvenir de otro mundo no solo podía acceder a ese poder, sino también moverse con él, pasar de un Londres a otro.

Pero ese tiempo había pasado.

Las puertas ya no existían. Destruidas siglos atrás, después de que el Londres Negro cayera y se llevara el resto de su mundo consigo y dejase nada más que historias en su lugar. Ahora solo los *antari* poseían el poder suficiente para hacer puertas nuevas y, aun así, solo ellos podían atravesarlas. Los *antari* siempre habían sido pocos, pero nadie sabía *cuán* pocos hasta que se cerraron las puertas y su número comenzó a declinar. La

fuente del poder de los *antari* siempre había sido un misterio (no era un linaje), pero algo era seguro: cuanto más tiempo se mantuvieran separados los mundos, menos *antari* emergían.

Ahora, Kell y Holland parecían ser los últimos de una raza moribunda que iba rápidamente hacia la extinción.

—Entonces —insistió Ned—, ¿me traerás la tierra o no?

Los ojos de Kell se fueron hacia el tatuaje en la muñeca del entusiasta. Lo que muchos habitantes del mundo gris no lograban entender era que un hechizo era solo tan fuerte como la persona que lo lanzaba. ¿Cuán fuerte era este gris?

Una sonrisa tiró de las comisuras de los labios de Kell al darle este un empujoncito a la caja de juego en dirección al sujeto.

—¿Sabes qué es esto?

Ned levantó el juego para niños con cautela, como si fuera a prenderse fuego en cualquier momento (Kell consideró encenderlo por un breve instante, pero se contuvo). Jugueteó con la caja hasta que sus dedos encontraron el broche y el tablero cayó abierto sobre la barra. Los elementos brillaron bajo la luz parpadeante del *pub*.

—Hagamos algo —dijo Kell—. Elige un elemento. Muévelo de su hendidura (sin tocarlo, obviamente) y te traeré tu tierra.

A Ned se le arrugó la frente. Consideró las opciones, después apuntó al agua con un dedo.

—Ese.

«Al menos no era tan tonto como para ir por el hueso», pensó Kell. Aire, tierra y agua eran los más sencillos de dirigir a voluntad —incluso Rhy, quien no mostraba absolutamente ninguna afinidad, lograba levantar esos —. El fuego era un poquito más complicado, pero, por lejos, la pieza más difícil era el trozo de hueso. Ypor una buena razón. Aquellos que podían mover huesos podían mover cuerpos. Era magia poderosa, incluso en el Londres Rojo.

Kell observó cómo la mano de Ned flotaba sobre el tablero. Comenzó a susurrar al agua por lo bajo en un idioma que quizá fuera latín, o puras tonterías, pero con certeza no era el inglés del rey. La boca de Kell se curvó.

Los elementos no tenían lengua o, mejor dicho, se les podía hablar en cualquiera. Las palabras en sí eran menos importantes que la concentración que le otorgaban al que las decía, la conexión que ayudaban a formar, el *poder* al que accedían. En resumen, el idioma no importaba, pero la *intención* sí. Los entusiastas podrían haberle hablado al agua en un inglés simple (para lo poco que les serviría) y, sin embargo, este había murmurado en su idioma inventado. Ymientras lo hacía, movía la mano en el sentido de las agujas del reloj sobre el pequeño tablero.

Kell suspiró y apoyó el codo sobre la barra y descansó la cabeza sobre la mano, mientras Ned luchaba y el rostro se le volvía rojo del esfuerzo.

Después de un largo tiempo, el agua hizo una pequeña ondulación (podría haber sido causada por el bostezo de Kell o debido a que el hombre se agarró de la barra) y después se quedó quieta.

Ned miró fijo el tablero, con las venas hinchadas. La mano se le cerró en un puño y, por un momento, Kell se preocupó al pensar que rompería el pequeño juego, pero los nudillos cayeron al lado de ella con fuerza.

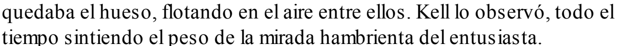
—Bueno —dijo Kell.

—Está preparado —gruñó Ned.

Kell levantó la cabeza desde su mano.

—¿Lo está? —preguntó. Flexionó los dedos una fracción y el terrón de tierra se levantó de su hendidura y flotó despreocupadamente hasta su mano—. ¿Estás seguro? —agregó, cuando una pequeña ráfaga levantaba la arena y la hacía girar en el aire, rodeando su muñeca—. Quizá lo esté… —El agua se levantó en gotas y cayó hecha hielo sobre su mano—…. O quizá no lo esté —añadió mientras el aceite se prendía fuego en su ranura—. Quizá… —dijo Kell cuando el trozo de hueso se alzó en el aire—… simplemente careces de todo indicio de poder.

Ned lo miró con la boca abierta mientras los cinco elementos hacían su propia pequeña danza alrededor de los dedos de Kell. Podía escuchar a Rhy reprendiéndolo. *Presumido*. Yentonces, así de tranquilo como había llamado a las piezas a alzarse, las dejó caer. La tierra y el hielo golpearon sus ranuras con un ruido sordo y un tintineo, mientras que la arena se acomodó silenciosamente en su bol y la llama danzante del aceite se apagó. Solo


quedaba el hueso, flotando en el aire entre ellos. Kell lo observó, todo el tiempo sintiendo el peso de la mirada hambrienta del entusiasta.

—¿Cuánto quieres por esto? —preguntó.

—No está a la venta —respondió Kell, que entonces se corrigió—, no para ti. —Ned se levantó de su banqueta y se dio vuelta para irse, pero Kell aún no había terminado con él.

—Si te trajera tu tierra —aventuró—, ¿qué me darías por ella?

Miró cómo el entusiasta se congelaba en su lugar.

—Pon tu precio.

—¿Mi precio? —Kell no contrabandeaba chucherías entre los mundos por *dinero*. El dinero cambiaba. ¿Qué haría él con chelines grises en el Londres Rojo?, ¿y con libras? Tendría más suerte prendiéndolos fuego que tratando de comprar algo con ellos en los callejones blancos. Supuso que podría gastar el dinero aquí, pero *¿en qué* lo gastaría? No, Kell estaba jugando un juego distinto—. No quiero tu dinero —afirmó—. Quiero algo que importe. Algo que no quieras perder.

Ned asintió con rapidez.

—Está bien. Quédate aquí y yo…

—Esta noche no —dijo Kell.

—Entonces, ¿cuándo?

Kell se encogió de hombros.

—Dentro de un mes.

—¿Pretendes que me siente aquí a *esperar*?

—Yo no *pretendo* que hagas nada —dijo Kell y se encogió de hombros. Era cruel, lo sabía, pero quería ver cuán lejos estaba dispuesto a ir el entusiasta. Ysi su determinación se mantenía firme y estaba aquí el próximo mes, decidió Kell, él le traería al hombre su bolsa de tierra—. Ahora vete.

La boca de Ned se abrió y se cerró. Yluego el entusiasta resopló y se fue pateando el suelo y casi choca a un hombre pequeño de anteojos camino a la salida.

Kell arrancó el trozo de hueso del aire y lo regresó a su caja, mientras el hombre de gafas se acercaba a la banqueta ahora vacía.

—¿Qué fue eso? —preguntó, mientras tomaba asiento.

—Nada importante —dijo Kell.

—¿Eso es para mí? —preguntó el hombre, señalando la caja de juegos con la cabeza.

Kell asintió y se la ofreció al coleccionista, quien la levantó con cuidado de su mano. El mago dejó que el caballero la tocara, luego procedió a mostrarle cómo funcionaba. Los ojos del coleccionista se abrieron de par en par.

—Espléndido, espléndido.

Y después el hombre buscó en su bolsillo y sacó un pañuelo doblado que hizo un ruido sordo cuando lo apoyó en la barra. Kell lo tomó y desenvolvió el paquete para encontrar una caja plateada con una pequeña manivela al costado.

Una caja *musical*. Kell sonrió para sí.

Tenían música en el Londres Rojo y también cajas musicales, pero la mayoría funcionaba por encantamiento, no a manivela, y a Kell le gustaba el esfuerzo que residía en esas pequeñas máquinas. Había tanto del mundo gris que era torpe, pero de vez en cuando su carencia de magia llevaba a la inventiva. Sus cajas musicales, por ejemplo. Un diseño complejo pero elegante. Tantas partes, tanto trabajo, todo para crear una pequeña melodía.

—¿Necesitas que te explique esto? —preguntó el coleccionista.

Kell negó con la cabeza.

—No —dijo suavemente—, tengo varias.

El hombre frunció el entrecejo.

—¿Esta servirá igual?

Kell asintió y empezó a doblar el pañuelo sobre la chuchería para mantenerla a salvo.

—¿No quieres oírla?

Kell quería, pero no allí en la pequeña y sórdida taberna, donde el sonido no podía ser saboreado. Además, era hora de ir a casa.

Dejó al coleccionista en la barra, jugueteando con la caja para niños —maravillado por la forma en que ni el hielo derretido ni la arena se derramaban afuera de sus hendiduras, sin importar cuánto sacudiera la caja — y salió hacia la noche. Kell se abrió paso hacia el Támesis, escuchando

los sonidos de la ciudad que lo rodeaba, los carruajes cercanos y los gritos lejanos, algunos de placer, otros de dolor (aunque no eran nada comparados con los alaridos que se extendían por el Londres Blanco). El río pronto se hizo visible, un manchón negro en la noche, al tiempo que las campanas de iglesia sonaban a la distancia, ocho de ellas en total.

Hora de irse.

Llegó a la pared de ladrillos de un negocio que daba al agua, se detuvo a la sombra y se levantó la manga. El brazo había comenzado a dolerle por los primeros dos cortes, pero sacó su cuchillo e hizo uno más, primero tocó la sangre con los dedos y después la pared.

Uno de los cordeles que llevaba alrededor del cuello sostenía un lin rojo, como el que el rey George le había devuelto esa tarde. Tomó la moneda y la presionó contra la sangre en los ladrillos.

—Bueno —dijo—, vayamos a casa. —A menudo se encontraba a sí mismo hablándole a la magia. No comandándola, sino simplemente conversándole. La magia era una cosa viviente (eso lo sabían todos), pero Kell la sentía como algo más, como una amiga, como familia. Era, después de todo, una parte de él (mucho más de lo que era parte de la mayoría) y no podía evitar sentir que esta sabía lo que él estaba diciendo, lo que él sentía, no solo cuando él la llamaba, sino siempre, en cada latido y cada respiración.

Él era, después de todo, *antari*.

Y los *antari* podían hablarle a la sangre. A la vida. A la magia misma. El elemento primero y final, el que vivía en todo y era de ninguno.

Pudo sentir la magia agitándose contra la palma de su mano, la pared de ladrillos se calentó y enfrió al mismo tiempo con ella. Kell dudó, esperando a ver si respondía al llamado sin que se lo pidiera. Pero esta se contuvo, esperando a que él le diera voz a su comando. La magia básica podía hablar cualquier lengua, pero la magia *antari* —la verdadera magia, la magia de sangre— hablaba una y solo una. Kell flexionó los dedos sobre la pared.

—*As Travars* —dijo. *Viajar*.

Esta vez, la magia escuchó y obedeció. El mundo osciló y Kell dio un paso adelante por la puerta hacia la oscuridad, quitándose el Londres Gris

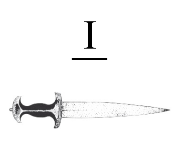


como un abrigo.

DOS

LA REALEZA ROJA

I



—¡Santo! —anunció Gen al lanzar una carta sobre el pilón, boca arriba. En su parte frontal, una figura encapuchada con la cabeza inclinada sostenía una runa como un cáliz y, en su silla, Gen sonrió triunfal.

Parrish hizo un gesto de disgusto y tiró las cartas que le quedaban boca abajo sobre la mesa. Podía acusar a Gen de hacer trampa, pero no tenía sentido. El propio Parrish había estado haciendo trampa la mayor parte del tiempo y aun así no había ganado una sola mano. Se quejó al empujar sus monedas a lo largo de la mesa hacia el imponente pilón del otro guardia. Gen juntó las ganancias y empezó a mezclar el mazo.

—¿Vamos de nuevo? —preguntó.

—Paso —respondió Parrish, poniéndose de pie. Una capa (pesados paneles rojos y dorados que se abrían en abanico como rayos de sol) se desparramó sobre sus hombros acorazados cuando se paró, las placas de metal de su pechera y las piezas de protección de las piernas rechinaron al deslizarse a su lugar.

—*Ir chas era* —dijo Gen, pasando del inglés del rey al arnesiano. La lengua de los comunes.

—No estoy resentido —gruñó Parrish en respuesta—, estoy quebrado.

—Dale —lo animó Gen—, la tercera es la vencida.

—Tengo que mear —dijo Parrish, que reacomodó su espada corta.

—Entonces ve a mear.

Parrish titubeó e inspeccionó el pasillo para comprobar que no hubiese rastros de problemas. El pasillo estaba libre de inconvenientes —o cualquier otra forma de actividad—, pero lleno de cosas bonitas: retratos reales, trofeos, mesas (como la que habían usado para jugar) y, al final del

corredor, un par de puertas ornamentadas. Hechas de madera de cerezo, las puertas tenían tallado el emblema real de Arnes, el cáliz y el sol naciente, con las ranuras rellenas de oro fundido y, arriba del emblema, hilos de luz metálica trazaban una *R* a lo largo de la madera pulida.

Las puertas llevaban a los aposentos privados del príncipe Rhy, y Gen y Parrish, como parte de la guardia privada de Rhy, habían estado apostados frente a ellas.

Parrish sentía afecto por el príncipe. Era malcriado, por supuesto, pero todos en la realeza lo eran —o eso suponía, ya que había servido solo a uno—, aunque también era bondadoso e excesivamente indulgente con respecto a su guardia (demonios, él mismo le había dado el mazo de cartas a Parrish, una cosa hermosa de bordes dorados) y a veces, después de una noche de tragos, se despojaba de su inglés y sus petulancias y conversaba con ellos en lengua vulgar (su arnesiano era impecable). Más bien, Rhy parecía sentir culpa por la presencia constante de los guardias, como si definitivamente tuvieran algo mejor que hacer con su tiempo que estar parados al lado de su puerta y estar alertas (y en verdad, la mayoría de las noches era más una cuestión de discreción que de vigilancia).

Las mejores noches eran aquellas en las que el príncipe Rhy y el maestro Kell partían hacia la ciudad y a Gen y a él les permitían seguirlos a la distancia o directamente los relevaban de sus funciones y los dejaban quedarse como compañía más que para protección (todos sabían que Kell podía mantener al príncipe más seguro que cualquiera de sus guardias). Pero Kell aún estaba de viaje —una cuestión que había puesto al siempre inquieto Rhy de malhumor—, así que el príncipe se había retirado a sus aposentos temprano, y Parrish y Gen habían comenzado su guardia, y Gen le había robado a Parrish casi todo el dinero que llevaba consigo.

Parrish levantó su casco de la mesa y fue a aliviarse; el ruido de Gen contando sus monedas lo siguió. Parrish se tomó su tiempo, al sentir que se le debía por lo menos eso tras perder tantos lines, y cuando finalmente caminó sin prisa hasta el vestíbulo del príncipe, se inquietó al encontrarlo vacío. Gen no estaba por ningún lado. Parrish frunció el entrecejo; la indulgencia solo llegaba hasta cierto punto. Una cosa era hacer apuestas,

pero si encontraban los aposentos del príncipe desguarnecidos, su capitán se enfurecería.

Las cartas aún estaban sobre la mesa y Parrish comenzó a quitarlas hasta que escuchó una voz masculina en la habitación del príncipe y se detuvo. No era una cosa de por sí rara de escuchar, ya que Rhy era propenso a entretener huéspedes, tanto aquellos en vestidos como en pantalones (el príncipe real escondía poco sus gustos variados, y no era el lugar de Parrish cuestionar sus tendencias).

Pero Parrish reconoció esa voz de inmediato: no pertenecía a ninguno de los intereses de Rhy. Las palabras eran en inglés, pero con acento, con las terminaciones más ásperas que las de la lengua de un arnesiano.

La voz era como una sombra en el bosque por la noche. Baja y oscura y fría.

Y pertenecía a Holland. El *antari* que venía de lejos.

Parrish empalideció un poco. Adoraba al maestro Kell —algo por lo que Gen lo fastidiaba a diario—, pero Holland lo aterrorizaba. No sabía si era por la uniformidad del tono de su voz o su apariencia extrañamente apagada o sus ojos atormentados —uno negro, por supuesto; el otro, verde lechoso—. O quizá era la forma en que parecía estar hecho más de agua y piedra que de carne y sangre y alma. Fuera lo que fuese, el *antari* extranjero siempre le daba escalofríos.

Algunos guardias lo llamaban *Hoyo* a sus espaldas, pero Parrish jamás se atrevió.

—¿Qué? —lo molestaba Gen—. No es como si pudiera escuchar a través de las paredes entre los mundos.

—No lo sabes —respondía Parrish susurrando—, quizá pueda.

Y ahora Holland estaba en la habitación de Rhy. ¿Debía estar ahí? ¿Quién lo había dejado pasar?

«¿Dónde *está* Gen?», se preguntó Parrish al volver a su puesto frente a la puerta. No tuvo la intención de escuchar a escondidas, pero había una pequeña abertura entre el lado izquierdo y el derecho de la puerta, y cuando giró la cabeza ligeramente, la conversación le llegó a través de la rendija.

—Disculpa mi intromisión —llegó la voz de Holland, uniforme y baja.

—No es en absoluto una intromisión —respondió Rhy, relajado—. Pero ¿qué asunto te trae hasta mí en vez de a mi padre?

—Ya he estado con tu padre por negocios —dijo Holland—. He venido a ti por otra cosa.

Las mejillas de Parrish se sonrojaron por el tono seductor de Holland. Quizá sería mejor abandonar su puesto que seguir escuchando, pero se quedó quieto y escuchó que Rhy se dejaba caer en su asiento almohadillado.

—¿Y de qué se trata? —preguntó el príncipe, imitando la seducción.

—Falta poco para tu cumpleaños, ¿no es cierto?

—Sí, ya casi es —respondió Rhy—. Deberías venir a las celebraciones, si tu rey y tu reina pueden prescindir de ti.

—No podrán, me temo —contestó Holland—. Pero mi rey y mi reina son el motivo por el que he venido. Me han pedido que entregue un obsequio.

Parrish pudo escuchar que Rhy dudaba.

—Holland —dijo, con el sonido de los almohadones desplazándose de fondo al inclinarse hacia adelante—, conoces las reglas. No puedo aceptar…

—Conozco las reglas, joven príncipe —lo calmó Holland—. Respecto del obsequio, lo elegí aquí, en tu propia ciudad, de parte de mis amos.

Hubo una larga pausa, seguida del sonido de Rhy poniéndose de pie.

—Muy bien —dijo.

Parrish escuchó el murmullo que hacía el paquete al pasar de una mano a otra y ser abierto.

—¿Para qué es? —pregunto el príncipe después de otro momento de silencio.

Holland emitió un sonido, algo entre una sonrisa y una risa, de ninguna de las cuales había sido testigo Parrish antes.

—Para fortalecer —respondió.

Rhy comenzó a decir algo, pero en ese mismo instante sonó un conjunto de relojes a través del palacio, dando la hora y enmascarando lo que fuese que se dijeron el *antari* y el príncipe. Las campanadas seguían haciendo eco por el pasillo cuando se abrió la puerta y salió Holland, sus ojos de

distinto color aterrizaron sobre Parrish instantáneamente.

Holland guio la puerta hasta que estuvo cerrada y observó al guardia real con un suspiro de resignación. Se pasó una mano por el pelo negro carbón.

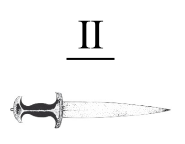
—Despachas a un guardia —dijo, más a sí mismo que otra cosa— y otro toma su lugar.

Antes de que Parrish pudiera pensar una respuesta, el *antari* sacó una moneda de su bolsillo y la lanzó rápido en el aire hacia él.

—No estuve aquí —dijo Holland mientras la moneda se elevaba y caía. Y para cuando golpeó la palma de la mano de Parrish, este estaba solo en el pasillo, mirando fijamente el disco, preguntándose cómo había llegado hasta ahí y seguro de que se estaba olvidando de algo. Agarró la moneda como si pudiera atrapar el recuerdo que se le escurría y aferrarse a él.

Pero ya se había ido.

II



Incluso de noche el río brillaba rojo.

Cuando Kell pasó de la orilla de un Londres a la orilla del otro, la mancha negra del Támesis fue reemplazada por el resplandor cálido y firme del Isle. Brillaba como una joya, iluminada desde adentro, una cinta de luz constante extendiéndose por el Londres Rojo. Una fuente.

Una vena de poder. Una arteria.

Algunos pensaban que la magia venía de la mente; otros, del alma o del corazón o de la voluntad.

Pero Kell sabía que venía de la sangre.

La sangre era magia puesta de manifiesto. Allí se desarrollaba. Y allí envenenaba. Kell había visto qué pasaba cuando el poder entraba en guerra con el cuerpo, lo había observado oscurecerse en las venas de hombres corrompidos, volver negra su sangre carmesí. Si rojo era el color de la magia en equilibrio —de la armonía entre el poder y la humanidad—, entonces negro era el color de la magia sin equilibrio, sin orden, sin control.

Como *antari*, Kell estaba hecho de los dos, balance y caos; la sangre en sus venas, como el Isle del Londres Rojo, corría de un color carmesí saludable, iridiscente, mientras que su ojo derecho era del color de la tinta derramada, un negro reluciente.

Quería creer que su fortaleza venía solo de su sangre, pero no podía ignorar la firma de magia oscura que le arruinaba la cara. Le devolvía la mirada desde cada espejo y cada par de ojos ordinarios que se abrían de asombro o miedo. Vibraba en su cráneo cada vez que presionaba su mano ensangrentada contra una pared y llamaba el poder.

Pero su sangre nunca oscurecía. Corría real y roja. Igual que el Isle.

La sangre de Londres.

Arqueado sobre el río, en un puente de vidrio y bronce y piedra, se extendía el palacio real. Era conocido como *Soner Rast*. El «Corazón Palpitante» de la ciudad. Sus chapiteles curvos brillaban como gotas de luz.

La gente iba en manada, noche y día, hacia el palacio sobre el río, algunos para llevar su caso al rey o la reina, pero muchos simplemente para estar cerca del Isle, que corría debajo. Los eruditos venían a meditar a las orillas del río y los magos se acercaban con la esperanza de acceder a su fuerza, mientras que los visitantes que llegaban desde el campo arnesiano solo querían contemplar tanto el río como el castillo y poner flores —desde lirios hasta estrellas fugaces, de azaleas a gotas de luna— a lo largo de toda la orilla.

Kell se detuvo a la sombra de un negocio opuesto a la ribera y levantó la vista hacia el palacio, como un sol capturado en constante ascenso sobre la ciudad y, por un instante, lo vio como debían de verlo los visitantes. Con asombro.

Yentonces un destello de dolor le corrió por el brazo y volvió en sí. Hizo un gesto de dolor y se colocó la moneda para viajar nuevamente alrededor del cuello, y avanzó hacia el Isle, cuyas márgenes rebosaban de vida.

El mercado nocturno funcionaba a toda marcha.

Comerciantes en coloridos puestos vendían mercancías a la luz del río y de faroles y de la luna; algunos, comida, y otros, chucherías, de las mágicas y de las mundanas por igual, a la gente de la zona y a los peregrinos. Una mujer joven sostenía un montón de flores de borraja para que los visitantes depositaran en los escalones del palacio. Un hombre viejo exhibía decenas de collares con el brazo alzado, cada uno adornado con una piedrecita pulida, piezas que, se decía, ampliaban el control sobre un elemento.

El perfume sutil de las flores se perdía debajo del aroma de la carne asada y la fruta recién cortada, especias intensas y vino caliente y especiado. Un hombre en ropas oscuras ofrecía ciruelas acarameladas al lado de una mujer que vendía piedras de adivinación. Un comerciante servía té humeante en copas de vidrio enanas en frente de otro puesto vibrante que exponía máscaras y un tercero que ofrecía pequeños frasquitos de agua tomada del

Isle, cuyo contenido aún brillaba ligeramente con su luz. Todas las noches del año, el mercado estaba vivo y respiraba y prosperaba. Los puestos siempre estaban cambiando, pero la energía se mantenía, tanto como parte de la ciudad como el río del que se alimentaba. Kell trazó el borde de la ribera, serpenteando por la feria vespertina, paladeando el sabor y el aroma del aire, el sonido de risas y músicas, el aleteo de la magia.

Un prestidigitador callejero estaba haciendo trucos con fuego para un grupo de niños y cuando las llamas estallaron con forma de dragón entre sus manos ahuecadas, un pequeño niño dio unos pasos torpes hacia atrás de la sorpresa y cayó justo en el camino de Kell. Él atrapó la manga del niño antes de que el pequeño golpeara contra la calle de piedra y lo levantó.

El niño estaba terminando de murmurar *graciasseñorlosiento* cuando levantó la vista y logró ver el ojo negro de Kell debajo de un mechón de cabello, y los ojos del niño —marrones ambos— se abrieron de par en par.

—Mathieu —lo retó una mujer cuando el niño se liberó con fuerza de la mano de Kell y huyó por detrás de su capa.

—Lo siento, señor —dijo en arnesiano, moviendo la cabeza en desaprobación—, no sé qué se le ha metido…

Yentonces vio el rostro de Kell y sus palabras se extinguieron. Tuvo la decencia de no darse vuelta y huir como su hijo. No, lo que hizo fue mucho peor. La mujer hizo una reverencia en la calle, tan profunda que Kell pensó que se caería hacia adelante.

—*Aven* Kell —dijo, sin aliento.

A él se le revolvió el estómago y trató de tomarla del brazo, con la esperanza de poder hacer que se enderezara antes de que alguien más pudiera ver el gesto, pero solo estaba a mitad de camino de ella y ya era demasiado tarde.

—Él no estaba… mirando —tartamudeó la mujer, haciendo un esfuerzo por recordar las palabras en inglés, el idioma de la realeza. Esto solo hizo que Kell se avergonzara más.

—Fue mi culpa —dijo gentilmente en arnesiano, mientras la tomaba del hombro y la urgía a dejar de inclinarse.

—Él solo… él solo… él no lo reconoció —habló ella, claramente

agradecida de poder hablar en lenguaje común— al estar usted así vestido.

Kell se miró. Todavía estaba usando el abrigo marrón deshilachado de Tiro de Piedra, en vez de su uniforme. No se había olvidado; solo había querido disfrutar del mercado, apenas por unos minutos, como uno de los peregrinos o de los vecinos. Pero el artificio había llegado a su fin. Podía sentir cómo la noticia se propagaba por la multitud, cómo los ánimos cambiaban como una marea cuando los clientes del mercado nocturno se daban cuenta de quién estaba entre ellos.

Para cuando soltó el brazo de la mujer, la multitud se estaba separando por él; las risas y los gritos, reducidos a susurros de respeto. Rhy sabía cómo lidiar con estos momentos, cómo darlos vuelta, cómo apropiarse de ellos.

Kell solo quería desaparecer.

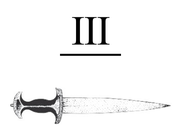
Trató de sonreír, pero sabía que parecía un gesto de disgusto, así que les dio las buenas noches a la mujer y su hijo y se abrió camino velozmente hacia la orilla del río; los murmullos de los clientes y los comerciantes le siguieron el rastro mientras avanzaba. No miró hacia atrás, pero las voces lo siguieron todo el camino hacia los escalones del palacio cubiertos de flores.

Los guardias no se corrieron de sus puestos y tan solo lo saludaron con una pequeña inclinación de la cabeza mientras él ascendía por las escaleras. Estaba agradecido de que la mayoría de ellos no hiciera reverencias —solo Parrish, el guardia de Rhy, parecía incapaz de resistirse, pero al menos tenía la amabilidad de ser discreto—. Mientras subía los escalones, se quitó el abrigo con una sacudida de hombros y lo dio vuelta de adentro hacia afuera y de derecha a izquierda. Luego metió los brazos en las mangas otra vez, que ya no estaban raídas ni manchadas de hollín. En cambio, eran bonitas, refinadas y del mismo rojo reluciente del Isle, que se extendía debajo del palacio.

Un rojo reservado para la realeza.

Kell hizo una pausa en el escalón más alto, abrochó los brillantes botones dorados y entró.

III



Los encontró en el jardín, tomando un té tardío bajo la noche despejada y el manto del follaje de los árboles.

El rey y la reina estaban sentados a la mesa, mientras que Rhy estaba echado sobre un sofá, divagando otra vez sobre su cumpleaños y el montón de fiestas planeadas a su alrededor.

—El cumpleaños celebra el *día* del nacimiento —dijo el rey Maxim (un hombre altísimo de espaldas anchas y ojos brillantes y barba negra) sin levantar la vista de una pila de papeles que estaba leyendo—. No los *días* del nacimiento ni la *semana* del nacimiento.

—¡Veinte años! —contraargumentó Rhy, agitando su taza de té—. ¡Veinte! Algunos días de celebración apenas si pueden considerarse un exceso. —Sus ojos color ámbar brillaron con picardía—. Y además, la mitad de ellos son para la gente, de todas formas. ¿Quién soy yo para negárselos?

—¿Y la otra mitad? —preguntó la reina Emira, cuyo largo cabello negro, entrelazado con una cinta dorada, estaba recogido en una pesada trenza que le caía detrás.

Rhy mostró su sonrisa ganadora.

—Tú eres la que está empeñada en encontrarme una pareja, madre.

—Sí —respondió ella, acomodando la vajilla del té distraídamente—, pero preferiría no convertir el palacio en un burdel para lograrlo.

—¡No en un burdel! —dijo Rhy, pasándose los dedos por su abundante cabello negro, lo que hizo caer el círculo de oro que llevaba allí—. Simplemente una manera eficiente de evaluar los muchos atributos necesarios de… Ah, ¡Kell! Kell estará de acuerdo con lo que pienso.

—Pienso que es una terrible idea —intervino Kell, que avanzaba con

pasos largos hacia ellos.

—¡Traidor! —dijo Rhy, fingiendo burlonamente sentirse agraviado.

—Pero —agregó Kell, acercándose a la mesa—, lo hará de todos modos. Es preferible que la fiesta sea aquí en el palacio, donde todos podemos mantenerlo alejado de los problemas. O, al menos, reducirlos.

Rhy se iluminó.

—Suena lógico, suena lógico —dijo, imitando la voz grave de su padre.

El rey puso el papel que estaba sosteniendo a un lado y observó a Kell.

—¿Cómo estuvo tu viaje?

—Más largo de lo que me hubiese gustado —dijo Kell, que revisó sus abrigos y bolsillos hasta encontrar la carta del príncipe regente.

—Empezábamos a preocuparnos —dijo la reina Emira.

—El rey no estaba bien y el príncipe estaba peor —informó Kell, que les dio la nota. El rey Maxim la tomó y la puso a un lado, sin leer.

—Siéntate —urgió la reina—, te ves pálido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el rey.

—Bastante bien, señor —dijo Kell, dejándose caer, agradecido, en una silla al lado de la mesa—. Solo cansado. —La reina se estiró y llevó la mano a la mejilla de Kell. Su tez, más oscura que la de él. (La familia real llevaba un bronceado tan profundo que, emparejado con sus ojos avellana y su cabello negro, los hacía parecer como de madera pulida. De piel blanca y pelo cobrizo, Kell se sentía perpetuamente fuera de lugar). La reina le corrió el cabello de la cara. Siempre iba a buscar la verdad en su ojo derecho, como si fuera una pizarra de adivinación, algo adonde mirar, en lo que ver más allá. Pero lo que haya visto nunca lo compartió. Kell le tomó la mano y la besó—. Estoy bien, Su Majestad. —Ella le echó una mirada cansada y él se corrigió —. Madre.

Apareció un sirviente para servirle té, dulce y espolvoreado con menta, y Kell tomó un largo trago y dejó que su familia hablara y que su mente vagara en la comodidad de sus ruidos.

Cuando apenas podía mantener los ojos abiertos, se excusó. Rhy se levantó del sofá con él. Kell no se sorprendió. Había sentido los ojos de Rhy sobre él desde que había tomado asiento. Ahora, después de que

ambos les desearan buenas noches a sus padres, Rhy siguió a Kell hacia el pasillo, jugando con el círculo de oro que descansaba sobre sus rulos negros.

—¿Qué me perdí? —preguntó Kell.

—No demasiado —dijo Rhy—. Vino Holland de visita. Acaba de irse.

Kell frunció el entrecejo. El Londres Rojo y el Blanco mantenían un contacto mucho más cercano que el Rojo y el Gris, pero su comunicación aún conservaba cierta rutina. Holland estaba fuera de agenda por casi una semana.

—¿Con qué has regresado hoy? —preguntó Rhy.

—Con un dolor de cabeza —contestó Kell, frotándose los ojos.

—Sabes a lo que me refiero —respondió el príncipe—. ¿Qué trajiste por esa puerta?

—Nada, salvo por unos pocos lines. —Kell abrió bien los brazos—. Revísame si quieres —agregó, con una sonrisa de superioridad. Rhy nunca había logrado descifrar el abrigo de Kell y sus muchos costados, y Kell ya estaba volviéndose hacia el pasillo, pensando que ahí terminaba la cosa, cuando Rhy lo sorprendió al extender la mano, no hacia sus bolsillos, sino a sus hombros, y empujándolo hacia atrás contra la pared. Con fuerza. Una pintura del rey y la reina que estaba cerca tembló, pero no se cayó. Los guardias esparcidos por el pasillo levantaron la vista, aunque no se movieron de sus puestos.

Kell era un año mayor que Rhy, pero con un cuerpo parecido a una sombra vespertina, larga y delgada, mientras que Rhy tenía la contextura de una estatua y era casi tan fuerte como una.

—No mientas —le advirtió Rhy—. No a mí.

La boca de Kell se volvió una línea rígida. Rhy lo había atrapado dos años atrás. No lo había pescado en el *acto*, por supuesto, sino que lo había pillado de una manera distinta, más retorcida. Con la confianza. Los dos habían estado bebiendo en uno de los muchos balcones del palacio una noche de verano, con el brillo del Isle debajo de ellos y la extensión del cielo por arriba, y la verdad había salido a los tropezones. Kell le había contado a su hermano sobre los negocios que había hecho en el Londres Gris y el

Blanco e incluso en una ocasión en el Rojo, sobre las varias cosas que había contrabandeado. Y Rhy lo había mirado fijo y escuchado, y cuando finalmente habló, no fue para darle un sermón a Kell sobre lo malo o ilegal que era. Fue para preguntarle *por qué*.

—No sé —había respondido Kell, y había sido verdad.

Rhy se había enderezado, con los ojos llorosos por la bebida.

—¿No te hemos mantenido? —había preguntado, visiblemente molesto —. ¿Hay algo que te haga falta?

—No —había contestado Kell, y eso había sido verdad y mentira al mismo tiempo.

—¿No eres amado? —había susurrado Rhy—. ¿No eres tratado como parte de la familia?

—Pero *no* soy familia, Rhy —había dicho Kell—. No soy verdaderamente un Maresh, aunque el rey y la reina me hayan ofrecido ese nombre. Me siento más como una posesión que como un príncipe.

Ante eso, Rhy le había dado un puñetazo en la cara.

Por una semana después de eso, Kell había tenido dos ojos negros en vez de solo uno, y nunca más había hablado así, pero el daño estaba hecho. Había tenido la esperanza de que Rhy probara haber estado demasiado ebrio para recordar la conversación, pero recordaba todo. No le había dicho al rey ni a la reina, y Kell supuso que estaba en deuda con Rhy por eso, pero ahora cada vez que viajaba, tenía que padecer los interrogatorios de Rhy y, con eso, el recordatorio de que lo que estaba haciendo era tonto e incorrecto.

Rhy soltó los hombros de Kell.

—¿Por qué insistes en mantener esas actividades?

—Me divierten —dijo Kell, acomodándose la ropa.

Rhy negó con la cabeza.

—Mira, me he hecho el tonto con tu rebelión infantil por bastante tiempo ya, pero esas puertas fueron cerradas por una razón —le advirtió—. La transferencia es *traición*.

—Son solo chucherías —afirmó Kell, que continuó avanzando por el pasillo—. No hay un peligro real en eso.

—Hay bastante —dijo Rhy, igualando sus pasos—. Como el peligro que te espera si nuestros padres llegan a saber…

—¿Les dirías? —preguntó Kell.

Rhy suspiró. Kell lo observó tratar de responder de distintas maneras, antes de que finalmente dijese:

—No hay nada que no te daría.

Kell sintió un dolor en el pecho.

—Lo sé.

—Eres mi hermano. Mi mejor amigo.

—Lo sé.

—Entonces termina con esta tontería, antes de que yo lo haga.

Kell logró mostrar una pequeña sonrisa cansada.

—Cuidado, Rhy —dijo—, estás comenzando a sonar como un rey.

La boca de Rhy dibujó una sonrisa.

—Un día lo seré. Y te necesito ahí a mi lado.

Kell le devolvió la sonrisa.

—Créeme. No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar. —Y era verdad.

Rhy le palmeó el hombro y se fue a la cama. Kell se metió las manos en los bolsillos y lo observó irse. La gente de Londres —y del país— amaba a su príncipe. ¿Y por qué no lo harían? Era joven y apuesto y amable. Quizá interpretaba el papel de pícaro demasiado a menudo y demasiado bien, pero detrás de sus encantadores ojos de motas doradas y de su aire de seductor, había una mente aguda y una buena intención, el deseo de hacer felices a todos lo que lo rodeaban. Tenía poco talento para la magia —e incluso menos concentración para ella—, pero lo que le faltaba de poder lo compensaba con encanto más que suficientemente. Además, si Kell había aprendido algo de sus viajes al Londres Blanco era que la magia hacía a los gobernantes peores, no mejores.

Avanzó por el pasillo hacia sus propios aposentos, donde un oscuro conjunto de puertas de roble llevaban a una habitación extensa. El resplandor rojo del Isle se vertía a través de las puertas abiertas de un balcón privado, sobre los tapices flameantes y sumergido en las nubes de

tela que colgaban desde lo alto del techo. Una lujosa cama con dosel, rellena de plumas y forrada en seda, lo estaba esperando. Llamándolo. Kell necesitó de toda su voluntad para no colapsar en ella. En vez de eso, atravesó la recámara y salió a una segunda habitación, más pequeña, forrada con libros —una variedad de tomos sobre magia, incluido lo poco que pudo encontrar sobre los *antari* y sus comandos de sangre, ya que la mayoría de la información había sido destruida por miedo en la purga del Londres Negro— y cerró la puerta detrás de él. Chascó los dedos distraídamente y una vela apoyada en el borde de un estante cobró vida con una chispa. Con su luz, pudo divisar una serie de marcas en la puerta. Un triángulo invertido, un conjunto de líneas, un círculo —marcas simples, lo suficientemente fáciles de recrear pero lo bastante específicas como para discernirlas—. Puertas a diferentes lugares en el Londres Rojo. Sus ojos fueron a una en el medio. Estaba formada por dos líneas cruzadas. «X marca el lugar», pensó para sí mientras presionaba los dedos en el corte más reciente en su brazo —la sangre aún húmeda—, luego trazó la marca.

—*As Tascen* —dijo con cansancio.

La pared cedió debajo de su contacto, y su biblioteca privada se transformó en una habitación pequeña y estrecha, la lujosa calma de sus aposentos reales reemplazada por el alboroto de la taberna debajo y la ciudad más allá de esta, mucho más cercana de lo que había estado un simple momento atrás.

Is Kir Ayes —'Campos de Rubí'— era el nombre que colgaba sobre la puerta de la taberna. El lugar estaba regenteado por una anciana llamada Fauna, quien tenía el cuerpo de una abuela, la boca de un marinero y el temperamento de un borracho. Kell había hecho un trato con ella cuando era joven (ella ya era vieja entonces, siempre vieja) y la habitación en la cima de la escalera se convirtió en suya.

El cuarto en sí era escabroso y deteriorado y varios pasos demasiado pequeño, pero le pertenecía a él por completo. La ventana y la puerta estaban marcadas por hechizos —lo que no era estrictamente legal— para que nadie más pudiera encontrar la habitación, percibir que estaba allí. En un primer vistazo, la habitación parecía bastante vacía, pero una inspección

más minuciosa revelaba que el espacio debajo del catre y los cajones de la cómoda estaba llenos de cajas y, en dichas cajas, tesoros de todos los Londres.

Kell pensó que *él* también era un coleccionista.

Los únicos elementos expuestos eran un libro de poemas, una bola de cristal rellena con arena negra y un conjunto de mapas. El libro de poemas estaba escrito por un hombre llamado Blake y se lo había dado a Kell un coleccionista en el Londres Gris el año anterior; el lomo ya se había gastado hasta casi desaparecer. La bola de cristal era una chuchería del Londres Blanco y se decía que mostraba los sueños en las arenas, pero Kell aún debía probarla.

Los mapas eran recordatorios.

Los tres lienzos estaban colgados uno al lado del otro, la única decoración en las paredes. Desde cierta distancia, hubieran podido pasar por el *mismo* mapa —el mismo contorno del mismo país insular—, pero de cerca, solo se podía encontrar la palabra *Londres* en los tres. Londres Gris. Londres Rojo. Londres Blanco. El mapa a la izquierda era de Gran Bretaña, desde el canal de la Mancha hasta el final de Escocia, cada aspecto retratado en detalle. En contraste, el mapa a la derecha casi no contenía ninguno. Makt, se llamaba a sí mismo el país, la ciudad capital organizada por los despiadados mellizos Dane, pero el territorio más allá de ella estaba en constante mutación. El mapa del medio era el que Kell conocía mejor, porque era su hogar. Arnes. El nombre del país estaba escrito en una caligrafía elegante a lo largo de la isla, aunque en realidad, la tierra sobre la que Londres se asentaba era solo la punta del imperio real.

Tres Londres muy diferentes, en tres países muy diferentes, y Kell era uno de los pocos seres vivos que habían visto todos. La increíble ironía, creía, era que nunca había visto los mundos *más allá* de las ciudades. Atado al servicio de su rey y su corona, y mantenido siempre al alcance, nunca había hecho un viaje de más de un día de un Londres a otro.

La fatiga le carcomía el cuerpo a Kell, que se estiró y se quitó el abrigo con una sacudida de hombros. Revolvió los bolsillos hasta que encontró el paquete del coleccionista y lo apoyó cuidadosamente en la cama, para abrir

con cautela el envoltorio y revelar la diminuta caja musical que había dentro. Los faroles de la habitación se volvieron más brillantes cuando levantó la chuchería hacia la luz para admirarla. El dolor en el brazo lo despabiló. Dejó la caja musical a un lado y llevó la atención hacia la cómoda.

Una vasija de agua y un conjunto de jarras esperaban allí y Kell levantó las mangas de su túnica negra y se puso a trabajar en su antebrazo. Se movía con manos expertas y en minutos se enjuagó la piel y le aplicó un bálsamo. Había un comando de sangre para sanar —*As Hasari*—, pero no estaba pensado para que los *antari* lo usaran sobre sí mismos, especialmente no para heridas menores, ya que requería más energía de lo que daba salud. De todos modos, los cortes en que tenía en el brazo ya habían empezado a sanar. Los *antari* sanaban rápido, gracias a la cantidad de magia en sus venas, y por la mañana las marcas superficiales se habrían ido, la piel se volvería suave. Estaba a punto de bajarse la manga cuando la cicatriz pequeña y brillante le llamó la atención. Siempre lo hacía. Justo debajo del recodo, las líneas estaban tan poco nítidas que el símbolo era casi ilegible.

Casi.

Kell había vivido en el palacio desde que tenía cinco años. La primera vez que notó la marca tenía doce años. Había pasado semanas buscando la runa en las bibliotecas del palacio. *Memoria*.

Pasó un dedo por la cicatriz. Al contrario de su denominación, el símbolo no era para ayudar a recordar. Era para hacer olvidar.

Olvidar un momento. Un día. Una vida. Pero la magia que ataba el cuerpo de una persona o su mente no solo estaba prohibida, sino que era un delito capital. A los que eran acusados y condenados por ello, se los despojaba de toda magia, un destino que algunos creían peor que la muerte en un mundo regido por la magia. Y sin embargo, Kell llevaba la marca de tal hechizo. Peor aún, sospechaba que el rey y la reina mismos lo habían autorizado.

KL.

Las iniciales en su cuchillo. Había tantas cosas que no entendía —que nunca entendería— sobre el arma, su monograma y la vida que iba con él…

(¿Las letras eran en inglés o en arnesiano? Las letras estaban en los dos alfabetos. ¿Qué representaba la L? O incluso la K, si vamos al caso. No sabía nada sobre las letras que habían formado su nombre —*KL* se había transformado en *Ka-ele,* que se había transformado en *Kell*—). Era tan solo un niño cuando había sido traído al castillo. ¿El cuchillo había sido siempre suyo o había sido de su padre? Un souvenir, algo que llevar consigo, ¿algo que lo ayudara a recordar quién había sido? ¿Quién *había* sido? La ausencia de memoria lo carcomía. A menudo se sorprendía a sí mismo mirando fijamente el centro del mapa en la pared, preguntándose de dónde había venido. De *quién* había venido.

Quienes quieran que fuesen no habían sido *antari*. La magia podrá vivir en la sangre pero no en el linaje. No se pasaba de padres a hijos. Elegía su propio rumbo. Elegía su forma. Los fuertes a veces daban a luz a los débiles y viceversa. Los manipuladores del fuego solían nacer de magos del agua; los conductores de la tierra, de los sanadores. El poder no podía ser cultivado como la siembra, destilado por generaciones. Si se pudiera, los *antari* serían sembrados y cosechados. Eran los recipientes ideales, capaces de controlar cualquier elemento, de conjurar cualquier hechizo, de usar su propia sangre para dominar el mundo alrededor de ellos. Eran herramientas y, en manos equivocadas, armas. Quizás la falta de transmisión era la forma que tenía la naturaleza de equilibrar la balanza, de mantener el orden.

En verdad, nadie sabía qué llevaba al nacimiento de un *antari*. Algunos creían que era aleatorio, un tiro de dados afortunado. Otros afirmaban que los *antari* eran divinos, destinados a la grandeza. Algunos eruditos, como Tieren, creían que los *antari* eran el resultado de la transferencia entre mundos, de magia de diferentes tipos entrelazada, y por eso se estaban extinguiendo. Pero sin importar la teoría sobre cómo habían llegado a ser, la mayoría creía que los *antari* eran sagrados. Elegidos por la magia o quizás bendecidos por ella. Y definitivamente *marcados* por ella.

Kell se llevó los dedos distraídamente al ojo derecho.

Lo que fuera que uno eligiese creer, el hecho seguía siendo que los *antari* se habían vuelto cada vez más excepcionales. Su talento siempre los

convertía en algo codiciado, pero ahora su escasez los transformaba en algo que recolectar y proteger y mantener. Que poseer. Y lo admitiera Rhy o no, Kell pertenecía a la colección real.

Levantó la caja musical plateada y le dio cuerda con la pequeña manivela de metal.

«Una chuchería valiosa —pensó—, pero una chuchería de todos modos». La canción comenzó y le hizo cosquillas en la mano como un pajarito, pero no bajó la caja. En vez de eso, la sostuvo con fuerza, mientras las notas salían en susurros y él se dejaba caer hacia atrás sobre el catre duro, observando el pequeño y hermoso artilugio.

¿Cómo había terminado en esta litera? ¿Qué había pasado cuando su ojo se volvió negro? ¿Había nacido así y había sido escondido o la marca de magia se había manifestado? Cinco años. Cinco años había sido hijo de otros. ¿Les había causado tristeza dejarlo ir? ¿O lo habían ofrecido a la corona con gratitud?

El rey y la reina habían rehusado contarle sobre su pasado y él había aprendido a dejar de darles voz a las preguntas, pero la fatiga erosionó las paredes y dejó que estas pasaran.

¿Qué vida había olvidado?

Kell dejó caer la mano desde su rostro al regañarse a sí mismo. ¿Cuánto podía recordar realmente un niño de cinco años? Quienquiera que haya sido antes de ser llevado al palacio, esa persona ya no importaba.

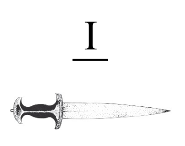
Esa persona no existía.

La canción de la caja musical titubeó y se detuvo, y Kell volvió a darle cuerda, cerró los ojos y dejó que la melodía del Londres Gris y el aire del Londres Rojo lo arrastraran hacia el sueño.

TRES

EL LADRÓN GRIS

I



Lila Bard se guiaba por una simple regla: si valía la pena tener una cosa, entonces valía la pena tomarla.

Sostuvo el reloj de bolsillo de plata levantado hacia el débil resplandor de la farola y admiró el brillo del metal pulido, mientras se preguntaba qué significarían las iniciales —*L. L. E.*— grabadas en la parte trasera. Se lo había birlado a un caballero, un topetazo torpe en una esquina demasiado atestada que había derivado en una rápida disculpa, con una mano en un hombro para distraer de la mano en el abrigo. Los dedos de Lila no solo eran rápidos, también eran ligeros. Una inclinación de sombrero y un simpático «buenas noches» y era la orgullosa nueva propietaria de un reloj, mientras el sujeto seguía su camino sin enterarse.

No le interesaba el objeto en sí, pero le importaba mucho lo que este le compraba: libertad. Una pobre excusa para hacerlo, seguro, pero mejor eso que la prisión o un hospicio para pobres. Pasó un dedo enguantado por la cara de cristal del reloj.

—¿Tiene hora? —preguntó un sujeto por sobre su hombro.

Los ojos de Lila se dispararon hacia arriba. Era un oficial.

Su mano fue hacia el ala de su galera —robada a un chofer adormilado la semana anterior— y esperó que el ademán pasara por un saludo y no por un gesto nervioso, un intento de esconder su rostro.

—Nueve y media —murmuró rápido y guardó el reloj en el bolsillo del chaleco debajo de su capa, con cuidado para que el oficial no advirtiera las variadas armas que brillaban debajo de esta. Lila era alta y delgada, con una contextura física como de muchacho, lo que la ayudaba a hacerse pasar por un hombre joven, pero solo a cierta distancia. Una inspección minuciosa, y

la ilusión se desplomaba.

Lila sabía que debía darse vuelta e irse mientras pudiera, pero cuando el oficial buscó algo para encender su pipa y no halló nada, ella se encontró a sí misma tomando una maderita en la calle. Puso una bota sobre la base de la farola y se empujó hacia arriba con destreza para encender el palo con la llama. La luz del farol rebotó contra su mandíbula, labios, pómulos, de modo que los bordes de su cara quedaron expuestos debajo de la galera. Una deliciosa excitación le corrió por el pecho, rechazada por la cercanía del peligro, y Lila se preguntó, no por primera vez, si había algo mal con ella. Barron solía decirlo, pero Barron era aburrido.

—Vas buscando problemas —decía él—. Vas a buscar hasta que los encuentres.

—Los problemas son los que buscan —decía ella—. No paran hasta que te encuentran. Para eso los encuentro yo primero.

—¿Por qué quieres morir?

—No, no quiero —diría ella—. Es solo que quiero vivir.

Bajó del farol, su rostro sumergido otra vez en la sombra del sombrero al darle al oficial la maderita ardiente. Él masculló las gracias y encendió la pipa, dio unas caladas y parecía a punto de irse, pero entonces hizo una pausa. El corazón de Lila palpitó de nervios mientras él la observaba otra vez, en esta ocasión con más detenimiento.

—Debería ser más cuidadoso, señor —finalmente dijo—. Estar fuera de noche y solo, es probable que un carterista le robe.

—¿Ladrones? —preguntó Lila, haciendo un esfuerzo por mantener la voz grave—. Ciertamente no en Eaton.

—Sí, sí. —El oficial asintió con la cabeza y sacó de su saco una hoja de papel doblada. Lila se estiró para tomarla, aunque sabía de un vistazo qué era. Un afiche de BUSCADO. Miró fijo un croquis que era poco más que un contorno impreciso con una máscara (nada más que un retazo de tela sobre los ojos) y un sombrero de ala ancha—. Ha estado robando, incluso asaltó a algunos caballeros y a una dama descaradamente. Uno espera ese lío, por supuesto, pero no por aquí. Este es un bandido completamente atrevido.

Lila reprimió una sonrisa. Era verdad. Birlar unas monedas en South

Bank era una cosa, robar plata y oro de los que viajaban en carruaje en Mayfair era otra muy distinta, pero los ladrones era tontos si se quedaban en los barrios bajos. Los pobres iban con la guardia alta. Los ricos se pavoneaban por el lugar, creyendo que estarían a salvo mientras se quedaran en las partes buenas de la ciudad. Pero Lila lo sabía: no había partes buenas. Solo partes pequeñas y partes estúpidas, y era lo suficientemente rápida para saber qué parte interpretar.

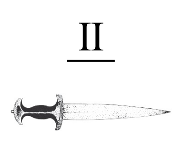
Devolvió el papel e inclinó la galera hacia el oficial.

—Cuidaré mis bolsillos, entonces.

—Hágalo —urgió el oficial—. No es como solía ser. Nada lo es… —Se fue caminando sin prisa, fumando su pipa y murmurando sobre cómo el mundo se estaba cayendo a pedazos o algo por el estilo; Lila no pudo escuchar el resto por sobre sus pulsaciones, que le golpeaban los oídos.

Apenas el oficial estuvo fuera de vista, Lila suspiró y se dejó caer contra la farola, mareada por el alivio. Arrancó la galera de su cabeza y observó la máscara y el gorro de ala ancha metidos dentro. Sonrió para sí. Y luego volvió a ponerse el sombrero y se empujó contra el poste para abrirse paso hacia los muelles, silbando mientras andaba.

II



El *Sea King* no estaba ni cerca de ser tan impresionante como sugería su nombre.

El barco se apoyaba pesadamente contra el muelle, tenía la pintura roída por la sal y el casco de madera semipodrido en algunas partes y completamente podrido en otras. Toda la unidad parecía estar hundiéndose muy, muy lentamente en el Támesis.

La única cosa que mantenía el bote a flote parecía ser el muelle mismo, cuyo estado no era mucho mejor, y Lila se preguntó si algún día el costado del barco y las tablas del muelle simplemente se pudrirían juntos o se desmoronarían en el agua turbia de la bahía.

Powell afirmaba que el *Sea King* era tan fuerte como siempre. «Todavía es apto para altamar», juraba. Lila pensaba que apenas si era apto para el oleaje del puerto de Londres.

Puso una bota sobre la rampa y las tablas gruñeron bajo el pie; el sonido se propagó hasta que todo el bote protestaba por su llegada. Una protesta que ella ignoró al subir a bordo y aflojar el nudo de la capa en su garganta.

El cuerpo de Lila ansiaba dormir, pero ella llevó a cabo su ritual nocturno: cruzó la dársena hasta la proa del barco y cerró los dedos alrededor del timón. La madera fría contra sus dedos, el suave bamboleo de la cubierta bajo sus pies, todo se sentía *bien*. Lila Bard sabía en sus huesos que ella estaba predestinada a ser pirata. Todo lo que necesitaba era un barco en funcionamiento. Y una vez que lo tuviera… Una brisa se le metió en el abrigo y por un momento se vio a sí misma lejos del puerto de Londres, lejos de toda tierra, abriéndose paso por altamar. Cerró los ojos y trató de imaginar la sensación de la brisa marina, corriendo por sus mangas raídas. El

ritmo del océano contra los costados de la nave. La emoción de la libertad —libertad verdadera— y la aventura. Levantó el mentón al imaginar que el agua salada salpicaba y le hacía cosquillas en la pera. Respiró hondo y sonrió ante el aroma del aire de mar. Cuando finalmente abrió los ojos, se sorprendió al encontrar el *Sea King* justo donde había estado. Atracado y muerto.

Lila se fue de la barandilla y cruzó la cubierta y, por primera vez en toda la noche, mientras sus botas hacían eco contra la madera, se sintió algo así como segura. Sabía que *no era* seguro, sabía que ningún lugar en la ciudad lo era, no lo era un carruaje lujoso en Mayfair y definitivamente no lo era un barco semipodrido en el extremo sórdido de los muelles, pero se sentía un poco así. Familiar… ¿era eso? O quizá simplemente escondido. Eso era lo más cercano a seguro que se podía. Ningún ojo la miraba cruzar la cubierta. Nadie lo vio descender los escalones que llevaban a los huesos e intestinos del barco. Nadie la siguió por el frío y húmedo pasillo ni a su camarote al final de este.

El nudo sobre su garganta finalmente se aflojó y Lila se sacó la capa de los hombros y la tiró sobre el catre que abrazaba una de las paredes del camarote. Esta cayó ondeando sobre la cama, seguida en unos instantes por la galera, que volcó su disfraz como joyas contra una tela negra. Una pequeña estufa de carbón descansaba en una esquina, las brasas escasamente suficientes para calentar la habitación. Lila las atizó y usó el palo para encender un par de velas de sebo desparramadas por el camarote. Después se quitó los guantes y los lanzó a la cama con el resto de las cosas. Finalmente, se deshizo el cinturón y liberó la pistolera y la daga de la correa de cuero. No eran sus únicas armas, por supuesto, pero eran las únicas que se molestaba en quitarse. El cuchillo no era nada especial, solo increíblemente afilado —lo arrojó a la cama sobre el resto de las cosas—, pero la pistola era una gema, un revólver de chispa que había caído en sus manos desde las de un hombre adinerado muerto el año anterior. Caster —todas las armas buenas merecían un nombre— era una belleza y ella lo deslizó, casi con reverencia, adentro del cajón de su escritorio.

La emoción de la noche se había enfriado con la caminata a los muelles,

la excitación reducida a cenizas, y Lila se encontró a sí misma acomodándose en una silla. Esta protestó tanto como todo lo demás en el barco, crujiendo con fuerza cuando levantó las botas para apoyarlas sobre el escritorio, cuya superficie de madera gastada estaba cubierta con mapas, la mayoría enrollados, pero uno extendido y sujetado en su lugar con piedras o piezas robadas. Ese mapa era su favorito, porque ninguno de los lugares que figuraban ahí estaba marcado. Seguramente alguien sabía qué tipo de mapa era y adónde llevaba, pero Lila no. Para ella, era un mapa a dondequiera.

Había un gran trozo de espejo apuntalado en el escritorio, apoyado contra la pared del casco, con bordes oscurecidos y descascarados. Lila encontró su mirada en el vidrio y sintió un poco de vergüenza. Se pasó los dedos por el pelo. Estaba desgreñado y oscuro y restregado contra su mentón.

Lila tenía diecinueve años.

Diecinueve, y sentía cada uno de esos años tallados en ella. Se tocó la piel debajo de los ojos, tiró de sus mejillas, se pasó un dedo a lo largo de los labios. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le había dicho que era bonita.

No era que Lila quisiera ser bonita. Ser bonita no le sería demasiado útil. Y Dios sabía que no envidiaba a las *damas* con sus corsés ajustados y sus faldas acampanadas, sus risas en falsete y la forma ridícula que tenían de usarlas. La manera en que se desvanecían y se apoyaban en los hombres, fingiendo debilidad para saborear su fortaleza.

Por qué alguien *fingiría* ser débil estaba más allá de su comprensión.

Lila intentó imaginarse como una de las señoras a las que les había robado esa noche —era tan fácil enredarse en toda esa tela, tan fácil tropezar y ser atrapada— y sonrió. ¿Cuántas damas habían coqueteado con *ella*; se habían desfallecido y se habían apoyado en ella y habían simulado maravillarse con *su* fuerza?

Sintió el peso del botín nocturno en el bolsillo.

Suficiente.

Se lo merecían, por hacerse las débiles. Quizá no volverían a debilitarse

con tanta rapidez ante cada galera o tomar cada mano que les ofrecían.

Lila inclinó la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla. Podía escuchar a Powell en su cuarto, llevando a cabo su propia rutina nocturna de alcoholizarse y proferir groserías y murmurar historias a las paredes curvas del barco en vías de putrefacción. Historias de tierras que nunca había visitado. Doncellas que nunca había cortejado. Tesoros que nunca había robado. Era un mentiroso y un alcohólico y un tonto —lo había visto ser las tres cosas varias noches en Marea Estéril—, pero tenía un camarote extra y ella necesitaba uno, así que habían llegado a un acuerdo. Ella perdía una parte de las ganancias de la noche a favor de la hospitalidad de Powell y, a cambio, él se olvidaba de que le estaba alquilando una habitación a un criminal buscado, sin mencionar que era una muchacha.

Powell divagaba en su habitación. Lo hacía por horas, pero Lila estaba tan acostumbrada al ruido que pronto este se disipaba entre otros quejidos, gemidos y murmullos del viejo *Sea King*.

Se le había empezado a caer la cabeza, cuando alguien tocó a su puerta tres veces. Bueno, alguien tocó dos veces, pero estaba claramente demasiado borracho para hacerlo una vez más y había arrastrado su mano por la madera. Las botas de Lila se deslizaron hacia debajo del escritorio y aterrizaron con fuerza en el piso.

—¿Qué pasa? —gritó, poniéndose de pie cuando la puerta se abrió de golpe. Powell estaba ahí parado, bamboleándose por la bebida y la suave oscilación del bote.

—Liiiila —cantó su nombre—. Liiiiilaaaaaa.

—¿Qué?

La botella que tenía en la mano se derramó. Levantó la otra, con la palma hacia arriba.

—Mi parte.

Lila se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas. La mayoría de ellas estaban gastadas, pero unas pocas pizcas plateadas destellaban en la mezcla y ella las tomó y las dejó caer en la mano de Powell. Él cerró el puño y agitó el dinero.

—No es suficiente —dijo mientras ella devolvía las monedas a su

bolsillo. Ella sintió el reloj de plata en su chaleco, tibio contra sus costillas, pero no lo sacó. No supo bien por qué. Quizá le había tomado el gusto al cronómetro después de todo. O quizá tenía miedo de que si le empezaba a ofrecer productos tan caros, Powell empezaría a pedirlos.

—Fue una mala noche —contestó, cruzándose de brazos—. Te compensaré la diferencia mañana.

—Eres una molestia —dijo Powell, arrastrando las palabras.

—Lo soy —respondió y le dirigió una sonrisa. Su tono era dulce, pero sus dientes eran afilados.

—Quizás eres más molesta de lo que vales —masculló—. Ciertamente más de lo que vales esta noche.

—Tendrás el resto mañana —dijo, y sus manos bajaron lentamente para quedar a ambos lados de su cuerpo—. Estás borracho. Vete a la cama. —Comenzó a darse vuelta, pero Powell la agarró del codo.

—Dije que yo no…

La botella que Powell tenía en la otra mano cayó al piso cuando él empujó con fuerza a Lila contra el escritorio, donde la mantuvo sujeta con la cadera.

—No tienen que ser monedas —susurró, arrastrando los ojos por su pechera—. Debe haber un cuerpo de mujer ahí debajo en algún lado. —Sus manos comenzaron a deambular, y Lila lanzó una rodilla contra el estómago de Powell, lo que lo envió tambaleándose hacia atrás.

—No deberías haber hecho eso —gruñó Powell, con el rostro rojo. Sus dedos fueron con torpeza hacia la hebilla de su cinturón. Lila no esperó y fue por la pistola en el cajón. Pero Powell levantó la cabeza y se lanzó hacia adelante para agarrarla de la muñeca y arrastrarla hacia él. La lanzó con fuerza al catre y ella aterrizó sobre el sombrero y los guantes y la capa y el cuchillo descartado.

Ella se apresuró hacia la daga mientras Powell embestía hacia adelante. Él le agarró la rodilla cuando los dedos de Lila envolvían la funda de cuero. Él la tiró hacia sí, mientras ella desenfundaba la cuchilla, y cuando él le agarró la otra mano, Lila usó su agarre para impulsarse, ponerse de pie y clavar el cuchillo en el abdomen del borracho.

Yasí como así, se apagó todo el forcejeo en la pequeña y estrecha habitación.

Powell miró fijo la cuchilla que sobresalía de su parte frontal, con los ojos bien abiertos por la sorpresa y por un momento, pareció que seguiría a pesar de todo, pero Lila sabía cómo usar un cuchillo, sabía dónde herir para lastimar y dónde herir para matar.

Powell la agarró con más fuerza. Ydespués, se debilitó. Se bamboleó y frunció el entrecejo, y después sus rodillas cedieron.

—No deberías haber hecho eso —dijo Lila como en un eco, al liberar el cuchillo antes de que él colapsara hacia adelante.

El cuerpo de Powell golpeó contra el piso y allí se quedó. Lila lo miró fijo un momento, maravillada ante la quietud; el silencio quebrado solo por su pulso y el sonido del mar contra el casco del barco. Empujó al hombre con la punta de la bota.

Muerto.

Muerto… y ensuciando todo.

La sangre se expandía por los tablones, llenaba las rajaduras y goteaba hacia las partes inferiores del barco. Lila necesitaba hacer algo. *Ahora*.

Se agachó, limpió su cuchilla con la camisa de Powell y recuperó la plata de su bolsillo. Ydespués pasó por encima de su cuerpo, buscó el revolver en el cajón y se vistió. Cuando el cinturón volvió a estar alrededor de su cintura y la capa le cubría los hombros, tomó la botella de whisky del piso. No se había roto al caer. Lila le quitó el corcho con los dientes y vació el contenido sobre Powell, aunque probablemente ya hubiese suficiente alcohol en su sangre como para que ardiera de todos modos.

Tomó la vela y estaba a punto de tocar el piso con ella cuando recordó el mapa. El que llevaba dondequiera. Lo liberó del escritorio y lo metió bajo su capa y entonces, tras echar un último vistazo a la habitación, prendió fuego al hombre muerto y el barco.

Lila se paró sobre el muelle y observó cómo ardía el *Sea King*.

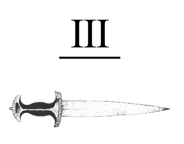
Lo miró fijo, con el rostro caliente por el fuego que danzaba sobre su mentón y sus mejillas como lo había hecho la luz de la farola frente al oficial. «Es una pena», pensó. El barco podrido le había gustado bastante. Pero no

era de ella. No, el suyo sería mucho mejor.

El *Sea King* gruñó mientras las llamas le carcomían la piel y luego los huesos, y Lila observó cómo el barco muerto comenzó a hundirse. Se quedó hasta que oyó gritos lejanos y el sonido de botas que, aunque tarde, obviamente, igual iban hacia allí.

Yentonces suspiró y salió en busca de otro lugar en el que pasar la noche.

III



Barron estaba parado en los escalones de Tiro de Piedra, mirando distraídamente hacia los muelles, cuando Lila llegó caminando, con la galera y el mapa debajo del brazo. Cuando ella siguió la dirección de su mirada, pudo ver los vestigios del fuego arriba de los edificios, el fuego enmascarado por la noche nublada.

Barron fingió no verla al principio. Lila no podía culparlo. La última vez que la había visto, casi un año atrás, la había echado por robar —no a él, claro, sino a un cliente— y ella había salido hecha una furia, maldiciéndolo a él y también a su taberna-hostería.

—¿A dónde vas, entonces? —Él la había seguido hecho un rayo. Era lo más cercano que jamás había estado de gritar.

—A encontrar una aventura —le había gritado ella, sin mirar atrás.

Ahora ella arrastraba las botas por las calles de piedra. Él le dio una calada al cigarro que tenía en la mano.

—¿De vuelta tan rápido? —dijo Barron, sin levantar la vista. Ella subió los escalones y se dejó caer contra la puerta de la taberna—. ¿Encontraste aventuras ya? ¿O te encontraron a ti?

Lila no respondió. Podía escuchar el tintineo de las copas dentro y el cotorreo de borrachos emborrachándose aún más. Odiaba ese ruido, odiaba la mayoría de las tabernas, pero no Tiro de Piedra. Todas las otras le repugnaban, la *repelían*, pero este lugar la arrastraba hacia sí como la gravedad, con una fuerza constante y silenciosa. Incluso cuando no fuese su intención, siempre parecía terminar aquí. ¿Cuántas veces sus pies la habían llevado a esos escalones el año que había pasado? ¿Cuántas veces había estado a punto de entrar? No era algo que Barron necesitara saber. Lo

observó inclinar la cabeza hacia atrás y mirar al cielo, como si pudiera ver algo ahí además de nubes.

—¿Qué le pasó al *Sea King*? —preguntó él.

—Se incendió. —Un desafiante aleteo de orgullo le llenó el pecho cuando los ojos de él se abrieron una fracción por la sorpresa. Le gustaba sorprender a Barron. No era algo fácil de lograr.

—¿En serio? —preguntó él, como restándole importancia.

—Sabes cómo es esto —dijo Lila encogiéndose de hombros—. La madera vieja se enciende con tanta facilidad.

Barron la miró un largo rato, luego exhaló una larga bocanada de humo.

—Powell debería haber sido más cuidadoso con su bergantín.

—Sí —dijo Lila, que jugueteó con el ala de su galera.

—Hueles a humo.

—Necesito alquilar una habitación. —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Es gracioso —habló Barron y dio otra calada—. Recuerdo perfectamente que me sugeriste que tomara mi taberna y todas sus muchas aunque modestas habitaciones y me metiera todas y cada una de ellas en el…

—Las cosas cambian —respondió mientras le quitaba el cigarro de la boca, y luego lo fumó.

Él la estudió bajo la luz de la farola.

—¿Estás bien?

Lila observó el humo que se vertía desde sus labios.

—Siempre estoy bien.

Le devolvió el cigarro y buscó el reloj de plata en el bolsillo de su chaleco. Estaba tibio y terso, y no sabía por qué le gustaba tanto, pero así era. Quizá porque era una elección. Tomarlo había sido una elección. Quedárselo había sido una también. Y quizá la elección había empezado al azar, pero había algo en ella. Quizá se lo había quedado por una razón. O quizá solo se lo había quedado para eso. Se lo ofreció a Barron.

—¿Esto me comprará algunas noches?

El dueño de Tiro de Piedra observó el reloj. Y entonces se estiró y cerró

los dedos de Lila sobre este.

—Quédatelo —dijo despreocupado—. Sé que pagas.

Lila deslizó la chuchería nuevamente a su bolsillo, agradecida por su peso, al darse cuenta de que había regresado a cero. Bueno, casi. Una galera, un mapa a dondequiera —o a ningún lado—, un puñado de cuchillos, un revólver, unas pocas monedas y un reloj de plata.

Barron empujó la puerta para abrirla, pero cuando ella se giró para entrar, él le bloqueó el paso.

—Nadie aquí es un blanco. ¿Entendido?

Lila asintió con rigidez.

—No me quedaré mucho —dijo—. Solo hasta que se despeje el humo.

El sonido de vidrios que se rompían más allá de la puerta los alcanzó, y Barron suspiró y entró. Mirando sobre su hombro, dijo:

—Bienvenida de nuevo.

Lila suspiró y levantó la vista, no al cielo, sino a las ventanas superiores de la pequeña y sucia taberna. No se parecía en nada a un barco pirata, a un lugar de libertad y aventuras.

«Solo hasta que se despeje el humo», repitió para sí.

Quizá no fuese tan malo. Después de todo, no había regresado a Tiro de Piedra con la cola entre las patas. Se estaba escondiendo. Un hombre buscado. Sonrió ante la frase.

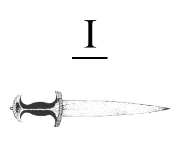
Un papel ondeaba sobre un poste al lado de la puerta. Era el mismo póster que el oficial le había mostrado, y ella le sonrió a la figura bajo el sombrero de ala ancha y máscara que la miraba fijo debajo de la palabra BUSCADO. «El ladrón de las sombras», la llamaban. La habían dibujado más alta y más delgada de lo que realmente era, la habían alargado hasta dejarla como un espectro aterrador vestido de negro. Cosas de los cuentos de hadas. Y de leyendas.

Lila le guiñó a la sombra antes de entrar.

CUATRO

EL TRONO BLANCO

I



—Quizá debería ser un baile de máscaras, entonces.

—Concéntrate.

—O quizás un baile de disfraces. Algo con clase.

—Vamos, Rhy. Presta atención.

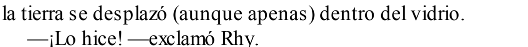
El príncipe estaba sentado en una silla de respaldo alto, con sus botas de hebilla dorada apoyadas sobre la mesa y haciendo rodar una bola de vidrio entre sus manos. La esfera era parte de una versión más grande e intrincada del juego que Kell había intercambiado en Tiro de Piedra. En lugar de piedritas o charcos o montones de arena encajados en el pequeño tablero, había cinco bolas de vidrio, cada una de las cuales contenía un elemento. Cuatro de ellas aún estaban posadas en el cofre de madera oscura que había sobre la mesa, cuyo interior estaba forrado con seda y cuyos bordes estaban bañados en oro. La que estaba en manos de Rhy contenía un puñado de tierra, que se inclinaba de un lado a otro con el movimiento de sus dedos.

—Disfraces con capas, esas que se pueden sacar… —continuó. Kell suspiró—. Podemos empezar la noche completamente vestidos y al final…

—Ni siquiera estás intentando.

Rhy gruñó. Sus botas golpearon el piso con un ruido seco cuando se enderezó, y sostuvo la bola de vidrio entre ambos.

—Está bien —dijo—. Observa mis poderes mágicos. —Rhy entornó los ojos hacia la tierra atrapada dentro del vidrio e, intentando concentrarse, le habló murmurando entre dientes en inglés. Pero esta no se movió. Kell observó que aparecía una arruga entre los ojos de Rhy a medida que este se concentraba y susurraba y esperaba y se irritaba cada vez más. Finalmente,


la tierra se desplazó (aunque apenas) dentro del vidrio.

—¡Lo hice! —exclamó Rhy.

—¡La agitaste! —dijo Kell.

—¡No me atrevería!

—Inténtalo de nuevo.

Rhy lanzó un sonido de desaliento al dejarse caer en la silla.

—Por los Santos, Kell. ¿Qué hay de malo conmigo?

—No pasa nada malo —insistió Kell.

—Hablo once idiomas —dijo Rhy—. Algunos de ellos, de países que nunca he visto y a los que probablemente nunca visitaré; sin embargo, no soy capaz de convencer a un terrón de tierra de que se mueva o a una gota de agua de que se levante de su estanque. —Su mal humor estalló—. ¡Es enfurecedor! —ladró—. ¿Por qué es tan difícil para mi lengua dominar el lenguaje de la magia?

—Porque no puedes ganarte a los elementos con tu encanto o tu sonrisa o tu estatus —explicó Kell.

—Me faltan el respeto —dijo Rhy con una sonrisa amarga.

—A la tierra que hay debajo de tus pies no le importa que vayas a ser rey. Ni al agua en tu copa. Ni al aire que respiras. Debes hablarles como a un igual, o mejor aún, como si fueses un suplicante.

Rhy suspiró y se frotó los ojos.

—Lo sé. Lo sé. Solo que desearía… —Su voz se fue apagando.

Kell frunció el entrecejo. Rhy se veía genuinamente molesto.

—¿Qué desearías?

La mirada de Rhy se alzó para encontrar la de Kell, su dorado tenue relucía incluso cuando se alzaba una pared detrás de ellos.

—Desearía un trago —respondió, enterrando el tema. Se levantó de la silla y cruzó la habitación para servirse uno de una banqueta que había contra la pared—. Sí que lo intento, Kell. Quiero ser bueno o, al menos, mejor. Pero no todos podemos ser… —Rhy bebió un sorbo y agitó la mano hacia Kell.

La palabra que este creyó que Rhy buscaba era «*antari*». La palabra que usó fue «tú».

—¿Qué puedo decir? —contestó Kell, pasándose una mano por el pelo —. Soy único.

—Hay dos únicos.

Kell arrugó la frente.

—He estado queriendo preguntar: ¿qué vino a hacer Holland aquí?

Rhy se encogió de hombros y regresó lentamente al cofre de elementos.

—Lo mismo que siempre viene a hacer. Entregar el correo. —Kell observó al príncipe. Había algo raro. Rhy era de los que se movían ansiosamente al mentir, y Kell observó que cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro y golpeteaba la tapa del cofre abierto con los dedos. Pero en vez de insistir, Kell cambió de tema, se agachó y sacó otra bola de vidrio del cofre, esta llena de agua. La equilibró sobre la palma de su mano, con los dedos abiertos.

—Haces un esfuerzo desmedido. —Kell llamó al agua dentro del vidrio a que se moviera y esta se movió, primero dio vueltas libremente dentro de la esfera y después más rápido y ceñido, hasta formar un torbellino pequeño y contenido.

—Eso es porque es difícil —dijo Rhy—. Solo porque *tú* lo haces parecer fácil no significa que lo sea.

Kell no le diría a Rhy que no necesitaba hablar para que el agua se moviera. Que podía simplemente pensar las palabras, sentirlas, y el elemento escucharía y respondería. Lo que fuera que fluyese por el agua —y la arena y la tierra y el resto— fluía por él también y podía hacer que se moviera a voluntad, como lo haría una extremidad. La única excepción era la sangre. Aunque fluía con tanta facilidad como el resto, la propia sangre no obedecía las leyes de los elementos: no se la podía manipular, ni ordenarle que se moviera o inmovilizarla. La sangre tenía una voluntad propia y había que dirigirse a ella no como un objeto, sino como a un igual, un adversario. Y por eso los *antari* se distinguían. Porque solo ellos tenían dominio, no solo de los elementos, sino también de la sangre. Mientras que la invocación básica estaba diseñada simplemente para ayudar a la mente a concentrarse, para encontrar una sincronía personal con la magia —era meditativa, un cántico tanto como un llamado—, los comandos de sangre de los *antari*

eran, como el término sugiere, *comandos*. Las palabras que Kell decía para abrir puertas o curar heridas con su sangre eran *órdenes*. Y debían ser dadas para que fuesen obedecidas.

—¿Cómo es? —preguntó Rhy de la nada.

Kell alejó su atención del vidrio, pero el agua continuó girando dentro.

—¿Cómo es qué?

—Ser capaz de viajar. De ver otros Londres. ¿Cómo son?

Kell dudó. Había una mesa de adivinación contra una pared. A diferencia de los tableros de pizarra negra que transmitían mensajes a lo largo de la ciudad, la mesa cumplía otro propósito. En vez de piedra, tenía una tina poco profunda de agua estancada, encantada para proyectar ideas, memorias, imágenes de la mente sobre la superficie del agua. Era usada para reflexionar, sí, pero también para compartir los pensamientos propios con otros, como ayuda cuando las palabras no lograban expresar algo o simplemente se quedaban cortas.

Con la mesa, Kell le podía mostrar. Dejar que Rhy viera los otros Londres como él los veía. Una parte egoísta de Kell quería compartirlos con su hermano, así no se sentiría tan solo, así alguien más los podría ver, podría saber. Pero las personas, había descubierto Kell, *en realidad* no querían saber. Pensaban que sí, pero saber solo los hacía miserables. ¿Para qué llenar una mente con cosas que puede usar? ¿Por qué afligirse por lugares a los que no puedes ir? ¿De qué le serviría a Rhy, quien, a pesar de todos los privilegios que su estatus real le otorgaba, nunca podría poner un pie en otro Londres?

—Monótonos —dijo Kell, que regresó la bola al cofre. Apenas sus dedos dejaron su superficie, el torbellino se derrumbó, el agua se desparramó y luego se calmó hasta detenerse. Antes de que Rhy pudiera hacer más preguntas, Kell señaló la esfera en las manos del príncipe y le pidió que volviera a intentarlo.

Rhy intentó otra vez mover la tierra dentro del vidrio —y otra vez falló—. Hizo un ruido de frustración y lanzó la esfera por la mesa.

—Soy malo para esto, y ambos lo sabemos.

Kell atrapó la bola de vidrio cuando llegaba al borde de la mesa y se

precipitaba.
—La práctica… —comenzó a decir.
—La maldita práctica no servirá para nada.
—Tu problema, Rhy —lo reprendió Kell— es que no quieres aprender magia para aprender magia. Solo quieres aprenderla porque piensas que te ayudará a atraer gente a tu cama.
Los labios de Rhy se retorcieron.
—No veo cómo eso puede ser un *problema* —dijo—. Y sería así. He visto la forma en que las muchachas (y los muchachos) adulan tu precioso ojo negro, Kell. —Se puso de pie—. Olvida la lección. No estoy de humor para aprender. Salgamos.
—¿Para qué? —preguntó Kell—. ¿Para que puedas usar *mi* magia para atraer gente a *tu* cama?
—Una buena idea —dijo Rhy—, pero no. Debemos salir, verás, porque tenemos una misión.
—¿Sí? —preguntó Kell.
—Sí. Porque a menos que planees que me case contigo (y no me malentiendas, creo que hacemos un dúo deslumbrante), debo intentarlo y encontrar una pareja.
—¿Y tú crees que encontrarás una paseando por la ciudad?
—Cielos, no —contestó Rhy con una sonrisa torcida—. Pero quién sabe qué diversión me espera mientras fracaso.
Kell revoleó los ojos y guardó las esferas.
—Continuemos —dijo.
—Terminemos con esto —lloriqueó Rhy.
—Habremos terminado —dijo Kell— tan rápido como puedas contener una llama.
De todos los elementos, el fuego era el único con el que había mostrado tener… bueno, «talento» era una palabra demasiado fuerte, sino quizás cierta «habilidad». Kell despejó la mesa de madera y apoyó un plato cóncavo de metal frente al príncipe, junto a un trozo de tiza blanca, un pequeño frasco de aceite y un artefacto pequeño y extraño que era como un par de piezas de madera ennegrecida unidas por una bisagra en el medio.

Rhy suspiró y dibujó un círculo vinculante en la mesa alrededor del plato con la tiza. Después vació el frasco en el plato, el aceite se acumuló en el centro, no más grande que una moneda de 10 lines. Finalmente, levantó el artefacto, que le cabía perfectamente en la mano. Era un encendedor. Cuando Rhy cerró la mano alrededor de este, los dos tallos se rasparon uno a otro y una chispa cayó desde la bisagra al charco de aceite, que se prendió fuego.

Una pequeña llama azul bailaba en la superficie del charco tamaño moneda, y Rhy se sonó los dedos, movió el cuello de un lado a otro y se levantó las mangas.

—Antes de que el fuego se apague —urgió Kell.

Rhy le lanzó una mirada, pero llevó las manos a ambos lados del círculo vinculante de tiza, con las palmas hacia dentro, y comenzó a hablarle al fuego, no en inglés sino en arnesiano. Era una lengua más fluida y persuasiva que se inclinaba hacia la magia. Las palabras brotaron como un susurro, una línea de sonido suave e ininterrumpido que parecía cobrar forma en la habitación que los rodeaba.

Ypara sorpresa de ambos, funcionó. La llama en el plato se volvió blanca y creció, envolviendo lo que quedaba del aceite, y continuó ardiendo sin él. Se extendió, cubriendo la superficie del plato y elevándose en el aire frente al rostro de Rhy.

—¡Mira! —dijo Rhy, señalando la luz—. Mira, ¡lo logré!

Ylo había logrado. Yaunque había dejado de hablarle a la llama, esta seguía creciendo.

—No pierdas la concentración —previno Kell mientras el fuego se expandía, lamiendo los bordes del círculo de tiza.

—¿Qué? —desafió Rhy, mientras el fuego se retorcía y presionaba contra el anillo vinculante—. ¿No hay elogios? —Sacó la vista del fuego y la dirigió hacia Kell, sus dedos barrieron la mesa cuando se giró—. ¿Ni siquiera una…?

—Rhy —le advirtió Kell, pero ya era tarde. La mano de Rhy había rozado el círculo y borroneado la línea de tiza. El fuego corrió libre.

Ardió a lo largo la mesa, rápido y abrasador, y Rhy casi se cae hacia

atrás en su silla, tratando de salir de su camino.

En un solo movimiento, Kell había liberado su cuchillo, lo había pasado por la palma de su mano y había presionado la mano ensangrentada contra la mesa.

—*As Anasae* —ordenó (*disipar*). El fuego encantado murió al instante, desvaneciéndose en el aire. La cabeza de Kell giró con rapidez.

Rhy estaba ahí parado, sin aliento.

—Lo siento —dijo con culpa—. Lo siento, no debí…

Rhy odiaba cuando Kell se veía forzado a usar magia de sangre, porque se sentía personalmente responsable —usualmente lo era— por el sacrificio que eso conllevaba. Una vez le había provocado mucho dolor a Kell y jamás se había perdonado por eso. Ahora Kell tomó una tela y se limpió la mano herida.

—Está bien —dijo, tirando el paño a un lado—. Estoy bien. Pero creo que terminamos por hoy.

Rhy asintió con la cabeza, tembloroso.

—Me vendría bien otro trago —dijo—. Algo fuerte.

—Concuerdo —dijo Kell con una sonrisa cansada.

—Ey, no hemos ido al Aven Stras en años —dijo Rhy.

—No podemos ir ahí —dijo Kell. Lo que quiso decir fue «No puedo dejarte ir ahí». A pesar de su nombre, el Aven Stras (‘Aguas Benditas’) se había convertido en un lugar frecuentado por gente despreciable.

—Vamos —lo animó Rhy, que ya había vuelto a ser como siempre—. Haremos que Parrish y Gen busquen algunos uniformes e iremos todos como…

Justo entonces un hombre se aclaró la garganta, y tanto Rhy como Kell se dieron vuelta para encontrar al rey Maxim parado en el umbral de la puerta.

—Señor —hablaron al unísono.

—Muchachos —dijo—. ¿Cómo van sus estudios?

Rhy le lanzó una mirada de peso a Kell, y Kell levantó una ceja, pero solo dijo:

—Han venido y se han ido. Acabamos de finalizar.

—Bien —dijo el rey, que sacó una carta.

Kell no se había dado cuenta de lo mucho que quería ese trago con Rhy hasta que vio el sobre y supo que no lo tendría. Se sintió decepcionado, pero no dejó que se notara.

—Necesito que lleves un mensaje —dijo el rey— a nuestro vecino fuerte.

Kell sintió que le oprimía el pecho una mezcla familiar de miedo y excitación que venía inevitablemente con el Londres Blanco.

—Por supuesto, señor —respondió.

—Holland trajo una carta ayer —explicó el rey—, pero no pudo quedarse a esperar la respuesta. Le dije que la enviaría contigo.

Kell frunció el entrecejo.

—Espero que todo esté bien —dijo con cuidado. Rara vez sabía los contenidos de los mensajes reales que portaba, pero usualmente podía averiguar el tono (la correspondencia con el Londres Gris había derivado en meras formalidades, al tener las ciudades tan poco en común, mientras que el diálogo con el Blanco era constante y complicado y dejaba una arruga en la frente del rey). Su «vecino fuerte» (como el rey llamaba a la otra ciudad) era un lugar desgarrado por la violencia y el poder, y el nombre al final de las cartas reales cambiaba con una frecuencia perturbadora. Descontinuar la correspondencia y abandonar el Londres Blanco a su propia decadencia hubiera sido demasiado sencillo, pero la corona roja no podía. No quería.

Se sentían responsables por la ciudad agonizante.

Y lo era.

Después de todo, había sido una decisión del Londres Rojo sellar las puertas, dejando fuera al Londres Blanco —que estaba sentado entre el Rojo y el Negro— atrapado y obligado a combatir la plaga solo, a aislarse a sí mismo y dejar fuera la magia corrompida. Fue una decisión que atormentó a reyes y reinas por siglos, pero en esa época, el Londres Blanco era fuerte —más fuerte incluso que el Rojo— y la corona roja creyó (o *aseguró* creer) que era la única forma en que todos sobrevivirían. Tenía razón y estaba equivocada. El Londres Gris se desvaneció en el silencioso olvido. El Rojo no solo sobrevivió, sino que también floreció. Pero el Blanco cambió para

siempre. La ciudad, alguna vez gloriosa, cayó en el caos y las conquistas. Sangre y cenizas.

—Todo está lo bien que puede estar —dijo el rey al entregarle la nota a Kell, y se dio vuelta hacia la puerta. Kell se movió como para seguirlo, cuando Rhy lo tomó del brazo.

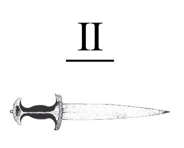
—Promete —susurró el príncipe entre dientes—, promete que esta vez regresarás con las manos vacías.

Kell dudó.

—Lo prometo —dijo, y se preguntó cuántas veces había dicho esas palabras y cuán vacías se habían vuelto.

Pero cuando sacó una pálida pieza de plata de debajo de su cuello, tuvo la esperanza de que quizás esta vez probaran ser verdaderas.

II



Kell atravesó la puerta hecha en el mundo y sintió escalofríos. El Londres Rojo desapareció, llevándose consigo la calidez; sus botas golpearon la piedra fría y su respiración floreció en el aire frente a sus labios; cerró bien su abrigo —el negro con botones plateados— alrededor sus hombros.

Priste ir Essen. Essen ir Priste.

«Poder en equilibrio. Equilibrio en el poder». El lema, el mantra, el rezo sobre partes equitativas se extendía debajo del emblema real en el Londres Rojo y se podía encontrar tanto en los negocios como en los hogares. En el mundo de Kell, la gente creía que la magia no era ni un recurso infinito ni fundamental. Estaba para ser usada pero no para hacer abuso de ella, era manipulada con reverencia y también con cautela.

El Londres Blanco tenía una idea muy diferente.

Aquí, la magia no era vista como un igual. Era vista como algo a *conquistar*. *Esclavizar*. *Controlar*. El Londres Negro había dejado que la magia entrara, había dejado que tomara el control, había dejado que carcomiera. Tras la caída de la ciudad, el Londres Blanco había tomado el enfoque opuesto, en busca de aferrarse al poder de cualquier manera posible. «Poder en equilibrio» se transformó en «Poder en dominio».

Y cuando la gente luchaba por controlar la magia, la magia los resistía. Se retraía en sí misma, se metía en la tierra y fuera de alcance. La gente arañaba la superficie del mundo para remover la poca magia que aún podían captar, pero era escasa y solo se volvía más escasa aún, como aquellos que peleaban por ella. La magia parecía determinada a matar de hambre a sus captores. Y lentamente, pero con eficacia, lo estaba logrando.

Esta lucha tenía un efecto colateral y ese efecto era la razón por la que

Kell había llamado al Londres Blanco *blanco*: cada centímetro de la ciudad, fuese de día o de noche, invierno o verano, tenía el mismo manto, como si una fina capa de nieve —o ceniza— se hubiera asentado sobre todo. Y todos. Aquí la magia era amarga y malvada y desangraba la vida y el calor y el color del mundo, extrayéndolos de todo y dejando atrás solo el cadáver blanquecino y abotargado.

Kell pasó el cordel con la moneda del Londres Blanco —una pesada cosa de hierro— alrededor de su cabeza y lo metió debajo del cuello de su camisa. El negro vigoroso de su abrigo lo hacía resaltar contra el fondo descolorido de las calles citadinas, y se metió la mano manchada de sangre en el bolsillo antes de que el rojo intenso le diera ideas a alguien que lo mirase. La superficie de color perlado del río medio congelado —aquí no se llamaba ni Támesis ni Isle, sino Siljt— se extendía a sus espaldas y, tras él, el lado norte de la ciudad llegaba al horizonte. Frente a Kell, lo esperaba el lado sur y varias cuadras más allá, el castillo se elevaba en el aire con agujas que parecían cuchillos, en una masa de piedra que empequeñecía los edificios circundantes.

No perdió tiempo, sino que se abrió paso directamente hacía ahí.

Al ser desgarbado, Kell tenía la costumbre de andar encorvado, pero al caminar por las calles del Londres Blanco, se enderezaba para alcanzar su altura máxima y mantenía su mentón en alto y sus hombros hacia atrás, mientras sus botas hacían eco contra los adoquines. Su postura no era lo único que cambiaba. En casa, Kell enmascaraba su poder. Aquí, sabía que era mejor no hacerlo. Dejaba que su magia llenara el aire, y el aire hambriento se la tragaba, se calentaba contra su piel y despedía tentáculos de niebla. Era una delgada línea sobre la que caminar. Tenía que mostrar su fuerza y al mismo tiempo aferrarse a ella. Muy poco, y sería visto como una presa. Demasiado, y sería visto como un premio.

En *teoría*, la gente de la ciudad conocía a Kell, o sabía de él, y sabía que estaba bajo la protección de la corona blanca. Y en *teoría*, nadie sería tan estúpido como para desafiar a los mellizos Dane. Pero la sed —de energía, de vida— le hacía cosas a la gente. *Los* hacía hacer cosas.

Así que Kell mantenía su guardia en alto y observaba el sol poniente

mientras caminaba, sabiendo que el Londres Blanco se encontraba bajo su luz más dócil. La ciudad cambiaba de noche. El silencio —de un tipo antinatural, pesado, que hacía que uno contuviera la respiración— se rompía y daba paso al ruido, al sonidos de risas, de pasión —algunos pensaban que era una forma de invocar poder—, pero mayormente ruido de peleas y asesinatos. Una ciudad de extremos. Electrizante quizá, pero mortal. Las calles hubieran estado oscurecidas con sangre si los asesinos no se la tomaran toda.

Con el sol aún en el cielo, los marginales y los desahuciados permanecían en los umbrales y colgaban de las ventanas y merodeaban en los espacios entre edificios. Y todos ellos observaban a Kell pasar, con miradas sombrías y extremidades escuálidas. Sus ropas tenían el mismo tono descolorido del resto de la ciudad. Como también su cabello, sus ojos y su piel, cuya superficie estaba llena de marcas. Estigmas y cicatrices, mutilaciones para atar lo que podían convocar de magia a su cuerpo. Cuanto más débiles eran, más cicatrices se hacían, arruinando su piel en un intento frenético de aferrarse al poco poder que tenían.

En el Londres Rojo, esas marcas se hubiesen visto como vulgares, como algo que no solo corrompía el cuerpo, sino también la magia, al amarrarla a ellos. Aquí, solo los fuertes podían darse el lujo de despreciar las marcas e incluso así no eran vistas como algo contaminado, sino meramente desesperado. Pero hasta aquellos que estaban por encima de semejantes estigmas dependían de amuletos o talismanes (solo Holland andaba sin ninguna joya, salvo por el broche que lo marcaba como sirviente del trono). La magia no venía voluntariamente aquí. El idioma de los elementos había sido abandonado cuando estos habían dejado de escuchar (los únicos elementos que podían ser invocados eran de un tipo de energía pervertida, un fuego espurio y algo más oscuro, corrompido). Lo que se *podía* obtener de magia había sido tomado y forzado a cobrar forma mediante amuletos, hechizos y amarres. Nunca era suficiente, nunca alcanzaba.

Pero la gente no se iba.

El poder del Siljt —incluso en su estado de semicongelación— los ataba a la ciudad, cuya magia era el único destello de calor que quedaba.

Yentonces se quedaban y la vida seguía. Aquellos que (aún) no habían caído víctimas de la corrosiva sed de magia se ocupaban de sus trabajos diarios y de sus propias cosas y hacían lo que podían para olvidarse de la forma en que lentamente su mundo estaba muriendo. Muchos se aferraban a la creencia de que la magia volvería. Que un gobernante lo suficientemente fuerte sería capaz de obligar al poder a regresar a las venas del mundo y revivirlo.

Así que esperaban.

Kell se preguntó si la gente del Londres Blanco realmente creían que Astrid y Athos Dane eran lo suficientemente fuertes, o si estaban esperando que el siguiente mago se alzara y los derrocara. Lo que a la larga alguien haría. Alguien siempre lo hacía.

El silencio se volvió más denso cuando el castillo apareció a la vista. Tanto el Londres Gris como el Rojo tenían palacios para sus gobernantes.

El Londres Blanco tenía una *fortaleza*.

Un muro elevado rodeaba el castillo y, entre la ciudadela abovedada y la pared exterior, había un amplio patio de piedra, que corría como una fosa alrededor de la amenazante estructura y estaba lleno de figuras de mármol. El tristemente célebre *Krös Mejkt*, 'Bosque de Piedra', estaba conformado no por árboles, sino por estatuas, todas ellas de personas. Se rumoreaba que las figuras no siempre habían sido de piedra, que el bosque en realidad era un cementerio, mantenido por los Dane para conmemorar a aquellos que habían matado y recordar a quienes atravesaran el muro exterior lo que les pasaba a los traidores en el Londres de los mellizos.

Tras pasar debajo del arco de entrada y a través del patio, Kell se acercó a los enormes escalones de piedra. Diez guardias flanqueaban las escaleras de la fortaleza, tan inmóviles como las estatuas del bosque. No eran más que marionetas, despojados por el rey Athos de todo salvo el aire en sus pulmones y la sangre de sus venas y las órdenes que les daba a los oídos. A Kell, verlos le daba escalofríos. En el Londres Rojo, usar magia para controlar, poseer o atar el cuerpo y la mente de otra persona estaba prohibido. Aquí, era un signo más de la fuerza de Athos y Astrid, su poderío para gobernar —y por lo tanto, su *derecho*—.

Los guardias estaban de pie inmóviles, solo sus ojos vacíos lo siguieron cuando se acercaba y atravesaba las pesadas puertas. Más allá, más guardias formaban fila contra las paredes de un atrio abovedado, quietos como las piedras excepto por sus miradas movedizas. Kell cruzó la habitación hacia un segundo pasillo, este vacío. No fue sino hasta que cerró las puertas detrás de sí que Kell se permitió exhalar y bajar la guardia una fracción.

—Yo no haría eso todavía —dijo una voz desde las sombras. Un momento después, una forma salió de entre ellas. Había antorchas encendidas, que nunca se consumían, alineadas contra las paredes y en su luz titilante Kell vio al hombre.

Holland.

La piel del *antari* era casi incolora y el pelo negro carbón le cruzaba la frente y terminaba justo sobre sus ojos. Uno de ellos era verde grisáceo, pero el otro era brillante y negro. Y cuando ese ojo encontró el de Kell, se sintió como dos piedras que echan chispas al chocar una con otra.

—He venido con una carta —dijo Kell.

—¿Ah, sí? —dijo Holland secamente—. Pensé que habías venido a tomar el té.

—Bueno, supongo que también haré eso mientras esté aquí.

La boca de Holland se torció en algo que no era una sonrisa.

—¿Athos o Astrid? —preguntó, como si fuera un acertijo. Pero los acertijos tenían una respuesta correcta, y cuando se trataba de los mellizos Dane, no había una. Kell nunca podía decidir cuál prefería enfrentar. No confiaba en los hermanos ni juntos, y menos aún separados.

—Astrid —dijo, y se preguntó si había elegido bien.

Holland no dio ningún indicio, solo asintió y le mostró el camino.

El castillo estaba construido como una iglesia (y quizás lo había sido alguna vez), su esqueleto vasto y vacío. El viento silbaba por los pasillos y sus pasos resonaban contra la piedra. Bueno, los de *Kell* lo hacían. Holland se movía con la terrorífica gracia de un depredador. Una capa corta blanca cubría uno de sus hombros y flameaba detrás de él cuando caminaba. Estaba sostenida por un prendedor, un broche circular de plata grabado con

marcas que a la distancia parecían nada más que decoraciones.

Pero Kell conocía la historia de Holland y el prendedor de plata.

No la había oído de los labios del *antari*, por supuesto, pero le había comprado la verdad a un hombre en Hueso Quemado, había intercambiado la historia completa por un lin del Londres Rojo varios años atrás. No podía entender por qué Holland —de quien se podía decir que era la persona más poderosa de la ciudad y quizá del mundo— podía servir a un par de asesinos glorificados como Astrid y Athos. El propio Kell había ido a la ciudad un puñado de veces antes de que el último rey cayera y había visto a Holland al lado del soberano, pero como un aliado, no como un sirviente. Él era diferente entonces, más joven y más arrogante, sí, pero también había algo distinto, algo más, una luz en sus ojos. Un *fuego*. Y entonces, entre una visita y la siguiente, el fuego se había ido y también el rey, reemplazado por los Dane. Holland aún estaba ahí, a su lado, como si nada hubiese cambiado. Pero *él* había cambiado, se había vuelto frío y oscuro, y Kell quiso saber qué había pasado, qué había pasado *realmente*.

Así que fue en busca de una respuesta. Y la encontró, como encontraba la mayoría de las cosas —y la mayoría lo encontraba a él— en la taberna que nunca se movía.

Aquí se llamaba Hueso Quemado.

El narrador agarró la moneda como si fuera a buscar calor, encorvado en la banqueta mientras contaba la historia en maktahn, la gutural lengua nativa de la ciudad cruel.

—*Ön vejr tök…* —comenzó a decir en voz baja. *La historia dice…*

—Nuestro trono no es algo para lo que naces. No es algo que se traspase por sangre. Sino que es algo que se toma a través de ella. Algunos se abren camino al trono y lo mantienen por tanto tiempo como pueden (un año, quizá dos), hasta que caen y alguien más asciende. Los reyes vienen y van. Es un ciclo constante. Y usualmente, es un asunto bastante simple. El asesino toma el lugar del asesinado.

—Siete años atrás —continuó el hombre—, cuando nuestro último rey fue asesinado, varios intentaron reclamar su corona, pero al final, se redujo a tres. Astrid, Athos y Holland.

Los ojos de Kell se abrieron. Si bien sabía que Holland había servido a la corona anterior, no se había enterado de sus aspiraciones a convertirse en rey. Aunque tenía sentido; Holland era un *antari* en un mundo donde el poder significaba todo. Debería haber sido el claro vencedor. Sin embargo, los mellizos Dane resultaron ser casi tan poderosos como lo eran de despiadados y astutos. Y juntos lo derrotaron. Pero no lo mataron. En vez de eso, lo *ataron*.

Al principio, Kell pensó que había entendido mal —su maktahn no era tan impecable como su arnesiano— y le pidió al hombre que repitiera la palabra. '*Vöxt*. Atado'.

—Es ese broche —dijo el hombre en Hueso Quemado, dándose una palmadita en el pecho—. El círculo de plata.

Era un hechizo de amarre, explicó. Y encima uno negro. Hecho por Athos mismo. El rey tenía un don poco natural para controlar a otros, pero el sello no hacía a Holland un esclavo sin mente, como los guardias que formaban contra las paredes del castillo. No lo hacía pensar o sentir o querer. Solo lo hacía *hacer*.

—El rey blanco es inteligente —agregó el hombre, jugueteando con su moneda—. *Terrible*, pero inteligente.

Holland se detuvo abruptamente, y Kell obligó a su mente y su mirada a regresar al corredor del castillo y a la puerta que ahora esperaba frente a ellos. Observó al *antari* blanco llevar la mano a la puerta, donde había un círculo de símbolos quemado en la madera. Pasó los dedos con destreza a través de ellos, tocando cuatro en secuencia; una cerradura cedió dentro. Entonces Holland guio a Kell por ahí.

La habitación del trono era tan inmensa y vacía como el resto del castillo, pero era circular y estaba hecha con una piedra blanca y brillante, desde las paredes redondeadas y las nervaduras arqueadas del techo a los pisos brillantes y los tronos gemelos sobre la plataforma elevada en el centro. Kell sintió escalofríos, a pesar del hecho de que en la habitación no hacía frío. Solo *lucía* como el hielo.

Sintió que Holland se escabullía, pero él no quitó su atención del trono ni la mujer sentada allí.

Astrid Dane se habría camuflado bien, si no hubiese sido por sus venas.

Resaltaban como hilos oscuros en sus manos y en sus sienes; el resto de ella era un estudio del blanco. Muchísimos trataban de esconder el hecho de que se estaban desvaneciendo, cubriendo su piel o pintándola para que se viera más saludable. La reina del Londres Blanco no. Su cabello largo e incoloro estaba tejido hacia atrás en una trenza y su piel de porcelana se fundía con los bordes de su túnica. Toda su vestimenta estaba hecha a su medida como una armadura; el cuello de su camisa era alto y rígido, le protegía la garganta, y la túnica misma iba desde el mentón hasta la muñeca y hasta la cintura, no tanto por un sentido de la modestia, Kell estaba seguro, sino para protección. Debajo del cinturón de plata, usaba pantalones ajustados que se estrechaban para terminar en botas altas (los rumores decían que una vez un hombre la había escupido por negarse a usar un vestido; ella le había cortado los labios). Los únicos puntos de color eran sus ojos celestes y los verdes y rojos de los talismanes que le colgaban del cuello y las muñecas y estaban entretejidos en su pelo.

Astrid se había acomodado sobre uno de los dos tronos; su cuerpo largo y delgado, tenso como alambre debajo de la vestimenta. Fibrosa, pero lejos de estar débil. Jugueteaba con un colgante que llevaba al cuello, cuya superficie era como vidrio esmerilado, con bordes tan rojos como sangre fresca. «Qué extraño —pensó Kell— es ver algo tan brillante en el Londres Blanco».

—Percibo un olor dulce —dijo ella. Había estado mirando al techo. Ahora sus ojos vagaron hacia abajo y aterrizaron en Kell—. Hola, muchacho de las flores.

La reina habló en inglés. Kell sabía que ella no había estudiado el idioma, que en vez de eso ella —al igual que Athos— dependía de actos mágicos. En algún lugar debajo de esas ropas ceñidas, había una runa de traducción marcada en la piel. A diferencia de los tatuajes desesperados hechos por la sed de poder, la runa de lenguaje era la respuesta de un soldado al problema de un político. El Londres Rojo trataba al inglés como una marca de la alta sociedad, pero el Londres Blanco no le encontraba demasiado uso. Holland le había dicho una vez que esta era una tierra de guerreros, no de

diplomáticos. Valoraban más el combate que los salones de baile y no veían valor alguno en una lengua que su propia gente no entendía. En vez de gastar años en aprender el idioma común entre reyes, aquellos que tomaban el trono simplemente tomaban la runa también.

—Su Majestad —saludó Kell.

La reina se acomodó para quedar en una posición de sentada. La pereza de sus movimientos era una farsa. Astrid Dane era una serpiente, lenta solo hasta que decidía atacar.

—Acércate —ordenó—, déjame ver cuánto has crecido.

—He sido grande por bastante tiempo ya —dijo Kell.

Sacó un clavo de abajo del brazo del trono.

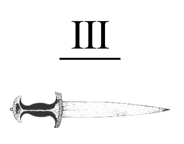
—Sin embargo, no palideces.

—Aún no —dijo, arreglándoselas para mostrar una sonrisa cautelosa.

—Ven a mí —dijo otra vez, estirando la mano—. O yo iré hasta ti.

Kell no estaba seguro de si era una promesa o una amenaza, pero en cualquier caso, no tenía opción, así que dio un paso adelante para entrar en el nido de la serpiente.

III



El látigo atravesó el aire con un chasquido, y la punta bífida rasgó la piel en la espalda del muchacho. El joven no gritó —Athos deseaba que lo hiciese —, pero un suspiro de dolor silbó por entre sus dientes apretados.

El muchacho estaba sujetado a un marco cuadrado de metal como una polilla, con los brazos bien extendidos, las muñecas atadas a cada una de las dos barras verticales que formaban los costados del cuadrado. La cabeza le colgaba hacia adelante, sudor y sangre le goteaban por las líneas del rostro y caían desde su mentón.

Tenía dieciséis años y no se había inclinado.

Athos y Astrid habían cabalgado por las calles del Londres Blanco en sus corceles blancos, rodeados de sus soldados de ojos vacíos, deleitándose con el miedo en los ojos de su gente y, con él, su obediencia. Las rodillas golpeaban las piedras. Las cabezas se inclinaban bien hacia abajo.

Pero un chico —Athos después supo que se llamaba Beloc, palabra que salió escupida de entre sus labios ensangrentados— se paró ahí, con la cabeza apenas gacha. Los ojos de la multitud habían ido hacia él, una reacción visceral que se expandió entre ellos: conmoción, sí, pero debajo de ella, una sorpresa que bordeaba la aprobación. Athos había tirado de su caballo para detenerse, mirar hacia abajo al muchacho y considerar su momento de obstinado desafío juvenil.

Athos había sido un muchacho alguna vez, obviamente. Había hecho cosas tontas y tercas. Pero había aprendido muchas lecciones en la lucha por la corona blanca y muchas más desde que la había tomado, y sabía, sobre todo, que el desafío era como la maleza, algo que había que arrancar

de raíz.

En su corcel, su hermana observó, entretenida, cómo Athos le lanzaba una moneda a la madre del muchacho, que estaba parada al lado de este.

—*Öt vosa rijke* —dijo. *Por su pérdida*.

Esa noche, los soldados de ojos vacíos vinieron, derribaron las puertas de la pequeña morada de Beloc y arrastraron al muchacho encapuchado, que iba pateando y gritando, a la calle; su madre, contenida por un hechizo garabateado en las paredes de piedra, no pudo hacer nada que no fuese lamentarse.

Los soldados arrastraron al muchacho todo el camino al palacio y lo entregaron, ensangrentado y golpeado, al piso blanco y brillante frente al trono de Athos.

—Miren esto —reprendió Athos a sus hombres—. Lo han lastimado. —El rey se puso de pie y miró hacia abajo al muchacho—. Ese es mi trabajo.

Ahora el látigo partía el aire y nuevamente la carne y esta vez, finalmente, Beloc gritó.

El látigo caía de la palma de Athos como una cascada de líquido plateado, que se acumulaba en el piso al lado de su bota. Comenzó a enroscarlo alrededor de su mano.

—¿Sabes qué veo en ti? —Enrolló la cuerda plateada y la metió en una cartuchera en su cintura—. Un fuego.

Beloc escupió sangre en el piso entre ellos. Los labios de Athos se retorcieron. Cruzó la habitación a zancadas, agarró el rostro del muchacho por la mandíbula y le estrelló la cabeza contra la madera del marco. Beloc gimió de dolor, el sonido apagado por la mano de Athos sobre su boca. El rey llevó sus labios al oído del chico.

—Arde a través de ti —susurró contra la mejilla del muchacho— y no puedo esperar para arrancarlo.

—*Nö kijn avost* —gruñó Beloc cuando la mano del rey cayó de su rostro. *No temo a la muerte*.

—Te creo —dijo Athos tranquilamente—. Pero no voy a matarte. Aunque, estoy seguro —agregó— de que desearás que lo haga.

Había una mesa de piedra cerca. Sobre ella descansaba un cáliz de metal

lleno de tinta y, al lado de este, una cuchilla muy afilada. Athos tomó ambas cosas y las llevó hacia el cuerpo atado de Beloc. Los ojos del muchacho se abrieron cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar, e intentó luchar contra sus ataduras, pero estas no cedieron.

Athos sonrió.

—Has escuchado, entonces, acerca de las marcas que hago.

Toda la ciudad sabía de la afición —y destreza— de Athos por los hechizos de amarre. Las marcas que despojaban a la persona de su libertad, de su identidad, de su alma. Athos se tomó su tiempo para preparar el cuchillo, dejando que el miedo del muchacho llenara la habitación mientras él giraba el metal en la tinta para cubrirlo. La longitud de la hoja estaba estriada y la tinta llenaba la muesca como si fuese una lapicera. Cuando estuvo listo, el rey sacó el cuchillo manchado, con un gesto seductoramente lento, cruel. Sonrió y llevó la punta al pecho agitado del muchacho.

—Voy a dejar que conserves tu mente —dijo Athos—. ¿Sabes por qué? —La punta de la cuchilla lo mordió y Beloc inhaló con fuerza—. Así puedo mirar la guerra que se desata en tus ojos cada vez que tu cuerpo obedece mi voluntad en vez de la tuya.

Athos presionó hacia abajo y Beloc se mordió los labios para no gritar cuando el cuchillo avanzaba por su carne, hacia abajo por su cuello y sobre su corazón. Athos susurró algo, bajo y constante, mientras dibujaba las líneas del hechizo de amarre. La piel se rompía y la sangre se acumulaba y se desbordaba en la trayectoria de la hoja, pero Athos parecía despreocupado, sus ojos entrecerrados mientras guiaba el cuchillo.

Cuando terminó, puso la hoja a un lado y dio unos pasos atrás para admirar su trabajo.

Beloc estaba desplomado contra sus ataduras, el pecho agitado. La sangre y la tinta corrían hacia abajo sobre su piel.

—Levántate, derecho —ordenó Athos, y la satisfacción le recorrió el cuerpo mientras miraba cómo Beloc trataba de resistir y sus músculos temblaban contra la instrucción antes de ceder y de que su cuerpo herido se arrastrara hacia arriba para simular la postura. El odio ardía en los ojos del

muchacho, brillantes como nunca, pero su cuerpo ahora le pertenecía a Athos.

—¿Qué pasa? —preguntó el rey.

La pregunta no estaba dirigida al chico, sino a Holland, que había aparecido en el umbral de la puerta. Los ojos del *antari* se deslizaron por la escena —la sangre, la tinta, el plebeyo torturado—, su expresión atascada entre una sorpresa remota y la indiferencia. Como si la vista no significara nada para él.

Lo que era mentira.

A Holland le gustaba jugar a que estaba vacío, pero Athos sabía que era un engaño. Podía fingir insensibilidad, pero no era inmune a las sensaciones. Al dolor.

—*¿Ös-vo tach?* —preguntó Holland, señalando a Beloc con la cabeza. *¿Estás ocupado?*

—No —respondió Athos, mientras se limpiaba las manos con un trapo oscuro—. Creo que hemos terminado por ahora. ¿Qué pasa?

—Está aquí.

—Ya veo —dijo Athos, que puso la toalla a un lado. Su capa blanca estaba colgada en una silla, él la tomó y la arrojó sobre sus hombros en un solo movimiento fluido y la abrochó al cuello—. ¿Dónde está ahora?

—Lo entregué a tu hermana.

—Bueno —dijo Athos—, esperemos que no sea demasiado tarde.

Athos giró hacia la puerta, pero al hacerlo, notó que la mirada de Holland vagaba hacia donde el muchacho estaba atado contra el marco de metal.

—¿Qué debería hacer con él? —preguntó.

—Nada —respondió Athos—. Aún estará aquí cuando yo regrese.

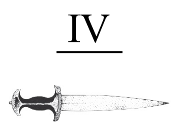
Holland asintió, pero antes de que pudiera darse vuelta para irse, Athos llevó una mano a su mejilla. Holland no se apartó, ni siquiera se tensó bajo el contacto del rey.

—¿Celoso? —preguntó. Los ojos de distinto color de Holland sostuvieron la mirada de Athos, el verde y el negro firmes, sin pestañear—. Sufrió —agregó Athos con suavidad—, pero no como tú. —Acercó su boca—. Nadie sufre con tanta belleza como tú.

Ahí estaba, en la comisura de la boca de Holland, en el borde de su ojo. Furia. Dolor. Rebeldía. Athos sonrió, victorioso.

—Mejor nos vamos —dijo, dejando caer la mano—, antes de que Astrid se trague entero a nuestro joven invitado.

IV



Astrid le hizo señas.

Kell deseó poder dejar la carta en la mesa angosta que descansaba entre los tronos e irse, mantener la distancia, pero la reina estaba ahí sentada con la mano estirada esperando por ella, por él.

Sacó la carta del rey Maxim de su bolsillo y se la ofreció, pero cuando ella se estiró para tomarla, su mano se deslizó más allá del papel y se cerró en su muñeca. Él se apartó hacia atrás por instinto, pero ella solo lo agarró con más fuerza. Los anillos en sus dedos brillaron y el aire chisporroteó cuando ella articuló una palabra con la boca y un rayo eléctrico bailó hacia arriba por el brazo de Kell, seguido casi al instante por dolor. La carta se le cayó de la mano cuando la magia en su sangre se disparó hacia adelante, incitándolo a actuar, a *reaccionar*, pero luchó contra esa urgencia. Era un juego. El juego de Astrid. Ella *quería* que él respondiera el ataque, así que se obligó a no hacerlo, incluso cuando el poder de ella —la cosa más cercana a un elemento que ella podía invocar, algo filoso, eléctrico y antinatural— hizo que una de sus piernas cediera.

—Me gusta cuando te arrodillas —dijo ella en voz baja y le soltó la muñeca. Kell presionó las manos abiertas contra el frío piso de piedra y respiró hondo, medio tembloroso. Astrid tomó la carta del piso y la apoyó en la mesa antes de volver a arrellanarse en su trono—. Debería quedarme contigo —agregó con aire pensativo, mientras golpeteaba el pendiente que le colgaba de la garganta con un dedo.

Kell se puso de pie lentamente. Un dolor intenso le subió por el brazo en el despertar de la energía.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

La mano de ella cayó desde el colgante.

—Porque no me gustan las cosas que no me pertenecen —respondió—. No confío en ellas.

—¿Confía en *algo*? —contrapuso él, frotándose la muñeca—, ¿o en *alguien*, si vamos al caso?

La reina lo observó, sus labios pálidos curvados en las comisuras.

—Todos los cuerpos en mi piso confiaron en alguien. Ahora piso sobre ellos de camino a tomar el té.

La mirada de Kell vagó hacia el suelo de granito bajo sus pies. Había rumores, por supuesto, sobre las piezas de blanco más opaco ensartadas en la piedra.

Justo en ese instante la puerta se abrió de golpe detrás de él, y Kell giró para ver al rey Athos caminando hacia él, Holland lo seguía varios pasos atrás. Athos era un reflejo de su hermana, solo levemente distorsionado por hombros más anchos y cabello más corto. Pero todo lo demás, desde la complexión hasta sus magros músculos y su crueldad excesiva, era una réplica exacta.

—Escuché que teníamos compañía —dijo alegremente.

—Su Alteza —saludó Kell, inclinando la cabeza—. Ya me estaba yendo.

—¿Tan pronto? —dijo el rey—. Quédate y bebe un trago.

Kell dudó. Rechazar la invitación del príncipe regente era una cosa; rechazar la de Athos Dane era otra completamente distinta.

Athos sonrió ante su indecisión.

—Mira cómo se preocupa, hermana.

Kell no se había dado cuenta de que ella se había levantado de su asiento hasta que la sintió al lado de él, pasando un dedo por los botones plateados de su abrigo. *Antari* o no, los Dane lo hacían sentir como un ratón en compañía de serpientes. Hizo un esfuerzo por no rehuir del contacto de la reina por segunda vez, para no provocarla.

—Me lo quiero quedar, hermano —dijo Astrid.

—Me temo que a la corona vecina no le agradaría —dijo Athos—, pero se quedará a tomar un trago. ¿No es cierto, maestro Kell? —Kell sintió que asentía lentamente, y la sonrisa de Athos se expandió, los dientes le

destellaron como puntas de navaja—. Espléndido. —Chascó los dedos y apareció un sirviente, con los ojos muertos hacia su amo—. Una silla —exigió Athos, y el sirviente buscó una y la ubicó detrás de las rodillas de Kell antes de retirarse, silencioso como un fantasma—. Siéntate —ordenó Athos.

Kell no lo hizo. Observó cómo el rey subía a la plataforma y se acercaba a la mesa entre los tronos. En ella descansaba un decantador con un líquido dorado y dos copas de vidrio vacías. Athos levantó uno de los vasos, pero no sirvió del decantador. En vez de eso, giró hacia Holland.

—Ven aquí.

El otro *antari* había retrocedido a la pared más lejana, donde casi pasaba desapercibido a pesar de su pelo casi negro y el negro puro en su ojo. Ahora se acercaba con pasos lentos y silenciosos. Cuando llegó hasta Athos, el rey estiró la copa de vidrio vacía y dijo:

—Córtate.

A Kell se le revolvió el estómago. Los dedos de Holland vagaron por un instante hacia el broche que tenía en el hombro antes de dirigirse al lado expuesto de su capa corta. Se arremangó, dejando ver el trazado de sus venas, pero también un enredo de cicatrices. Los antari sanaban más rápido que la mayoría. Los cortes debían haber sido profundos.

Desenvainó un cuchillo en su cinturón y levantó el brazo y el filo hacia el cáliz.

—Su Majestad —dijo Kell de prisa—, no me gusta la sangre. ¿Sería mucha molestia pedirle otra cosa?

—Por supuesto —dijo Athos sin más—. No es ningún problema.

Kell estaba en medio de un suspiro de alivio cuando Athos giró nuevamente hacia Holland, quien había comenzado a bajar el brazo. El rey frunció el entrecejo.

—Pensé que te había dicho que te cortes.

Kell se estremeció cuando Holland alzó el brazo sobre el cáliz y deslizó el cuchillo por su piel. El corte era poco profundo, un rasguño, solo lo suficiente como para sacar sangre. Esta se acumuló y se derramó en un hilo delgado hacia el vaso.

Athos sonrió y le sostuvo la mirada a Holland.

—No tenemos toda la noche —insistió—. Presiona con más fuerza.

Holland apretó los dientes, pero hizo lo que le ordenaron. El cuchillo le mordió el brazo, hondo, y la sangre fluyó, un rojo intenso y oscuro, hacia el cáliz. Cuando este estuvo lleno, Athos se lo pasó a su hermana y deslizó un dedo a lo largo de la mejilla de Holland.

—Ve a limpiarte —dijo con suavidad, dulcemente, como un padre hablaría con un niño. Holland se retiró y Kell se dio cuenta de que no solo se había sentado, sino que ahora estaba agarrando los brazos de su silla con fuerza. Se obligó a relajar los dedos mientras Athos tomaba la otra copa de la mesa y vertía el pálido líquido dorado allí.

Lo sostuvo para que Kell lo pudiera ver, luego bebió para mostrar que tanto el vaso como el contenido eran seguros, antes de servir una nueva medida y ofrecérsela a Kell. El gesto de un hombre acostumbrado a los sabotajes.

Kell tomó la copa y bebió demasiado rápido y hasta el fondo, en un esfuerzo por calmar sus nervios. Apenas estuvo vacía la copa, Athos la volvió a llenar. El trago en sí era ligero y dulce y fuerte y bajaba con facilidad. Mientras tanto, los Dane compartían su cáliz, sus labios de un rojo vibrante al beber la sangre de Holland. «El poder yace en la sangre», pensó Kell, cuya sangre había empezado a calentarse.

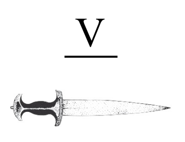
—Es asombroso —dijo, obligándose a tomar la segunda copa más despacio que la primera.

—¿Qué lo es? —preguntó Athos, hundiéndose en su trono.

Kell señaló con la cabeza el cáliz con la sangre de Holland.

—Que se las ingenien para mantener sus ropas tan blancas. —Terminó su segunda copa, y Astrid se rio y le sirvió una tercera vez.

V



Kell debería haberse detenido en una copa.

O dos.

Creyó haber frenado en tres, pero no podía estar del todo seguro. No había sentido todos los efectos de la bebida hasta que estuvo de pie y el piso de piedra blanca se inclinó peligrosamente debajo de él. Kell sabía que había sido una tontería beber tanto como lo había hecho, pero ver la sangre de Holland lo había perturbado. No podía sacarse la expresión del *antari* de la mente, el gesto que cruzó su rostro justo antes de que el cuchillo penetrara. El semblante de Holland era una perpetua máscara de amenazante calma, pero por tan solo un instante se había resquebrajado. Y Kell no había hecho nada. No había suplicado —o incluso insistido— para que Athos cediera. No habría hecho ningún bien, pero igual. Ambos eran *antari*. Solo por azar había caído Holland aquí en el despiadado mundo blanco y Kell en el rojo vibrante. ¿Y si sus fortunas hubiesen sido a la inversa?

Kell respiró temblorosamente, el aire se hizo bruma frente a sus labios. El frío no estaba haciendo demasiado para aclarar su cabeza, pero sabía que no podía ir a casa, aún no, no así; de modo que se abrió camino vagando por las calles del Londres Blanco.

Esto también era estúpido. Imprudente. Siempre estaba siendo imprudente.

«¿Por qué?», pensó, de repente enojado consigo mismo. ¿Por qué siempre hacía esto? Salir de lo seguro y meterse en sombras, en riesgos, en peligro. «¿Por qué?», escuchó que Rhy le imploraba en el techo aquella noche.

No sabía por qué. Deseaba saberlo, pero no. Solo sabía que quería

detenerse. El enojo se desvaneció, dejando algo cálido y firme. O quizás era la bebida.

Había sido un buen trago, lo que haya sido que fuera. Un trago fuerte. Pero no del tipo de fuerte que te vuelve débil. No, no, el tipo de fuerte que te fortalece. Que hace que tu sangre cante. Que hace… Kell levantó el mentón para mirar al cielo y casi pierde el equilibrio.

Necesitaba concentrarse.

Estaba bastante seguro de que estaba yendo en dirección al río. El aire le mordía los labios, y estaba oscureciendo —¿adónde había ido el sol?— y en los vestigios de luz, la ciudad comenzaba a agitarse alrededor de él. El silencio se quebraba para dar paso al ruido.

—Cosa bonita —susurró en maktahn una vieja desde un umbral—. Bonita piel. Bonitos huesos.

—Por aquí, maestro —lo llamó otro.

—Entra.

—Descansa los pies.

—Descansa los huesos.

—Lindos huesos.

—Linda sangre.

—Bebe tu magia.

—Come tu vida.

—Entra.

Kell intentó concentrarse, pero no parecía poder asir sus pensamientos. Apenas lograba ordenar algunos, una brisa soplaba por su cabeza y los dispersaba, dejándolo aturdido y un poco mareado. El peligro le hormigueaba sobre los bordes de sus sentidos. Cerraba los ojos, pero cada vez que lo hacía, veía la sangre de Holland cayendo en la copa, así que se forzaba a abrirlos y levantar la vista.

No había tenido la intención de dirigirse a la taberna. Sus pies habían avanzado por su propia cuenta. Su cuerpo había seguido el camino. Ahora se encontró a sí mismo mirando el cartel sobre la puerta de Hueso Quemado.

A pesar de ser un punto fijo, la taberna en el Londres Blanco no se *sentía* como las otras. Aun así lo llamaba, pero el aire olía a sangre y

también a cenizas, y las piedras de la calle estaban frías bajo sus botas. Se agarraban de su calor. Tiraban de su poder. Sus pies intentaron llevarlo hacia adelante, pero él los hizo quedarse.

«Vete a casa», pensó Kell.

Rhy tenía razón. No podía surgir nada bueno de estas transacciones. Nada lo suficientemente bueno. No valía la pena. Las baratijas que intercambiaba no le traían paz. Era solo un juego tonto. Y era tiempo de detenerse.

Se aferró a ese pensamiento al sacar el cuchillo de su funda y llevarlo a su antebrazo.

—Eres tú —dijo una voz detrás de él.

Kell se dio vuelta, el filo volviendo lentamente a su lado.

Había una mujer ahí parada en la boca del callejón, su rostro escondido por la capucha de una capa azul harapienta. Si hubiesen estado en otro Londres, el azul quizás hubiese sido el color de los zafiros o del mar. Aquí era de un tono más pálido, como el cielo a través de capas y capas de nubes.

—¿Te conozco? —preguntó, entrecerrando los ojos en la oscuridad.

Ella negó con la cabeza.

—Pero yo te conozco a ti, *antari*.

—No, no me conoces —dijo él con bastante certeza.

—Sé lo que *haces*. Cuando no estás en el castillo.

Kell negó con la cabeza.

—No estoy haciendo tratos esta noche.

—Por favor —dijo ella, y él se dio cuenta de que la mujer estaba sosteniendo con fuerza un sobre—. No quiero que me traigas nada. —Estiró la carta hacia él—. Solo quiero que la *lleves*.

La frente de Kell se arrugó. ¿Una carta? Los mundos habían sido aislados los unos de los otros por siglos. *¿A quién* podría estar escribiéndole ella?

—A mi familia —dijo la mujer, leyendo la pregunta en sus ojos—. Eras atrás, cuando el Londres Negro cayó y las puertas fueron selladas, fuimos divididos. A lo largo de los siglos, nuestras familias han intentado mantener

el hilo… pero soy la única que queda. Todos están muertos aquí menos yo y todos están muertos allá menos uno. Olivar. Es el único familiar que tengo y está de ese lado de la puerta y está muriendo y yo solo quiero… —Llevó la carta a su pecho—. Somos todo lo que queda.

La cabeza de Kell aún flotaba.

—¿Cómo has podido saber siquiera —preguntó— que Olivar está enfermo?

—El otro *antari* —explicó ella, mirando para todos lados como si tuviera miedo de que alguien escuchara—. Holland. Me trajo una carta.

Kell no podía imaginarse a Holland rebajándose a contrabandear nada entre Londres, mucho menos correspondencia entre plebeyos.

—Él no quería hacerlo —agregó la mujer—. Olivar le dio todo lo que tenía para comprar el pasaje de la carta e incluso así… —Se llevó una mano al cuello, como si buscara un collar pero solo encontrara piel—… yo pagué el resto.

Kell frunció el entrecejo. Eso parecía incluso más alejado de la naturaleza de Holland. No es que fuera altruista, pero Kell dudaba de que fuese codicioso de esa manera, dudaba de que le importara ese tipo de pago. Por otro lado, todos tenían secretos y Holland llevaba los suyos guardados con tal celo que Kell se vio forzado a preguntarse cuánto sabía realmente sobre el carácter del *antari*.

La mujer estiró la carta hacia él otra vez.

—*Nijk shöst* —dijo—. *Por favor*, maestro Kell.

Él intentó concentrarse, pensar. Le había prometido a Rhy… pero era solo una carta. Y técnicamente, según las leyes establecidas por las coronas de los tres Londres, las cartas eran una exención necesaria de la norma de no transferencia. Por supuesto, solo se referían a las misivas entre las mismas *coronas*, pero aun así…

—Puedo pagarte por adelantado —presionó ella—. No necesitas volver para cerrar el trato. Esta es la última y única carta. Por favor. —Buscó en su bolsillo y sacó un pequeño paquete envuelto en un trapo, y antes de que Kell pudiera decir sí o no, presionó tanto la nota como el pago en las manos del *antari*. Una extraña sensación se disparó en él cuando la tela del

paquete tocó su piel. Y después, la mujer se apartó.

Kell bajó la vista a la carta, una dirección escrita en el sobre, y luego al paquete. Se dispuso a desenvolverlo y la mujer se apresuró hacia adelante y le tomó la mano.

—No seas tonto —susurró, echando una mirada al callejón—. Te matarían por una moneda en esta zona. —Dobló los dedos sobre el paquete —. Aquí no —le advirtió—, pero es suficiente, lo juro. Tiene que serlo. —Dejó caer las manos—. Es todo lo que puedo darte.

Kell arrugó la frente ante el objeto. El misterio en él era tentador, pero había demasiadas preguntas, demasiadas piezas que no tenían sentido, y levantó la vista y comenzó a negarse…

Pero no había nadie a quien negarse.

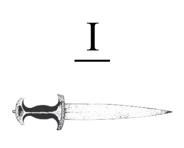
La mujer se había ido.

Kell se quedó ahí parado, en la boca de Hueso Quemado, sintiéndose aturdido. ¿Qué acababa de pasar? Finalmente se había armado de determinación para no hacer tratos y el trato había ido a él. Miró fijo la carta y el pago, fuera lo que fuese. Y entonces, en la distancia, alguien gritó y el sonido perturbó a Kell y lo trajo de regreso a la oscuridad y el peligro. Metió tanto la carta como el paquete en el bolsillo de su abrigo y deslizó el cuchillo por su brazo, intentando ignorar el terror que se acumulaba junto a su sangre mientras invocaba la puerta a casa.

CINCO

LA PIEDRA NEGRA

I



Las monedas de plata tintineaban en el bolsillo de Lila mientras ella se abría camino hacia Tiro de Piedra.

El sol apenas se había puesto en la ciudad, pero ella ya se las había ingeniado bastante bien ese día. Era arriesgado robar de los bolsillos a cualquier hora que no fuera la noche —especialmente con su particular disfraz, que requería una vista borrosa o luz tenue—, pero Lila tenía que asumir el riesgo si quería recuperarse. Un mapa y un reloj de plata no compraban un barco ni constituían una fortuna.

Además, le gustaba el peso de las monedas en el bolsillo. Cantaban como una promesa. Le otorgaban estilo a su paso. Un pirata sin un barco, eso era lo que ella era, de pies a cabeza. Y un día tendría el barco y entonces se iría a navegar y habría acabado de una vez por todas con esta horrible ciudad.

Mientras Lila caminaba por el empedrado, comenzó a hacer una lista mental (como hacía con frecuencia) de las cosas que necesitaba para ser un corsario propiamente dicho. Un buen par de botas de cuero, para empezar. Y una espada con su vaina, por supuesto. Tenía la pistola, Caster —qué hermosa era—, y sus cuchillos, todos lo suficientemente filosos para hacer daño, pero todo pirata tenía una espada y su funda. Al menos los que ella conocía… y los que aparecían en los libros que había leído. Lila nunca había tenido demasiado tiempo para leer, pero *podía* hacerlo —era una buena habilidad para un ladrón y resultó ser que ella aprendía rápido—, y en las ocasiones en las que birlaba libros, solo tomaba aquellos sobre piratas y aventuras.

Entonces, un buen par de botas, una espada y una vaina. Oh, y un

sombrero. Lila tenía ese negro de ala ancha, pero no era muy llamativo. Ni siquiera tenía una pluma o un moño o…

Lila pasó al lado de un chico apoyado en un pórtico a unas escasas puertas de Tiro de Piedra y bajó la velocidad, mientras sus pensamientos se apagaban. El muchacho estaba descuidado y delgado, tenía la mitad de años que ella y estaba tan sucio como un deshollinador. Sostenía sus manos en alto, con las palmas hacia arriba. Lila buscó en su bolsillo. No sabía qué la había llevado a hacerlo —el buen humor, quizás, o el hecho de que la noche era joven—, pero al pasar dejó caer unos pocos cobres en las manos ahuecadas del muchachito. Pero no se detuvo, no habló y no respondió a su agradecimiento, aunque de todos modos lo hizo.

—Ten cuidado —dijo Barron cuando ella llegó a los escalones de la taberna. No lo había escuchado salir—. Alguien podría pensar que tienes un corazón debajo de todo ese desparpajo.

—Ningún corazón —dijo Lila, corriendo su capa hacia un lado para revelar la pistola en su funda y uno de sus cuchillos—, solo estos.

Barron suspiró y negó con la cabeza, pero ella pudo ver un esbozo de sonrisa y, detrás, algo como orgullo. La hizo avergonzarse.

—¿Tienes algo para comer? —preguntó, apoyando la punta de su bota gastada en un escalón.

Él inclinó la cabeza hacia la puerta, y ella estaba a punto de seguirlo adentro en busca de una pinta y un bol de sopa —podía gastar esas monedas, si él las tomaba—, cuando escuchó una pelea detrás. Se dio vuelta para ver a un puñado de rateros —tres de ellos, de la misma edad que ella— empujando al niño harapiento. Uno de los ellos era gordo y uno era flaco y otro era petiso y todos eran obviamente escoria. Lila observó cuando el petiso le bloqueó el camino al mendigo. El gordo lo empujó contra la pared. El flaco le quitó las monedas de cobre de los dedos. El niño casi no se defendió. Solo se miró las manos con triste resignación. Habían estado vacías unos momentos antes y estaban otra vez vacías ahora.

Lila cerró los puños con fuerza mientras los tres matones desaparecían por un camino lateral.

—Lila —le advirtió Barron.

No valían el esfuerzo, Lila lo sabía. Ella les robaba a los ricos por una razón: tenían más cosas que tomar. Estos muchachos probablemente no tenían nada que valiera la pena agarrar, además de lo que le habían quitado al chico en la calle. Unas pocas monedas de las que a Lila obviamente no le había molestado desprenderse. Pero ese no era el *punto*.

—No me gusta esa mirada —dijo Barron al ver que ella no entraba.

—Sostén mi sombrero. —Le encajó la galera en las manos, pero al hacerlo, buscó dentro y sacó el disfraz anidado ahí.

—No valen la pena —afirmó Barron—. Y por si no lo notaste, había tres de ellos y tú estás sola.

—Qué poca fe —dijo, golpeando el sombrero blando para que tomase forma—. Y además, es una cuestión de principios, Barron.

El dueño de la taberna suspiró.

—Principios o no, Lila, uno de estos días vas a hacer que te maten.

—¿Me extrañarías? —preguntó ella.

—Como a una picazón —replicó.

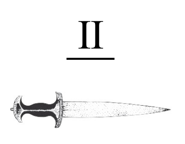
Le lanzó un esbozo de sonrisa y se ató la máscara sobre los ojos.

—Cuida al chico —dijo, bajando el ala del sombrero sobre su rostro. Barron refunfuñó mientras ella bajaba del escalón.

—Ey, tú. —Escuchó ella que Barrón llamaba al chico acurrucado en el pórtico cercano, que aún se miraba las manos vacías—. Ven aquí.

Y después partió.

II



Naresk Vas número 7.

Esa era la dirección escrita en el sobre.

Kell había recobrado bastante la sobriedad y decidió ir directo al punto de entrega y terminar con el peculiar asunto de la carta. Rhy no necesitaba saber. Kell dejaría la chuchería —fuera lo que fuese— en su habitación privada en Campos de Rubí antes de retornar al palacio, de modo de poder regresar con las manos vacías y la conciencia tranquila.

Parecía un buen plan o, al menos, el mejor de varios malos.

Pero cuando llegó a la esquina de Otrech y Naresk y la dirección del papel estuvo a la vista, Kell desaceleró y se detuvo, y luego dio dos pasos al costado, hacia la sombra más cercana.

Algo estaba mal.

No de una forma obvia, sino que lo sentía bajo la piel, en los huesos.

Naresk Vas se veía vacía, pero no lo estaba.

Eso era lo que pasaba con la magia. Estaba en todos lados. En todo. En *todos*. Y si bien fluía como un pulso bajo y constante por el aire y la tierra, latía más alto en los cuerpos de las cosas vivas. Y si Kell lo intentaba —si *buscaba*—, podía sentirla. Era un sentido, no tan fuerte como la vista o el sonido o el olfato, pero estaba allí de todos modos. Y su presencia ahora vagaba hacia él desde las sombras a lo largo de la calle.

Lo que quería decir que Kell no estaba solo.

Contuvo la respiración y se quedó atrás en el callejón, con los ojos fijos en la dirección del sobre, al otro lado de la calle. Y entonces, en efecto, vio que algo se *movía*. Una figura encapuchada rondaba entre el 7 y el 9 de Naresk Vas. Kell no podía ver nada alrededor de él, excepto por el centelleo

de un arma al costado.

Por un segundo, Kell —aún un poco desconectado por su rato con los Dane— pensó que quizás se trataba de Olivar, el hombre para quien era la carta que sostenía. Pero *no podía* ser Olivar. La mujer había dicho que el hombre se estaba muriendo e incluso si estuviera lo suficientemente bien como para encontrarse con Kell en la calle, él no podría *saber* que lo encontraría ahí, no cuando Kell acababa de aceptar la tarea. Lo que significaba que no era Olivar. Pero si no era él, ¿quién era?

El peligro hormigueó contra los límites de la piel de Kell.

Extrajo la carta de su bolsillo, estudió la dirección, luego contuvo la respiración mientras rompía el sello y retiraba la carta. Se mordió los labios para no maldecir.

Incluso en la oscuridad, pudo ver que el papel estaba en blanco.

Nada más que un trozo de pergamino doblado.

La mente de Kell dio vueltas. Le habían tendido una trampa.

Si ellos —quienes fuera que fuesen— no estaban tras la carta, entonces…

«Por los Santos». La mano de Kell fue hacia el paquete, que aún estaba en su bolsillo. El *pago*. Cuando sus dedos se doblaron alrededor del trapo doblado, esa extraña sensación le subió por el brazo otra vez. ¿Qué había aceptado?

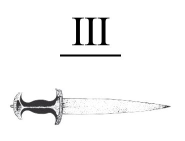
¿Qué había hecho?

Justo entonces, la sombra del otro lado de la calle levantó la vista.

El papel en la mano de Kell había pescado la luz de la farola, solo por un momento, pero fue todo lo que necesitó. La sombra arremetió hacia adelante en dirección a Kell.

Y Kell se dio vuelta y corrió.

III



Lila siguió al grupo de rateros por las serpenteantes calles de Londres, esperando que se separaran. Barron tenía razón: las probabilidades no eran buenas contra los tres, pero tenía la mira puesta en uno. Ycuando de tres pasaron a dos y esos dos finalmente se separaron, ella siguió a su blanco.

Era el flaco al que ella seguía, el que había agarrado las monedas del chico escuálido en el escalón. Lila se abrazó a las sombras al seguirlo por el laberinto de calles cada vez más angostas, con el botín robado repiqueteando en los bolsillos del matón, que llevaba un palillo de madera entre los dientes. Finalmente, dobló por un callejón y Lila fue rápido tras él, sin que nadie la escuchara, la viera o notara su presencia.

Apenas estuvieron solos, acortó la distancia entre ambos de una sola zancada y llevó su cuchillo hacia arriba contra la garganta del ratero, presionando con suficiente fuerza como para que saliera sangre.

—Vacía tus bolsillos —gruñó ella con voz ronca.

Él no se movió.

—Te estás equivocando —dijo, moviendo el palillo en su boca.

Ella cambió el agarre para que el cuchillo mordiera un poco la garganta.

—¿Seguro?

Yentonces escuchó pasos apresurados que se acercaban atrás de ella y se agachó justo a tiempo para esquivar un puño. Otro de los matones estaba parado ahí, el maldito petiso, con una de sus carnosas manos apretada y sosteniendo una barra de metal con la otra. Un instante después, el gordo finalmente los alcanzó, con la cara roja y sin aliento.

—Eres *tú* —dijo, y por un instante Lila pensó que él la había reconocido. Luego se dio cuenta de que había reconocido el croquis del aviso de

BUSCADO—. El ladrón de las sombras.

El flaco escupió su palillo de mascar y lanzó una sonrisa.

—Parece que hemos atrapado un gran premio, caballeros.

Lila dudó. Sabía que podía ganar contra uno de los rateros y pensó que quizá podría vencer a dos, ¿pero tres? Quizá, si se quedaran quietos, pero no dejaban de moverse, de modo que ella no pudiera ver a todos a la vez. Escuchó el clic de una navaja de resorte, el golpe de la barra de metal contra el empedrado. Tenía el revólver en su pistolera y el cuchillo en su mano y otro en la bota, pero no sería lo suficientemente rápida para apuntar a los tres.

—¿El póster decía «vivo» o «muerto»? —preguntó el petiso.

—Sabes, creo que no lo especificaba —dijo el flaco, limpiándose la sangre de la garganta.

—Creo que decía «muerto» —agregó el gordo.

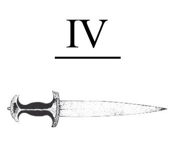
—Y aunque diga «vivo» —razonó el flaco—, no creo que les importe si le faltan algunas partes. —Se lanzó hacia ella. Ella se alejó y terminó accidentalmente al alcance del gordo. Este intentó agarrarla y ella lanzó una cuchillada, que sacó sangre antes de que el petiso le pusiera las manos encima. Pero cuando los brazos le rodearon el pecho, ella sintió que estos se tensionaban.

—¿Qué es esto aquí? —siseó el petiso—. Nuestro muchacho es una…

Lila no esperó. Estrelló su bota contra el pie de él, con fuerza, y él gritó y la soltó. Solo un instante, pero fue suficiente para que Lila hiciera lo que sabía que tenía que hacer, la cosa que *odiaba* hacer.

Correr.

IV



Kell podía oír los pasos, primero un par y después dos y después tres —o quizás el tercero era el bombeo de su corazón— mientras corría por las calles y callejuelas. No paró, no respiró, no hasta llegar a Campos de Rubí. Fauna cruzó una mirada con él cuando pasó hacia adentro, sus cejas grises se fruncieron —casi nunca entraba por la puerta delantera—, pero no lo detuvo, no preguntó. Los pasos habían desaparecido unas pocas cuadras atrás, pero aun así, al subir hacia la habitación en la cima revisó las marcas en la escalera y en la puerta de la habitación… amuletos amarrados al edificio mismo, a la madera y la piedra, diseñados para mantener la habitación oculta a todos los ojos excepto los suyos.

Kell cerró la puerta y se dejó caer contra la madera, mientras las velas se encendían por la pequeña habitación.

Le habían tendido una trampa, ¿pero quién? ¿Y por *qué*?

No estaba seguro de *querer* saber, pero era necesario, así que sacó de su bolsillo el paquete robado. Estaba envuelto en un retazo de tela gris gastada y cuando desplegó el trapo, una piedra cortada sin pulir cayó en la palma de su mano.

Era suficientemente pequeña para caber en un puño cerrado y tan negra como el ojo derecho de Kell, y cantaba sobre su mano, una vibración grave y profunda que llamaba a su propio poder como un diapasón. De semejante a semejante. Resonando. Amplificando. Su pulso se aceleró.

Parte de sí quería soltar la piedra. La otra parte quería agarrarla con más fuerza.

Cuando Kell la sostuvo a contraluz de las velas, vio que un lado estaba dentado, como roto, pero el otro lado era liso y en esa cara brillaba

levemente un símbolo.

El corazón de Kell se sacudió al verlo.

Nunca antes había visto la piedra, pero reconoció la marca.

Estaba escrito en un lenguaje que solo unos pocos podían hablar y aún menos personas podían usar. Un lenguaje que corría por sus venas con su sangre y latía en su ojo negro.

Un lenguaje que él había llegado a pensar simplemente como *antari*.

Pero la lengua de la magia no siempre había pertenecido solo a los *antari*. No, había historias. De un tiempo en que otros podían hablarle directamente a la magia (aunque no pudiesen comandarla por sangre). De un mundo tan apegado al poder que cada hombre, mujer y niño dominaba la lengua con fluidez.

Londres Negro. El lenguaje de la magia le había pertenecido.

Pero después de que la ciudad cayera, cada reliquia había sido destruida, todo resto que quedase en cada uno de los mundos fue borrado a la fuerza como parte de una limpieza, de una purga, una forma de repeler la plaga del poder que la había devorado.

Esa era la razón por la que no había libros escritos en *antari*. Los pocos textos que existían ahora eran fragmentos, los hechizos recolectados y transcriptos fonéticamente y legados, el lenguaje original erradicado.

Era lo que le daba escalofríos ahora, verlo escrito como debía ser, no en letras, sino en runas.

La única runa que él conocía.

Kell poseía un solo libro sobre la lengua *antari*, confiado a él por su tutor, Tieren. Era un diario lleno de comandos de sangre —hechizos que invocaban la luz o la oscuridad, alentaban el crecimiento, rompían encantos —, todos ellos con su fonética y explicados, pero en su tapa había un símbolo.

—¿Qué significa? —le había preguntado a su tutor.

—Es una palabra —explicó Tieren—. Una que pertenece a todos los mundos y a ninguno. Es la palabra para «magia». Se refiere a su existencia y a su creación… —Tieren llevó un dedo a la runa—. Si la magia tuviera un nombre, sería este —dijo, trazando las líneas del símbolo—. *Vitari*.

Ahora Kell pasaba el pulgar sobre la runa en la piedra, la palabra hacía eco en su cabeza.

Vitari.

Justo entonces, unos pasos golpearon las escaleras, y Kell se tensionó. Nadie debería ser capaz de ver esos escalones, menos que menos usarlos, pero podía escuchar las botas. ¿Cómo lo habían seguido hasta aquí?

Y fue entonces cuando Kell vio el patrón en el retazo de tela en la que había estado envuelta la piedra y que ahora yacía abierta sobre su cama. Había símbolos garabateados ahí. Un hechizo de seguimiento.

«Por los Santos».

Kell se metió la piedra en el bolsillo y se lanzó hacia la ventana al mismo tiempo que la pequeña puerta detrás de él se abría violentamente. Escaló al alféizar y saltó hacia afuera, y hacia abajo, y aterrizó con fuerza en la calle y rodó hasta ponerse de pie, mientras los intrusos entraban a la fuerza en su habitación.

Alguien le había tendido una trampa. Alguien había querido que él llevara una reliquia prohibida desde el Londres Blanco a *su* ciudad.

Una figura saltó por la ventana después de él, y Kell se dio vuelta para enfrentar a las sombras sobre sus zapatos. Había esperado a dos de ellos, pero solo encontró a uno. El extraño encapuchado redujo la velocidad y luego se detuvo.

—¿Quién eres? —preguntó Kell.

La sombra no le respondió. Caminó hacia adelante, buscando el arma en su cadera, y en la tenue luz de la calle, Kell vio una X cicatrizada en el dorso de la mano. La marca de degolladores y traidores. Un asesino a sueldo. Pero cuando el hombre desenfundó su arma, Kell se quedó helado. No era una puñal oxidado, sino una espada de mano, y conocía el sello en su empuñadura. El cáliz y el sol naciente. El símbolo de la familia real. Era la espada usada por los miembros de la guardia real. Y solo usada por ellos.

—¿Dónde conseguiste eso? —gruñó Kell, la ira circulando a través de él.

El asesino flexionó los dedos alrededor de la espada. Esta comenzó a resplandecer débilmente, y Kell se tensionó. Las espadas de los guardias

reales no solo eran hermosas y afiladas; estaban *encantadas*. Kell mismo había ayudado a crear el hechizo que corría por el metal, uno que disminuía el poder de un mago con tan solo un corte. Los filos estaban diseñados para detener los conflictos antes de que comenzaran, para eliminar la amenaza de la represalia mágica. Debido a su potencial, y al miedo de que este potencial cayera en las manos equivocadas, a los guardias reales se les decía que mantuvieran la cuchilla con ellos en *todo* momento. Si uno había perdido su espada, probablemente también había perdido la vida.

—*Sarenach* —dijo el degollador. *Ríndete*. La orden lo tomó por sorpresa a Kell. Los asesinos a sueldo tomaban botines y sangre, no prisioneros.

—Baja esa espada —ordenó Kell. Intentó llamar al arma del agarre del asesino, pero estaba protegida. Otro resguardo para evitar que la espada cayera en manos equivocadas. Lo que ya había pasado. Kell maldijo y sacó su propio cuchillo de su vaina. Era unos 30 centímetros más corto que la cuchilla real.

—Ríndete —volvió a decir el asesino, con voz extrañamente firme. Levantó el mentón y Kell captó un brillo de magia en los ojos del hombre. ¿Un hechizo de dominio? Kell solo tuvo un instante para notar el uso de magia prohibida antes de que el hombre arremetiera; el arma resplandeciente atravesó el aire hacia él. Se corrió para atrás para eludir la espada, cuando una segunda figura apareció en el otro extremo del callejón.

—Ríndete —dijo el segundo hombre.

—Uno a la vez —espetó Kell. Lanzó las manos al aire y el empedrado tembló y luego se disparó hacia arriba en una pared de piedras y tierra que bloqueó el camino del segundo atacante.

Pero el primero siguió acercándose, siguió lanzando estocadas, y Kell se corrió hacia atrás, fuera del arco de la espada. Casi lo consiguió; el filo le alcanzó el brazo, cortó la tela pero no llegó a la piel por poco. Se lanzó hacia atrás cuando el arma atacó otra vez, pero esta vez encontró carne al pasar por sus costillas. El dolor se disparó en el pecho de Kell al acumularse la sangre y derramarse por su estómago. El hombre avanzó y Kell retrocedió un paso e intentó llamar a las piedras para que se levantasen entre ellos. Estas temblaron y se quedaron quietas.

—Ríndete —ordenó el asesino en su tono demasiado firme.

Kell presionó una mano contra su pechera, tratando de contener la sangre mientras esquivaba otro espadazo.

—No.

Hizo girar la daga en su mano, la tomó por la punta y la lanzó con toda la fuerza de la que fue capaz. El filo encontró su blanco y se enterró en el hombro del asesino. Pero para horror de Kell, el hombre no detuvo su marcha. Siguió avanzando. El dolor ni siquiera se registró en su rostro cuando se quitó el cuchillo y lo arrojó a un lado.

—Entrega la piedra —dijo con ojos vacíos.

La mano de Kell se cerró de forma protectora alrededor del talismán en su bolsillo. Este vibró contra su mano y Kell se dio cuenta al sostenerlo de que aunque pudiera darlo —lo que no podía hacer, no haría, no sin saber para qué era y quién estaba tras él—, no *quería* soltarlo. No podía soportar la idea de desprenderse de él. Lo que era absurdo. Y sin embargo, algo en él hacía que deseara quedárselo.

El atacante embistió contra él otra vez.

Kell intentó dar otro paso hacia atrás, pero sus hombros se encontraron con la barricada improvisada.

No había adónde correr.

La oscuridad relució en los ojos del asesino y su espada zumbó en el aire, y Kell lanzó la mano que tenía vacía hacia adelante y ordenó «Detente», como si con eso fuera a lograr alguna maldita cosa.

Y sin embargo, de alguna manera, lo hizo.

La palabra hizo eco por el callejón y, entre una reverberación y otra, la noche cambió alrededor de él. Pareció que el tiempo se frenaba, al igual que el atacante, al igual que Kell, pero la piedra en su mano cobró vida. La propia magia de Kell se había debilitado por la herida en sus costillas, pero la piedra vibró con poder, y humo negro y espeso fluyó de entre los dedos del *antari*. Se disparó por el brazo de Kell y a lo largo del pecho y hacia la mano estirada, y voló como ráfaga por el aire contra el asesino. Cuando el humo lo alcanzó, no atacó, no lo tumbó al piso. En vez de eso, se retorció y rodeó el cuerpo del matón, se expandió por las piernas y los brazos y

alrededor del pecho. Ydonde fuese que tocara, apenas tocaba, se *congelaba*, tomando al asesino entre un paso y el siguiente, un respiro y otro.

El tiempo volvió a moverse y Kell lanzó un grito ahogado, el pulso le golpeaba los oídos y la piedra zumbaba en su mano.

La espada real robada quedó flotando a mitad de un ataque, a centímetros de su rostro. El asesino mismo estaba parado inmóvil, su abrigo fijo en el aire. A través de la lámina vaporosa de hielo o piedra o lo que fuera que fuese, Kell podía ver la forma inerte del atacante, con ojos abiertos y vacíos. No la mirada en blanco de los dominados, sino la vacuidad de los muertos.

Kell miró fijo la piedra que aún vibraba en su mano, el símbolo resplandeciente en su superficie.

Vitari.

«Es la palabra para la magia. Se refiere a su existencia y a su creación».

¿Podía significar también el *acto* de crear?

No había un comando de sangre para *crear*. La regla de oro de la magia decía que no podía *ser* creada. El mundo estaba hecho de dar y recibir, y la magia podía fortalecerse o debilitarse, pero no podía manifestarse de la nada. Ysin embargo… Se estiró para tocar al hombre congelado.

¿El poder, de alguna manera, había sido invocado por su sangre? Pero no había dado un comando de sangre, no había hecho nada más que decir «Detente».

La piedra había hecho el resto.

Lo que era imposible. Incluso con la magia elemental más fuerte, uno tenía que enfocarse en lo que quería tomar. Pero Kell no había visualizado el armazón congelado, lo que quería decir que la piedra no había seguido simplemente una orden. Había *interpretado*. Había *creado*. ¿Era así cómo había funcionado la magia en el Londres Negro? ¿Sin barreras, sin reglas, sin nada más que deseo y voluntad?

Kell se obligó a guardar el talismán en un bolsillo. Sus dedos no querían soltarlo. Dejar de sostenerlo le costó toda la concentración posible y en cuanto la piedra se deslizó de su mano a su abrigo, un frío vertiginoso

corrió a través de él y el mundo se tambaleó. Se sintió débil y también herido. Agotado. «No es algo por nada después de todo», pensó Kell. Pero de todas maneras era algo. Algo poderoso. Algo peligroso.

Intentó enderezarse, pero el dolor le desgarró el estómago. Gruñó y se dejó caer contra la pared en la calle. Sin su poder, no podía llamar a la herida para que se cerrara, ni siquiera podía mantener su propia sangre en sus venas. Necesitaba recobrar el aliento, necesitaba aclarar su mente, necesitaba *pensar*, pero justo entonces las piedras a su espalda comenzaron a sacudirse. Se apartó de la pared un instante antes de que esta se desmoronara y revelara a la segunda figura encapuchada.

—Ríndete —dijo el hombre, con el mismo tono firme de su colega.

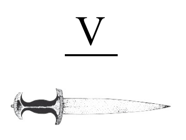
Kell no podía.

No confiaba en la piedra —incluso cuando ansiaba asirla otra vez—, no sabía cómo controlarla, pero tampoco podía entregarla, así que Kell se lanzó hacia adelante y recuperó su propio cuchillo del piso. Y cuando el hombre embistió contra él, se lo enterró en el pecho. Por un segundo, Kell sintió preocupación de que el hombre no cayera, temió que el dominio lo mantuviese de pie, como había sucedido con el otro. Kell empujó la hoja más adentro y la retorció a través de órganos y huesos, y finalmente las rodillas del sujeto cedieron. Por un breve momento, el dominio se quebró y la luz volvió a fluir en sus ojos. Y luego desapareció.

No era la primera vez que Kell mataba a alguien, pero aun así sintió náuseas cuando quitó el cuchillo y el hombre se desplomó, muerto, a sus pies.

El callejón osciló y Kell se tomó del estómago, luchando para respirar mientras el dolor lo atravesaba. Y entonces escuchó otro conjunto de pasos a la distancia y se obligó a enderezarse. Pasó trastabillando sobre ambos cuerpos, el congelado y el muerto, y se echó a correr.

V



Kell no podía detener la sangre.

Le empapaba la camisa y la tela se pegaba a él mientras corría —tropezaba— por el estrecho laberinto de calles que se juntaban, como una red, en las esquinas del Londres Rojo.

Se palpó el bolsillo para asegurarse de que la piedra estuviera a salvo y un aleteo le corrió por los dedos al sentirla allí. Debería haber corrido hacia el río, debería haber lanzado el talismán al Isle y dejar que se hundiera. Debió, pero no lo hizo, y eso lo dejaba con un problema.

Y el problema lo estaba alcanzando.

Kell dobló en una esquina con un ángulo demasiado cerrado y derrapó para terminar contra la pared, se mordió para evitar un grito cuando su costado herido chocó contra los ladrillos. No podía seguir corriendo, tenía que escapar. A algún lugar donde no lo siguieran.

Algún lugar donde *no pudieran* seguirlo.

Kell se detuvo lentamente y buscó el dije del Londres Gris que llevaba al cuello, tirando con fuerza del cordel para sacárselo por la cabeza.

Los pasos hacían eco, pesados, demasiado cerca, pero Kell mantuvo su posición y presionó la mano contra sus costillas ensangrentadas e hizo un gesto de dolor. Llevó la mano y la moneda contra las piedras de la calle y dijo:

—*As Travars*.

Sintió que las palabras pasaban por sus labios y tiritaban contra su mano al mismo tiempo.

Pero no pasó nada. La pared se quedó donde estaba, así que Kell también.

Un dolor intenso lo atravesó desde el costado herido por la espada real, cuyo hechizo lo desconectaba de su magia. «No», rogó Kell en silencio. La magia de sangre era el tipo de poder más fuerte del mundo. No podía ser anulada, no por un simple hechizo. Era más fuerte. *Tenía* que ser más fuerte. Kell cerró los ojos.

—*As Travars* —dijo otra vez.

No debería haber tenido que decir nada más, no debería haber tenido que forzarla, pero estaba cansado y sangrando y luchando por enfocar los ojos, además de concentrarse en su poder, así que agregó:

—Por favor. —Tragó saliva y llevó la frente contra las piedras y escuchó que los pasos se acercaban más y más y dijo, otra vez—: Por favor, déjame pasar.

La piedra zumbó en su bolsillo, una promesa de poder, de ayuda, y estaba a punto de sacarla y llamar a su poder, cuando la pared finalmente tembló y cedió bajo su contacto.

El mundo desapareció y un instante después volvió a aparecer, y Kell colapsó contra la calle empedrada; la luz constante y sutil del Londres Rojo reemplazada por la noche fría, húmeda y llena de humo del Londres Gris. Se quedó un momento apoyado sobre manos y rodillas y consideró seriamente desmayarse ahí mismo en la calle, pero finalmente logró ponerse de pie. Al hacerlo, la ciudad se inclinó peligrosamente alrededor de él. Dio dos pasos y de inmediato chocó contra un hombre con una máscara y un sombrero de ala ancha. Vagamente supo que era extraño que estuviera usando un disfraz, pero él difícilmente estaba en posición de juzgar las apariencias, dado su estado actual.

—Lo siento —balbuceó y se cerró bien el abrigo alrededor de sí para esconder la sangre.

—¿De dónde ha salido? —preguntó el sujeto, y Kell levantó la vista y se dio cuenta de que debajo de ese disfraz no había un hombre en absoluto. Era una mujer. Ni siquiera eso. Una muchacha. Toda estirada como una sombra, como Kell, pero de un horario muy tardío. Demasiado larga, demasiado delgada. Pero estaba *vestida* como un hombre, botas y pantalones y una capa (y debajo de eso, unas pocas armas centelleantes). Y,

por supuesto, la máscara y el sombrero. Parecía agitada, como si hubiese estado corriendo. «Extraño», pensó Kell otra vez.

Se tambaleó un poco.

—¿Se encuentra bien ahí, señor? —preguntó la chica disfrazada.

Sonaron pasos en una calle más allá, y Kell se tensionó, pero se obligó a recordar que estaba a salvo ahora, aquí. La muchacha echó una mirada rápida hacia atrás antes de volver a centrarse en él. Dio un paso hacia ella y sus piernas casi ceden bajo su peso. Ella se acercó para agarrarlo, pero él se sostuvo antes de la pared.

—Estaré bien —susurró con voz temblorosa.

La chica levantó el mentón y había algo fuerte y desafiante en sus ojos y en las líneas de su mandíbula. Un reto. Y entonces sonrió. No con toda la boca, solo las comisuras, y Kell pensó —de forma distante y atontada— que en diferentes circunstancias, podrían haber sido amigos.

—Hay sangre en su rostro —dijo ella.

¿Dónde *no* había sangre? Kell se llevó la mano a la mejilla, pero también tenía la mano empapada de sangre, así que no era de mucha ayuda. La muchacha se acercó. Sacó un pequeño pañuelo oscuro de un bolsillo y se estiró para pasárselo suavemente por el mentón, antes de poner la tela en la mano de Kell.

—Quédeselo —dijo. Y después se dio vuelta y se fue caminando.

Kell observó a la extraña muchacha irse, después se dejó caer contra la pared de la callejuela.

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró el cielo del Londres Gris, sin estrellas y oscuro sobre los edificios. Y entonces buscó en su bolsillo la piedra del Londres Negro y se quedó helado.

No estaba ahí.

Escarbó furiosamente sus bolsillos, cada uno de ellos, pero no hubo caso. El talismán no estaba. Sin aliento y sangrando y exhausto, Kell bajó la vista al pañuelo que tenía agarrado en la mano.

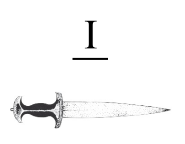
No lo podía creer.

Le habían robado.

SEIS

LOS LADRONES SE ENCUENTRAN

I



A un Londres de distancia, las campanas de la ciudad dieron las ocho.

El sonido venía del santuario en el límite de la ciudad, pero sonó por el rutilante Isle y por las calles, se vertió por las ventanas abiertas y atravesó puertas abiertas y callejuelas, hasta llegar a Campos de Rubí y, apenas más allá, a la figura congelada de un hombre en la oscuridad.

Un hombre con una X en el dorso de la mano y una espada real robada alzada sobre la cabeza. Un hombre atrapado en hielo o piedra o algo más extraño.

Cuando las campanadas iban apagándose, se formó una grieta serrada en la envoltura a la altura del rostro del sujeto. Y luego otra, bajo su brazo. Y una tercera, a lo largo de la cuchilla. Pequeñas fisuras que rápidamente se profundizaron, expandiéndose como dedos por la cubierta.

—*Detente* —le había ordenado el joven *antari* a su atacante, y el atacante no había escuchado, pero la magia sí. Se había desparramado desde la piedra negra en la mano del antari, se había retorcido alrededor del hombre y se había endurecido en un armazón.

Y ahora, el armazón se estaba quebrando.

No como un armazón *debería* quebrarse, con una superficie que se fractura y fragmentos que caen en lluvia sobre la calle. No, este armazón se hizo añicos y sin embargo nunca soltó al hombre que había debajo. En vez de eso, se aferró a él mientras se derretía, no hacia abajo por su cuerpo, sino hacia *adentro* de él. Se filtró en su ropa y adentro de su piel hasta que desapareció; no, no apareció. *Se absorbió*.

El hombre que había estado congelado se estremeció, luego tomó aire. La media espada real se deslizó de la mano y retumbó contra las piedras

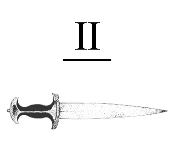
cuando las últimas gotas brillantes de magia relucieron como aceite sobre su piel antes de penetrar; sus venas se oscurecieron, marcándose en él como con tinta. La cabeza del hombre quedó colgando hacia adelante, los ojos abiertos pero vacíos. Y completamente negros, las pupilas estalladas y expandidas sobre el iris y el blanco.

El hechizo de dominio ya lanzado sobre él le había quitado toda resistencia y había permitido que la otra magia se escurriera hacia adentro, a través de sus venas y cerebro y músculos, tomando todo lo que tocaba; el núcleo previamente rojo de su vida ahora ardía puro y oscuro.

Lentamente, el hombre —o ahora mejor dicho, la cosa dentro de él— levantó la cabeza. Sus ojos negros brillaban, oleaginosos contra la oscuridad seca, mientras observaba el callejón. El cuerpo del segundo asesino yacía cerca, pero ya estaba bastante muerto, la luz apagada. Nada que salvar. Nada que arder. No quedaba demasiada vida en su propio cuerpo tampoco —solo la llama suficiente para alimentarse—, pero por ahora bastaría.

Rotó los hombros y luego comenzó a caminar, vacilante al principio, como un hombre no acostumbrado a su cuerpo. Y luego más rápido, con más seguridad. Su postura se enderezó y sus piernas daban largos pasos hacia las luces del edificio más cercano. La boca del hombre se estiró en una sonrisa. Era tarde, pero las farolas estaban encendidas en las ventanas, y las risas, agudas y dulces y promisorias, llenaban el aire como el sonido de las campanas.

II



Lila iba tarareando mientras avanzaba de regreso a Tiro de Piedra.

Mientras caminaba, comenzó a quitarse el disfraz; la máscara primero, seguida del sombrero de ala ancha. Se había olvidado que los estaba usando cuando se topó con el borracho en la calle, pero este había estado tan profundamente inmerso en su bebida que apenas si lo había notado. Al igual que no parecía haberse dado cuenta de que ella estaba metiendo la mano en su abrigo mientras sujetaba el pañuelo ni de cuando había cerrado los dedos alrededor del contenido de su bolsillo al presionar la tela oscura contra su mano. Un objetivo fácil.

A decir verdad, todavía estaba enojada consigo misma por huir —o mejor dicho, por caer en una trampa y *necesitar* huir— del trío de rateros. «Pero —pensó al cerrar la mano alrededor del gratificante peso en el bolsillo de su capa— la salida no ha sido un completo desperdicio».

Cuando la taberna estuvo a la vista, sacó el botín de su capa e hizo una pausa debajo de un farol para poder mirar más de cerca la recaudación. Al hacerlo, se decepcionó. Había tenido la esperanza de que fuese metal, algo de plata u oro, pero el bulto era una piedra. No una gema o una joya. Ni siquiera una pieza de cristal. Parecía una roca de río —lustrosa y negra—, con un lado plano y el otro serrado, como si la hubiesen golpeado o picado de una piedra más grande. ¿Qué tipo de sujeto caminaba con rocas en el bolsillo? Y encima rotas.

Y sin embargo, pensó que podía sentir algo, una especie de cosquilleo donde su piel tocaba la superficie de la piedra. Lila la sostuvo a contraluz y la observó con ojos entrecerrados por un momento, antes de desestimar la sensación y considerar que la piedra no tenía valor alguno —una baratija

sentimental, como mucho—. Su estado de ánimo se amargó al meterla nuevamente en el bolsillo y subir los escalones de Tiro de Piedra.

Aunque la taberna estaba que desbordaba, Barron levantó la vista cuando ella entró y sus ojos fueron directamente desde el rostro al disfraz metido bajo su brazo. Lila creyó haber visto un destello de preocupación y eso la hizo contraerse. Ella no era pariente de él. Él no era pariente de ella. Ella no necesitaba la preocupación de él y él no necesitaba el peso de ella.

—¿Te metiste en problemas? —preguntó Barron cuando ella pasó al lado de la barra para ir directo hacia las escaleras.

No iba a admitir que había sido acorralada en la calle ni que había huido de la pelea y que su botín era un completo fracaso, así que simplemente se encogió de hombros dijo:

—Nada que no pudiese manejar.

El chico esquelético de los escalones estaba sentado en un taburete de la esquina, comiendo un tazón de estofado. Lila se dio cuenta de que tenía hambre —es decir, más hambre de lo normal, Lila no se había sentido *llena* en años—, pero también estaba cansada y aliviada de encontrar que el llamado de sus huesos para ir a la cama era más fuerte que el de su estómago para que se sentara a la mesa. Además, no había recuperado las monedas. Tenía la plata, por supuesto, pero tenía que ahorrar si quería salir de esta taberna, de esta ciudad, alguna vez. Lila también sabía cómo era el ciclo: ladrones que roban solo lo suficiente para seguir siendo ladrones.

Ella no tenía la intención de contentarse con victorias tan magras. Y ahora que la habían desenmascarado —maldijo al pensar que los tres rateros habían descubierto lo que tres decenas de oficiales no habían visto, que su hombre buscado no era un hombre—, robar solo se volvería cada vez más difícil. Necesitaba botines más grandes y los necesitaba pronto.

El estómago le gruñó, y sabía que Barron le daría algo gratis si podía convencerse a sí misma de pedírselo, pero no podía. No *quería*.

Lila Bard podía ser una ladrona, pero no era una mendiga.

Y cuando se fuera —y lo haría—, tenía toda la intención de dejarle el dinero que le debía, hasta el último céntimo. Se dispuso a subir las escaleras.

En la cima de los angostos escalones había un pequeño descanso con una puerta verde. Recordó haber cerrado de un golpe esa misma puerta, haber pasado furiosa al lado de Barron y bajado las escaleras, dejando solo el berrinche atrás. Recordaba la pelea: le había robado a un cliente y Barron la había puesto a trabajar por eso. Lo que era peor, había querido la renta pero le había prohibido pagarle la habitación y la comida con monedas «prestadas». Solo quería dinero honesto, y ella no tenía manera de conseguirlo, así que él le había ofrecido pagarle por ayudarlo a dirigir la taberna. Ella lo había rechazado. Decir que sí hubiera significado quedarse, y quedarse hubiera significado establecerse. Al final había sido más fácil dejar el lugar y correr. «No huir», Lila se había dicho a sí misma. No, Lila había estado corriendo hacia algo. Algo mejor. Y aunque no lo había alcanzado aún, ya lo haría.

—¡Esto no es vida! —había gritado, con el puñado de cosas que poseía metidas bajo el brazo—. Esto no es nada. No es suficiente. No es suficiente, maldita sea.

Aún no había adoptado el disfraz, no había sido lo bastante valiente como para robar abiertamente.

«Tiene que haber más», había pensado. «Tengo que ser más».

Había agarrado el sombrero de ala ancha de un perchero cerca de la puerta y había salido hecha una furia. No era suyo.

Barron no había intentado detenerla. Solo se había apartado de su camino.

«Una vida que vale la pena tener es una vida que vale la pena tomar».

Había pasado casi un año —once meses, dos semanas y un puñado de días— desde que había dado un portazo al salir de la pequeña habitación y de Tiro de Piedra, jurando que no quería saber nada más con ellos.

Y sin embargo, aquí estaba otra vez. Llegó al final de las escaleras —al recibirla cada escalón protestó tanto como ella— y entró.

El panorama de la habitación la llenó con una mezcla de repulsión y alivio. Cansada hasta los huesos, sacó la piedra de su bolsillo y la soltó sobre una mesa de madera al lado de la puerta, adonde aterrizó con un golpe seco.

Barron había dejado su galera sobre la cama, y Lila se dejó caer al lado de ella para desatarse las botas. Estaban gastadas a más no poder y se estremeció al pensar cuánto le costaría comprar un par decente. No eran algo fácil de robar. Despojar a un hombre de su reloj de bolsillo era una cosa. Despojarlo de sus zapatos era otra bastante distinta.

Estaba a la mitad de desatar los cordones de la primera bota cuando escuchó un sonido de esfuerzo, como un «uff», y levantó la vista para encontrar a un hombre parado en su habitación.

No había entrado por la puerta —estaba trabada— y sin embargo ahí estaba, con una mano ensangrentada contra la pared para sostenerse. El pañuelo de Lila estaba estrujado entre su mano y las tablas de madera, y pensó que podía distinguir algún tipo de marca esbozada sobre el panel que estaba debajo.

El pelo le caía sobre los ojos, pero lo pudo reconocer rápido.

Era el sujeto de la callejuela. El borracho.

—Devuélvela —dijo, respirando con dificultad. Tenía un leve acento, uno que ella no podía ubicar.

—¿Cómo diablos entraste? —preguntó, levantándose.

—Tienes que devolverla. —Aquí, en la luz de la pequeña y estrecha habitación, podía ver la camisa apelmazada contra su pecho, el lustre de sudor sobre su frente—. No deberías… haberla… tomado…

Lila lanzó una ojeada a la piedra, donde estaba apoyada en la mesa, y la mirada de él la siguió y se clavó. Ambos se lanzaron a por ella al mismo tiempo. O mejor dicho, Lila se lanzó. El extraño se apartó de la pared en esa dirección general, se bamboleó bruscamente y después colapsó a los pies de Lila. Su cabeza rebotó un poco al golpear contra el piso.

«Genial», pensó Lila, mirando fijamente el cuerpo. Le empujó el hombro con la punta de la bota y cuando no se movió, se arrodilló y lo dio vuelta. Parecía que el sujeto había tenido una noche horrible. Tenía la túnica negra pegada a la piel; al principio pensó que era sudor, pero cuando lo tocó, los dedos salieron manchados de rojo. Consideró revisar los bolsillos y lanzar el cuerpo por la ventana, pero después notó el leve subibaja de su pecho debajo de la camisa manchada y se dio cuenta de que, de hecho, no estaba

muerto.

Aún.

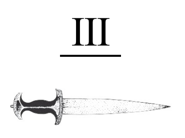
De cerca, el extraño no era, para nada, tan viejo como ella había pensado al principio. Debajo del hollín y la sangre, la piel era tersa y su rostro aún tenía algunos ángulos juveniles. Parecía tener uno o dos años más que Lila, pero no mucho más. Ella le quitó el pelo cobrizo de la frente y sus ojos aletearon y comenzaron a abrirse con lentitud.

Lila se apartó bruscamente. Uno de los ojos era de un azul hermoso. El otro era negro carbón. No de iris negro, como algunos de los hombres del Lejano Este que ella había visto, sino de un negro puro y *antinatural*, que iba de borde a borde, ininterrumpido, sin color ni blanco.

Su mirada comenzó a enfocar, y Lila buscó la cosa más cercana —un libro— y lo golpeó. La cabeza del extraño cayó hacia atrás y el cuerpo se aflojó, y cuando no mostró signos de despertarse, ella apoyó el libro a un lado y lo tomó de las muñecas.

«Huele a flores», pensó ella distraídamente mientras arrastraba el cuerpo sobre el piso.

III



Cuando Kell volvió en sí, estaba atado a una cama.

Tenía una soga áspera enroscada en las muñecas, que las ataba a un cabezal detrás de él. Le latía la cabeza y un dolor agudo se expandió por sus costillas cuando intentó moverse, pero al menos ya no sangraba, y cuando buscó su poder, sintió alivio al sentir que este crecía para encontrarlo. El hechizo de la espada real se había disipado.

Después de unos momentos de autoevaluación, Kell se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación. Hizo fuerza para levantar la cabeza de la almohada y encontró a la ladrona sentada en una silla a los pies de la cama, dándole cuerda a un reloj de plata y observándolo por encima de sus rodillas. Se había quitado el disfraz y Kell se sorprendió al ver el rostro que había debajo. Tenía el cabello oscuro, cortado a la altura de la mandíbula, que terminaba en un mentón pronunciado. Parecía joven, pero afilada, huesuda del tipo pájaro hambriento. La única redondez venía de sus ojos, ambos marrones, pero no del mismo tono exacto. Él abrió la boca con la intención de comenzar la conversación con una pregunta, como «¿Me desatarías?» o «¿Dónde está la piedra?», pero en vez de eso, se encontró diciendo:

—Uno de tus ojos es más claro que el otro.

—Y uno de tus ojos es negro —disparó ella. Sonaba cautelosa, pero no asustada. O, si lo estaba, era muy buena ocultándolo—. ¿Qué eres? —preguntó.

—Un monstruo —respondió Kell con voz ronca—. Te conviene dejarme ir.

La muchacha largó una pequeña risa burlona.

—Los monstruos no se desmayan en presencia de una dama.

—Las damas no se visten como hombre ni roban de los bolsillos —espetó Kell.

La sonrisa de ella solo se afiló.

—En serio, ¿qué eres?

—Una persona atada a tu cama —dijo Kell, siendo literal.

—¿Y?

Él frunció el entrecejo.

—Y en problemas.

Eso, al menos, consiguió un destello de sorpresa.

—¿Más allá de lo obvio de estar atado a mi cama?

—Sí —dijo Kell, luchando por sentarse un poco, a pesar de las ataduras, para poder mirarla a los ojos—. Necesito que me dejes ir y me devuelvas la cosa que me robaste. —Escaneó la habitación, con la esperanza de ver la piedra, pero ya no estaba apoyada en la mesa—. No te delataré —agregó—. Haremos de cuenta que esto nunca pasó, pero la *necesito*.

Tuvo la esperanza de que ella echara una mirada, se inclinara un centímetro, en dirección del talismán, pero se quedó perfectamente quieta, su mirada inquebrantable.

—¿Cómo entraste aquí? —preguntó Lila.

Kell se mordió la mejilla.

—No me creerías —se limitó a responder él.

Lila se encogió de hombros.

—Supongo que lo averiguaremos.

Él dudó. Ella no se había inmutado al ver su ojo y tampoco lo había entregado ni había pedido ayuda cuando él salió ensangrentado de la pared a la habitación. El mundo gris sabía tan poco de magia, había olvidado tanto, pero había algo en la mirada de la muchacha, un desafío que hacía que él se preguntara si ella le demostraría que estaba equivocado. Si *podía*.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—No cambies de tema

—No lo hago —dijo él, enroscando los dedos alrededor de las cuerdas que lo ataban a la cama—. Solo quiero conocer a mi captora.

Lila lo observó un momento antes de responder.

—Delilah Bard —dijo—, pero Lila basta. —*Lila*. Un nombre suave, pero ella lo usaba como un cuchillo, cortando la primera sílaba, la segunda apenas un susurro metálico en el aire—. ¿Y mi rehén?

—Kell —respondió—. Mi nombre es Kell y vengo de otro Londres y entré a tu habitación con magia.

Como era de esperar, los labios de Lila se torcieron.

—Magia —repitió ella secamente.

—Sí —dijo él—. Magia. —Esta vez, cuando él dijo la palabra, apretó con más fuerza las sogas y estas se prendieron fuego y se convirtieron en cenizas al instante. Un poco rimbombante, quizá, pero obtuvo el efecto deseado. Lila se puso visiblemente tensa en su silla cuando Kell se sentó derecho en la cama. Una oleada de vértigo lo atravesó e hizo una pausa ahí. Se frotó las muñecas mientras esperaba que la habitación se enderezara.

—Para ser específico —aclaró él—. Usé magia para hacer una puerta.

Se palmeó el cuerpo y descubrió que su cuchillo no estaba. Ella lo había desarmado. Arrugó la frente y corrió lentamente las piernas afuera de la cama, sus botas fueron a descansar al piso.

—Cuando metiste las manos en mi bolsillo en la calle, me diste tu pañuelo. Pude usarlo para hacer una puerta, una que me llevó a ti. —Lo que era, dicho sea de paso, *mucho* más difícil de lo que sonaba. Las puertas estaban hechas para llevar a lugares, no a personas. Era tan solo la segunda vez que Kell había tenido éxito al usar su magia para encontrar a alguien. Sin mencionar que había estado sangrando su poder a cada paso. Había sido demasiado. Los últimos vestigios de magia lo habían traído aquí y después…

—Otro Londres —dijo Lila.

—Sí.

—E hiciste una puerta.

—Sí.

—Con magia.

—Sí. —Encontró los ojos de ella entonces, esperando ver confusión, escepticismo, incredulidad, pero encontró otra cosa. Ella lo estaba

observando con la mirada vacía; no, vacía no. Su mirada era intensa. Evaluativa. Kell esperó que ella no le pidiera otra demostración. Su poder apenas estaba comenzando a fluir en él y necesitaba reservarlo.

Levantó un dedo hacia la pared, donde el eco desvanecido de su puerta aún flotaba.

—Supongo que eso explica la marca.

Kell frunció un poco el entrecejo. La mayoría de la gente no podía ver los ecos de los hechizos, o al menos no los notaban. Las marcas, como la mayoría de la magia, pasaban por debajo del espectro de sus sentidos.

—¿Y la piedra? —preguntó ella.

—Magia —respondió él. «Magia negra. Magia poderosa. Magia letal»—. Magia de la *mala*.

Finalmente, Lila trastabilló. Por un instante minúsculo, sus ojos se deslizaron hacia una cómoda contra la pared. Kell no dudó. Se lanzó al cajón de arriba, pero antes de que sus dedos tocaran la madera, un cuchillo encontró su garganta. Había salido de la nada. Un bolsillo. Una manga. Una cuchilla delgada descansaba justo debajo de su mentón. La sonrisa de Lila era tan afilada como el borde del metal.

—Siéntate antes de que te caigas, muchacho mágico.

Lila bajó el cuchillo y Kell se acomodó lentamente a los pies de la cama. Y entonces, ella lo sorprendió una segunda vez al sacar el talismán, no del primer cajón de la cómoda como había dado a entender, sino de la nada. Un momento tenía la mano vacía y al otro, la piedra simplemente estaba ahí; su juego de manos era impecable. Kell tragó, pensativo. Le podía quitar el cuchillo de la mano, pero probablemente tenía otro y, para peor, tenía la piedra. Era humana y no sabía nada de magia, pero si ella hacía un pedido, la piedra muy probablemente respondería. Kell pensó en el asesino, atrapado en piedra.

Lila pasó el pulgar por el talismán.

—¿Qué tiene que es tan malo?

Él dudó y eligió bien las palabras.

—No debería existir.

—¿Cuánto vale?

—Tu vida —dijo Kell, cerrando con fuerza los puños—. Porque créeme, quien esté atrás de mí te asesinará en un abrir y cerrar de ojos para obtenerlo.

La mirada de Lila se fue hacia la ventana.

—¿Te siguieron?

Kell negó con la cabeza.

—No —dijo despacio—. No pueden seguirme aquí.

—Entonces no tengo nada de qué preocuparme. —Su atención volvió al talismán. Kell podía ver que la curiosidad ardía en ella y se preguntó si la piedra la llamaba de la misma forma que a él.

—Lila —susurró—. Por favor, deja la piedra.

Ella entornó los ojos mirando el símbolo en su superficie, como si de alguna manera eso la ayudara a leerlo.

—¿Qué significa? —Kell no respondió—. Si me dices, te la devolveré.

Kell no le creyó, pero igual contestó.

—Es el símbolo de la magia —explicó—. *Vitari*.

—¿Una piedra mágica llamada «magia»? No es muy original. ¿Qué hace?

—No lo sé. —Era bastante cierto.

—No te creo.

—No me importa.

Lila frunció el entrecejo.

—Estoy empezando a creer que no la quieres realmente.

—No la quiero —dijo Kell, y era verdad, aunque una parte de él no quería nada más que sostenerla otra vez—. Pero la necesito. Y respondí tu pregunta.

Lila observó la piedra.

—Una piedra mágica llamada «magia» —reflexionó, dando vuelta el talismán en su mano—. Lo que me lleva a creer que ¿qué? ¿*Hace* magia? ¿O hace cosas *con* magia? —Debe haber visto la respuesta en el rostro preocupado de Kell, porque sonrió triunfante—. Una fuente de poder, entonces… —Parecía estar teniendo una conversación consigo misma—. ¿Puede hacer algo? Me pregunto cómo fun…

Kell fue por el talismán. Su mano estaba a mitad de camino hacia este

cuando el cuchillo de Lila surgió en el aire y le cortó la palma de la mano. Él lanzó un grito ahogado al mismo tiempo que la sangre caía al piso.

—Te lo advertí —dijo ella, meneando el cuchillo como si fuera un dedo.

—Lila —dijo él con cansancio, apoyando la mano contra el pecho—. Por favor. Devuélvemela.

Pero Kell sabía que no lo haría. Había un destello de picardía en los ojos de ella —una mirada, él sabía, se había alertado a sí mismo— mientras cerraba los dedos alrededor de la piedra. ¿Qué cosa invocaría? ¿Qué cosa *podía* invocar este pequeño y desgarbado ser humano? Ella sostuvo ambas manos ceremoniosamente frente a sí misma y Kell observó, con un poco de curiosidad y un poco de preocupación, cómo el humo salía de entre los dedos de Lila. Envolvió la mano que ella tenía libre, retorciéndose y endureciéndose, hasta que una hermosa espada en una funda pulida apareció en sus manos.

Sus ojos se abrieron grandes con *shock* y placer.

—Funcionó —susurró, un poco a sí misma.

La empuñadura brilló igual que lo hacía el negro lustroso del ojo de Kell y la piedra robada, y cuando deslizó la espada afuera de la vaina, el metal resplandeció —negro también— a la luz de las velas, tan sólido como cualquier metal forjado. Lila dejó escapar un sonido de placer. Kell soltó un suspiro de alivio al ver la espada —podría haber sido peor— y observó cómo ella la apoyaba contra la pared.

—Así que ahí tienes —dijo Kell con cautela—. Ahora dámela. —Ella no se daba cuenta (no podía darse cuenta) de que este tipo de magia estaba *mal* o que la piedra se estaba alimentando de su energía—. Por favor. Antes de que te hagas daño.

Lila le lanzó una mirada burlona y acarició el talismán.

—Oh, no —dijo ella—. Recién estoy comenzando.

—Lila… —comenzó a decir Kell, pero ya era tarde. El humo negro ya estaba surgiendo de entre sus dedos, mucho más que antes, y tomaba forma en el espacio entre ellos. En esta ocasión, en vez de un arma, se estiró en forma de hombre joven. No cualquier hombre joven, notó Kell cuando los rasgos se alisaron al pasar de humo a piel.

Era *Kell*.

El parecido era casi perfecto, desde el abrigo con su dobladillo desgastado hasta el cabello rojizo que le caía sobre el rostro, tapando su ojo negro. Excepto que este Kell no tenía un ojo azul. Ambos brillaban tan duros y negros como la piedra en manos de Lila. La aparición no se movió, no al principio, solo se quedó ahí parada esperando.

El Kell que *era* Kell miró con furia al Kell que no era.

—¿Qué crees que estás haciendo? —La pregunta iba dirigida a Lila.

—Solo me divierto un poco —respondió ella.

—No puedes ir por ahí *haciendo personas*.

—Obviamente puedo —replicó ella.

Y entonces, el Kell de ojos negros comenzó a *moverse*. Se quitó el saco con una sacudida de hombros y lo lanzó a la silla más cercana. Y después, Kell observó con horror cómo su eco comenzaba a desabrocharse la túnica, un botón a la vez.

Kell dejó salir una pequeña risa entrecortada.

—No te lo puedo creer.

Lila solo sonrió e hizo rodar la piedra en su mano, mientras el Kell que no era Kell se despojaba lentamente, seductoramente, de la túnica y se quedaba parado ahí, con el pecho desnudo. Sus dedos comenzaron a desatar el cinturón.

—Bueno, suficiente —intervino Kell—. Disípalo.

Ella suspiró.

—No eres divertido.

—Esto *no es* divertido.

—Quizá no para ti —dijo con una sonrisa de satisfacción, mientras el otro Kell continuaba con su *striptease*, deslizando el cinturón afuera de las presillas del pantalón.

Pero Lila no vio lo que él sí: el rostro vacío del eco estaba empezando a *cambiar*. Era una variación sutil en la magia, una cosa hueca que comenzaba a llenarse.

—Lila —insistió Kell—. Escúchame. Disípalo, *ahora*.

—Está bien, está bien —dijo ella, encontrando la mirada del Kell de ojos

negros—. Emm… ¿Cómo lo hago?

—Lo llamaste a ser —dijo Kell, poniéndose de pie—. Ahora llámalo a *desaparecer*.

La frente de Lila se arrugó y el fantasma dejó de desvestirse, pero no desapareció.

—*Lila*.

—Estoy intentando —dijo ella, apretando la piedra con más fuerza.

Con eso, la cara del Kell espectral se retorció, pasando rápidamente de vacía a consciente, a *furiosa*. Era como si *supiera* lo que estaba pasando. Sus ojos saltaron del rostro de Lila a su mano y nuevamente a su rostro. Y después él *embistió*. Se movió tan rápido, en un instante, un parpadeo, y ya estaba sobre ella. La piedra cayó de la mano de Lila cuando el Kell que no era Kell la estrelló de espaldas contra la pared. La boca se abrió para hablar, pero antes de que pudiera, sus manos se disolvieron —*él* se disolvió— repentinamente de nuevo en humo y luego en la nada, y Lila se encontró a sí misma cara a cara con el Kell que era Kell, su mano ensangrentada levantada en el lugar donde había estado la ilusión, su comando (*As Anasae*) aún hacía eco por la habitación.

Lila se tambaleó y se sostuvo contra la cómoda con cajones, su breve posesión de la piedra claramente le estaba pasando factura, como lo había hecho con Kell. Se las ingenió para respirar temblorosa una vez antes de que él cerrara la mano ensangrentada alrededor de su garganta.

—¿Dónde está mi cuchillo? —gruñó Kell.

—Primer cajón —dijo ella, jadeando.

Kell asintió con la cabeza pero no la soltó. En vez de eso, agarró la muñeca de Lila y la sujetó contra la pared al lado de su cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —espetó ella.

Pero Kell no respondió. Se concentró en la madera y esta empezó a resquebrajarse y deformarse, a despegarse y crecer alrededor de la muñeca. Lila luchó, pero en un instante estaba listo. Cuando Kell la soltó, la pared no. Buscó la piedra en el piso mientras ella se retorcía y luchaba contra la atadura improvisada.

—¿Qué diablos…? —Intentó liberarse de la esposa de madera mientras

él se obligaba a soltar la piedra en su bolsillo—. Has arruinado la pared. ¿Cómo se supone que voy a pagar esto? ¿Cómo se supone que lo voy a explicar?

Kell fue hacia el cajón. Allí encontró la mayoría de los contenidos de sus bolsillos —por suerte, ella solo había saqueado el abrigo negro que había estado usando— y su cuchillo.

—No puedes dejarme aquí así —masculló ella.

Kell rellenó sus bolsillos y pasó un dedo sobre las familiares letras de su cuchilla antes de regresarla a su vaina contra su antebrazo. Y entonces escuchó el sonido del metal deslizándose por el cuero detrás de él: Lila había sacado otra navaja de una funda en su espalda.

—Yo no lanzaría eso si fuera tú —advirtió él, cruzando hacia la ventana.

—¿Y por qué no? —ladró ella.

—Porque —respondió él, deslizando el vidrio hacia arriba— lo vas a necesitar para liberarte de ahí.

Y con eso, Kell subió al alféizar y salió.

Era una caída más larga de lo que hubiera deseado, pero aterrizó en cuclillas, el viento en el callejón se precipitó para morigerar su caída. La ventana había parecido el camino más prudente, ya que Kell no estaba realmente seguro de en qué parte del Londres Gris estaba o incluso en qué clase de casa lo habían retenido. Desde la calle, se dio cuenta de que no era una casa en lo absoluto, sino una taberna, y cuando dobló la esquina, vio el cartel meciéndose con el aire vespertino. Se columpiaba de la sombra a la luz de la farola y luego nuevamente a la sombra, pero Kell supo de un vistazo qué decía.

TIRO DE PIEDRA.

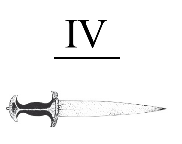
No debería haberse sorprendido en los más mínimo al verlo —todas las rutas parecían llevar aquí—, pero aun así lo desconcertó. «¿Qué probabilidades hay?», pensó, aunque sabía que la cuestión con la magia era que sorteaba las probabilidades. Pero igual.

Kell tenía una extraña sensación sobre la muchacha, aunque la hizo a un lado.

Ella no importaba. Él tenía la piedra.


Ahora solo tenía que descifrar qué hacer con eso.

IV



A Lila le tomó casi una hora hachar, cortar y serruchar la madera para liberarse. Para cuando finalmente esta cedió bajo su cuchillo, el filo esta irreparablemente mellado, una porción de la pared estaba destruida y ella sentía la necesidad imperiosa de beber un trago fuerte. Sus monedas no se habían multiplicado, pero al demonio con los ahorros: esta noche necesitaba un trago.

Se frotó la muñeca para que se fuera el dolor, lanzó el cuchillo arruinado a la cama y buscó su segunda navaja, esta todavía afilada, en el piso, donde la había soltado. Un continuo flujo de groserías cruzó sus labios al limpiar de la cuchilla la sangre de Kell, un continuo flujo de preguntas le llenó la cabeza cuando la guardó en su vaina, pero los suprimió, sacó su revólver del cajón y lo metió en su pistolera; si lo hubiese tenido encima en ese momento, le hubiera hecho un agujero en la cabeza a Kell.

Aún estaba maldiciendo en silencio y poniéndose la capa sobre los hombros cuando algo le llamó la atención. La espada, la que ella había invocado, aún estaba apoyada contra la pared. El bastardo no se había detenido a deshacerse de *eso* antes de irse. Ahora ella la levantó con cuidado, era una cosa hermosa, y admiró la reluciente empuñadura negra. Era todo lo que se había imaginado que sería. Hasta los detalles tallados en el mango. La funda zumbaba debajo de sus dedos, al igual que había hecho la roca cuando ella la sostenía. Ella *quería* quedarse con la espada, quería seguir *sosteniéndola*, con una extraña sensación de anhelo tan profundo que le llegaba a los huesos, de la que desconfió. Lila sabía cómo se sentía querer algo, sabía la forma en que susurraba y cantaba y gritaba en tus huesos. Y esto se sentía así, pero no lo era. Un impostor de anhelos.

Recordó la forma en que se había sentido cuando perdió la piedra, el mareo repentino y visceral que sobrevino, como si toda la energía hubiese desaparecido de sus extremidades. Robada cuando ella no estaba mirando. De una extraña forma, a Lila le recordó a un robo de bolsillo, un astuto juego de manos. Así era como funcionaba. Un buen engaño requería *dos* manos, una a la que le prestas atención, la otra que fallas en notar. Lila había estado tan concentrada en la que estaba frente a su cara, agitando algo brillante, que no había notado la otra que le robaba del bolsillo.

«Magia de la mala», la había llamado Kell.

«No —pensó Lila ahora—. Magia inteligente».

E «inteligente» era más peligroso que «mala» todos los días de la semana. Lila sabía eso. Y por eso, por mucho que le doliera hacerlo, fue hasta la ventana abierta y lanzó la espada afuera. «Hasta nunca», pensó mientras la observaba caer a las piedras del callejón de abajo.

Su mirada vagó hacia arriba, a los techos y las chimeneas, y se preguntó dónde habría ido Kell. Y esa pregunta disparó decenas de otras, y sabiendo que nunca tendría la respuesta de ninguna de ellas, cerró la ventana de un golpe y se fue a buscar ese trago.



Un hombre atravesó la puerta de Tiro de Piedra a los tropezones y casi se cae de las escaleras de entrada. «Qué porquería confusa», pensó atontado. Estaba seguro de que estas no habían estado ahí cuando entró a la taberna solo unas pocas horas antes. O si habían estado, alguien había venido y las había cambiado, reacomodado de alguna manera. Quizás había más escalones ahora. O menos. Intentó contarlos, pero la vista se le volvió borrosa y se dio por vencido, tambaleante.

El nombre del sujeto era Booth, y tenía que mear.

Ese pensamiento se asomó por sobre la neblina y ahí estaba, brillante como la luz. Booth arrastró las botas por el empedrado hacia el callejón más cercano (tenía la decencia de no desahogarse sobre los escalones, incluso aunque *sí* hubiesen aparecido de la nada).

Fue medio caminando, medio tropezándose hasta el estrecho espacio entre los edificios y recién entonces se dio cuenta de cuán oscuro estaba —no podía ver ni su propia mano, incluso aunque hubiese estado lo bastante sobrio para encontrarla—, pero sus ojos se iban cerrando de todos modos, así que realmente no importaba.

Booth apoyó la frente contra las piedras frías de la pared de la taberna mientras meaba, tarareando suavemente para sí una saloma sobre mujeres y vinos y… algo más que probablemente rimaba, aunque ahora no podía recordarlo. Dejó que la melodía vagara mientras se volvía a ajustar los pantalones, pero cuando se dio vuelta hacia la boca del callejón, su bota chocó con algo en el piso que se fue patinando con un chirrido antes de ir a parar contra la pared. Y quizá lo hubiese dejado ahí, si no fuera porque una ráfaga de viento tiró el farol más cercano de su gancho, lanzando un destello de luz sobre el callejón oscurecido.

La astilla de luz destelló contra el metal y los ojos de Booth se abrieron de la sorpresa. Quizás había tomado varias pintas de más, pero la codicia despabilaba. Y cuando la luz volvió a desaparecer, se encontró a sí mismo en cuatro patas sobre el suelo húmedo del callejón, tanteando en las sombras hasta que sus dedos finalmente se cerraron alrededor del premio.

Booth se puso de pie con esfuerzo y dio unos pasos tambaleantes hacia la luz de la farola más cercana, y allí se dio cuenta de que estaba sosteniendo la funda de una espada, que todavía estaba segura adentro. La empuñadura destelló, no de plata ni de oro ni de acero, sino negra. Negra como el petróleo y lisa como la piedra. Envolvió el mango con los dedos y deslizó el arma afuera de su vaina, mientras dejaba salir un suave gemido de aprecio. El metal de la hoja era tan brillante y oscuro como el de la empuñadura. Una extraña espada y, por lo visto, rara. Booth midió su peso con sus manos rollizas. Se vendería por unas buenas monedas. Unas *muy buenas* monedas. Solo en los lugares adecuados, por supuesto. Nadie pensaría que era robado, por supuesto. El que lo encuentra se lo queda… El que lo encuentra lo puede vender, mejor dicho, y puede otras cosas, por supuesto.

Una cosa extraña, sin embargo.

Los dedos, donde estaban cerrados contra la empuñadura, le habían empezado a hormiguear. «Esto es un poco peculiar», pensó, en esa forma tranquila y distante que viene con una profunda borrachera. No estaba preocupado, no al principio. Pero después intentó aflojar la mano sobre el arma y no pudo. Les pidió a sus dedos que la soltaran, pero estos se mantuvieron firmes alrededor de la brillante empuñadura negra.

Booth sacudió la mano, primero despacio, después vigorosamente, pero no parecía poder liberar los dedos de la espada. Y entonces, bastante de repente, el hormigueo se volvió un cimbronazo, caliente y frío y extraño al mismo tiempo, una sensación muy *desagradable*. Se extendió por su brazo, debajo de su piel y, cuando se tambaleó hacia atrás, hacia la luz en la boca del callejón, vio que las venas en el dorso de su mano, de su muñeca y hacia arriba por su antebrazo se estaban volviendo negras.

Sacudió la mano con más fuerza y casi perdió el equilibrio, pero aun así, no parecía poder librarse de la espada. Esta no lo dejaba.

—Suelta —refunfuñó, sin estar seguro de si le estaba hablando a su propia mano o a la espada trabada en ella.

En respuesta, la mano que sostenía la espada —que ya no parecía pertenecerle en absoluto— apretó más la empuñadura. Booth lanzó un grito ahogado cuando sus dedos giraron lentamente la espada hacia su propio estómago.

—Qué diablos —maldijo, forcejeando contra sí mismo, con su mano libre luchando para mantener la otra a raya. Pero no fue suficiente (la cosa que lo poseía era más fuerte que el resto), y con una sola estocada limpia, la mano de Booth, la que sostenía el arma, insertó la espada en sus vísceras y la enterró hasta la empuñadura.

Booth se dobló hacia adelante en el callejón, lanzando un quejido, la mano aún fija en el mango. La espada negra resplandeció con una oscura luz interna y luego comenzó a *disolverse*. La reluciente espada se derretía, no hacia abajo, sino hacia adentro. Por la herida y hacia adentro del cuerpo de Booth. A su sangre. El corazón le flaqueó y luego se intensificó, firme y fuerte en sus venas, mientras la magia se extendía. Le tembló el cuerpo y luego quedó inmóvil.

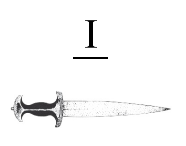
Por un largo rato, Booth —lo que quedaba de él— se quedó agachado ahí en el piso del callejón, inmóvil, con las manos en el estómago, donde la hoja había penetrado y donde ahora, en su lugar, solo quedaba una oscura mancha negra, como de cera derretida. Ydespués, lentamente, sus brazos se deslizaron hacia los costados, las venas que corrían por ellos ahora eran verdaderamente negras. El color de la verdadera magia. La cabeza se levantó despacio y pestañeó, los dos ojos negros, y miró alrededor, luego a sí mismo, para observar su forma. Flexionó los dedos, con cuidado, probando.

Yluego, lentamente, con firmeza, se puso de pie.

SIETE

EL RASTREADOR

I



Lila simplemente podría haber bajado al corazón de Tiro de Piedra, pero ya le debía a Barron suficiente —él no aceptaba sus monedas, ya sea porque pensaba que ella las precisaba o porque de todos modos no eran de ella— y necesitaba aire fresco para aclarar la mente.

Otros Londres.

Hombres que atraviesan puertas mágicas.

Piedras que crean algo de la nada.

Eran cosas de cuento.

De *aventuras*.

Todo eso en las yemas de sus dedos. Y luego desapareció. Y Lila se quedó con una sensación de vacío, hambrienta y hueca de una forma nueva y terrorífica. O quizás era el mismo tipo de hambre que siempre había sentido y ahora la cosa que faltaba tenía nombre: *magia*. No estaba segura. Todo lo que sabía era que, al sostener la piedra, había sentido algo. Y al mirar el ojo arruinado de Kell, había sentido algo. Y cuando la magia retorció la madera de la pared alrededor de su muñeca, había sentido algo. Otra vez surgían preguntas y otra vez las descartó. Y respiró el aire nocturno —denso de hollín y espeso con la inminente lluvia— y caminó fatigosamente a través de la red de calles y cruzó Westminster hacia Marea Estéril.

Marea Estéril se ubicaba apenas al norte del puente del lado sur, metido entre Belvedere y York, en un hueco de una calle llamada Camino del Marinero, y ella había adoptado la costumbre de entrar allí algunas de sus noches más exitosas, antes de dirigirse a lo de Powell (como ella lo veía, era una moneda menos que él podía esquilmar). Le gustaba el *pub* porque estaba lleno de madera oscura y vidrios empañados, bordes irregulares y

precios más irregulares todavía. No era un buen lugar para robar de los bolsillos, pero sí estaba bien para mezclarse entre la gente, para desaparecer. No tenía miedo de que la reconocieran, ni como una chica (la iluminación siempre era escasa) ni como un ladrón buscado (la mayoría de los clientes eran buscados por *algo*).

Sus armas estaban bien al alcance, pero no pensó que las fuera a necesitar. En Marea Estéril, la gente tendía a estar metida en sus propios asuntos. En las no tan extrañas ocasiones en que se desataba una pelea, los clientes habituales estaban más preocupados por la seguridad de sus tragos (se lanzaban rápido a salvar una jarra de una mesa agitada, más que a ayudar al hombre cuyo cuerpo al caer la había agitado), y Lila se imaginaba que alguien podía pedir auxilio a gritos en el medio de la habitación y no lograría más que cejas levantadas y una inclinación de copas.

No era un lugar para pasar todas las noches, sin dudas sino un lugar para esta noche.

No fue hasta que Lila estuvo del todo acomodada en la barra, con los dedos cerrados alrededor de una pinta, que dejó que las preguntas se apoderaran de su mente y corrieran libres —los *cómo* y los *porqué* y más que nada los *ahora qué*, porque sabía que no podía simplemente volver a no saber y no ver y no preguntarse—. Yestaba tan enfrascada en ellas que no se dio cuenta de que había un hombre sentado al lado de ella.

—¿Asustado?

Su voz era profunda y suave y extraña, y Lila levantó la mirada.

—¿Perdón? —preguntó, casi olvidándose de poner voz grave.

—Está apretando su trago —explicó el hombre, señalando los dedos que envolvían el vaso con nudillos blancos. Lila se relajó, pero solo un poco.

—Larga noche —dijo ella y llevó la cerveza caliente a sus labios.

—Ysin embargo, aún es joven —musitó el hombre, que tomó un sorbo de su trago. Incluso en Marea Estéril, cuyo corazón se llenaba cada noche con gente de toda clase, el sujeto parecía fuera de lugar. En la luz tenue del bar, parecía extrañamente… descolorido. Su ropa era verde oscuro y usaba una simple capa corta sostenida por un broche de plata. Tenía la piel pálida, empalidecida aún más por la madera oscura debajo de sus manos, su cabello

era de un tono extraño y descolorido que no llegaba a ser negro. Cuando hablaba, su voz era firme sin ser agradable, vacía de una manera que le daba escalofríos, y su acento tenía arena.

—No es de por aquí, ¿no es cierto? —preguntó ella.

Una de las comisuras de la boca del sujeto se alzó ante ese comentario.

—No. —Pasó un dedo distraídamente sobre el borde de su vaso. Aunque no pareció estar distraído. Ninguno de sus movimientos era relajado. Se movía con una lenta precisión que ponía nerviosa a Lila.

Había algo en él, algo extraño y al mismo tiempo desconcertantemente familiar. No podía verlo, pero lo *sentía*. Yentonces cayó en la cuenta. Esa sensación. Era la misma que había tenido al mirar en el ojo negro de Kell, al sostener la piedra, al estar atada a la pared. Un escalofrío. Un estremecimiento. Un susurro.

Magia.

Lila se tensionó y deseó que no se notara cuando levantó la pinta hacia sus labios.

—Supongo que deberíamos presentarnos —dijo el extraño, girando sobre su asiento de modo que ella pudiera ver su rostro. Lila casi se atraganta con la bebida. No había nada malo con el ángulo de su mandíbula o su tipo de nariz o la línea de sus labios. Pero sus *ojos*. Uno era verde grisáceo. El otro era negro puro—. Me llamo Holland.

Un frío le recorrió el cuerpo. Era lo mismo que Kell y, sin embargo, completamente distinto. Mirar en el ojo de Kell había sido como mirar por una ventana a un mundo nuevo. Extraño y confuso, pero no aterrador. Mirar en el ojo de Holland hizo que se le erizara la piel. Cosas oscuras se arremolinaban justo debajo de las profundidades negras. Una palabra se susurró en su cabeza. *Corre*.

No confió en sí misma para levantar la copa otra vez sin que le temblaran las manos, así que le dio un empujoncito y relajadamente sacó un chelín de su bolsillo.

—Bard —dijo ella, como presentación y despedida.

Estaba a punto de apartarse de la barra cuando el hombre la agarró de la muñeca, sujetándola a la madera desgastada entre ambos. Un escalofrío le

recorrió el brazo a Lila ante el contacto y los dedos de la mano que tenía libre se crisparon, tentados de buscar la daga debajo de su capa, pero se frenó.

—¿Y su nombre, señorita?

Intentó liberarse, pero su agarre estaba hecho de piedra. Él ni siquiera parecía estar haciendo un esfuerzo.

—Delilah —gruñó ella—. Lila, si prefiere. Ahora suélteme, a menos que quiera perder los dedos.

Una vez más, los labios de él se retorcieron en algo que no llegaba a ser una sonrisa.

—¿Dónde está, Lila?

Su corazón dio un vuelco.

—¿Quién?

Holland la sujetó con más fuerza en forma de advertencia. Lila se sobresaltó.

—No mientas. Puedo oler su magia en ti.

Lila le sostuvo la mirada.

—Quizá porque la usó para esposarme a la pared después de que yo le robara todo y lo atara a una cama. Si estás buscando a tu amigo, no me mires a mí. Nos conocimos en malos términos y nos despedimos en peores.

La mano de Holland se aflojó y Lila internamente lanzó un suspiro de alivio. Pero murió un instante después cuando, de repente, Holland se puso de pie. Él la tomó bruscamente del brazo y la arrastró hacia la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —espetó Lila, sus botas arañaron el piso desgastado mientras intentaba sostenerse y fracasaba—. Ya te dije, no somos amigos.

—Veremos —dijo Holland, empujándola hacia adelante.

Los clientes de Marea Estéril nunca levantaron la vista de sus tragos. «Bastardos», pensó Lila mientras era bruscamente arrastrada hacia la calle.

En cuanto la puerta del *pub* se cerró detrás de ellos, Lila fue por el revólver en su cinturón, pero para alguien cuyos movimientos parecían tan lentos, Holland fue rápido —*imposiblemente* rápido— y cuando ella jaló del gatillo, disparó a la nada. Antes de que el tiro terminase de sonar, Holland

reapareció, esta vez detrás de Lila. Ella lo sintió ahí, sintió que el aire se desplazaba el mismísimo instante previo a que una de las manos de Holland se cerrara en su garganta, fijando sus hombros contra el pecho de él. La otra mano envolvió los dedos en su pistola y llevó el cañón contra su sien. Todo eso había tomado menos tiempo que un suspiro.

—Despójate de todas tus armas —le indicó— o lo haré por ti.

Su agarre no era aplastante, más bien era relajado, seguro; y Lila había estado rodeada de asesinos lo suficiente como para saber que a quienes había que temerles eran a quienes sostenían flojas sus pistolas, como si hubiesen nacido para sostenerlas. Lila usó la mano que tenía libre para sacar el cuchillo de su cinturón y dejarlo caer en el suelo. Liberó un segundo filo en su espalda. Pero el tercero que normalmente llevaba en la bota yacía en su cama, arruinado. La mano de Holland se deslizó desde su garganta hasta su hombro, pero inclinó el revólver como advertencia.

—¿Qué, no más cañones? —preguntó él secamente.

—Estás loco —gruñó Lila—. Tu amigo Kell se ha ido hace rato.

—¿Eso crees? —preguntó Holland—. Averigüémoslo.

El aire alrededor de ellos comenzó a crepitar de energía. *Magia*. Y Holland tenía razón: ella podía *olerla*. No a flores, como con Kell (flores y algo más, algo herboso y limpio). En cambio, el poder de Holland olía a metal, como acero caliente. Quemaba el aire.

Se preguntó si Kell también sería capaz de olerlo. Si eso era lo que Holland quería.

Había algo más en esa magia —no un olor, pero de todos modos una sensación—, algo filoso, como ira, como odio. Una ferocidad que no se veía en las líneas del rostro de Holland. No, su cara estaba asombrosamente calma. Terroríficamente calma.

—Grita —dijo él.

Lila frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres…?

La pregunta fue interrumpida por el dolor. Un latigazo de energía, como un rayo embotellado, se disparó en el brazo que él le agarraba, bailando sobre su piel y electrificando sus nervios. Gritó antes de poder evitarlo. Y

después, casi tan rápido como había venido, el dolor desapareció, dejando a Lila sin aire y temblando.

—Eres… un bastardo —masculló.

—Llámalo por su nombre —ordenó Holland.

—Puedo asegurarte… que él no… vendrá —dijo ella, trastabillando contra las palabras—. Es seguro que no… por mí. Nosotros…

Otra oleada de dolor, esta más radiante, más aguda. Lila apretó los dientes contra el grito y esperó que el dolor pasara, pero esta vez no fue así; solo empeoró y, a través de él, pudo escuchar que Holland decía con calma:

—Quizá deba empezar a romper huesos.

Intentó decir que no, pero cuando abrió la boca para responder, todo lo que escuchó fue un alarido y después, como alentado, el dolor empeoró. Gritó el nombre de Kell entonces, de nada serviría. Él no vendría. Quizá si ella lo intentaba, este desquiciado se daría cuenta de eso y la dejaría ir. Encontraría otra carnada. El dolor finalmente se apagó y Lila se dio cuenta de que estaba de rodillas, con una mano aferrada a la fría calle de piedra, la otra trabada atrás de ella, aún agarrada por Holland. Pensó que iba a vomitar.

—Así está mejor —dijo Holland.

—*Vete al diablo* —escupió ella.

La levantó de golpe y de nuevo contra él y llevó el arma debajo de su mentón.

—Nunca usé un revólver —dijo él a su oído—. Pero sé cómo funcionan. Seis disparos, ¿no? Usaste uno. Eso deja cinco más, si el arma estaba llena. ¿Crees que podría disparar el resto sin matarte? Los humanos mueren con tanta facilidad, pero apuesto a que si soy inteligente… —Dejó que la pistola se deslizara hacia abajo por el cuerpo de Lila, hizo una pausa en su hombro, su codo, antes de seguir hasta su muslo y terminar contra su rodilla—. Cuanto antes venga, antes te dejaré ir. *Llámalo por su nombre*.

—No vendrá —susurró con amargura—. ¿Por qué te niegas a creer…?

—Porque conozco a nuestro amigo —dijo Holland. Levantó la mano que sostenía el revólver (Lila tembló de alivio cuando el beso del metal dejó su piel) y despreocupadamente envolvió los hombros de ella con un brazo—.

Está cerca. Puedo escuchar sus botas contra la calle de piedra. Cierra los ojos. ¿Lo puedes escuchar?

Lila cerró los ojos con fuerza, todo lo que podía escuchar eran los golpes de su corazón y los pensamientos que corrían por su cabeza. «No me quiero morir. No aquí. No ahora. No así».

—Tráelo a mí —susurró Holland. El aire empezó a zumbar otra vez.

—No… —Los huesos de Lila se encendieron de dolor. Se disparó desde su cráneo hasta sus botas gastadas, ida y vuelta, y ella gritó. Y después, de repente, la agonía paró y el sonido murió en sus labios y Holland la soltó. Se desplomó hacia adelante contra la calle empedrada, donde las piedras le rasparon las rodillas y las manos al frenar la caída.

Tras el martilleo en su cabeza, escuchó la voz de Holland:

—Ahí estás.

Lila arrastró la cabeza hacia arriba y vio a Kell parado en el camino, el extraño muchacho mágico en su abrigo negro, agitado y furioso.

Lila no podía creerlo.

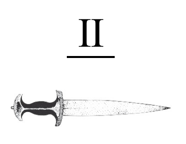
Él había vuelto.

Pero *¿por qué* había vuelto?

Antes de que ella pudiera preguntar, él la miró directo a los ojos —un ojo negro y un ojo azul y ambos bien abiertos— y dijo una sola palabra:

—Corre.

II



Kell había estado parado sobre el puente, apoyado contra la baranda, tratando de entender cómo y por qué le habían tendido una trampa —la carta falsa, la humilde súplica, los asesinos bajo el dominio—, cuando sintió el olor de la magia en el aire. No un hilo suave, sino una llamarada. Una luz de faro en una ciudad oscurecida. Y una marca que reconocería en cualquier lado. Acero caliente y cenizas.

Holland.

Los pies de Kell lo llevaron hacia él; no fue sino hasta que salió del extremo sur del puente que escuchó el primer grito. Debería haberse detenido justo entonces, debería haber pensado bien las cosas. Era una trampa evidente y obvia —la única razón por la que Holland enviaría un fulgor de poder era si quería que notaran su presencia, y la única persona en el Londres Gris que la notaría era Kell—, pero aun así se echó a correr.

—¿Te siguieron? —le había preguntado Lila.

—No. No pueden seguirme aquí.

Pero Kell se había equivocado. Nadie en los mundos podía seguirlo… excepto Holland. Era el único que podía y lo había hecho, lo que significaba que estaba tras la piedra. Pero también quería decir que Kell debería estar *huyendo* de la marca y el grito, y no ir hacia ellos.

La voz gritó nuevamente, y esta vez él estaba lo suficientemente cerca para reconocer la fuente del alarido que rastrillaba el aire denso.

Lila.

¿Por qué iría Holland tras ella?

Pero Kell sabía la respuesta. Era como un peso en su pecho. Holland iría tras Lila por *él*. Porque en un mundo con tan poca magia, cada rastro

sobresalía. Y Lila tendría rastros —tanto de su magia como de la piedra— por todas partes. Kell sabía cómo cubrir los suyos. No había forma de que Lila supiera. Ella sería como un faro.

«Es culpa de ella», pensó Kell, incluso mientras corría hacia el grito. «Es su maldita culpa».

Corrió a toda velocidad por la calle, ignorando el ardor que le cruzaba por las costillas y la voz en su cabeza que le decía que la dejara, que se fuera mientras podía.

Una trampa evidente y obvia.

Avanzó a lo largo del río, a través de una callejuela, por una curva y se detuvo tambaleante en una calle estrecha justo a tiempo para escuchar cómo se cortaba el grito de Lila, para ver cómo su cuerpo caía hacia adelante al empedrado. Holland estaba parado sobre ella, pero sus ojos estaban apuntando a Kell.

—Ahí estás —dijo, como si estuviera contento de ver al otro *antari*.

La mente de Kell dio vueltas. Lila alzó la mirada.

—Corre —le ordenó, pero ella seguía mirándolo fijo—. Lila, *vete*.

Los ojos de ella se enfocaron entonces y se puso de pie temblando, pero Holland la tomó del hombro y presionó una pistola contra la base de su cuello.

—No, Lila —dijo este, con su calma exasperante—. Quédate.

Las manos de Kell se cerraron en puños.

—¿De qué se trata esto, Holland?

—Lo sabes bien. Tienes algo que no es tuyo.

La piedra le pesaba en el bolsillo. No, no era suya. Pero tampoco era de Holland. Y definitivamente no le pertenecía al trono blanco. Si los Dane, hambrientos como estaban de poder, hubiesen poseído el talismán, nunca habrían renunciado a él. Pero ¿quién lo *haría*? ¿*Quién* lo había hecho?

Con su poder, Astrid y Athos hubiesen sido casi invencibles, sí, pero un plebeyo podía usar la magia de la piedra para convertirse en rey. En un mundo famélico de poder, ¿por qué alguien iría a tal extremo de deshacerse de ella?

«Miedo», pensó Kell. Miedo a la magia y miedo a lo que pasaría si caía

en manos de los mellizos. Astrid y Athos debían haberse enterado de la existencia de la piedra y su fuga y enviaron a Holland a buscarla.

—Dame la piedra, Kell.

Su mente dio vueltas.

—No sé de qué estás hablando.

Holland le lanzó una mirada fulminante. Sus dedos se cerraron con más fuerza y casi imperceptiblemente alrededor de Lila y el poder estalló por su piel. Ella contuvo un grito y luchó por mantenerse de pie.

—*Detente* —ordenó Kell. Holland lo hizo.

—¿Harás que lo repita? —preguntó.

—Solo déjala ir —pidió Kell.

—Primero, la piedra —dijo Holland.

Kell tragó saliva con fuerza mientras sacaba el talismán de su abrigo. Zumbaba en sus dedos, queriendo ser usada.

—Puedes intentar quitármela —dijo— apenas la sueltes. —A medida que las palabras dejaban la boca de Kell, él se arrepentía.

Las comisuras de la boca de Holland se retorcieron hacia arriba con amargura. Sacó la mano, un dedo por vez, del brazo de Lila. Ella se tambaleó hacia adelante y giró sobre él.

—Vete volando, pajarito —dijo con la mirada aún en Kell.

—Vete —espetó Kell.

Podía sentir los ojos de Lila aferrados a él, pero no era tan tonto como para dejar que los suyos se alejaran de Holland —no ahora— y dejó salir un pequeño suspiro cuando finalmente escuchó las botas de ella haciendo eco contra el empedrado. «Bien», pensó. «Bien».

—Eso fue estúpido —dijo Holland, que lanzó el revólver a un lado como si fuera indigno de él—. Dime, ¿eres tan arrogante como pareces o solo ingenuo?

—Holland, por favor…

La mirada del *antari* se oscureció.

—Me miras, Kell, y crees que somos iguales. Que somos lo mismo, incluso, una persona en dos caminos divergentes. Quizá crees que nuestro poder nos une. Déjame que corrija tu equivocación. Si bien tú y yo

compartimos una habilidad, eso no nos hace iguales.

Flexionó los dedos y Kell tuvo la leve sospecha de que esto iba a terminar mal. Holland había luchado contra los Dane. Holland había derramado sangre y vida y magia. Holland casi se había apoderado del trono blanco.

Kell debía parecerle un niño malcriado al otro *antari*.

Pero Kell aún tenía la piedra. Era magia mala, magia prohibida, pero era algo. Y lo llamaba, y él la apretó con más fuerza, con lo que el lado dentado se le clavó en la mano. Su poder le presionaba la piel, queriendo que lo dejaran entrar, y él resistía, poniendo una pared entre la energía del talismán y la suya. No necesitaba demasiado. Solo precisaba invocar algo inanimado, algo que detuviera a Holland sin volverse contra ambos.

«Una jaula», pensó Kell. Y luego comandó: «Una jaula».

La piedra zumbó en su mano y humo negro surgió de entre sus dedos y…

Pero Holland no esperó.

Una ráfaga de viento desgarró el aire y lanzó a Kell con fuerza contra la puerta de un negocio detrás de él. La piedra se le cayó de la mano y los hilos de humo negro se disolvieron en la nada cuando el talismán golpeó la calle. Antes de que Kell pudiera lanzarse a por ella, los clavos de metal de otra puerta temblaron hasta liberarse y volaron por el aire para clavarse en su abrigo, fijándolo a la madera. La mayoría de los clavos encontraron tela, pero uno de ellos halló carne, y Kell lanzó un grito ahogado de dolor cuando la punta atravesó su brazo hasta la puerta detrás de él.

—La indecisión es la muerte de la ventaja —reflexionó Holland mientras Kell luchaba en vano contra los pernos metálicos. Los llamó a moverse, pero Holland los llamó a quedarse, y la voluntad de Holland resultó más fuerte.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Kell con dientes apretados.

Holland suspiró.

—Pensé que era obvio —dijo, dando un paso hacia la piedra—. Estoy limpiando un lío.

Mientras Holland avanzaba hacia el talismán, Kell luchaba por enfocarse

en el metal que lo sujetaba. Los clavos comenzaron a temblar cuando su llamado empujó el del otro *antari*. Se deslizaron un centímetro hacia afuera —Kell apretó la mandíbula cuando se movió el que estaba en su brazo— en cuanto la atención de Holland flaqueó al arrodillarse a buscar la piedra en el suelo.

—No lo hagas —le advirtió Kell.

Pero Holland lo ignoró. Tomó el talismán y se enderezó mientras lo pesaba con la mano. Su voluntad y su atención estaban ahora enfocadas en la piedra, y esta vez cuando Kell se concentró, los clavos temblaron y se desprendieron. Se salieron de la pared —y de su saco y su carne— y cayeron al piso justo cuando Holland alzaba la piedra a contraluz de la farola más cercana.

—Suéltala —ordenó Kell, sosteniéndose el brazo herido.

Holland no hizo caso.

En vez de eso, inclinó la cabeza y observó la pequeña piedra negra.

—¿Has descubierto ya cómo funciona? —Y entonces, cuando Kell arremetió hacia adelante, los delgados dedos de Holland se doblaron sobre la piedra. Un gesto pequeño, lento, relajado, pero en cuanto se cerró el puño, humo negro fluyó de entre sus dedos y se extendió alrededor de Kell. Pasó tan rápido… Un momento estaba avanzando hacia adelante y al siguiente sus piernas se congelaron a la mitad de un paso. Cuando bajó la vista, vio que sombras se retorcían alrededor de sus botas.

—Quédate —comandó Holland al mismo tiempo que el humo se transformaba en acero y pesadas cadenas negras crecían directo desde la calle y se cerraban alrededor de los tobillos de Kell haciendo un ruido metálico y sujetándolo en el lugar. Cuando Kell fue a agarrarlas, le quemaron las manos, así que se apartó, protestando de dolor.

—La convicción es clave —observó Holland, que pasaba un dedo sobre la superficie de la piedra—. *Tú* crees que la magia es un igual. Una compañera. Una amiga. Pero no lo es. La piedra es una prueba. O eres el amo de la magia o eres su esclavo.

—Suéltala —dijo Kell—. Nada bueno saldrá de ella.

—Tienes razón —dijo Holland, con la piedra aún en la mano—. Pero

tengo mis órdenes.

Del talismán salió más humo y Kell se preparó para lo que vendría, pero la magia no se asentó, no cobró forma. Se retorció y se arremolinó alrededor de ambos, como si Holland aún no hubiese decidido qué hacer con ella. Kell invocó una ráfaga de aire, con la esperanza de dispersarla, pero el viento la atravesó derecho, haciendo flamear la capa de Holland, aunque dejando la magia negra intacta.

—Es extraño —dijo Holland, tanto a sí mismo como a Kell— cómo una pequeña piedra puede hacer tanto. —Sus dedos presionaron la piedra con más fuerza y entonces el humo se enroscó alrededor de Kell. De repente estaba en todos lados, bloqueándole la vista y entrando por la fuerza en su nariz y boca, en su garganta, ahogándolo, asfixiándolo.

Y después desapareció.

Kell tosió y respiró hondo y bajó la vista a su cuerpo, ileso.

Por un instante, creyó que la magia había fallado.

Y después sintió sabor a sangre.

Se llevó los dedos a los labios, pero se detuvo al ver que toda la palma de su mano estaba mojada de rojo. También sentía las muñecas y los brazos húmedos.

—¿Qué…? —comenzó, pero no pudo terminar. La boca se le llenó de cobre y sal. Se dobló y vomitó antes de perder el equilibrio y caer en cuatro patas a la calle.

—Algunas personas dicen que la magia vive en la mente, otros en el corazón —dijo Holland en voz baja—, pero tú y yo sabemos que vive en la sangre.

Kell tosió otra vez y salpicó sangre fresca al suelo. Le caían gotas por la nariz y la boca. Le salían de la palma de las manos y de las muñecas. No sangraba por una herida. Simplemente estaba *sangrando*. Los adoquines debajo de él se estaban volviendo resbalosos con rapidez. Él no podía detener el sangrado. Ni siquiera se podía poner de pie. La única persona que podía romper el hechizo estaba mirándolo fijo con una resignación que bordeaba el desinterés.

—Holland…, escúchame —suplicó Kell—. Puedes… —Luchó por

concentrarse—. La piedra… puede hacer…

—Ahórrate el aire.

Kell tragó saliva con fuerza y se forzó a decir las palabras.

—Puedes usar la piedra… para *romper tu sello*.

El *antari* blanco levantó una ceja negra y luego negó con la cabeza.

—Esta *cosa* —dijo, dándole un golpecito al círculo de plata sobre su hombro— no es lo que me está amarrando. —Se arrodilló frente a Kell, con el cuidado de evitar la sangre que se acumulaba—. Es solo el hierro. —Apartó el cuello de su abrigo para revelar una marca chamuscada en la piel sobre su corazón—. *Esta* es la marca. —La piel estaba plateada, la marca extrañamente fresca, y aunque Kell no podía ver la espalda de Holland, sabía que el símbolo lo atravesaba del todo. *Un sello de almas*. Un hechizo quemado no solo en el cuerpo de alguien, sino en su vida.

Inquebrantable.

—Nunca se desvanece —dijo Holland—, pero aun así Athos vuelve a aplicar la marca de vez en cuando. Cuando cree que estoy flaqueando —bajó la vista a la piedra en su mano— o cuando está aburrido. —Sus dedos se apretaron contra ella, y Kell tosió más sangre.

Con desesperación, buscó los colgantes de monedas que llevaba alrededor del cuello, pero Holland llegó ahí antes. Los sacó de debajo del abrigo de Kell, rompió los cordeles de un tirón veloz y arrojó los souvenirs por la callejuela. A Kell se le estrujó el corazón al oír el sonido que hacían al rebotar en la oscuridad. Su mente daba vueltas sobre los comandos de sangre, pero no parecía poder aferrarse a las palabras en su cabeza, mucho menos darles forma. Cada vez que surgía una, se hacía pedazos, quebrada por la cosa que lo estaba matando desde adentro. Cada vez que intentaba decir una palabra, más se le llenaba de sangre la boca. Tosió y se aferró a las sílabas, solo para atragantarse con ellas.

—*As… An…* —tartamudeó, pero la magia empujó la sangre a su garganta y bloqueó la palabra.

Holland hizo un chasquido con su lengua.

—Es mi voluntad contra la tuya, Kell. Nunca vencerás.

—Por favor —dijo Kell con voz entrecortada, respirando con dificultad

—. No… hagas esto.

Holland lo echó una mirada compasiva.

—Sabes que no tengo opción.

—*Crea una*. —El olor metálico de la sangre llenó la boca y la nariz de Kell. Le falló la vista otra vez. Un brazo cedió a su peso.

—¿Tienes miedo de morir? —preguntó Holland, como si realmente sintiera curiosidad—. No te preocupes. Es realmente bastante difícil matar a un *antari*. Pero no puedo tener…

Fue interrumpido por un destello de metal en el aire y el repiqueteo de este al golpear el hueso tras conectar con su cráneo. Holland se desplomó. La piedra se le cayó de la mano y se escabulló varios metros en la oscuridad. Kell se las ingenió para enfocar la vista lo suficiente para ver a Lila parada ahí, agarrando una barra de hierro con las dos manos.

—¿Llegué tarde?

Kell dejó escapar una pequeña risa aturdida que rápidamente se disolvió en toses escabrosas. Sangre fresca le manchó los labios. El hechizo no se había roto. Las cadenas alrededor de sus tobillos comenzaron a apretarse y él lanzó un grito ahogado. Holland no lo estaba atacando, pero la magia aún lo hacía.

Intentó, con desesperación, decirle a Lila, pero no le alcanzaba el aire. Y por suerte, no fue necesario. Lila se le había adelantado. Agarró la piedra, la arrastró por el suelo ensangrentado y luego la sostuvo frente a ella como una luz.

—*Para* —ordenó. Nada—. *Desaparece*. —La magia se debilitó.

Kell presionó la mano abierta sobre el charco de sangre debajo de él.

—*As Anasae* —dijo y tosió, el comando finalmente atravesó sus labios sin que la fuerza de Holland lo apagara.

Y esta vez, la magia escuchó.

Los hechizos se rompieron. Las cadenas alrededor de sus piernas se disolvieron a nada y los pulmones de Kell se llenaron de aire. El poder inundó la poca sangre que le quedaba en las venas, que se sentía como si fuese casi nada.

—¿Te puedes parar? —preguntó Lila.

Lo ayudó a ponerse de pie, y todo el mundo se tambaleó, la vista se sumergió en el negro por varios segundos horribles. Sintió que ella lo sostenía con más fuerza.

—Mantén la calma —dijo ella.

—Holland… —murmuró él, su voz sonaba extraña y lejana en sus propios oídos.

Lila miró hacia atrás al hombre desplomado en el suelo. Se cerró la mano alrededor de la piedra y comenzó a salir humo.

—Espera… —dijo Kell, temblando, pero las cadenas ya estaban tomando forma, primero de humo y luego del mismo metal oscuro del que acababa de escapar. Parecían crecer directo en la calle y se retorcieron alrededor del cuerpo de Holland, de la cintura y las muñecas y los tobillos, apresándolo al piso mojado como él había apresado a Kell. No lo detendría por demasiado tiempo, pero era mejor que nada.

Al principio, Kell se maravilló de que Lila pudiera invocar algo tan específico. Luego recordó que ella no necesitaba tener poder. Solo necesitaba *querer* una cosa. La piedra hacía el resto.

—No más magia —le advirtió a Lila mientras esta se metía la piedra en el bolsillo, el esfuerzo se le notaba en la cara. Su sujeción había desaparecido por un momento y cuando él dio un paso hacia adelante, casi colapsó, pero Lila estaba de nuevo ahí para agarrarlo.

—Sujétate —dijo ella, poniendo el brazo de Kell alrededor de sus angostos hombros—. Tengo que encontrar mi revólver. Quédate conmigo.

Kell se mantuvo consciente todo el tiempo que pudo. Pero el mundo estaba peligrosamente callado y la distancia entre sus pensamientos y su cuerpo crecía cada vez más. No podía sentir dolor en el brazo donde se había enterrado el clavo, no podía sentir casi nada, lo que lo asustaba más que la oscuridad apremiante. Kell había luchado antes, pero nunca así, nunca por su vida. Se había metido en una buena cantidad de líos (la mayoría, por culpa de Rhy) y había tenido su buena cantidad de moretones, pero siempre había salido intacto. Nunca lo habían herido seriamente, nunca había tenido que esforzarse por mantener su propio corazón latiendo. Ahora temía que si dejaba de luchar, si dejaba de forzar a sus pies a avanzar y a sus

ojos a abrirse, quizá moriría. No quería morir. Rhy nunca lo perdonaría si se moría.

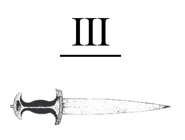
—Quédate conmigo —repitió Lila.

Kell intentó enfocarse en el suelo bajo sus botas. En la lluvia que había empezado a caer. En la voz de Lila. Las palabras comenzaron a confundirse unas con otras, pero se aferró al sonido mientras luchaba por mantener la oscuridad a raya. Resistió mientras ella lo ayudaba a pasar el puente, que parecía no terminar nunca, y a atravesar las calles que serpenteaban y se inclinaban alrededor de ellos. Resistió mientras manos —de Lila y luego de otro— lo arrastraban por una entrada y luego por unos escalones viejos y a una habitación, donde le quitaron la ropa empapada en sangre.

Resistió hasta que sintió un catre debajo y la voz de Lila se detuvo y el hilo desapareció.

Yentonces, finalmente, agradecido, se desplomó hacia el negro.

III



Lila estaba empapada hasta los huesos.

A mitad de camino por el puente, el cielo finalmente había cedido, no a una llovizna como Londres solía favorecer, sino a un aguacero. En pocos instantes, estaban completamente empapados. Definitivamente no hacía que arrastrar al semiconsciente Kell fuese más fácil. A Lila le dolían los brazos de sostenerlo —casi lo había dejado caer dos veces— y para cuando llegó a la puerta trasera de Tiro de Piedra, Kell apenas si estaba consciente, y Lila temblaba y lo único en lo que podía pensar era en que debería haber seguido corriendo.

No había vivido todo este tiempo ni había conservado su libertad deteniéndose a ayudar a cada tonto que se metía en problemas. Todo lo que podía hacer era mantenerse ella *fuera* de problemas, y sin importar qué más fuera Holland, estaba claro que era un problema.

Pero Kell había regresado.

No tenía por qué —no había ninguna razón—, pero igual había vuelto, y eso le pesó mientras huía, frenándola hasta finalmente hacerla detenerse. Incluso cuando dio media vuelta y corrió de regreso, una pequeña parte deseó que ya fuese demasiado tarde. Deseó que ya se hubiesen ido. Pero el resto quería llegar a tiempo, aunque solo fuera para saber *por qué*.

Por qué él había regresado.

Lila le había hecho esa misma pregunta cuando lo estaba arrastrando para que se pusiera de pie. Pero Kell no había respondido. Había apoyado la cabeza contra el cuello de ella. ¿Qué demonios había pasado? ¿Qué le había hecho Holland?

Lila no podía distinguir siquiera si Kell aún estaba sangrando —no veía

ninguna herida obvia—, pero él estaba cubierto de sangre, lo que la hizo desear haber golpeado a Holland una segunda vez para asegurarse. Kell emitió un sonido suave, entre una respiración y un quejido, y Lila comenzó a hablar, preocupada de que él pudiera morirse y de que de alguna manera fuese su culpa, aunque hubiese regresado.

—Quédate conmigo —le había dicho, envolviéndose los hombros con el brazo de él. El cuerpo de Kell estaba tan cerca del de ella que en lo único que podía pensar era en el olor. No de la sangre (eso no le molestaba), sino otros aromas, los que se aferraban a Kell y a Holland. Flores y tierra y metal y cenizas.

«Puedo sentir su magia en ti».

¿Eso era? ¿El aroma de la magia? Había notado el de Kell al pasar, cuando arrastró su cuerpo por primera vez por el piso de su habitación. Ahora, cubierta con su brazo, el aroma era abrumador. La marca de acero caliente de Holland flotaba en el aire. Y aunque la piedra estaba a salvo en su bolsillo, también podía olerla, su aroma inundaba la callejuela. Como a mar y madera quemada. Sal y oscuridad. Sintió un instante de orgullo por la fuerza de sus sentidos, hasta que recordó que no había sentido las flores de Kell ni el humo de la piedra sobre ella al abrirse camino hasta Marea Estéril, o mientras estaba sentada a la barra, y Holland la había seguido hasta allí por ambos olores.

Pero la lluvia caía pesada y constante, y pronto no pudo oler nada más que el agua sobre las piedras. Quizá su olfato no era lo suficientemente fuerte. Quizá el aroma de la magia aún estaba ahí, debajo de la lluvia —no sabía si *podía* ser eliminado, o al menos debilitado—, pero deseó que la tormenta cubriera sus rastros.

Estaba a mitad de las escaleras, las botas de Kell dejando agua rojiza a su paso, cuando una voz la detuvo.

—¿Qué estás haciendo, por el amor de Dios?

Lila se torció hacia atrás para mirar a Barron y Kell casi se le cae. Lo agarró por el medio en el último instante, salvándolo por un pelo de rodar por las escaleras.

—Larga historia. Cuerpo pesado.

Barron echó una mirada atrás hacia la taberna, gritó algo a la cantinera y remontó la escalera, con un trapo sobre los hombros. Juntos levantaron el cuerpo empapado de Kell, subieron los escalones que faltaban y lo metieron en la pequeña habitación en la cima.

Barron mantuvo la boca cerrada mientras le quitaban a Kell el abrigo mojado y la camisa manchada y lo acostaban en la cama de Lila. No le preguntó dónde había encontrado a este extraño ni por qué no había una herida que explicara el rastro de sangre que había dejado en las escaleras de la taberna (aunque el tajo en las costillas aún estaba bastante inflamado). Cuando Lila escaneó la habitación en busca de algo que quemar (en caso de que la lluvia no hubiera hecho lo suficiente para esconder sus olores, en caso de que aún flotaran aquí desde más temprano) y no encontró nada, Barron no preguntó, solo fue por algunas hierbas a la cocina en el piso de abajo.

Observó en silencio mientras ella sostenía un bol con esas hierbas sobre una vela y dejaba que la habitación se llenara con un aroma térreo que no tenía nada que ver con Kell u Holland o la magia. Se quedó callado mientras ella registraba los bolsillos del abrigo de Kell (que resultó ser varios abrigos de alguna manera plegados en uno) en busca de algo —lo que fuese— que pudiera ayudar a sanarlo (era un mago, después de todo, y parecía lógico que los magos llevaran consigo magia). Y Barron no dijo nada cuando, finalmente, ella sacó la piedra negra de su bolsillo y la soltó dentro de una pequeña caja de madera, donde puso un puñado de hierbas tibias antes de meter todo en el último cajón de su cómoda.

No fue sino hasta después de que Lila se dejó caer en la silla al pie de la cama y comenzó a limpiar su revólver que Barron finalmente habló.

—¿Qué estás haciendo con este hombre? —Sus ojos estaban oscuros y entornados.

Lila levantó la vista de su arma.

—¿Lo conoces?

—De algún modo —dijo Barron con aire de superioridad.

—¿Sabes lo que es, entonces? —preguntó ella.

—¿Y *tú*? —desafió Barron.

—De algún modo —retrucó—. Al principio lo tomé de objetivo.

Barron se pasó una mano por la cabeza y Lila se dio cuenta por primera vez de que él estaba perdiendo pelo.

—Cielos, Lila —musitó él—. ¿Qué birlaste?

La mirada de Lila parpadeó hacia el último cajón de la cómoda, luego volvió a apuntar a Kell. Se veía tan pálido como un muerto contra la manta oscura del catre, y no se movía, salvo por el leve subibaja de su pecho.

Observó bien al muchacho mágico que estaba en su cama, al principio tan reservado, ahora tan expuesto. Vulnerable. Los ojos de ella trazaron las líneas del estómago de él, pasaron por las costillas heridas, por la garganta. Vagaron por los brazos, desnudos salvo por el cuchillo sujetado al antebrazo, que esta vez ella no tocó.

—¿Qué pasó? —preguntó Barron.

Lila no estaba del todo segura sobre cómo responder. Había sido una noche muy extraña.

—Robé algo y él volvió a buscarlo —dijo en voz baja, incapaz de sacar los ojos del rostro de Kell. Dormido se veía más joven—. Se lo llevó. Pensé que ahí se terminaba todo. Pero después otra persona vino a buscarlo. Pero me encontró a mí… —Se calló, aunque luego retomó—. Me salvó la vida —dijo, medio a sí misma, con la frente arrugada—. No sé por qué.

—Así que lo trajiste aquí.

—Lo siento —dijo Lila, volviéndose hacia Barron—. No tenía otro lugar adonde ir. —Las palabras le dolieron incluso al decirlas—. Apenas se despierte…

Barron estaba negando con la cabeza.

—Prefiero que estés aquí antes que muerta. La persona que hizo esto —sacudió una mano hacia el cuerpo de Kell— ¿está muerta?

Lila negó con la cabeza.

Barron frunció el entrecejo.

—Mejor me dices qué aspecto tiene, así sé a quién no debo dejar pasar.

Lila le describió a Holland lo mejor que pudo. Su apariencia desgastada. Sus ojos de dos colores.

—Se siente como Kell —agregó—, si es que eso tiene sentido. Como…

—Magia —dijo Barron directamente.

Lila abrió los ojos.

—¿Cómo…?

—Al dirigir una taberna, te encuentras con todo tipo de gente. Al dirigir esta taberna, te encuentras con todo tipo de gente y con algo más.

Lila se dio cuenta de que estaba temblando, y Barron fue en busca de otra túnica para Kell mientras ella se cambiaba. Regresó con una toalla extra, una pequeña pila de ropa y un humeante bol de sopa. Lila se sintió mal y agradecida al mismo tiempo. La bondad de Barron era como una maldición, porque sabía que ella no había hecho nada para merecerla. No era justo. Barron no le debía nada. Sin embargo, ella le debía tanto a él. Demasiado. Eso la enfurecía.

Aun así, el hambre finalmente había superado a la fatiga, y el frío que sentía en la piel se estaba transformando en frío en los huesos, así que tomó la sopa y masculló un gracias y agregó el costo al dinero que ya le debía, como si este tipo de deuda pudiera pagarse alguna vez.

Barron los dejó y regresó al piso de abajo. Fuera, la noche siguió transcurriendo. La lluvia también continuó.

Lila no recordaba haberse sentado, pero se despertó una hora o algo así después en la silla de madera con una manta sobre los hombros. Estaba dolorida y Kell aún estaba dormido.

Rotó el cuello y se sentó hacia adelante.

—¿Por qué regresaste? —preguntó otra vez, como si Kell fuese a responderle dormido.

Cosa que no hizo. No murmuró. No dio vueltas en la cama. Solo yacía ahí, tan pálido y tan quieto que de vez en cuando Lila sostenía un trozo de vidrio sobre sus labios para asegurarse de que no estuviese muerto. El pecho desnudo subía y bajaba, y ella notó que, sacando sus heridas actuales, tenía muy pocas cicatrices. Una línea tenue en los hombros. Una mucho más fresca a lo largo de la palma de la mano. Una marca apenas visible en el codo.

Lila tenía demasiadas cicatrices como para contarlas, pero sí podía contar las de Kell. Y lo hizo. Varias veces.

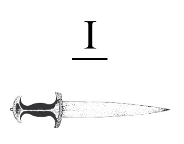
Abajo, la taberna se había acallado y Lila se puso de pie y quemó algunas hierbas más. Le dio cuerda a su reloj de plata y esperó a que Kell se despertara. El sueño la arañaba hasta los huesos, pero cada vez que pensaba en descansar, se imaginaba a Holland atravesando la pared, como Kell lo había hecho. Un dolor le hizo eco a lo largo del brazo donde él la había agarrado. Una pequeña quemadura dentada, el único vestigio. Sus dedos fueron al revólver en su cadera.

Si se le presentaba otra oportunidad de disparar, no fallaría.

OCHO

UN TRATO

I



Kell se despertó en la cama de Lila por segunda vez esa noche.

Aunque al menos esta vez, notó, no había cuerdas. Tenía las manos apoyadas al lado, sin atar, solo tapadas por la manta que le habían echado encima. Le tomó un momento recordar que era la habitación de Lila, la cama de Lila, armar el rompecabezas del recuerdo de Holland y la callejuela y la sangre y después, el sustento de Lila y su voz, tan constante como la lluvia. La lluvia había dejado de caer ahora y la luz tenue de la mañana estaba trepando en el cielo y, por un momento, todo lo que Kell quiso era estar en casa. No en la deplorable habitación en Campos de Rubí, sino en el palacio. Cerró los ojos y casi pudo escuchar a Rhy golpeando a su puerta, diciéndole que se vistiera porque los carruajes estaban esperando y, por lo tanto, también la gente.

—Vístete o te quedas —diría Rhy, entrando de golpe en la habitación.

—Déjame, entonces —gruñiría Kell.

—De ninguna manera —respondería Rhy, con su mejor sonrisa de príncipe—, no hoy.

Una carreta repiqueteó al pasar afuera, y Kell parpadeó, Rhy se desvaneció en la nada.

¿Estarían preocupados por él ya, los miembros de la familia real? ¿Tenían alguna idea de lo que estaba pasando? ¿Cómo podrían tenerla? Ni siquiera Kell sabía. Solo sabía que tenía la piedra y que necesitaba deshacerse de ella.

Intentó sentarse, pero su cuerpo gritó de dolor y tuvo que morderse la lengua para evitar manifestarlo en voz alta. La piel, los músculos, los mismísimos huesos… todo le dolía de una manera constante y horrible,

como si él mismo fuese un moretón. Incluso los latidos del corazón en el pecho y el pulso de su sangre en las venas se sentían doloridos. Se sintió como muerto. Era lo más cercano que había estado de morir, más cerca de lo que jamás hubiese deseado. Cuando el dolor —o al menos la novedad de este— bajó, se obligó a erguirse, agarrando la cabecera con una mano.

Luchó por enfocar la vista y cuando se las ingenió para hacerlo, se encontró a sí mismo mirando directamente a los ojos de Lila. Estaba sentada en la misma silla al pie de la cama, con la pistola en la falda.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella, la pregunta preparada en su lengua, como si hubiese estado esperando.

Kell entrecerró los ojos.

—¿Hice qué?

—Regresar —dijo, las palabras suaves—. ¿Por qué regresaste? —Dos palabras flotaron en el aire, no dichas pero entendidas. «Por mí».

Kell luchó por ordenar sus pensamientos, pero incluso estos estaban rígidos y doloridos, como el resto de él.

—No lo sé.

Lila pareció poco convencida por la respuesta, pero solo suspiró y devolvió el arma a la pistolera en su cadera.

—¿Cómo te sientes?

«Como el demonio», pensó Kell. Aunque después se miró a sí mismo y se dio cuenta de que, a pesar de su cuerpo dolorido, la herida en su brazo, donde el clavo lo había atravesado, así como la que le cruzaba el estómago por la espada robada del asesino casi habían sanado.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—Unas pocas horas —dijo Lila.

Con cuidado, Kell se pasó una mano por las costillas. Eso no tenía sentido. Los cortes tan profundos tardaban días en sanar, no horas. No a menos que él tuviera…

—Usé esto —dijo Lila, lanzando una lata circular en su dirección. Kell la agarró en el aire, doblándose un poco de dolor al hacerlo. El envase no estaba marcado, pero lo reconoció al instante. La pequeña lata de metal contenía un bálsamo medicinal. No cualquier bálsamo medicinal, sino uno

suyo, el emblema real del cáliz y el sol naciente estampados en la tapa. La había extraviado semanas atrás.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó.

—En un bolsillo de tu abrigo —dijo Lila, que se estiró—. Por cierto, ¿*sabías* que tu abrigo es más de un abrigo? Estoy segura de que tuve que buscar en cinco o seis para encontrar eso.

Kell la miró fijo, perplejo.

—¿Qué? —preguntó Lila.

—¿Cómo supiste para qué era?

Lila se encogió de hombros.

—No sabía.

—¿Y si hubiese sido *veneno*? —explotó Kell.

—No hay forma de ganar contigo —replicó ella—. Olía bien. Parecía bueno. —Kell gruñó—. Y obviamente primero la probé en mí.

—¿Que hiciste *qué*?

Lila se cruzó de brazos.

—No voy a repetir lo que dije solo para que puedas mirarme boquiabierto y con furia. —Kell negó con la cabeza, maldiciendo en voz baja, mientras ella le señaló con la cabeza una pila de ropa al pie de la cama —. Barron te trajo eso.

Kell frunció el entrecejo (por los santos, hasta las cejas le dolía cuando las arrugaba). Él y Barron tenían un acuerdo de *negocios*. Estaba bastante seguro de que no cubría ni hospedaje ni necesidades personales. Le iba a deber por la molestia (y vaya que *era* una molestia). Ambos lo sabían.

Podía sentir los ojos de Lila aferrados a él cuando fue por una túnica limpia y se la puso con cuidado por los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Dijiste que nadie te seguiría.

—Dije que nadie *podía* seguirme —la corrigió Kell—. Porque nadie puede, excepto Holland. —Kell bajó la vista a sus manos y frunció el entrecejo—. Es que jamás pensé…

—Uno no es lo mismo que ninguno, Kell —dijo Lila. Y después dejó escapar un suspiro y se pasó la mano por el pelo, oscuro y corto—. Pero

supongo que no tenías precisamente todas las luces prendidas. —Kell levantó la vista, sorprendido. ¿Realmente lo estaba disculpando?—. Y además yo te golpeé con un libro.

—¿Qué?

—Nada —dijo Lila, haciendo un gesto con la mano—. Entonces, este Holland, ¿es como tú?

Kell tragó saliva, al recordar las palabras de Holland en la callejuela —«Si bien tú y yo compartimos una habilidad, eso no nos hace iguales»— y la mirada oscura casi despectiva que le cruzó el rostro al decirlas. Pensó en la marca quemada en la piel del otro *antari* y el entramado de cicatrices en su brazo, y la sonrisa petulante del rey blanco mientras Holland presionaba el cuchillo contra su piel. No, Holland no era nada como Kell, y Kell no era nada como Holland.

—Él puede moverse entre mundos —explicó Kell—. En ese sentido, somos parecidos.

—¿Y el ojo? —preguntó Lila.

—Una marca de nuestra magia —dijo Kell—. *antari*. Así es como nos llaman. Magos de sangre.

Lila se mordió el labio.

—¿Y hay otros sobre los que deba saber? —consultó, y Kell pensó haber visto una pizca de algo (¿miedo?) cruzando sus facciones, enterrada casi al instante detrás del gesto terco de su mandíbula.

Kell negó lentamente con la cabeza.

—No —dijo—. Somos los únicos dos.

Esperaba ver una expresión de alivio, pero su rostro se volvió más serio.

—¿Por eso no te mató?

—¿Qué quieres decir?

Lila se sentó más adelante en la silla.

—Bueno, si hubiese querido matarte, lo hubiera hecho. ¿Por qué desangrarte hasta dejarte seco? ¿Por diversión? No parecía estar disfrutando demasiado.

Tenía razón. Holland podría haberle cortado la garganta. Pero no lo había hecho.

«Es realmente bastante difícil matar a un *antari*». Las palabras de Holland se repitieron en la cabeza de Kell. «Pero no puedo tener…».

«¿No puedo tener *qué*?», se preguntó Kell. Acabar con la vida de un *antari* podía ser difícil, pero no era imposible. ¿Había estado Holland luchando contra sus órdenes o acatándolas?

—¿Kell? —insistió Lila.

—Holland nunca disfruta —dijo en voz baja. Y después levantó la vista bruscamente—. ¿Dónde está la piedra ahora?

Lila le echó una larga mirada analítica y después informó:

—La tengo yo.

—Entonces devuélvemela —exigió Kell, sorprendido por su propia urgencia. Se dijo a sí mismo que estaría más segura si la tenía con él, pero la verdad era que quería *sostenerla*, no podía librarse de la sensación de que si lo hacía, los músculos que le dolían se calmarían y su sangre debilitada se fortalecería.

Lila revoleó los ojos.

—Esto otra vez no.

—Lila, escúchame. No tienes idea de lo que…

—En realidad —interrumpió ella, poniéndose de pie—, estoy empezando a tener una buena idea de lo que puede hacer. Si la quieres, cuéntame el resto.

—No entenderías —dijo Kell automáticamente.

—Ponme a prueba —lo desafió ella.

Kell miró con ojos entrecerrados a esta extraña muchacha. Lila Bard parecía tener una manera de descifrar las cosas. Aún estaba viva. Eso decía algo. *Y* había vuelto por él. Él no sabía por qué —los asesinos a sueldo y los ladrones no solían ser conocidos por su moral rectora—, pero él sí sabía que sin ella, él hubiese terminado en un estado mucho peor.

—Muy bien —cedió Kell, bajando las piernas de la cama—. La piedra es de un lugar conocido como Londres Negro.

—Mencionaste otros Londres —dijo ella, como si el concepto fuera extraño, pero no del todo imposible. No se desconcertaba con facilidad—. ¿Cuántos hay?

Kell se pasó la mano por el cabello castaño rojizo de su cabeza. La lluvia y el descanso habían hecho que el pelo le quedara parado en lugares extraños.

—Hay cuatro mundos —dijo—. Piensa en ellos como diferentes casas construidas sobre los mismos cimientos. Tienen muy poco en común, excepto por su geografía y el hecho de que cada uno tiene una versión de esta ciudad que se extiende a ambos lados de este río y, en cada uno, esta ciudad se llama Londres.

—Eso debe ser confuso.

—Realmente no lo es cuando vives solo en uno de ellos y nunca necesitas pensar en los otros. Pero como alguien que se mueve entre ellos, uso colores para diferenciarlos. El Londres Gris, que es el tuyo. El Londres Rojo, que es el mío. El Londres Blanco, que es el de Holland. Y el Londres Negro, que no es de nadie.

—¿Y eso por qué?

—Porque cayó —dijo Kell, mientras se frotaba la parte de atrás del cuello, donde los cordeles de sus colgantes se habían roto—. Perdido en la oscuridad. La primera cosa sobre la magia que necesitas entender, Lila, es que no es inanimada. Está viva. Viva de una manera diferente que tú o que yo, pero de todos modos, realmente muy viva.

—¿Por eso que se enojó —preguntó— cuando intenté deshacerme de ella?

Kell frunció el entrecejo. Nunca había visto magia *tan* viva.

—Casi tres siglos atrás —dijo él despacio, haciendo las cuentas (parecía más lejano en el tiempo, lo que era un efecto de referirse a eso simplemente como «el pasado»)—, los cuatro mundos estaban entrelazados unos con otros; la magia y aquellos que la manejaban eran capaces de moverse entre ellos con relativa facilidad a través de alguna de varias fuentes.

—¿Fuentes?

—Estanques de inmenso poder natural —explicó Kell—. Algunos de ellos, discretos (un bosquecillo en el Lejano Este, una quebrada en el continente); otros vastos, como tu Támesis.

—¿El Támesis? —dijo Lila con una risa burlona—. ¿Una fuente de

magia?

—Quizá la fuente más grande del mundo —dijo Kell—. No que lo fueras a saber aquí, pero si lo pudieras ver como es en *mi* Londres… —Se quedó callado un momento—. Como estaba diciendo, las puertas entre los mundos estaban abiertas y las cuatro ciudades de Londres se entremezclaban. Pero a pesar de la transferencia constante, no eran del todo iguales en su poder. Si la magia verdadera fuera un fuego, entonces el Londres Negro estaba ubicado más cerca del calor. —Siguiendo esta lógica, el Londres Blanco se colocaba segundo en fuerza, y Kell sabía que debía haber sido así, aunque no podía imaginárselo ahora—. Se creía que ahí el poder no solo corría con fuerza en la sangre, sino que latía como una segunda alma a través de todo. Y en algún punto, se volvió demasiado fuerte y derrocó a su portador. El mundo yace en el equilibrio —dijo Kell—, la humanidad por un lado, la magia por otro. Las dos existen en todo ser vivo. Y en un mundo perfecto, mantienen cierta armonía, ninguna excede a la otra. Pero la mayoría de los mundos no son perfectos. En el Londres Gris (tu Londres), la humanidad se volvió fuerte y la magia, débil. Pero en el Londres Negro, sucedió al revés. Ahí, la gente no solo contenía magia en el cuerpo, dejó que la magia entrara en su mente. Y esta los tomó como propios y quemó su vida para alimentar su poder. Se convirtieron en recipientes, conductos, de su voluntad y, a través de ellos, retorció el capricho hasta convertirlo en realidad, borrando las líneas, quebrándolos, creando y destruyendo y corrompiendo todo.

Lila no dijo nada, solo escuchaba y caminaba de un lado a otro.

—Se extendió como una plaga —continuó Kell— y los otros tres mundos se replegaron sobre sí mismos y sellaron las puertas para evitar la expansión de la enfermedad. —No dijo que había sido el repliegue del Londres *Rojo*, su aislamiento, lo que forzó a las otras ciudades a hacer lo mismo y dejó al Londres Blanco atascado entre sus puertas cerradas y la magia furiosa del Londres Negro. No dijo que el mundo que quedó atrapado en el medio se vio obligado a luchar contra la oscuridad solo—. Con las fuentes restringidas y las puertas selladas, las tres ciudades que quedaban se aislaron y comenzaron a separarse, cada una convirtiéndose en lo que son ahora. Pero lo que pasó con el Londres Negro y el resto de ese mundo

solo lo podemos imaginar. La magia necesita un portador vivo (únicamente puede desarrollarse donde la vida también lo hace), así que la mayoría asume que la plaga quemó a sus portadores y con el tiempo se quedó sin leña, dejando solo los restos chamuscados. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Con el tiempo, el Londres Negro se convirtió en una historia de fantasmas. Un cuento fantástico. Contado tantas veces que algunos ni siquiera creen que sea real.

—¿Pero la piedra…? —dijo Lila, que seguía caminando.

—La piedra no debería existir —dijo Kell—. Una vez que la puertas fueron cerradas, toda reliquia del Londres Negro fue rastreada y destruida por precaución.

—Obviamente, no *todas* las reliquias —observó Lila.

Kell negó con la cabeza.

—El Londres Blanco supuestamente se encargó de la tarea con incluso más fervor que nosotros. Debes entender, temían que las puertas no resistieran, temían que la magia las derrumbara y los consumiera. En su limpieza, no se detuvieron en los objetos y artefactos. Degollaron a todo aquel del que sospecharon que poseía magia corrupta del Londres Negro (o que había estado en contacto con ella). —Kell se llevó los dedos a su ojo ennegrecido—. Se dice que algunos confundieron las marcas de los *antari* con esa corrupción y de noche los sacaron de sus casas a rastras. Una generación entera fue masacrada antes de que se dieran cuenta de que, sin las puertas, esos magos serían su única forma de comunicarse con el afuera. —Kell dejó caer la mano—. Pero no, obviamente no *todas* las reliquias fueron destruidas. —Se preguntó si así fue cómo se había roto, si habían intentado destruirla y fallado y la habían enterrado, se preguntó si alguien más la había desenterrado—. La piedra no debería existir y no hay que dejar que exista. Es…

Lila se detuvo.

—¿Malvada?

Kell negó con la cabeza.

—No —dijo—. Es *Vitari*. De alguna manera, supongo que es pura. Pero es potencial puro, poder puro, *magia* pura.

—Y nada de humanidad —dijo Lila—. No hay armonía.

Kell asintió con la cabeza.

—Pureza sin equilibrio, su propia corrupción. El daño que este talismán podría lograr en las manos equivocadas… —«En las manos de *cualquiera*», pensó—. La magia de la piedra es la magia de un mundo arruinado. No puede quedar aquí.

—Bueno —dijo Lila—, ¿qué piensas hacer?

Kell cerró los ojos. No sabía quién se había topado con la piedra, ni cómo, pero entendía su miedo. Recordar que estuvo en manos de Holland —y pensarla en manos de Athos o Astrid— le revolvía el estómago. Su propia piel pedía por el talismán, tenía sed de él, y eso lo asustaba más que nada. El Londres Negro había caído por magia como esta. ¿Qué horror podría llevar a los Londres que quedaban? ¿Al famélico Blanco o el maduro Rojo o el indefenso Gris?

No, la piedra debía ser destruida.

¿Pero cómo? No era como otras reliquias. No era una cosa que podía ser lanzada al fuego o destruida bajo el peso de un hacha. Parecía como si alguien lo hubiese intentado, pero el borde roto no parecía disminuir su funcionamiento, lo que significaba que aunque él lograra hacerla añicos, quizá solo terminara con más pedazos, y cada astilla, un arma en sí. No era una simple chuchería; la piedra tenía una vida —y una voluntad— propia y lo había mostrado más de una vez. Solo magia poderosa podría ser capaz de deshacer una cosa así, pero como el talismán era la mismísima magia, dudaba que jamás se pudiera lograr que la magia la destruyera.

A Kell le dolió la cabeza al darse cuenta de que no podía ser destruida, debía ser desechada. Enviada lejos, a algún lugar donde no hiciera daño. Y solo había un lugar donde estaría a salvo, y todo el mundo a salvo de ella.

Kell supo lo que debía hacer. Alguna parte de él lo había sabido desde el momento en que la piedra había pasado por sus manos.

—Pertenece al Londres Negro —dijo—. Tengo que llevarla de regreso.

Lila inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Pero cómo podrías? No sabes qué ha quedado ahí y aunque lo supieses, dijiste que el mundo fue sellado.

—No sé lo que hay ahí, no, pero originalmente la magia *antari* fue usada para hacer las puertas entre los mundos. Y la magia *antari* debió haber sido usada para sellarlas. Así que es lógico pensar que la magia *antari* podría abrirlas otra vez. O al menos crear una grieta.

—¿Entonces por qué no lo has hecho? —desafió Lila, con una chispa en los ojos—, ¿por qué nadie lo ha hecho? Sé que ustedes son una raza rara, pero no puedes decirme que en los siglos que han pasado desde que se aislaron, ningún *antari* tuvo la curiosidad suficiente para intentar volver allí.

Kell observó su sonrisa desafiante y agradeció, por el bien de la humanidad, que ella no tuviera la magia para intentarlo. En cuanto a Kell, por supuesto que había sentido curiosidad. Al crecer, una pequeña parte de él nunca creyó que el Londres Negro fuese real, o que lo hubiese sido alguna vez —las puertas habían estado selladas por tanto tiempo—. ¿Qué niño no deseaba saber si los cuentos que les leían antes de dormir eran cosas de ficción o de verdad? Pero incluso si hubiese *querido* romper el sello —y no quería, no lo suficiente como para arriesgar que la oscuridad tomara el otro lado—, nunca había tenido forma de hacerlo.

—Quizás algunos hayan tenido la curiosidad suficiente —dijo Kell—. Pero un *antari* necesita dos cosas para hacer una puerta: la primera es sangre, la segunda es un souvenir del lugar al que quiere ir. Y como te dije, todas las cosas fueron destruidas.

Los ojos de Lila se abrieron.

—Pero la piedra es un souvenir.

—La piedra es un souvenir —repitió Kell.

Lila señaló la pared por donde Kell había entrado la primera vez.

—Entonces abres una puerta al Londres Negro y ¿qué? ¿Lanzas la piedra ahí? ¿Qué demonios has estado esperando?

Kell negó con la cabeza.

—No puedo hacer una puerta desde aquí hasta allá.

Lila dejó escapar un sonido de exasperación.

—Pero acabas de decir…

—Los otros Londres están en el medio —explicó. Había un pequeño

libro apoyado en la mesa al lado de cama. Barrió las hojas con el dedo—. Los mundos son como hojas de papel —dijo—, apilados uno sobre el otro. —Así era como siempre había pensado que era—. Tienes que moverte en orden. —Pellizcó unas pocas páginas con los dedos—. Londres Gris —dijo, dejando caer una nuevamente a la pila—. Londres Rojo. —Dejó caer la segunda—. Londres Blanco. —La tercera página aleteó al caer—. Y el Negro. —Dejó caer el resto de las páginas al libro.

—Entonces tienes que *atravesarlos* —dijo Lila.

Sonaba tan sencillo cuando ella lo decía así. Pero no lo sería. Sin duda la corona la estaba buscando en el Londres Rojo y solo los santos sabían quién más (¿Habría Holland hechizado a otros ahí? ¿Estarían aquellos buscándolo también?), y sin sus pendientes, tendría que ir a la caza de un nuevo souvenir para ir desde aquí al Londres Blanco. Y una vez que llegara hasta ahí —*si* llegaba hasta ahí— y suponiendo que los Dane no estuvieran sobre él al instante *y* suponiendo que fuera capaz de vencer el sello y abrir una puerta al Londres Negro, la piedra no podía ser simplemente lanzada adentro. Las puertas no funcionaban así. Kell tendría que entrar con ella. Intentó no pensar en eso.

—Entonces —dijo Lila, con ojos chispeantes—, ¿cuándo nos vamos?

Kell levantó la vista.

—*Nos* no.

Lila estaba apoyada contra la pared, justo al lado del lugar en que él la había atado a la madera —la tabla estaba rota y arruinada donde ella se había liberado a hachazos—, como recordándole a él tanto sus acciones como las de ella.

—Quiero ir —insistió ella—. No te diré dónde está la piedra. No hasta que digas que me dejas ir.

Las manos de Kell se cerraron en puños.

—Esas ataduras que invocaste para Holland no resistirán. La magia *antari* es suficientemente fuerte como para desvanecerlas. Y una vez que él se despierte, no le tomará demasiado tiempo para darse cuenta de eso y liberarse y empezar a cazarnos otra vez. Lo que significa que no tengo tiempo para juegos.

—No es un juego —dijo ella simplemente.

—¿Entonces qué es?

—Una oportunidad. —Se apartó de la pared—. Una salida. —Su calma se agitó y por un momento Kell pudo ver las cosas que había debajo. El deseo, el miedo, la desesperación.

—Quieres una salida —dijo él—, pero no tienes ni idea de adónde te estás metiendo.

—No me importa —respondió—. Quiero ir.

—No puedes —repitió él, poniéndose de pie. Una ola superficial de vértigo lo golpeó y se sostuvo contra la cama, esperando que se le pasara.

Ella lanzó una risa burlona.

—No estás en condiciones de ir solo.

—No *puedes* venir, Lila —dijo otra vez—. Solo los *antari* pueden moverse entre los mundos.

—Mi roca…

—No es tuya.

—Lo es en este momento. Y tú mismo dijiste que es magia pura. *Hace* magia. Me dejará pasar. —Lo dijo como si estuviera segura.

—¿Y si no? —desafió él—. ¿Y si no es todopoderosa? ¿Y si es solo un souvenir para conjurar pequeños hechizos? —Pero ella no parecía creerle. No estaba seguro de creerse a sí mismo. Había sostenido la piedra. Había sentido su poder y este se sentía ilimitado. Pero no deseaba que Lila lo probara—. No puedes saberlo con certeza.

—Es un riesgo que yo tendré que tomar, no tú.

Kell la miró fijamente.

—¿Por qué? —preguntó él.

Lila se encogió de hombros.

—Soy un hombre buscado.

—No eres un hombre.

Lila mostró una sonrisa vacía.

—Las autoridades aún no lo saben. Probablemente por eso todavía soy buscada y no me han colgado.

Kell se negó a dejarlo pasar.

—¿Por qué quieres hacer esto realmente?

—Porque soy una tonta.

—*Lila*…

—Porque no puedo quedarme aquí —estalló, la sonrisa desapareció de su rostro—. Porque quiero ver el mundo, incluso si no es el mío. Y porque te salvaré la vida.

«Locura», pensó Kell. Locura absoluta. No lograría atravesar la puerta. E incluso si la piedra funcionaba, incluso si de alguna manera lo lograba, ¿después qué? La transferencia era traición, y Kell estaba bastante seguro de que esa ley se extendía a las personas, particularmente a los fugitivos. Una cosa era pasar una caja musical de contrabando, pero pasar a un ladrón era algo completamente distinto. «¿Y pasar una reliquia del Londres Negro?», lo retó una voz en su cabeza. Se frotó los ojos. Podía sentir los de ella clavados en él. Más allá de la traición, el hecho era que ella era del mundo gris; no pertenecía a su Londres. Era demasiado peligroso. Era una locura y él estaría loco al dejarla intentarlo… pero Lila tenía razón sobre una cosa. Kell no se sentía lo suficientemente fuerte como para hacer esto solo. Y lo que era peor, no quería. Tenía miedo —más miedo del que quería admitir— de la tarea que tenía por delante y de lo que le esperaba al terminarla. Y alguien tendría que decirle al trono rojo —decirles a su madre y padre y a Rhy— lo que había pasado. No podía llevar este peligro a su puerta, pero podía dejar a Lila ahí para que les dijera.

—No sabes nada sobre estos mundos —dijo, pero su voz iba perdiendo la resistencia.

—Claro que sé —contraatacó Lila, alegremente—. Está el Londres Opaco, el Londres de Kell, el Londres Escalofriante y el Londres Muerto —recitó, contándolos con los dedos—. ¿Ves? Soy rápida aprendiendo.

«También eres humana», pensó Kell. Una humana extraña, terca y feroz, pero humana al fin. La luz, tenue y diluida por la lluvia, comenzaba a trepar sigilosamente por el cielo. No podía darse el lujo de quedarse ahí parado, esperando a que ella cediera.

—Dame la piedra —dijo él— y te dejaré venir.

Lila se tragó una risa aguda.

—Creo que mejor la tengo hasta que hayamos pasado.

—¿Y si no sobrevives? —desafió Kell.

—Puedes saquear mi cadáver —respondió secamente—. Dudo que me importe.

Kell se quedó mirándola, desconcertado. ¿Era su bravuconada una fachada o verdaderamente tenía tan poco que perder? Pero tenía una vida y una vida era algo que siempre se podía perder. ¿Cómo podía no temerle a nada, ni a la muerte?

«¿Tienes miedo de morir?», le había preguntado Holland en la callejuela. Y Kell lo tenía. Siempre lo había tenido, desde que podía recordar. Temía *no vivir*, temía dejar de existir. El mundo de Lila podía creer en el cielo y el infierno, pero el suyo creía en el polvo. Le había enseñado desde temprano que la magia reclamaba la magia y la tierra reclamaba la tierra, y las dos cosas se dividían al morir el cuerpo, la persona en la que se habían combinado simplemente se perdía. Nada duraba. Nada quedaba.

Al crecer, había tenido pesadillas en las que de repente se separaba, en un momento había estado corriendo por el patio, o parado en los escalones del palacio, y el siguiente se había dispersado en aire y cenizas. Se había levantado empapado en sudor y agitado, con Rhy sacudiéndole los hombros.

—¿No tienes miedo de morir? —le preguntó ahora a Lila.

Ella lo miró como si fuera una pregunta extraña. Y después negó con la cabeza.

—La muerte viene por todos —dijo con simpleza—. No tengo miedo de morir. Pero tengo miedo de morir *aquí*. —Hizo un movimiento con una mano como abarcando la habitación, la taberna, la ciudad—. Preferiría morir en una aventura que vivir parada inmóvil.

Kell la observó por un largo rato. Y después dijo:

—Muy bien.

Lila arrugó la frente con desconfianza.

—¿Qué quieres decir con «muy bien»?

—Puedes venir —aclaró Kell.

Lila sonrió de golpe. El rostro se le iluminó de un modo completamente

nuevo que la hizo lucir joven. Los ojos se le fueron hacia la ventana.

—El sol ya casi ha salido —dijo—. Y es probable que Holland ya nos esté buscando. ¿Estás lo suficientemente bien como para ir? —preguntó.

«Es realmente bastante difícil matar a un *antari*».

Kell asintió con la cabeza mientras Lila se ponía la capa alrededor de los hombros y enfundaba sus armas, con movimientos rápidos y eficientes, como si tuviera miedo de que si tardaba demasiado, él se retractara. Él solo se quedó ahí parado, asombrado.

—¿No quieres despedirte? —preguntó, señalando el piso de madera y, en algún lugar debajo de este, a Barron.

Lila dudó, considerando sus botas y el mundo debajo de ellas.

—No —dijo suavemente, con voz vacilante por primera vez desde que se conocieron.

Él no sabía cómo estaban enredados los hilos de Lila y Barron, pero dejó en paz el tema. No la juzgaba. Después de todo, él no tenía planes de desviarse al palacio para ver a su hermano una última vez. Se dijo a sí mismo que era demasiado peligroso, o que Rhy no lo dejaría ir, pero eso era tan verdadero como que Kell no podía decir adiós.

El abrigo de Kell estaba colgado en una silla y él cruzó hasta allí y lo dobló de adentro afuera y de izquierda a derecha para cambiar el negro gastado por el rojo rubí.

El interés parpadeó como una luz detrás de los ojos de Lila, pero nunca se dejó ver del todo, y él supuso que ella ya había visto el truco cuando se puso a revolver sus bolsillos a la noche.

—¿Cuántos abrigos crees que hay dentro de este? —preguntó ella de forma relajada, como si estuviera preguntado por el clima y no sobre un hechizo complejo.

—No estoy del todo seguro —dijo Kell, hurgando un bolsillo con bordados dorados y suspirando internamente de alivio cuando sus dedos rozaron una moneda de repuesto—. De vez en cuando creo que los encontré todos y después me tropiezo con uno nuevo. Y a veces, los viejos se pierden. Un par de años atrás, me encontré con un abrigo corto, una cosa verde horrible con los codos emparchados. Pero no lo he visto desde

entonces. —Sacó el lin del Londres Rojo del abrigo y lo besó. Las monedas constituían perfectas llaves de puertas. En teoría, cualquier cosa de un mundo funcionaría (casi todo lo que Kell vestía venía del Londres Rojo), pero las monedas eran simples, sólidas, específicas, y estaba garantizado que funcionaban. No podía darse el lujo de embarrar esto, no cuando una segunda vida estaba en sus manos (y lo estaba, sin importar lo que ella dijese).

Mientras él había estado buscando el souvenir, Lila había quitado todo el dinero que llevaba en sus propios bolsillos —una selección bastante ecléctica de chelines, peniques y cuartos— y los había apilado sobre el vestidor que estaba al lado de su cama. Kell se estiró y quitó un penique de la pila para reemplazar el souvenir gris que había perdido, mientras Lila se mordía el labio y miraba fijamente las monedas por un momento, con las manos metidas en los bolsillos internos de su capa. Estaba jugueteando con algo ahí y unos pocos minutos después, sacó un elegante reloj de plata y lo apoyó al lado de la pila de monedas.

—Estoy lista —dijo, arrancando los ojos del reloj.

«Yo no», pensó Kell, poniéndose el abrigo con un movimiento de hombros, tras lo cual cruzó hasta la puerta. Al abrirla, una oleada de vértigo más pequeña lo golpeó, pero se le pasó más rápido que la anterior.

—Espera —dijo Lila—. Pensé que nos iríamos de la misma forma en que viniste. Por la pared.

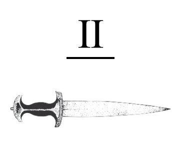
—Las paredes no siempre están donde deberían —respondió Kell. En verdad, Tiro de Piedra era uno de los pocos lugares donde las paredes no cambiaban, pero eso no lo hacía más seguro. Puesta de Sol podía estar apoyada sobre los mismos cimientos en el Londres Rojo, pero también era el lugar donde Kell hacía negocios y uno de los primeros adonde alguien podría ir a buscarlo.

—Además, no sabemos qué o quién —se corrigió, al recordar los atacantes bajo el dominio— nos está esperando del otro lado. Lo mejor es ir lo más cerca posible de adonde vamos antes de ir ahí. ¿Comprendes?

Parecía como que no lo había entendido, pero Lila igual asintió con la cabeza.

Los dos bajaron sigilosamente las escaleras, pasaron un pequeño descanso que se bifurcaba a un pequeño pasillo lleno de habitaciones. Lila hizo una pausa al lado de la puerta más cercana y se puso a escuchar. Un ronquido bajo llegaba través de la madera. Barron. Ella tocó la puerta brevemente, luego pasó al lado de Kell y bajó los escalones que quedaban sin mirar atrás. Deslizó la traba que había en la entrada trasera y se apresuró a salir al callejón. Kell la siguió y se detuvo solo lo suficiente como para alzar la mano y hacer que la traba de metal volviera a su lugar detrás de ellos. Escuchó el *shhh* del metal deslizándose, luego se dio vuelta para encontrar a Lila esperando, deliberadamente de espaldas a la taberna, como si su presente ya fuera su pasado.

II



La lluvia había parado y las calles habían quedado lóbregas y húmedas, pero a pesar del suelo mojado y el frío de octubre, Londres comenzaba lentamente a despertarse. El sonido de carros desvencijados llenaba el aire, junto con el olor a pan recién hecho y fuegos recién encendidos, y los comerciantes y vendedores comenzaban el lento regreso al trabajo, abriendo las puertas y las persianas y alistando sus negocios para el día. Kell y Lila se abrieron paso por la ciudad que se despertaba, moviéndose velozmente en la tenue luz del amanecer.

—¿Estás segura de que tienes la piedra? —presionó Kell.

—Sí —dijo Lila, los labios se le torcieron—. Y si estás pensando en robarla, te aconsejaría que no lo hagas, ya que deberías registrarme, y magia o no, estoy dispuesta a apostar que mi cuchillo podría encontrar tu corazón antes de que tu mano pueda encontrar la roca. —Habló con una confianza tan relajada que Kell sospechó que podía tener razón, pero él no tenía ningún deseo de averiguarlo. En vez de eso, llevó su atención a las calles que los rodeaban, tratando de imaginarlas como si estuviesen a un mundo de distancia.

—Ya casi estamos.

—¿Estamos dónde?

—La calle Whitbury —respondió él.

Él había cruzado por Whitbury antes (lo ponía cerca de sus habitaciones en Campos de Rubí, lo que significaba que podía dejar cualquier pieza recientemente adquirida antes de reportarse en el palacio). Pero lo que era más importante, la hilera de negocios en Whitbury no estaba sentada directamente sobre Campos de Rubí, sino a un par de cuadras de distancia.

Había aprendido hacía mucho tiempo atrás a nunca entrar en un mundo exactamente donde quería estar. Si esperaban problemas, aterrizabas directamente sobre ellos.

—Hay un hostal en el Londres Rojo —explicó, tratando de no pensar en la última vez que había estado ahí. En los hechizos de seguimiento y el ataque y los cadáveres de los hombres en el callejón de más allá. Los cadáveres que *él* había hecho—. Tengo una habitación ahí —continuó—. Tendrá lo que necesito para hacer una puerta al Londres Blanco. —Lila no captó el uso del *yo* en vez del *nosotros*, o si lo hizo, no se molestó en corregirlo. De hecho, parecía perdida en sus propios pensamientos mientras avanzaban por la red de calles secundarias. Kell mantenía el mentón en alto, sus sentidos conectados.

—No me voy a chocar conmigo misma, ¿no? —preguntó Lila, rompiendo el silencio.

Kell le echó una mirada.

—¿De qué estás hablando?

Ella pateó una piedra que estaba suelta.

—Bueno, me refiero a que es otro mundo, ¿no? Otra versión de Londres. ¿Hay otra versión de mí?

Kell frunció el entrecejo.

—Nunca conocí a *nadie* como tú.

No lo había querido decir como un halago, pero Lila lo tomó así y le lanzó una sonrisa.

—Qué puedo decir —dijo—, soy única.

Kell se las ingenió para replicar su sonrisa y ella abrió la boca.

—¿Qué eso en tu cara?

La sonrisa desapareció.

—¿Qué?

—Olvídalo —dijo ella, riendo—, se ha ido. —Kell solo negó con la cabeza (no entendió la broma), pero fuese lo que fuese, parecía divertir a Lila, que se fue riendo entre dientes todo el camino a Whitbury.

Cuando doblaron por la agradable callejuela, Kell se detuvo en la vereda entre las fachadas de dos negocios. Uno pertenecía a un dentista y el otro a

un barbero (en el Londres Rojo, era un herbolario y un tallador de piedras), y si Kell entrecerraba los ojos, aún podía ver los rastros de su sangre en la pared de ladrillos frente a él, la superficie resguardada por un angosto alero. Lila estaba mirando atentamente la pared.

—¿Es aquí donde está tu habitación?

—No —dijo él—, pero aquí es por donde pasamos.

Los puños de Lila se contrajeron y se aflojaron a los lados. Él pensó que ella debía estar asustada, pero cuando ella lo miró, sus ojos brillaban y una sonrisa se asomaba en sus labios.

Kell tragó saliva y fue hacia la pared, y Lila se unió a él ahí. Él dudó.

—¿Qué estamos esperando?

—Nada —dijo Kell—. Es solo que… —Se quitó el abrigo y le envolvió los hombros con él, como si se pudiera engañar tan fácilmente a la magia. Como si no fuera a notar la diferencia entre humano y *antari*. Él dudaba de que su abrigo fuese a hacer la diferencia (la piedra la dejaba pasar o no), pero igual se lo cedió.

En respuesta, Lila buscó su pañuelo —el que ella le había dado para robarle del bolsillo y que había recuperado cuando él se desmayó— y lo metió en el bolsillo trasero de Kell.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Me parece lo correcto, de alguna manera —respondió ella—. Tú me diste algo tuyo. Yo te doy algo mío. Ahora estamos conectados.

—No funciona de esa forma —dijo él.

Lila se encogió de hombros.

—No puede hacer daño.

Kell supuso que tenía razón. Deslizó su cuchillo afuera de su funda y pasó el filo por la palma de su mano y brotó una delgada línea de sangre. Untó los dedos en ella e hizo una marca en la pared.

—Saca la piedra —dijo.

Lila lo miró con desconfianza.

—La *necesitarás* —presionó.

Ella suspiró y sacó su sombrero de ala ancha de un pliegue en su abrigo. Estaba arrugado, pero tras hacer Lila un movimiento rápido con la mano,

este se desplegó y ella buscó en el sombrero, como si fuera un mago, y sacó la piedra negra. Algo en Kell se retorció al verla, un dolor en la sangre, y le tomó toda la fuerza que tenía no ir por el talismán. Reprimió la urgencia y pensó por primera vez que quizás era mejor que él no la tuviese.

Lila cerró los dedos alrededor de la piedra, y Kell cerró los suyos alrededor de los de Lila y fue como si pudiera sentir el talismán zumbando a través de la carne y los huesos de la mano de ella. Intentó no pensar sobre la forma en que le cantaba a él.

—¿Estás segura? —preguntó él una última vez.

—Funcionará —dijo Lila. Su voz sonaba menos certera ahora de lo que había sonado, no tanto como que ella lo creyese, sino más como si ella *quisiera* creerlo, así que Kell asintió con la cabeza—. Tú mismo lo dijiste —agregó—, que todos tienen una mezcla de humanidad y magia en ellos. Eso significa que yo también. —Llevó su mirada hacia la de él—. ¿Qué pasa ahora?

—No lo sé —dijo él con sinceridad.

Lila se acercó tanto que las costillas de ambos se tocaban y él podía sentir el corazón de ella galopando. Era tan buena escondiéndolo, el miedo. No se veía en sus ojos ni en las líneas de su rostro, pero su pulso la traicionaba. Y entonces los labios de Lila se estiraron en una sonrisa y Kell se preguntó si era miedo lo que ella sentía después de todo o si era algo completamente distinto.

—No voy a morir —afirmó ella—. No hasta haberlo visto.

—¿Haber visto qué?

Su sonrisa se amplió.

—Todo.

Kell le devolvió la sonrisa. Y entonces Lila llevó la mano que tenía libre a la mandíbula de él y tiró su boca a la de ella. El beso estaba ahí y después desapareció, como una de sus sonrisas.

—¿Y eso qué fue? —preguntó, aturdido.

—Para la buena suerte —dijo ella, enderezando los hombros hacia la pared—. No es que la necesite.

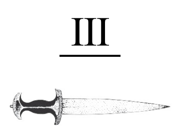
Kell la miró un momento y luego se obligó a girar hacia los ladrillos

manchados con sangre. Apretó la mano sobre la de ella y llevó los dedos a la marca.

—*As Travars* —dijo.

La pared cedió y el viajante y la ladrona dieron un paso adelante y a través.

III



Barron se despertó por un ruido.

Era la segunda vez esa mañana.

El ruido era algo bastante normal en una taberna; el volumen bajaba y subía dependiendo de la hora, en algunos momentos era estruendoso, en otros un murmullo, pero siempre estaba ahí en alguna medida. Incluso cuando el bar permanecía cerrado, Tiro de Piedra nunca estaba en completo silencio. Pero Barron conocía todos los tipos de ruidos que había en su taberna, desde el crujido de los tablones de madera del piso al quejido de la puerta y el del viento al atravesar los cientos de grietas en las viejas paredes.

Los conocía a todos.

Y este era distinto.

Barron había sido dueño de la taberna con costuras —pues así era cómo pensaba en el viejo edificio dolorido— desde hacía mucho tiempo. Lo suficiente como para entender lo extraño, que pasaba y se metía como el polvo. Lo suficiente como para que lo extraño pareciera normal. Y si bien él no era parte de lo extraño, al no tener interés o afinidad por la práctica de esa extrañeza que otros llamaban magia, había llegado a desarrollar una especie de sentido en lo que se refería a lo extraño.

Y lo escuchaba.

Al igual que ahora escuchaba el ruido sobre su cabeza. No era fuerte, para nada, pero estaba fuera de lugar y traía con él una sensación, que percibía bajo la piel y en los huesos. Una sensación de que algo estaba mal. De peligro. Se le levantaron los pelos de los brazos, y su corazón, siempre tranquilo, comenzó a latir más rápido en advertencia.

El ruido volvió a escucharse, y él reconoció el crujido de un paso sobre el viejo piso de madera. Se sentó en la cama. La habitación de Lila estaba directamente sobre la suya. Pero los pasos no eran de ella.

Cuando alguien pasa suficiente tiempo debajo de tu techo (como Lila había pasado bajo el suyo), terminas sabiendo el tipo de ruido que hace —no solo su voz, sino la forma en que se mueve por el espacio— y Barron conocía el sonido de las pisadas de Lila cuando quería ser escuchada y el sonido de sus pisadas cuando no quería, y estas no eran ninguna de las dos. Y además, se había despertado primero por el sonido de Lila y Kell yéndose, no hacía demasiado tiempo (no la había detenido, había aprendido hacía mucho que era inútil intentarlo y había resuelto ser un ancla hacía mucho, ahí listo para cuando ella regresara, lo que invariablemente hacía).

Pero si Lila no se estaba moviendo por su habitación, ¿quién lo hacía?

Barron se puso de pie, la escalofriante sensación de que algo andaba mal empeoró mientras jalaba de los tirantes desde su cintura hacia arriba para ponérselos sobre los amplios hombros y se ajustaba las botas.

Había una escopeta colgada en la pared al lado de la puerta, medio oxidada por falta de uso (en las ocasiones en que se armaba lío abajo, la enorme figura de Barron usualmente era suficiente para aplastarlo). Ahora tomó el arma por el cañón y la bajó de su montura. Deslizó la puerta para abrirla, sobresaltándose cuando esta crujió, y se dispuso a subir las escaleras hacia la habitación de Lila.

Tratar de ser sigiloso, lo sabía, era inútil. Barron no había sido nunca un hombre pequeño, y los escalones crujieron con fuerza debajo de sus botas al subir. Cuando llegó a la pequeña puerta verde en la cima de las escaleras, titubeó y presionó una oreja contra la madera. No escuchó nada y, por un breve instante, dudó de sí mismo. Pensó que no se había dormido profundamente después de la partida de Lila y simplemente había soñado la amenaza por estar preocupado. La mano que había estado agarrando con fuerza la escopeta comenzó a aflojarse y Barron dejó escapar un suspiro y pensó en regresar a la cama. Pero entonces escuchó el ruido metálico de monedas cayendo, y la duda se apagó como una vela. Abrió la puerta de golpe, con la escopeta apuntada.

Lila y Kell se habían ido, pero la habitación no estaba vacía: había un hombre parado al lado de la ventana abierta, pesando el reloj de plata de Lila en la palma de su mano. El farol que había sobre la mesa estaba encendido con una luz extrañamente lívida que hacía que el hombre se viera extrañamente descolorido, desde su pelo negro azabache a su piel pálida y su ropa gris desgastada. Cuando su mirada se alzó de manera relajada desde el reloj y se posó sobre Barron —parecía completamente imperturbable ante el arma—, el dueño de la taberna vio que uno de sus ojos era verde. El otro era negro puro.

Lila le había descrito al sujeto y le había dado un nombre.

Holland.

Barron no dudó. Apretó el gatillo y la escopeta acribilló la habitación con un sonido ensordecedor que le dejó los oídos zumbando. Pero cuando la columna de humo se dispersó, el intruso descolorido estaba parado exactamente donde había estado antes del disparo, ileso. Barron lo miró fijo, sin poder creerlo. El aire frente a Holland brilló levemente, y a Barron le tomó un momento entender que estaba lleno de municiones disparadas. Las pequeñas bolas de metal estaban suspendidas frente al pecho de Holland. Y después cayeron, sonando contra el piso como granizo.

Antes de que Barron pudiera disparar una segunda vez, los dedos de Holland se crisparon y el arma salió volando de las manos del dueño de Tiro de Piedra, a través de la estrecha habitación hasta chocar contra la pared. Él se lanzó hacia ella, o al menos esa fue su intención, pero su cuerpo se rehusó y se quedó firmemente arraigado en el lugar, no por miedo, sino algo más fuerte. *Magia*. Llamó a sus músculos a moverse, pero la fuerza imposible los llamó a quedarse inmóviles.

—¿Dónde están? —preguntó Holland. Su voz era baja y fría y vacía.

Una gota de sudor bajó rodando por la mejilla de Barron mientras luchaba contra la magia, pero fue inútil.

—Se fueron —dijo, su voz fue un murmullo bajo.

Holland frunció el entrecejo, decepcionado. Sacó un cuchillo curvo de su cinturón.

—Lo noté. —Cruzó la habitación con pasos regulares que hacían eco y

llevó el filo lentamente contra la garganta de Barron. Estaba muy frío y muy afilado—. ¿Adónde han ido?

De cerca, Kell olía a lirios y hierba. Holland olía a cenizas y sangre y metal.

Barron encontró los ojos del mago. Eran tan parecidos a los de Kell. Y tan diferentes. Al mirar en ellos, vio ira y odio y dolor, cosas que nunca se extendían, nunca tocaban el resto de su rostro.

—¿Entonces? —presionó Holland.

—No tengo idea —gruñó Barron. Era la verdad. Solo podía desear que estuvieran lejos.

La boca de Holland se curvó hacia abajo.

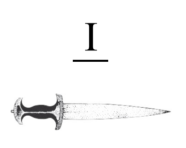
—Respuesta equivocada.

Arrastró el filo a lo ancho y Barrón sintió un calor abrasante en la garganta y luego nada.

NUEVE

FESTIVAL Y FUEGO

I



El Londres Rojo le dio a Kell la bienvenida a casa como si nada malo pasara. No había llovido aquí y el cielo estaba manchado con volutas de nube y luz rojiza, como si fuese un reflejo del Isle. Los carruajes rodaban de manera estruendosa por las calles de piedra en sus trilladas rutas y el aire estaba lleno con el vapor dulce de especias y té y, más lejos, el sonido creciente de la celebración.

¿Realmente habían pasado apenas unas horas desde que Kell había huido, herido y desorientado, de este mundo al otro? La calma simple y serena, el que estuviera todo bien en este lugar, lo descolocó y lo hizo dudar, tan solo por un momento, de que algo estuviera mal. Pero sabía que la paz era superficial —en algún lugar en el palacio apoyado como un puente sobre el río, seguramente habían extrañado su presencia; en algún lugar de la ciudad, dos hombres yacían muertos, y más ojos vacíos probablemente lo estaban buscando a él y a su premio—, pero aquí, en lo que había sido Whitbury y ahora era Ves Anash, con la luz del río vertiéndose por un lado y el sol de la mañana por el otro, el Londres Rojo parecía inconsciente del peligro en el que estaba, el peligro que él arrastraba a través de la ciudad.

Una pequeña piedra negra capaz de crear cualquier cosa y de arrasar con todo. Se estremeció al pensarlo y apretó con más fuerza la mano de Lila, solo para darse cuenta de que no estaba allí.

Se dio vuelta, con la esperanza de encontrarla parada junto a él, con la esperanza de haber sido separados solo uno o dos pasos en el curso de su pasaje. Pero estaba solo. El eco de la magia *antari* brillaba débilmente en la pared, marcando la forma en que él había venido con Lila.

Pero Lila había desaparecido.

Y con ella, la piedra.

Estrelló una mano contra la pared, lo que abrió el corte que acababa de comenzar a cerrarse. La sangre le chorreó por la muñeca, y Kell maldijo y fue a buscar un trapo a su abrigo, olvidando que se lo había puesto a Lila sobre los hombros. Estaba a punto de maldecir otra vez cuando recordó el pañuelo de Lila. El que le había dado a cambio, metido en su bolsillo trasero.

«Me parece lo correcto, de alguna manera», había dicho. «Tú me diste algo tuyo. Yo te doy algo mío. Ahora estamos conectados».

«Conectados», pensó Kell. Su mente dio vueltas mientras liberaba el cuadrado de tela. ¿Funcionaría? No si de alguna manera ella había terminado desgarrada o atrapada entre los mundos (había historias de personas que no eran *antari* que habían intentado abrir las puertas y habían quedado atascadas). Pero si ella había pasado o si estaba en algún otro lugar —viva o muerta—, quizá funcionaría.

Llevó el pañuelo ensangrentado a la pared y presionó la mano abierta contra el eco de su reciente marca.

—*As Enose* —comandó a la magia—. *As Enose* Delilah Bard.



Lila abrió los ojos y vio rojo.

No rojo fuerte, salpicado como pintura sobre los edificios, sino un tinte sutil generalizado, como si estuviera mirando a través de un vidrio de color. Lila parpadeó en un intento por deshacerse del color, pero este permaneció. Cuando Kell llamó a su ciudad Londres *Rojo*, ella asumió que él había elegido el color por alguna razón arbitraria —o al menos común—. Ahora podía ver que lo decía literalmente. Inspiró y saboreó las flores en el aire. Lirios y caléndulas y azucenas. El aroma era abrumador, bordeaba lo empalagoso, como perfume —con razón se le pegaba a Kell—. Después de unos momentos, se calmó un poco (al igual que el tinte) al adaptarse sus sentidos al nuevo entorno, pero cuando respiró demasiado hondo, la asaltó otra vez.

Lila tosió y se quedó quieta. Estaba acostada de espaldas en un callejón, frente a una puerta roja bastante linda (pintada, no por el tinte). Una piedra suelta de la calle se le clavaba en la columna a través del abrigo. El abrigo de Kell. Estaba extendido debajo de ella en el suelo, aleteando como alas.

Pero Kell no estaba ahí.

Apretó los dedos para verificar que los podía mover y sintió la piedra alojada en su mano, aún zumbando. «Funcionó», pensó, dejando escapar un suspiro de asombro mientras se sentaba. Realmente había *funcionado*.

No a la perfección —si hubiese funcionado a la perfección, ella y Kell estarían parados en el mismo lugar—, pero ella estaba aquí, lo que quería decir *allí*. En un lugar *nuevo*.

Lo había logrado.

Delilah Bard finalmente había escapado, había zarpado. No con un barco, sino con una piedra.

En cuanto a dónde estaba *exactamente*, no tenía ni la más mínima idea. Se puso de pie y se dio cuenta de que el tinte rojo no venía del cielo, sino del suelo. El mundo a su derecha era considerablemente más rojo que el mundo a su izquierda. Y notó, al ajustarse sus sentidos, que era también considerablemente más ruidoso. No el ruido usual de los vendedores ambulantes y carros, dado que los Londres parecían tener eso en común, sino la estridencia de una multitud creciente, puro vítores y gritos y celebración. Parte de ella sabía que debía quedarse quieta y esperar que Kell la encontrara, pero otra parte ya se estaba moviendo hacia la oleada de luz y color y sonido.

Kell la había encontrado una vez, razonó. Podía hacerlo de nuevo.

Se metió la piedra negra en el bolsillo escondido de su capa gastada (el mareo al soltarla fue breve y superficial), luego levantó el abrigo de Kell, le sacó el polvo y se lo puso encima de todo. Creyó que iba a ser enorme, o completamente inmanejable, pero para su sorpresa, el abrigo le calzaba perfectamente, los botones plateados yacían delicados y uniformes sobre la exquisita tela negra.

«Qué extraño», pensó Lila, metiendo las manos en los bolsillos. No la cosa más extraña ni de lejos, pero igualmente extraño.

Serpenteó por las calles, que eran como su Londres en su forma estrecha y zigzagueante y, sin embargo, tan distintas. En vez de piedra áspera y vidrios manchados de hollín, los negocios estaban construidos con madera oscura y piedra pulida, vidrios de colores y metal brillante. Parecían fuertes y extrañamente delicados al mismo tiempo, y pasando por ellos, por *todo*, había una energía (no podía pensar en otra palabra). Caminó en dirección a la multitud, maravillándose por el cambio efectuado en el mundo, un mundo cuyos huesos eran compartidos con los de ella, pero cuyo cuerpo era una cosa nueva y gloriosa.

Y luego dobló en una esquina y vio el origen del alboroto. Montones de personas se habían reunido a lo largo de una calle principal, desbordantes de expectación. Tenían aire de plebeyos y, sin embargo, sus vestidos eran mucho más finos de lo que Lila jamás había visto en los comunes de su hogar. Su estilo en sí no era tan extraño —los hombres usaban abrigos elegantes de cuello alto, las mujeres vestidos ceñidos y cubiertas por capas —, pero los materiales fluían sobre ellos como metal derretido, y los hilos de oro adornaban cabellos, sombreros y puños.

Lila tiró del abrigo de botones plateados para envolverse bien, agradecida de poder esconder la capa raída debajo de él. Por las grietas que se formaban en la multitud alborotada, podía distinguir más allá el río rojo, justo donde debería estar el Támesis; su extraña luz bañaba las orillas.

«¿El Támesis, una fuente de magia?».

«Quizá la fuente más grande del mundo. No que lo fueras a saber aquí, pero si lo pudieras ver como es en *mi* Londres…».

Era en verdad magnífico. Y sin embargo, Lila se sentía atraída menos hacia al agua y más hacia los barcos que la cubrían. Naves de todas las formas y tamaños, desde veleros y galeras hasta goletas y fragatas, oscilaban sobre las olas rojas, con sus velas flameando. Decenas de emblemas marcaban las telas en sus mástiles y flancos, pero sobre todas ellas, había colgados estandartes rojos y dorados. Estos brillaban, llamándola. «Ven a bordo», parecían decir. «Puedo ser tuyo». Si Lila hubiese sido hombre y los barcos, lindas doncellas que levantaban sus faldas hacia ella, no podría haberlas deseado más. «Cuelguen los vestidos elegantes —

pensó—. Tomaré un barco».

Pero a pesar de que la flota despareja era suficiente para sacarle un suspiro de aprobación a Lila, no eran ni los hermosos barcos ni el imposible río rojo lo que atraía la atención de la multitud.

Había una procesión marchando por la avenida.

Lila llegó al borde de la muchedumbre cuando una fila de hombres desfilaban vestidos con franjas de tela oscura que se retorcía alrededor de sus extremidades como si estas fueran carretes. Los hombres sostenían fuego en las palmas de las manos y, cuando bailaban y giraban, el fuego trazaba un arco alrededor de ellos, marcando su camino y deteniéndose en el aire detrás de ellos. Sus labios se movían al compás; las palabras, enterradas bajo los sonidos del desfile. Lila se encontró a sí misma empujando hacia adelante entre la multitud para tener una mejor vista. Demasiado rápido, los hombres se habían ido, pero en su estela apareció una línea de mujeres. Ataviadas en vestidos sueltos, ejecutaban una versión más fluida de la misma danza, pero con agua. Lila observaba con ojos bien abiertos. El agua se comportaba como lazos en las manos de las bailarinas, trazando curvas y remolinos en el aire, como por arte de magia.

«Por supuesto —pensó Lila—. *Es* por arte de magia».

El agua dio lugar a los bailarines de tierra y luego a los de metal y, finalmente, a los de viento, este último visible gracias al polvo colorido soplado desde las manos al cielo.

Cada bailarín estaba vestido a su propio modo, pero todos tenían sujetos a lo largo de sus brazos y piernas lazos rojos y dorados, que flameaban detrás de ellos mientras avanzaban por la ciudad, como si fueran colas de barriletes.

La música se elevaba tras el paso de los bailarines, fuerte como los tambores pero dulce como las cuerdas, y dibujaba notas que Lila jamás había escuchado de instrumentos que nunca había visto. Los músicos avanzaban, pero la música se detenía en el aire, flotando sobre la multitud como el techo de una carpa, como si el sonido mismo pudiera convertirse en algo físico. Era hipnótico.

Ydespués vinieron los caballeros sobre sus monturas, sus armaduras

que brillaban al sol y sus capas rojas que flameaban detrás. Los caballos eran bestias gloriosas, sin manchas, sino de colores sólidos: blanco y gris y negro brillante. «Casi tan hermosos —pensó Lila— como los barcos». Los ojos eran como piedras pulidas, algunos marrones, otros azules o verdes. Sus relucientes crines caían negras o plateadas o doradas. Y se movían con una gracia que no correspondía con su tamaño o ritmo.

Todos los caballeros llevaban estandartes como lanzas de justas, un sol naciente contra un cielo rojo.

Justo en ese momento, un tropel de muchachos se metió frente a Lila para pasarla, con lazos en brazos y piernas flotando detrás, y ella pescó a uno por el cuello.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó al chico, que intentaba liberarse.

Los ojos del niño se abrieron grandes y escupió una sarta de palabras en un idioma que ella no reconoció. Definitivamente no era inglés.

—¿Me entiendes? —preguntó, estirando las palabras, pero el niño solo negó con la cabeza, se retorció entre sus manos y escupió palabras extrañas hasta que ella lo soltó.

Otro hurra más fuerte se propagó por la multitud reunida y ella levantó la vista para ver un carruaje abierto acercándose. Era tirado por un conjunto de caballos blancos y estaba flanqueado por guardias armados. El carruaje tenía estandartes que eran más ornamentados y elaborados: aquí el sol que había visto en tantas banderas se alzaba sobre un cáliz, como si los contenidos de este fuesen de luz matinal. La copa en sí estaba marcada por una *M* decorada, todo ello tejido en hilos de tonos dorados sobre seda roja.

En el carruaje estaban parados un hombre y una mujer, que iban de la mano, con capas carmesí que se vertían desde sus hombros y formaban charcos en el piso pulido del carruaje. Estaban bronceados ambos, su piel besada por el sol, y tenían el cabello negro, que hacía relucir las brillantes coronas de oro que allí se posaban. («La realeza», pensó Lila. Por supuesto. Era un mundo diferente. Un rey y una reina diferentes. Pero *siempre* había realeza).

Y allí, entre el rey y la reina, con una bota arriba del asiento como un

conquistador, estaba parado un hombre joven, con una delgada corona que brillaba en sus alborotados rizos oscuros y una capa de oro puro que se vertía sobre su ancha espalda. Un príncipe. Levantó la mano en un saludo a la multitud y esta devoró el gesto.

—*¡Vares Rhy!* —Un grito surgió desde el otro lado del desfile, retomado rápidamente y repetido por decenas de voces.

—*¡Vares Rhy! ¡Vares Rhy!*

El príncipe les dirigió una sonrisa deslumbrante y, varios metros a la izquierda de Lila, una muchacha joven realmente se desvaneció. Lila se burló de la estupidez de la chica, pero cuando se dio vuelta hacia el desfile, atrapó al príncipe mirándola a *ella*. Intensamente. Lila sintió que su rostro se enrojecía. Él no sonrió, no le guiñó un ojo, solo le sostuvo la mirada por un largo, largo rato, con la frente ligeramente arrugada, como si supiera que ella no pertenecía allí, como si al mirarla viera a alguien más. Lila sabía que probablemente debía hacer una reverencia o, al menos, bajar la vista, pero le sostuvo la mirada tercamente. Y entonces, el momento terminó. El príncipe soltó una nueva sonrisa y se volvió hacia sus súbditos y el carruaje continuó avanzando, dejando en su estela lazos y bailarines y ciudadanos entusiasmados.

Lila se obligó a volver a sus cabales. No se dio cuenta de cuánto había avanzado con el resto de la multitud hasta que escuchó a un grupo de chicas parloteando a sus espaldas.

—¿Y él dónde estaba? —murmuró una de ellas. Lila se sobresaltó, aliviada de escuchar a *alguien* hablando su idioma.

—*Ser asina gose* —dijo otra y después, con inglés muy acentuado—: Suenas bien.

—*Rensa tav* —dijo la primera—. Estoy practicando para esta noche. Tú también deberías hacerlo, si quieres bailar. —Se puso en puntas de pies para saludar al príncipe, que desaparecía de la vista.

—Tu compañero de baile —dijo la tercera en un inglés torpe— parece que no está.

La primera muchacha frunció el entrecejo.

—Él siempre está en las procesiones. Realmente espero que esté bien.

—*Mas aven* —dijo la segunda, revoleando los ojos—. Elissa está enamorada del príncipe del ojo negro.

Lila arrugó la frente. ¿El príncipe del ojo negro?

—No puedes negar que es apuesto. De una forma atormentada.

—*Anesh*. De una forma *aterradora*.

—*Tac*. No es nada comparado con Rhy.

—Discúlpenme —interrumpió Lila. El trío de muchachas se dio vuelta hacia ella—, ¿qué es todo esto? —preguntó, señalando el desfile con la mano—. ¿Para qué es?

La que habló en un inglés torpe dejó escapar una risa de asombro, como si Lila estuviese, debía estar, bromeando.

—*Mas aven* —dijo la segunda—. ¿De dónde eres que no lo sabes? Es el cumpleaños del príncipe Rhy, obviamente.

—Obviamente —repitió Lila.

—Tu acento es extraordinario —dijo la que había estado buscando al príncipe del ojo negro, Elissa—. ¿Quién es tu tutor?

Ahora era el turno de Lila para reírse. Las muchachas solo la miraron. Pero entonces comenzaron a sonar las trompetas —o al menos sonó a trompetas— desde la dirección en que la realeza y el resto del festival habían venido, y la multitud, ahora al final de la procesión, se movió hacia la música, llevándose consigo al grupo de chicas. Lila se separó del gentío y se llevó la mano al bolsillo para asegurarse de que la piedra siguiera allí. Así era. Zumbaba, esperando ser sostenida, pero ella resistió la necesidad. La piedra podía ser inteligente, pero también lo era ella.

Sin la procesión bloqueándole la vista, Lila podía ver por completo el río brillante del otro lado de la avenida. Resplandecía con una luz roja imposible, como si estuviese iluminado desde abajo. Una «fuente», había llamado Kell al río, y Lila podía ver por qué. *Vibraba* con poder, y la procesión real debió haber cruzado un puente, ya que ahora avanzaba por la otra orilla hacia cánticos y hurras lejanos. Los ojos de Lila avanzaron por el agua hasta llegar a una enorme estructura abovedada que solo podía ser el palacio. No se sentaba a las orillas del río, como el parlamento, sino *sobre* el propio río, atravesando el agua como un puente. Parecía estar tallado en

vidrio, o cristal, sus bisagras fusionadas con cobre y piedra. Lila contempló la estructura con ojos hambrientos. El palacio parecía una joya. No, una corona de joyas, con el tamaño para una *montaña* más que para una cabeza.

Las trompetas sonaban desde los escalones, de donde salían sirvientes vestidos con capas rojas y doradas, llevando bandejas de comida y bebida para las masas.

El olor del aire —a comidas extrañas y bebidas y magia— era completamente embriagante. Lila sentía la cabeza nadando en él al caminar por la calle.

Las muchedumbres parecían estar disminuyendo y entre las calles que se vaciaban y el río rojo, había florecido un mercado como un rosal. Una porción de las masas había seguido con el desfile real, pero el resto había avanzado hacia el mercado, y Lila los siguió.

—¡*Crysac*! —gritó una mujer que sostenía en alto gemas de un rojo furioso—. *Nissa lin*.

—¡*Tessane*! —urgió otro, con lo que parecía ser una tetera de metal—. *Cas tessana*. —Agitó dos dedos en el aire—. *Sessa lin*.

Por todos lados, los comerciantes anunciaban sus precios en su extraña lengua. Lila intentó aprender términos aquí y allá, unir las palabras gritadas con los ítems que sostenían en alto —*cas* parecía significar caliente, y *lin*, supuso, era algún tipo de moneda—, pero todo era brillante y colorido y zumbaba de poder, y apenas se podía concentrar lo suficiente para seguir algo.

Ajustó el abrigo de Kell sobre sus hombros y vagó por los puestos y casetas con ojos hambrientos. No tenía monedas, pero sí dedos rápidos. Pasó por un stand marcado ESSENIR y dentro vio una mesa con montones de piedras pulidas de todos los colores —no simples rojos o azules, sino perfectas imitaciones de la naturaleza: amarillo fuego, césped verde de primavera, azul noche—. El comerciante estaba de espaldas y ella no pudo evitarlo.

Lila se estiró hacia el amuleto más cercano, una bonita roca azul verdoso, del color del mar abierto —o al menos el color que ella se imaginaba que sería, el color que había visto en pinturas—, con pequeñas marcas blancas,

como olas rompientes. Pero cuando sus dedos se cerraron alrededor de él, un dolor abrasador le quemó la piel.

Lanzó un grito silencioso, más por el *shock* de ser quemada que por el calor en sí, y se apartó hacia atrás bruscamente, con la mano ardiente. Pero antes de poder irse, el vendedor la tomó de la muñeca.

—¿*Kers la*? —le preguntó. Cuando no respondió (no podía hacerlo), comenzó a gritar más rápido y más fuerte, las palabras confusas en sus oídos.

—Suéltame —exigió ella.

La frente del comerciante se arrugó ante el sonido de su voz.

—¿Qué crees? —dijo en un inglés gutural—. ¿Que vas a librarte por hablar sofisticado?

—No tengo ni la menor idea de lo que estás diciendo —ladró Lila—. Ahora, suéltame.

—Habla arnesiano. Habla inglés. No importa. Sigues siendo *gast*. Sigues siendo una ladrona.

—No soy una *gast* —gruñó Lila.

—*Viris gast*. Ladrona tonta. Intentas robar de una tienda encantada.

—No sabía que estaba encantada —contraatacó Lila, llevando la mano hacia la daga en su cintura.

—*Pilse* —gruñó el vendedor, y Lila tuvo la sensación de que acababa de ser insultada. Ydespués el comerciante levantó la voz—. ¡*Strast*! —gritó, y Lila se retorció para ver guardias armados en el extremo del mercado—. ¡*Strast*! —volvió a llamar él, y uno de los hombres ladeó la cabeza y se volvió hacia ellos.

«Mierda», pensó Lila, liberándose del vendedor de un fuerte tirón, solo para tropezar hacia atrás para caer en otro par de manos. Estas le apretaron los hombros y ella estaba a punto de sacar el cuchillo cuando el comerciante empalideció.

—*Mas aven* —dijo, inclinándose hacia adelante en una reverencia.

Las manos que sostenían a Lila desaparecieron y ella se dio vuelta para encontrar a Kell ahí parado, arrugando la frente como siempre y mirando más allá de ella al vendedor.

—¿Qué significa esto? —preguntó, y Lila no sabía qué la sorprendía más: si su repentina aparición, la forma en que le hablaba al vendedor (con voz fría, despectiva) o la forma en que el comerciante lo miraba, con una mezcla de asombro y miedo.

El cabello rojizo de Kell estaba peinado hacia atrás, su ojo negro expuesto a la luz roja matinal.

—*Aven vares*. Si hubiese sabido que ella estaba con u-usted… —tartamudeó el vendedor, antes de recurrir al arnesiano, o como fuera que se llamaba esa lengua. Lila se sorprendió al escuchar el idioma saliendo de la boca de Kell en respuesta, al tratar de calmar al comerciante. Y después captó esa palabra otra vez, *gast*, en la boca del vendedor y se lanzó hacia él. Kell la arrastró hacia atrás.

—Suficiente —rugió Kell en su oído—. *Solase* —le dijo al vendedor, disculpándose—. Ella es *extranjera*. Incivilizada, pero inofensiva.

Lila le lanzó una mirada oscura.

—*Anesh, mas vares* —dijo el vendedor, inclinándose aún más—. Lo suficientemente ofensiva como para robar… —Con la cabeza gacha, el comerciante no vio que Kell miraba hacia atrás por sobre su hombro al guardia que serpenteaba por el mercado hacia ellos. No vio la forma en que Kell se tensionó. Pero Lila sí.

—Compraré lo que sea que ella intentó tomar —dijo Kell apurado, metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo, indiferente al hecho de que Lila aún lo estaba usando.

El comerciante se enderezó y comenzó a negar con la cabeza.

—*An*. *An*. No puedo tomar dinero de usted.

El guardia estaba cada vez más cerca y Kell claramente no quería estar ahí cuando este llegara, porque buscó una moneda de su abrigo y la apoyó sobre la mesa con un ruido seco.

—Por su molestia —dijo, haciendo que Lila se diera vuelta—. *Vas ir*.

No esperó la respuesta del vendedor, tan solo empujó a Lila por la multitud, lejos del puesto y el guardia a punto de alcanzarlo.

—¿*Incivilizada*? —gruñó Lila cuando Kell la sujetó de los hombros y la guio hacia afuera del mercado.

—¡Cinco minutos! —dijo Kell, deslizando su abrigo afuera de los hombros de Lila y poniéndoselo, con el cuello hacia arriba—. ¡No puedes mantener las manos en tus propios bolsillos por cinco minutos! Dime que no has vendido la piedra ya.

Lila dejó escapar un ruido de exasperación.

—¡Increíble! —ladró, mientras él la llevaba afuera del gentío y lejos del río, hacia una de las calles más estrechas—. Estoy tan contento de que estés bien, Lila —lo imitó ella—. Gracias al cielo, usar la piedra no te partió en miles de pedacitos de ladrón.

La mano de Kell se aflojó sobre el hombro de ella.

—No puedo creer que funcionó.

—No estés tan emocionado —lanzó Lila secamente.

Kell se detuvo y la hizo girar hacia él.

—No lo estoy —dijo. Su ojo azul parecía preocupado, el negro ilegible—. Me alegra que estés intacta, Lila, pero las puertas entre los mundos deben permanecer cerradas para todos menos los *antari*, y el hecho de que la piedra te haya concedido el pasaje solo prueba cuán peligrosa es. Y cada momento que está aquí, en *mi* mundo, me aterra.

Lila encontró que sus ojos se iban hacia el suelo.

—Bueno —dijo—, entonces saquémosla de aquí.

Una pequeña sonrisa de agradecimiento cruzó por los labios de Kell. Y entonces Lila sacó la piedra de su bolsillo y la sostuvo en alto, y a Kell se le escapó un sonido de horror y tapó la mano de Lila con la suya, escondiendo la piedra de la vista. Algo destelló en los ojos de Kell cuando la tocó, pero no pensó que fuera el contacto con *ella* lo que lo conmovió. La piedra emitió un pequeño y extraño temblor en su mano, como si sintiera a Kell y quisiera estar con él. Lila se sintió ligeramente insultada.

—¡*Por los santos*! —maldijo él hacia ella—. ¿Por qué no mostrársela a todos, no?

—¡Pensé que la querías de vuelta! —disparó ella, exasperada—. No hay cómo ganar contigo.

—Solo quédatela —siseó él—. Y por el amor del rey, mantenla fuera de la vista.

Lila la metió nuevamente en la capa y dijo una sarta de cosas desagradables por lo bajo.

—Y en cuanto al lenguaje —dijo Kell—, no puedes hablar tan libremente aquí. El inglés no es una lengua común.

—Lo he notado. Gracias por avisarme.

—Te dije que los mundos serían diferentes. Pero tienes razón, debería haberte avisado. Aquí el inglés es usado por la élite y aquellos que se quieren relacionar con ella. Usarlo te hace sobresalir.

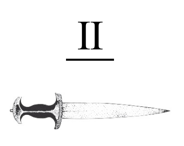
Los ojos de Lila se entrecerraron.

—¿Qué quieres que haga?, ¿que *no* hable?

—Se me cruzó por la cabeza —dijo Kell. Lila frunció el entrecejo—. Pero como dudo que sea posible para ti, te pediría que simplemente mantengas la voz baja. —Sonrió, y Lila le devolvió la sonrisa, resistiendo la necesidad de romperle la cara—. Ahora que acordamos eso… —Kell se dio vuelta para irse.

—*Pilse* —refunfuñó Lila, con la esperanza de que significara algo realmente sucio, mientras le seguía el paso.

II



Aldus Fletcher no era un hombre honesto.

Dirigía una casa de empeños en un callejón cerca de los muelles y todos los días, los hombres bajaban de sus botes, algunos con cosas que querían, otros con cosas de las que querían deshacerse. Fletcher atendía ambas necesidades. Ya los lugareños también. Era una verdad ampliamente sabida en los rincones oscuros del Londres Rojo que la tienda de Fletcher era el lugar para todo aquello que no deberías tener.

De vez en cuando, gente *honesta* se acercaba, por supuesto, queriendo encontrar o desechar pipas e instrumentos, tablas de adivinación y runas de piedra y candelabros, y a Fletcher no le molestaba rellenar la tienda también con sus mercaderías, en caso de que la guardia real viniese a inspeccionar. Pero su verdadero negocio se basaba en los riesgos y las rarezas.

Había un tablero de piedra pulida colgado en la pared al lado del mostrador, tan grande como una ventana pero negro como el carbón. En su superficie, un humo blanco se movía y resplandecía y se extendía como tiza, anunciando el itinerario completo de las celebraciones por el cumpleaños del príncipe. Un eco del rostro sonriente de Rhy se escribía sobre la tabla de adivinación encima del aviso. Sonreía y guiñaba un ojo mientras debajo de su garganta flotaba el mensaje:

El rey y la reina invitan
a usted a celebrar el vigésimo
año del príncipe en las escaleras del palacio
después del desfile anual.

Después de unos segundos, tanto el mensaje como el rostro del príncipe se disolvieron y, por un momento, la tabla de adivinación se puso oscura, luego volvió a la vida y comenzó el ciclo con un puñado de otros anuncios.

—*¿Erase es ferase*? —rugió Fletcher con su voz grave. *¿Entras o sales?*

La pregunta estaba dirigida a un muchacho —y *era* un muchacho, los vellos de su primera barba crecían dispersos— que estaba parado, observando una mesa con dijes al lado de la puerta. «Entras» significaba un cliente, «sales» significaba que era un vendedor.

—Ninguna de las dos —murmuró el muchacho. Fletcher mantuvo un ojo en las manos deambulantes del joven, pero no estaba demasiado preocupado; el negocio estaba protegido contra robos. Era un día lento, y Fletcher casi deseaba que el muchacho lo intentase. Le vendría bien un poco de entretenimiento—. Solo estoy mirando —agregó nerviosamente.

La tienda de Fletcher no solía tener observadores. La gente entraba con un objetivo. Y hacían saber cuál era ese objetivo. Lo que fuera que ese muchacho buscaba no lo quería lo suficiente como para decirlo.

—Avísame —dijo Fletcher— si no puedes encontrar lo que sea que estás buscando.

El muchacho asintió con la cabeza, pero siguió robando miradas hacia Fletcher. O mejor dicho, a los brazos de Fletcher, que estaban descansando sobre el mostrador. Afuera el aire era pesado para una mañana de fines de temporada de cosecha (uno podría haber pensado que, dada su clientela, la tienda abriría en horas de robo, del anochecer al amanecer, pero Fletcher había descubierto que los mejores bandidos sabían cómo hacer del crimen algo casual), así que Fletcher tenía las mangas enrolladas hasta los codos, exponiendo varias marcas y cicatrices en sus antebrazos dorados por el sol. La piel de Fletcher era un mapa de su vida. Y era una vida dura, además.

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó finalmente el muchacho.

—¿Sobre qué? —dijo Fletcher, levantando una ceja poblada.

—Sobre ti. —La mirada del muchacho fue hacia las marcas alrededor de las muñecas de Fletcher. Limitadores le rodeaban ambas manos como esposas, cicatrizados en la piel y algo más profundo—. ¿Los puedo ver?

—Ah, ¿estos? —preguntó Fletcher, levantando las manos.

Las marcas eran un castigo, dado solo a aquellos que desafiaban la regla dorada de la magia.

—No usarás tu poder para controlar a otro —recitó, mostrando una sonrisa torcida y fría. Para ese crimen, la corona mostraba poca piedad. Los culpables eran *amarrados*, estigmatizados con limitadores diseñados como un torniquete de su poder.

Pero los de Fletcher estaban rotos. Las marcas en la parte interna de sus muñecas estaban estropeadas, oscurecidas, como eslabones rotos de una cadena de metal. Había ido a los confines del mundo para quebrar esos amarres, había intercambiado sangre y alma y años de vida, pero aquí estaba. Libre otra vez. De alguna manera. Aún estaba atado a la tienda y a la ilusión de impotencia, una ilusión que mantenía por temor a que los guardias descubrieran su recuperación y volvieran a reclamar más que su magia. Era de ayuda, por supuesto, que hubiese comprado favores a unos pocos de ellos. Todos —incluso los ricos y los orgullosos y la realeza— querían cosas que no deberían tener. Yesas cosas eran la especialidad de Fletcher.

El muchacho aún estaba mirando las marcas, con los ojos bien abiertos, y pálido.

—*Tac*. —Fletcher llevó los brazos nuevamente a descansar sobre el mostrador—. El tiempo para observar terminó. ¿Vas a comprar algo o no?

El muchacho se fue corriendo, sin nada en las manos, y Fletcher suspiró y sacó una pipa de su bolsillo trasero. Chasqueó los dedos y una pequeña llama azul bailó al final de su pulgar, que usó para encender las hojas apretadas en la cazoleta. Ydespués sacó algo del bolsillo de su camisa y lo apoyó sobre el mostrador de madera.

Era una pieza de ajedrez. Una pequeña torre blanca, para ser exactos. Una señal de una deuda que aún tenía que pagar, pero que pagaría.

La torre había pertenecido al joven cachorro *antari* Kell, pero había llegado a la tienda de Fletcher varios años antes, como parte de un pozo en una ronda de *Sanct*.

Sanct era el tipo de juego que cultivaba. Una mezcla de estrategia y suerte y una buena parte de hacer trampa, podía terminar en minutos o durar

horas. Yla mano final de la noche se había estado jugando por casi dos horas. Eran los últimos jugadores, Fletcher y Kell, y mientras la noche crecía, el pozo también. No estaban jugando por monedas, claro. La mesa estaba llena de objetos y chucherías y magia rara. Un frasco de arena de esperanza. Una cuchilla de agua. Un abrigo que escondía un número infinito de lados.

Fletcher había jugado todas las cartas salvo tres: un par de reyes con un santo entre ellos. Estaba seguro de que ganaría. Yentonces Kell jugó tres santos. El problema era que solo había tres santos en todo el mazo y Fletcher tenía uno en la mano. Pero cuando Kell apoyó sus cartas, la que tenía Fletcher resplandeció y cambió de santo a sirviente, la carta más baja del mazo.

Fletcher se había enrojecido al verlo. El mocoso real había deslizado una carta hechizada en el mazo y había jugado con Fletcher tanto como el juego. Yeso era lo mejor y lo peor del *Sanct*. Nada estaba fuera de los límites. No tenías que ganar limpio. Solo tenías que ganar.

Fletcher no tuvo otra opción que enseñar sus cartas y la habitación se encendió con comentarios escandalosos y burlas. Kell tan solo sonrió, se encogió de hombros y se puso de pie. Sacó una chuchería de la parte superior de la pila —una pieza de ajedrez de otro Londres— y se la lanzó a Fletcher.

—Sin rencores —dijo con un guiño antes de tomar el montón e irse.

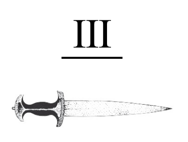
«Sin rencores».

Los dedos de Fletcher apretaron la pequeña estatua de piedra. La campana en el frente de la tienda sonó al entrar otro cliente, un hombre alto de barba canosa y con un destello ansioso en el ojo. Fletcher guardó la torre en su bolsillo y se las ingenió para mostrar una sonrisa amarga.

—*¿Erase es ferase*? —preguntó.

¿Entras o sales?

III



Kell podía *sentir* la piedra en el bolsillo de Lila mientras caminaban.

Había habido un momento en el que sus dedos se habían cerrado sobre los de ella y su piel había rozado el talismán, en el que todo lo que quería era quitárselo. Se sintió como si todo fuese a estar bien si tan solo sostenía la piedra. Lo que era una idea absurda. Nada estaría bien mientras la piedra existiese. Todavía llamaba a sus sentidos, y el tembló e intentó no pensar en eso mientras guiaba a Lila por el Londres Rojo, lejos del ruido y hacia Campos de Rubí.

Los festejos de Rhy durarían todo el día, atrayendo a la mayor parte de la ciudad —su gente y sus guardias— a las orillas del río y el palacio rojo.

La culpa lo atravesaba. Debería haber sido parte de la procesión, debería haber estado en el carruaje abierto con la familia real, debería haber estado allí para burlarse de su hermano y reprenderlo por la forma en que se deleitaba con la atención.

Kell estaba seguro de que Rhy estaría enojado durante semanas por su ausencia. Y luego recordó que nunca tendría la oportunidad de disculparse. El pensamiento lo cortó como un cuchillo, aunque se dijo a sí mismo que tenía que ser así, que cuando el tiempo llegase, Lila lo explicaría todo. ¿Y Rhy? Rhy lo perdonaría.

Kell mantuvo el cuello de su abrigo en alto y la cabeza gacha, pero aun así sentía que había ojos sobre él mientras se movían por las calles. No paraba de mirar por sobre sus hombros, sin poder sacarse la sensación de que lo estaban siguiendo. Algo que, por supuesto, estaba haciendo Lila, que lo miraba cada vez con más curiosidad mientras serpenteaban por las calles.

Claramente algo le estaba molestando, pero no abrió la boca, y por un rato Kell se preguntó si ella estaba obedeciendo su orden o si simplemente estaba aguardando el momento oportuno. Y luego, cuando la aparición de un par de guardias reales, relajados y con los cascos bajo el brazo, hizo que Kell retrocediera rápidamente a una entrada empotrada —y por lo tanto también Lila—, finalmente ella rompió el silencio.

—Dime algo, Kell —habló, cuando regresaron a la vereda, después de que los hombres se hubiesen ido—. Los plebeyos te tratan como a un noble, pero te escondes de los guardias como un ladrón. ¿Cuál de las dos cosas eres?

—Ninguna —respondió él, deseando en silencio que dejara el tema en paz.

Pero Lila no lo hizo.

—¿Eres algún tipo de criminal valeroso? —insistió—. ¿Un Robin Hood, todo un héroe para la gente y un forajido para la corona?

—No.

—¿Te buscan por algo?

—No exactamente.

—Según mi experiencia —observó Lila—. Una persona es fugitiva o no lo es. ¿Por qué te esconderías de los guardias si no lo eres?

—Porque podrían estar buscándome.

—¿Y por qué harían eso?

—Porque estoy desaparecido.

Él escuchó que Lila reducía la velocidad de sus pasos.

—¿Y por qué les importaría? —preguntó ella, deteniéndose—. ¿Quién eres?

Kell se dio vuelta para mirarla de frente.

—Ya te dije…

—No —dijo ella, entrecerrando los ojos—. ¿Quién eres *aquí*? ¿Quién eres para *ellos*?

Kell titubeó. Todo lo que quería era cruzar por su ciudad lo más rápido posible, buscar una prenda del Londres Blanco en su habitación y sacar la maldita piedra negra de este mundo. Pero parecía que Lila tenía planeado no

moverse hasta que él respondiera.

—Pertenezco a la familia real —dijo él.

En la cuestión de horas que hacía desde que conocía a Lila, había aprendido que ella no se sorprendía con facilidad, pero frente a su declaración, sus ojos finalmente se abrieron de par en par con escepticismo.

—¿Eres un *príncipe*?

—No —respondió él con firmeza.

—¿Como ese tipo lindo en el carruaje? ¿Es tu hermano?

—Se llama Rhy, y no. —Kell se perturbó al decirlo—. Bueno… no exactamente.

—Entonces sí *eres* el príncipe del ojo negro. Tengo que admitir, jamás pensé que eras…

—No soy un príncipe, Lila.

—Supongo que ahora lo veo, eres bastante arrogante y…

—*No* soy un…

—Pero qué está haciendo un miembro de la familia real…

Kell la empujó contra la pared de ladrillos del callejón.

—No soy un *miembro* de la familia real —ladró—. *Pertenezco* a la familia real.

La frente de Lila se arrugó.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos son mis dueños —dijo, perturbándose por las palabras—. Soy una pertenencia. Un ornamento. Así que, como ves, crecí en el palacio, pero no es mi hogar. Fui criado por la realeza, pero no son mi familia, no de sangre. Soy de valor para ellos, así que me mantienen, pero eso no significa lo mismo que ser un miembro.

Las palabras quemaban cuando las decía. Sabía que no estaba siendo justo con el rey y la reina, quienes lo trataban con calidez, incluso amor, o con Rhy, quien siempre lo había visto como un hermano. Pero era la verdad, ¿no es cierto? Por mucho que le doliera. Pese a todo su cariño, al de ellos, el hecho seguía siendo que él era un arma, un escudo, una herramienta que usar. Él no era un príncipe. No era un hijo.

—Pobrecito —dijo Lila con frialdad, apartándolo de un empujón—. ¿Qué

quieres? ¿Lástima? No la encontrarás conmigo.

Kell tensó la mandíbula.

—No quise…

—Tienes una casa, aunque no sea un hogar —escupió ella—. Tienes gente que se preocupa por ti, aunque no sea que les importes. Quizá no tengas todo lo que quieres, pero apuesto a que tienes todo lo que podrías *necesitar* jamás, y tienes la audacia de darlo todo por perdido porque no es amor.

—Yo…

—El amor no nos evita morir de frío, Kell —continuó ella— o de hambre, o que nos acuchillen por las monedas que llevamos en el bolsillo. El amor no nos compra nada, así que alégrate por lo que tienes y por aquellos que tienes, porque quizá quieras cosas, pero no *necesitas* nada.

Estaba agitada para cuando terminó, ojos brillantes y mejillas enrojecidas.

Y por primera vez, Kell vio a Lila. No como ella quería ser, sino lo que ella era. Una muchacha asustada, aunque inteligente, intentando desesperadamente mantenerse viva. Quien seguramente había padecido frío y hambre y quien había peleado —y casi seguro matado— para aferrarse a algo parecido a una vida, protegiéndola como a una vela durante un ventarrón.

—Di algo —lo desafió ella.

Kell tragó saliva con fuerza, apretó los puños a los costados y la miró serio.

—Tienes razón —dijo.

Admitirlo lo dejó extrañamente abatido y en ese momento todo lo que quiso fue ir a casa (y era un hogar, mucho más parecido a uno de lo que Lila probablemente tenía). A dejar que la reina le tocara la mejilla y el rey, el hombro. A pasar el brazo alrededor del cuello de Rhy y brindar por su cumpleaños y escucharlo divagar y reír.

Le dolía lo mucho que quería ir a casa.

Pero no podía.

Había cometido un error. Los había puesto a todos en peligro y ahora

tenía que arreglarlo.

Porque era su deber protegerlos.

Yporque los amaba.

Lila aún lo miraba fijo, esperando la trampa en sus palabras, aunque no la había.

—Tienes razón —volvió a decir—. Lo siento. Comparada con tu vida, la mía debe parecer una joya…

—No te atrevas a tenerme lástima, niño mágico —gruñó Lila, con un cuchillo en la mano. Yasí como así, la chica de la calle asustada desapareció y regresó la maleante. Kell sonrió fríamente. No había forma de ganar estas batallas con Lila, pero sintió alivio al verla nuevamente en su forma amenazante. Apartó la vista y miró al cielo, el rojo del Isle se reflejaba en las nubes bajas. Se acercaba una tormenta. Rhy se pondría de malhumor por eso también, enojado por cualquier cosa que pudiera empañar el esplendor de su día.

—Vamos —dijo Kell—, ya casi llegamos.

Lila guardó la cuchilla y lo siguió, esta vez con menos dagas en los ojos.

—Este lugar al que vamos —dijo ella— ¿tiene nombre?

—Es *Kir Ayes* —dijo Kell—. Campos de Rubí. —Todavía no le había dicho a Lila que su viaje terminaría aquí. Tenía que terminar aquí. Por su propia paz mental y por la seguridad de ella.

—¿Qué esperas encontrar ahí?

—Un souvenir—dijo Kell—. Algo que nos conceda el pasaje al Londres Blanco. —Diseccionó los estantes y cajones en su mente, las varias chucherías de las varias ciudades brillaron tras sus ojos—. La posada en sí —continuó— está regentada por una mujer llamada Fauna. Ustedes dos se llevarán espléndidamente bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ambas son…

Estaba a punto de decir «duras como una piedra», pero entonces dobló la esquina y se detuvo de golpe, las palabras murieron en su lengua.

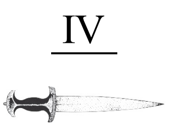
—¿Ese es Campos de Rubí? —preguntó Lila a sus espaldas.

—Lo es —dijo Kell en voz baja—, o lo era.

No había quedado nada, salvo cenizas y humo.

La posada y todo lo que había en ella habían sido arrasados por el fuego.

IV



No había sido un fuego común y corriente.

Los fuegos comunes y corrientes no consumían el metal además de la madera. Y los fuegos comunes y corrientes se expandían. Y este no lo había hecho. Este había trazado los bordes del edificio y encendido una llamarada con la forma casi perfecta de la posada, solo unas pocas lenguas de fuego habían chamuscado las piedras de la calle que rodeaban el edificio.

No, esto era el trabajo de un hechizo.

Y era reciente. El calor aún emanaba de las ruinas mientras Kell y Lila caminaban sobre ellas en busca de algo —*cualquier cosa*— que hubiese sobrevivido. Pero no había nada.

Kell sintió náuseas.

Este tipo de fuego ardía rápido y violento, y los bordes sugerían un círculo de amarre. No había contenido simplemente las llamas. Había contenido todo. A todos. ¿Cuántas personas había atrapadas dentro? ¿Cuántos cadáveres había ahora en los restos, reducidos a hueso o pura ceniza?

Y entonces Kell pensó, de forma egoísta, en su habitación.

La colección de años —cajas musicales y relicarios, instrumentos y ornamentos, lo precioso y lo simple y lo extraño—, todo había desaparecido.

La advertencia de Rhy —«Termina con esta tontería antes de que te atrapen»— hizo eco en su cabeza y, por un instante, Kell se alegró de que le hubiesen robado la cosecha antes de que fuese descubierta. Y entonces cayó en la cuenta del peso que eso tenía. Quien fuera que había hecho eso no le había *robado*, o al menos ese no había sido el objetivo. Pero lo habían

despojado de su botín para desconectarlo. Un *antari* no podía viajar sin souvenirs. Estaban tratando de acorralarlo, de asegurarse de que si se las ingeniaba para huir de regreso al Londres Rojo, él no tuviera nada a su alcance.

Era una medida meticulosa que apestaba a la mano de Holland. La misma mano que había arrancado las monedas de los Londres del cuello de Kell y las había lanzado a la oscuridad.

Lila empujó con la punta del pie los restos de una pava.

—¿Yahora qué?

—No hay nada aquí —dijo Kell, dejando que un puñado de cenizas se deslizara por sus dedos—. Tendremos que encontrar otro souvenir. —Se quitó el hollín de las manos mientras pensaba. No era la única persona en el Londres Rojo con uno, pero la lista era breve, ya que él había estado más dispuesto a intercambiar cosas del novedoso e inofensivo Gris que del retorcido y violento Blanco. El rey mismo tenía un souvenir, heredado de generación en generación. Fauna tenía uno, había sido parte de su acuerdo (aunque Fauna, temía Kell, ahora estaba enterrada en algún lugar en los escombros).

YFletcher tenía uno.

Kell se estremeció por dentro.

—Conozco a un sujeto —dijo, lo que no era ni la mitad de la historia, pero ciertamente era más sencillo que explicar que Fletcher era un criminal de poca monta que había perdido un botín en un juego de *sanct* cuando Kell era varios años más joven y varios grados más arrogante, y Kell le había regalado una pieza del Londres Blanco como una ofrenda de paz (si tenía ganas de mentirse a sí mismo) o como un golpe (si quería ser honesto) —. Fletcher. Tiene una tienda cerca del muelle. Él tendrá un souvenir.

—Sí, bueno, esperemos que no le hayan incendiado el negocio a *él* también.

—Me gustaría verlos int…

Las palabras murieron en la boca de Kell. Alguien se acercaba. Alguien que olía a sangre seca y metal ardiente. Kell se abalanzó sobre Lila y ella emitió media palabra de protesta antes de que él le pusiera una mano sobre

la boca y metiera la otra en su bolsillo. Los dedos de Kell encontraron la piedra y se cerraron sobre ella, y el poder se disparó por su cuerpo y corrió por sus venas. Kell contuvo el aliento al sentir un escalofrío recorriéndolo, pero no había tiempo para analizar la sensación —emocionante y terrorífica a la vez— ni para tener dudas. «Convicción», había dicho Holland. «La convicción es clave». Así que Kell no dio vueltas ni titubeó.

—*Ocúltanos* —le ordenó al talismán.

Y la piedra lo complació. Cobró vida, su poder sonó a través de él mientras —entre un latido y otro— humo negro envolvió tanto a él como a Lila. Se posó sobre ellos como una sombra, un velo; cuando llevó los dedos hacia ahí, estos encontraron algo que era más aire que tela. Cuando Kell bajó la mirada hacia Lila, pudo verla, y cuando Lila alzó la vista, lo pudo ver con claridad, y el mundo alrededor de ellos aún era perfectamente visible, aunque teñido por el hechizo. Kell contuvo el aliento y tuvo la esperanza de que la piedra hubiese cumplido la tarea. No tenía opción. No había tiempo para correr.

Justo entonces apareció Holland en la boca de la calle secundaria.

Kell y Lila se tensionaron al verlo. Se veía un poco decaído por el rato que había pasado en el piso del callejón. Tenía las muñecas rojas y en carne viva debajo de su capa corta arrugada. Su broche de plata estaba opaco, tenía el cuello salpicado con barro y su expresión era lo más cercana al enojo que Kell le había visto. Una pequeña arruga en el entrecejo. Una tensión en la mandíbula.

Kell podía sentir que la piedra temblaba contra su mano y se preguntó si Holland era atraído por ella o si esta era atraída por Holland.

El otro *antari* estaba sosteniendo algo —un cristal aplanado, del tamaño y forma de una carta de juego— contra sus labios y le hablaba de forma baja y regular, como era su estilo.

—*Öva sö taro* —dijo en su lengua nativa. *Está en la ciudad*.

Kell no pudo oír la respuesta de la otra persona, pero después de una pausa Holland contestó.

—*Kösa*. —*Estoy seguro*. Y deslizó el cristal de regreso a su bolsillo. El *antari* blanco apoyó el hombro contra la pared y estudió las ruinas

carbonizadas de la posada. Se quedó ahí parado, como perdido en sus pensamientos.

O esperando.

La constancia de su mirada hizo que Lila, nerviosa, se moviera casi imperceptiblemente contra Kell, y él le tapó la boca con más fuerza.

Holland entrecerró los ojos. Quizá estuviera pensando. Quizás mirando hacia ellos. Y luego habló.

—Gritaron mientras el edificio se quemaba —dijo en inglés, con voz demasiado alta como para que fuese solo dirigida hacia sí mismo—. Todos ellos gritaban hacia el final. Hasta la anciana.

Kell apretó los dientes.

—Sé que estás aquí, Kell —continuó Holland—. Ni siquiera los escombros quemados pueden esconder tu olor. Y ni siquiera la magia de la piedra puede esconder la piedra. No de mí. Me llama de la misma forma en que te llama a ti. Te encontraría en cualquier lado, así que termina con esta estupidez y enfréntame.

Kell y Lila se quedaron congelados frente a él, solo unos pocos pasos los separaban.

—No estoy de humor para juegos —le advirtió Holland, su habitual calma ahora manchada de fastidio. Cuando ni Kell ni Lila se movieron, él suspiró y sacó un reloj de plata de su abrigo.

Kell lo reconoció como el que Lila le había dejado a Barron. Sintió que ella se tensionaba contra él, cuando Holland lanzó el reloj en dirección a ellos; este rebotó contra la calle ennegrecida y patinó hasta detenerse sobre el borde de los restos chamuscados de la posada. Desde aquí Kell podía ver que estaba manchado con sangre.

—Murió por tu culpa —dijo Holland, dirigiéndose a Lila—. Porque huiste. Fuiste cobarde. ¿Aún lo eres?

Lila luchó para liberarse de los brazos de Kell, pero él la sostuvo ahí con toda su fuerza, sujetándola contra su pecho. Sintió que lágrimas le rodaban por la mano a la altura de la boca de Lila, pero no la soltó.

—No —le dijo él sin voz al oído—. No aquí. No de esta forma.

Holland suspiró.

—Morirás como mueren los cobardes, Delilah Bard. —Sacó una cuchilla curva de debajo de su capa—. Cuando esto haya terminado —afirmó—, ambos desearán haber aparecido.

Alzó la mano que tenía vacía y un viento levantó las cenizas de la posada arruinada, batiéndolas en el aire sobre sus cabezas. Kell levantó la vista a la nube sobre ellos y dijo una plegaria en voz baja.

—Última oportunidad —dijo Holland.

Cuando se encontró con el silencio, bajó la mano y las cenizas comenzaron a caer. Y Kell vio lo que pasaría. Estas descenderían y se posarían sobre su velo, exponiéndolos, y Holland estaría sobre ellos en un instante. La mente de Kell dio vueltas mientras agarraba la piedra con más fuerza, y estaba a punto de llamar a su poder otra vez cuando la ceniza se encontró con su velo… y pasó.

Se hundió directo a través de la tela imposible y luego a través de ellos, como si no estuviesen ahí. Como si no fuesen reales. La arruga entre los ojos bicolor de Holland se profundizó cuando las últimas cenizas se depositaron nuevamente sobre las ruinas, y Kell sintió una (muy pequeña) sensación de consuelo por la frustración del *antari* blanco. Quizá podía *sentirlos*, pero no podía verlos.

Finalmente, cuando el viento se disipó y el suelo estuvo quieto, y Kell y Lila se mantuvieron ocultos por el poder de la piedra, la certeza de Holland flaqueó. Guardó la cuchilla curva y dio un paso hacia atrás, giró y se fue caminando, con la capa flameando atrás.

En cuanto desapareció, Kell aflojó el agarre sobre Lila, y esta se liberó de él y del hechizo y salió disparada hacia el reloj de plata que estaba en la calle.

—Lila —la llamó él.

Ella pareció no escucharlo y él no supo si era porque ella había abandonado el velo protector o si era porque su mundo se había reducido al tamaño y la forma del pequeño reloj ensangrentado. La vio caer sobre una rodilla y tomar la pieza con dedos temblorosos.

Fue hacia su lado y llevó una mano a su hombro, o lo intentó, pero siguió de largo. Así que tenía razón. El velo no solo los hacía invisibles. Los

hacía incorpóreos.

—Revélame —le ordenó a la piedra. La energía osciló alrededor de él y un momento después, el velo se disolvió. Kell se maravilló un instante por lo sencillo que había sido (la magia había venido sin esfuerzo) mientras se arrodillaba al lado de ella, pero esta era la primera vez que se había neutralizado sin oponer resistencia. No podían darse el lujo de quedarse ahí, expuestos, así que Kell la tomó del brazo y en silencio llamó a la magia a ocultarlos una vez más. Esta obedeció y el velo de sombras se posó sobre ellos nuevamente.

Lila tembló bajo su contacto, y él quiso decirle que todo estaba bien, que Holland quizás había tomado el reloj y dejado a Barron con vida, pero no quiso mentir. Holland era muchas cosas —la mayoría de ellas, bien escondidas—, pero no era sentimental. Si alguna vez había sentido compasión, o al menos clemencia, Athos lo había despojado de ellas con sangre hacía mucho tiempo, arrancadas junto con su alma.

No, Holland era despiadado.

Y Barron estaba muerto.

—Lila —dijo Kell suavemente—. Lo siento.

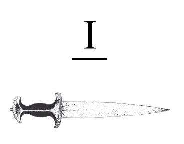
Los dedos de ella se cerraron con fuerza alrededor del reloj mientras se ponía de pie. Kell se levantó junto a ella, y aunque no lo miró a los ojos, él pudo ver la ira y el dolor escritos en las líneas de su rostro.

—Cuando esto termine —habló ella, guardando el reloj en un pliegue de su capa—, quiero ser quien le corte la garganta. —Y entonces se enderezó y dejó salir un pequeño y tembloroso suspiro—. Ahora —dijo—, ¿cuál es el camino hacia Fletcher?

DIEZ

UNA TORRE BLANCA

I



Booth estaba comenzando a desmoronarse.

En este Londres sombrío y gris, el cuerpo del borracho había durado demasiado, para disgusto de la cosa que ardía en él. No era culpa de la magia; había tan poco a lo que aferrarse aquí, tan poco de lo que alimentarse… Las personas tenían dentro solo una luz de vela, no el fuego al que la oscuridad estaba acostumbrada. Tan poco calor, tan fácilmente extinguible. El momento en que estuvo dentro, quemó todo hasta que no quedó nada, de sangre y hueso a cáscara y cenizas, en nada de tiempo.

Los ojos negros de Booth vagaron hacia abajo a sus dedos chamuscados. Con una leña tan pobre, no parecía poder expandirse, no podría durar mucho en ningún cuerpo.

No por falta de esfuerzo. Después de todo, había dejado un camino de caparazones a lo largo de los muelles.

Había arrasado con el lugar que llamaban Southwark en solo una hora.

Pero su cuerpo actual —el que había tomado en el callejón de la taberna — ahora se estaba desmoronando. La mancha negra en su pecho latía, tratando de evitar que lo último que quedaba de vida se desangrara. Quizá no debería haber apuñalado al borracho al principio, pero había parecido la forma más rápida.

Pero el debilitado caparazón y la falta de prospectos lo habían dejado en un aprieto. Parecía estar pudriéndose.

Se le descascaraban pedazos de piel con cada paso. La gente en las calles lo miraba y se alejaba, fuera de su alcance, como si lo que lo estaba comiendo fuese contagioso. Lo que, por supuesto, así era. La magia era una enfermedad verdaderamente hermosa. Pero solo cuando los huéspedes eran

lo suficientemente fuertes. Lo suficientemente puros. La gente de aquí no lo era.

Siguió caminando por la ciudad —arrastrándose, rengueando a esta altura—, la energía en su caparazón era apenas unas brasas ahora y se enfriaba rápidamente.

Y en su desesperación, se encontró atraído —de regreso— hacia el lugar donde había empezado: Tiro de Piedra. Se maravilló por el llamado de la pequeña y extraña taberna. Era un destello caliente en medio de la ciudad fría y marchita. Un resplandor de luz, de vida, de magia.

Si podía llegar ahí, quizá aún encontrara un fuego.

Estaba tan consumido por la necesidad de llegar a la taberna que, al bajar de la vereda a la calle, no notó el hombre parado al lado de la puerta, ni el carruaje que se aproximaba rápidamente.



Edward Archibald Tuttle estaba parado fuera de Tiro de Piedra, frunciendo el entrecejo debido a la hora.

Debería estar abierto ya, pero las trabas aún estaban puestas, las ventanas cerradas y dentro todo parecía estar extrañamente quieto. Chequeó su reloj de bolsillo. Ya había pasado el mediodía. Qué extraño. «Sospechoso —pensó—. Infame, incluso». Su mente dio vueltas alrededor de las posibilidades.

Su familia insistía en que tenía una imaginación demasiado vívida, pero él sostenía que el resto del mundo simplemente no tenía la visión, el sentido para la magia que él, obviamente, poseía. O al menos procuraba poseer. O, en verdad, había comenzado a temer que nunca poseería, había empezado a pensar (aunque no lo admitía) que no existía.

Hasta que encontró al viajero. El renombrado mago conocido solo como Kell.

Ese solo —y singular— encuentro había reavivado su creencia, atizado el fuego con más fuerza de la que jamás había tenido.

Y entonces Edward había hecho lo que le habían dicho y había

regresado a Tiro de Piedra con la esperanza de encontrar al mago una segunda vez y de recibir la bolsa de tierra que le habían prometido. Con ese objetivo había venido ayer y con ese objetivo volvería mañana y el día siguiente, hasta que la ilustre figura regresara.

Mientras esperaba, Ned —porque así era como sus amigos y su familia lo llamaban— tejía historias en su cabeza, tratando de imaginar cómo sería la futura reunión, cómo se desarrollaría. Los detalles cambiaban, pero el final se mantenía igual: en cada versión, el mago Kell inclinaría su cabeza y observaría a Ned con su ojo negro.

—Edward Archibal Tuttle —diría el mago—, ¿puedo llamarlo Ned?

—Todos mis amigos lo hacen.

—Bueno, Ned, veo algo especial en ti…

Insistiría en ser el mentor de Ned o, mejor aún, su socio. Después de eso, la fantasía degeneraba en halagos.

Ned había estado reproduciendo otra más de estas ensoñaciones mientras estaba parado en los escalones de Tiro de Piedra, esperando. Sus bolsillos pesaban con objetos y monedas, todo lo que el mago podría querer a cambio de su premio. Pero el mago no había venido y la taberna estaba toda cerrada y Ned —después de susurrar algo que era en partes iguales un hechizo y una plegaria y tonterías, y de intentar sin éxito que la traba se moviera con el poder de su mente— estaba a punto de hacer una pausa momentánea en su búsqueda e ir a pasar unas horas en un establecimiento abierto, cuando escuchó un choque detrás de él en la calle.

Caballos relincharon y ruedas se detuvieron estrepitosamente. Varias cajas de manzanas cayeron de la carreta cuando el conductor tiró con fuerza de las riendas. Se veía más asustado que sus caballos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ned, acercándose a zancadas.

—Cielo santo —estaba diciendo el conductor—. Le he dado. He atropellado a alguien.

Ned miró todo alrededor.

—Creo que no le has golpeado nada.

—¿Está debajo de la carreta? —continuó el conductor—. Oh, Dios. No lo vi.

Pero cuando se agachó a inspeccionar el espacio debajo del carro, los rayos de las ruedas, Ned no vio nada, salvo un trecho de hollín —que tenía vagamente, lo que era ya bastante extraño, forma de persona— sobre las piedras y ya comenzaba a irse volando. Un pequeño montículo parecía moverse, pero después se derrumbó hacia adentro y desapareció. «Extraño», pensó con el entrecejo fruncido. «Ominoso». Contuvo la respiración y se estiró hacia la mancha de polvo carbonizado, esperando que cobrara vida. Sus dedos encontraron la ceniza y… nada sucedió. Frotó el hollín entre pulgar e índice, decepcionado.

—No hay nada aquí, señor —dijo, poniéndose de pie.

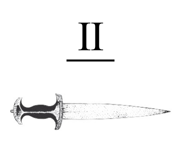
—Lo juro —dijo el conductor—. Había alguien aquí. Justo aquí.

—Debe haberse equivocado.

El conductor negó con la cabeza, farfullando, luego bajó del carro y volvió a cargar las cajas, mirando debajo del carro un par de veces más, por si acaso.

Ned alzó los dedos hacia la luz, intrigado por el hollín. Había sentido algo —o había *pensado* eso—, un hormigueo cálido, pero la sensación se había desvanecido rápidamente en la nada. Olió el hollín una vez y estornudó con fuerza, luego se limpió las cenizas contra el pantalón y se fue caminando por la calle.

II



Kell y Lila se abrieron camino hacia los muelles, invisibles a los ojos de los que se cruzaban. Pero no solo invisibles. *Intangibles*. Tal como la ceniza había pasado a través de ellos en las ruinas de la posada y la mano de Kell a través del hombro de Lila, así lo hacía la gente en la calle. No podían ni sentirlos ni oírlos. Era como si debajo del velo, Kell y Lila no fueran parte del mundo que los rodeaba. Como si existieran fuera de él. Y al igual que el mundo no podía tocarlos, ellos no podían tocar el mundo. Cuando Lila distraídamente intentó tomar una manzana de una carreta, su mano pasó a través de la fruta tanto como la fruta pasó a través de su mano. Eran como fantasmas en la ajetreada ciudad.

Esto era magia fuerte incluso en un Londres rico de poder. La energía de la piedra vibraba a través de Kell, entrelazada con la suya como un segundo pulso. Una voz en el fondo de su cabeza le advertía contra la cosa que circulaba por su cuerpo, pero apartó esa voz. Por primera vez desde que lo habían herido, Kell no se sentía mareado ni débil, y se aferró a la fuerza tanto como a la piedra misma mientras guiaba a Lila hacia los muelles.

Ella había estado callada desde que salieron de las ruinas de la posada, aferrada a Kell con una mano y al reloj con la otra. Cuando finalmente habló, su voz era baja y aguda.

—Antes de que pienses que Barron y yo estábamos relacionados por sangre, te aviso que no —dijo ella, mientras caminaban lado a lado—. Él no era mi familia. No realmente. —Las palabras sonaban rígidas y vacías y la forma en que apretaba los dientes y se frotaba los ojos (cuando creía que él no la estaba mirando) contaba otra historia. Pero Kell dejó que Lila conservara su mentira.

—¿Tienes alguna? —preguntó, recordando sus comentarios mordaces acerca de su situación con la corona—. Familia, digo, ¿tienes?

Lila negó con la cabeza.

—Mamá murió cuando yo tenía diez.

—¿Padre no?

Lila lanzó una risa arisca.

—Mi *padre* —lo dijo como si fuese una mala palabra—. La última vez que lo vi, intentó vender mi cuerpo para pagar sus cuentas.

—Lo lamento —dijo Kell.

—No lo hagas —dijo Lila, mostrando el borde afilado de una sonrisa—. Le rebané la garganta al sujeto antes de que pudiera sacarse el cinturón. —Kell se tensionó—. Tenía quince años —siguió ella como si nada—. Recuerdo haberme asombrado por la cantidad de sangre, por la forma en que seguía saliendo…

—¿Fue la primera vez que mataste a alguien? —preguntó Kell.

—Lo fue —dijo, su sonrisa se entristeció—. Pero supongo que lo bueno de matar es que se torna más fácil.

La frente de Kell se arrugó.

—No debería.

Los ojos de Lila saltaron a los de él.

—¿Y *tú*? ¿Has matado a alguien alguna vez?

La arruga en la frente del *antari* se profundizó.

—Sí.

—¿Y?

—¿Y qué? —dijo él desafiante.

Esperaba que ella preguntara a quién o dónde o cuándo o cómo. Pero no lo hizo. Ella preguntó por qué.

—Porque no tenía otra opción —dijo él.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó ella.

—Por supuesto que no.

—Yo sí. —Había un hilo de amargura entretejido en la confesión—. Es decir, no disfruté de la sangre o el gorgoteo que hacía cuando iba muriendo, o la forma en que el cuerpo se veía al terminar. Pero el momento en que

decidí hacerlo y el momento después de eso, cuando el cuchillo penetró y supe que lo había hecho, me sentí —Lila buscó la palabra justa— poderosa. —Lo miró a Kell y luego—: ¿Es así como se siente la magia? —preguntó con honestidad.

«Quizás en el Londres Blanco», pensó Kell, donde el poder se blandía como un cuchillo, como un arma para ser usada contra aquellos que se cruzaban en tu camino.

—No —dijo—. Eso no es magia, Lila. Eso solo es asesinato. La magia es… —Pero se calló, distraído por la pizarra de adivinación más cercana, que de repente se había vuelto negra.

En las calles, las pizarras de aviso negras fijadas a los postes de luz y en las vidrieras de los negocios se volvieron negras. Kell se frenó. Toda la mañana habían estado pasando avisos de las celebraciones de Rhy, un itinerario de los desfiles y banquetes públicos, festivales y bailes privados del día —y de la semana—. Al principio, cuando las pizarras se oscurecieron, Kell creyó que simplemente estaban cambiando las historias. Pero después todas comenzaron a mostrar el mismo mensaje alarmante. Una sola palabra.

DESAPARECIDO

Las letras destellaban, intensas y blancas, en la parte superior de cada tablero y debajo de ellas, una imagen de Kell. Cabello rojo y ojo negro y abrigo de botones plateados. La imagen se movía ligeramente, pero no sonreía, solo miraba fijamente hacia afuera, al mundo. Una segunda palabra se escribió debajo del retrato:

RECOMPENSA

«Por los Santos».

Kell se detuvo de golpe y Lila, quien había estado medio paso detrás, chocó contra él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, apartándose del brazo de él. Y entonces ella también lo vio—. Oh…

Y un anciano se detuvo a unos pocos metros de distancia para leer el letrero, ignorando el hecho de que el hombre desaparecido estaba parado justo detrás de sus hombros. Debajo de la imagen oscilante del rostro de

Kell, se dibujó un círculo vacío en tiza. La instrucción de debajo de este se leía:

Si lo ve, toque aquí.

Kell maldijo en voz baja. Que Holland estuviera tras él era suficientemente malo, pero ahora toda la ciudad estaría alerta. Y no podían mantenerse invisibles para siempre. Él no podría levantar un souvenir, mucho menos usarlo, mientras estuviesen bajo el velo.

—Vamos. —Él apuró el paso, arrastrando a Lila con él hasta llegar a los muelles. Todo alrededor, su rostro lo miraba, frunciendo levemente el entrecejo.

Cuando llegaron a la tienda de Fletcher, la puerta estaba cerrada y trabada, un pequeño letrero que colgaba en la vidriera decía *RENACHE. Fuera*.

—¿Esperamos? —preguntó Lila.

—No aquí fuera —dijo Kell. La puerta estaba trabada de tres maneras, y probablemente hechizada también, pero no necesitaban que los dejasen entrar. Pasaron directamente por la madera, de la misma forma en que habían pasado a media docena de personas en la calle.

Solo cuando estuvieron a salvo dentro del negocio, Kell ordenó a la magia que quitara el velo. Otra vez escuchó y obedeció sin protestar, la magia disminuyó y luego se disolvió por completo. «Convicción», reflexionó mientras el hechizo se deshacía sobre sus hombros y la habitación se volvía más nítida alrededor de él. Holland había estado en lo cierto. Era decisivo mantenerse en control. Y Kell lo había hecho.

Lila le soltó la mano y se dio vuelta a mirarlo. Se quedó helada.

—Kell —dijo con cuidado.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Suelta la piedra.

Él arrugó el entrecejo, miró el talismán en su mano y se le cortó el aliento. Las venas en el dorso de su mano estaban oscuras, tan oscuras que resaltaban como tinta contra su piel, las líneas marcadas hasta el codo. El poder que había sentido que pulsaba por él estaba *realmente* pulsando en él, volviendo su sangre negra. Había estado tan concentrado en su fuerza

renovada y en el hechizo en sí, en mantenerse oculto, que no había sentido —no había querido sentir— el calor de la magia expandiéndose por su brazo como veneno. Pero debería haberlo notado, debería haberlo sabido; esa era la cuestión. Kell *sabía*. Sabía cuán peligrosa era la piedra y sin embargo, incluso ahora, mirando sus venas oscurecidas, el peligro parecía extrañamente lejano. Una calma persistente pulsaba a través de él lado a lado con la magia de la piedra diciéndole que todo estaría bien mientras él la siguiera sosteniendo…

Un cuchillo se enterró en el poste al lado de su cabeza y la habitación volvió a estar en foco.

—¿Te has vuelto sordo? —gruñó Lila, sacando otro cuchillo—. Dije que *la sueltes*.

Antes de que la calma pudiera cercarlo otra vez, Kell se obligó a soltar la piedra. Al principio, sus dedos se mantuvieron cerrados alrededor del talismán mientras un calor —y a su paso, una especie de insensibilidad— se filtraba por él. Llevó la mano libre y sin contaminar la muñeca que se oscurecía y la agarró con fuerza, llamando a sus resistentes dedos a que se abrieran, a que soltaran la piedra.

Y finalmente, reacios, lo hicieron.

La piedra cayó de la mano de Kell y las rodillas instantáneamente cedieron debajo de él. Se sostuvo del borde de la mesa, tratando de recuperar el aliento mientras su vista se borroneaba y la habitación se ladeaba. No había sentido a la piedra chupándole la energía, pero ahora que ya no estaba, era como si alguien hubiese extinguido su fuego. Todo se volvió frío.

El talismán lanzaba destellos en el piso de madera, con una mancha de sangre en el borde dentado donde Kell había agarrado con demasiada fuerza. Temblando y con frío, aún ansiaba sostenerlo. Había hombres que merodeaban antros y esquinas oscuras de Londres en busca de sensaciones como esta, pero Kell nunca había sido uno de ellos, nunca había tenido sed de poder puro. Nunca lo había necesitado. La magia no era algo que había codiciado; era algo que simplemente *tenía*. Pero ahora sus venas se sentían privadas de ella y hambrientas *de* ella.

Antes de que pudiera perder la batalla por mantener el control, Lila se arrodilló al lado de la piedra.

—Cosita inteligente —dijo, estirándose hacia ella.

—No… —comenzó a hablar Kell, pero ella ya había usado su pañuelo para levantarla.

—Alguien tiene que guardarla —dijo ella, deslizando el talismán adentro de su bolsillo—. Yapuesto a que soy la mejor opción en este momento.

Kell se agarró de la mesa mientras la magia se retiraba, las venas en sus brazos se aclaraban poco a poco.

—¿Sigues aquí? —preguntó Lila.

Kell tragó saliva y asintió con la cabeza. La piedra era veneno y tenían que deshacerse de ella. Recobró el equilibrio.

—Estoy bien.

Lila levantó una ceja.

—Sí. Eres la mismísima imagen de la salud.

Kell suspiró y se dejó caer en una silla. Fuera, en los muelles, las celebraciones estaban en su máximo esplendor. Fuegos artificiales marcaban el pulso de la música y los vítores; el ruido apagado, pero no demasiado, por las paredes de la tienda.

—¿Cómo es? —preguntó Lila, mirando una vitrina—. ¿El príncipe?

—¿Rhy? —Kell se pasó la mano por el pelo—. Él es… encantador y malcriado, generoso y caprichoso y hedonista. Podría ponerse a coquetear con una silla con lindo tapizado, y nunca se toma nada en serio.

—¿Se mete en tantos problemas como tú?

Kell esbozó una sonrisa.

—Oh, muchos más. Creas o no, yo soy el responsable.

—Pero ustedes dos son unidos.

La sonrisa de Kell se esfumó y él asintió una vez.

—Sí. El rey y la reina pueden no ser mis padres, pero Rhy es mi hermano. Moriría por él. Mataría por él. Ya lo he hecho.

—¿Ah, sí? —preguntó Lila, admirando un sombrero—. Cuéntame.

—No es una historia agradable —dijo Kell, sentándose más adelante.

—Ahora tengo más ganas de escucharla —dijo Lila.

Kell la observó y suspiró, bajando la vista a sus propias manos.

—Cuando Rhy tenía trece, fue secuestrado. Estábamos jugando algún juego estúpido en el patio del palacio cuando lo raptaron. Aunque, conociéndolo a Rhy, quizás haya ido voluntariamente al principio. Cuando éramos chicos, siempre era demasiado confiado.

Lila dejó el sombrero a un lado.

—¿Qué pasó?

—El Londres Rojo es un buen lugar —insistió Kell—. La realeza es bondadosa y justa y la mayoría de sus súbditos están contentos. Pero —continuó— he ido a los tres Londres y puedo decir esto: no hay una versión que no sufra de una manera u otra.

Pensó en la opulencia, la riqueza brillante, y cómo debía verse a los ojos de aquellos que no tenían. Aquellos que habían sido despojados del poder por crímenes y aquellos que nunca habían sido bendecidos con demasiado desde un principio. Kell no podía dejar de preguntarse: ¿qué hubiese sido de Rhy Maresh si no hubiese sido de la realeza? ¿Dónde estaría? Pero obviamente, Rhy podía sobrevivir con su encanto y su sonrisa. Siempre podría arreglárselas.

—Mi mundo es un mundo hecho de magia —dijo él—. Los que la poseen cosechan sus bendiciones y a la familia real le gusta creer que aquellos que no tienen el don también lo hacen. Que su generosidad y su cuidado se extienden a todos los ciudadanos. —Encontró los ojos de Lila —. Pero yo he visto las partes más oscuras de esta ciudad. En tu mundo, la magia es una rareza. En el mío, la falta de ella es igual de extraña. Y aquellos sin don suelen ser vistos como no merecedores de ella y tratados como poca cosa por ello. La gente cree que la magia elige su camino. Que juzga, y entonces ellos también pueden hacerlo. *Aven essen*, le dicen. *Equilibrio divino*.

Pero según esa lógica, la magia había *elegido* a Kell, y él no creía eso. Otra persona podría tranquilamente haberse despertado o haber nacido con la marca *antari* y haber sido llevada a los pliegues rojos y opulentos del palacio en vez de él.

—Vivimos brillantemente —dijo Kell—. Para bien o para mal, nuestra

ciudad arde con vida. Con luz. Y donde hay luz… bueno. Varios años atrás, comenzó a formarse un grupo. Se hacían llamar las Sombras. Media docena de hombres y mujeres —algunos con poder, otros sin él— que creían que la ciudad quemaba su poder con demasiado brillo y con muy poco cuidado, malgastándolo. Para ellos, Rhy no era un niño, sino un símbolo de todo lo que estaba mal. Y entonces se lo llevaron. Después me enteré de que pretendían colgar su cuerpo en las puertas del palacio. Gracias a los Santos, nunca tuvieron la chance.

»Tenía catorce cuando sucedió, un año más que Rhy, y aún estaba recibiendo mi poder. Cuando el rey y la reina se enteraron del secuestro de su hijo, enviaron a la guardia real por la ciudad. Cada pizarra de adivinación en todas las plazas y hogares ardía con el mensaje urgente sobre la búsqueda del príncipe robado. Y yo sabía que no lo encontrarían. Lo sabía en mis huesos y en mi sangre.

»Fui a los cuartos de Rhy (recuerdo cuán vacío estaba el palacio, con todos los guardias buscando afuera) y encontré la primera cosa que sabía que era verdaderamente suya, un pequeño caballo de madera que él había tallado, no más grande que una mano. Había hecho puertas usando souvenirs antes, pero nunca una como esta, nunca hacia una persona en vez de un lugar. Pero hay una palabra *antari* para *encontrar*, y entonces pensé que funcionaría. Tenía que hacerlo. Y lo hizo. La pared de su habitación abrió paso al fondo de un barco. Rhy estaba acostado en el piso. Y no respiraba.

El aire pasó silbando por entre los dientes de Lila, pero ella no lo interrumpió.

—Había aprendido los comandos de sangre para muchas cosas —dijo Kell—. *As Athera,* para hacer crecer. *As Pyrata*, para quemar. *As Illumae,* para iluminar. *As Travars,* para viajar. *As Orense*, para abrir. *As Anasae,* para disipar. *As Hasari*, para sanar. Así que intenté sanarlo. Me corté la mano y la presioné contra su pecho y dije las palabras. Y no funcionó. —Kell nunca podría deshacerse de la imagen de Rhy acostado en el piso húmedo de madera, pálido e inmóvil. Fue una de las únicas veces en su vida que se vio pequeño.

—No sabía qué hacer —continuó Kell—. Pensé que quizás no había usado suficiente sangre. Entonces me corté las muñecas.

Podía sentir la mirada firme de Lila mientras se miraba las manos, ahora palmas hacia arriba, observando las pálidas cicatrices.

—Recuerdo estar arrodillado sobre él, con un dolor agudo expandiéndose por mis brazos, mientras presionaba las manos contra él y decía las palabras una y otra y otra vez. *As Hasari*. *As Hasari*. *As Hasari*. De lo que no me había dado cuenta entonces era que un hechizo de sanación (incluso un comando de sangre) lleva tiempo. Ya estaba funcionando, lo había estado haciendo desde la primera invocación. Unos momentos después, Rhy se despertó. —Kell sonrió con tristeza—. Levantó la vista y me vio en cuclillas sobre él, sangrando, y lo primero que dijo no fue «¿Qué pasó?» o «¿Dónde estamos?». Tocó la sangre en su pecho y dijo «¿Es tuya? ¿Es toda tuya?», y cuando asentí con la cabeza, se largó a llorar, y lo llevé de regreso a casa.

Cuando encontró la mirada de Lila, sus ojos oscuros estaban bien abiertos.

—¿Pero qué pasó con las Sombras? —preguntó, cuando era evidente que él había concluido—, ¿con los que se lo llevaron? ¿Estaban en el barco? ¿Volviste por ellos? ¿Enviaste a los guardias?

—Así es —dijo Kell—. El rey y la reina atraparon a cada uno de los miembros de las Sombras. Y Rhy los perdonó a todos.

—¿*Qué*? —se sorprendió Lila— ¿Después de que intentaron matarlo?

—Esa es la cuestión con mi hermano. Es testarudo y piensa con todas las partes del cuerpo excepto su cerebro la mayoría del tiempo, pero es un *buen* príncipe. Posee lo que a muchos les falta: *empatía*. Perdonó a sus captores. Entendió por qué lo habían hecho y sintió su sufrimiento. Y estaba convencido de que si les mostraba misericordia, no intentarían lastimarlo otra vez. —Los ojos de Kell fueron hacia el suelo—. Y yo me aseguré de que no pudieran.

Lila arrugó la frente al comprender lo que él acababa de decir.

—Pensé que habías dicho…

—Dije que *Rhy* los perdonó. —Kell se puso de pie—. Nunca dije que yo

los había perdonado.

Lila se quedó mirándolo, no con *shock* u horror, sino con algo de respeto. Kell rotó los hombros y se acomodó el abrigo.

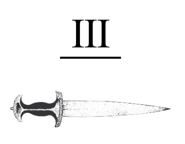
—Supongo que lo mejor será empezar a buscar.

Ella parpadeó una, dos veces, obviamente quería decir algo más, pero Kell dejó tan claro como pudo que esta charla en particular había terminado.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó finalmente.

—Una torre de ajedrez blanca.

III



A pesar de lo mucho que había revisado las ruinas de Campos de Rubí, Kell había fallado en prestar atención al callejón donde lo habían atacado —y donde había dejado dos cuerpos— tan solo algunas horas antes. Si se hubiese aventurado ahí, hubiera visto que uno de esos cuerpos —el asesino previamente revestido en piedra— faltaba.

Ese mismo asesino ahora se abría paso por la vereda, canturreando en voz baja mientras disfrutaba del calor del sol y los sonidos lejanos de la celebración.

Su cuerpo no la estaba pasando tan bien. Mejor que el otro caparazón, por supuesto, el borracho en el Londres más opaco; ese no había durado mucho. A este le había ido mejor, mucho mejor, pero ahora estaba todo quemado por dentro y comenzaba a oscurecerse por fuera, la oscuridad se expandía por sus venas y sobre su piel como una mancha. Se veía menos como un hombre ahora y más como un pedazo de madera chamuscada.

Pero eso era de esperarse. Después de todo, había estado ocupado.

La noche anterior, las luces de la casa de placer habían ardido brillantes y habían atraído al sujeto con la oscuridad dentro y una mujer había estado esperando por él parada a la entrada con una sonrisa pintada y el cabello del color del fuego, de la vida.

—*Avan, res nastar* —ronroneó en la suave lengua arnesiana. Se levantó las faldas mientras lo decía, dejando entrever la rodilla—. ¿No entrarás?

Y él había entrado, con las monedas del matón en los bolsillos.

Ella lo había llevado por un pasillo —era oscuro, mucho más oscuro de lo que había estado afuera— y él dejó que lo llevara, disfrutando el contacto de su mano —en verdad, su pulso— en la suya. Nunca lo miró a

los ojos, o quizás hubiese visto que eran más oscuros que el pasillo que los rodeaba. En vez de eso, ella se enfocaba en sus labios, en su cuello, en su cinturón.

Aún estaba aprendiendo las sutilezas de su nuevo cuerpo, pero se las había ingeniado para presionar sus labios semiabiertos contra la boca suave de la mujer. Algo pasó entre ellos —las brasas de una llama negra pura— y la mujer tembló.

—*As Besara* —susurró él a su oído. *Toma*.

Él le deslizó el vestido por los hombros y la besó con más profundidad, su oscuridad pasó por la lengua y la cabeza de ella, intoxicante. Poder. Todo el mundo lo quería, quería estar cerca de la magia, de su fuente. Y ella le dio la bienvenida. Le dio la bienvenida a *él*. Los nervios les hormiguearon mientras la magia los tomaba, devorando la corriente de vida, la sangre, el cuerpo. Había tomado al borracho, Booth, por la fuerza, pero un huésped voluntario siempre era mejor. O al menos, tendían a durar más tiempo.

—*As Herena* —murmuró él, presionando el cuerpo de la mujer contra la cama. *Dar*.

—*As Athera* —gimió él cuando la tomó, y ella lo dejó entrar. *Crecer*.

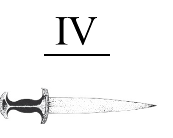
Se movieron juntos como un pulso perfecto, uno infiltrándose en el otro, y cuando terminó y los ojos de la mujer se abrieron, reflejaron los de él, ambos brillantes y negros. La cosa dentro de la piel de ella tiró de sus labios pintados para formar una sonrisa torcida.

—*As Athera* —repitió ella, levantándose de la cama lentamente. Él se puso de pie y la siguió, y ambos salieron (una mente en dos cuerpos), primero por la casa de placer y luego a la noche.

Sí, había estado ocupado.

Podía sentirse a sí mismo expandiéndose por la ciudad mientras se abría paso hacia el expectante río rojo, el pulso de la magia y de la vida desplegado como un festín prometido.

IV



La tienda de Fletcher estaba construida como un laberinto, acomodada de forma que solo la propia víbora lo entendería. Kell había pasado los últimos diez minutos dando vueltas por los cajones y había descubierto una variedad de armas y amuletos y un parasol bastante inofensivo, pero ninguna torre blanca. Gruñó y lanzó el parasol a un costado.

—¿No puedes encontrar la maldita cosa usando magia? —preguntó Lila.

—Todo el lugar está protegido —respondió Kell— contra hechizos de localización. Y contra robo, así que devuelve eso.

Lila dejó la chuchería que estaba a punto de birlar sobre el mostrador.

—Entonces —dijo ella, observando los contenidos de una caja de vidrio —, ¿Fletcher y tú son amigos?

Kell recordó la cara de Fletcher la noche en que perdió el pozo.

—No exactamente.

Lila levantó una ceja.

—Bien —dijo ella—. Es más divertido robar a los enemigos.

«Enemigos» era una palabra justa. Lo extraño era que podrían haber sido socios.

—Un contrabandista y un vendedor de cosas robadas —había dicho él —. Seríamos el equipo perfecto.

—Paso —dijo Kell. Pero en la última mano del juego de *sanct,* cuando él sabía que había ganado, lo había tentado a Fletcher con la única cosa que no podía rechazar—. *Anesh* —había concedido—. Si tú ganas, trabajaré para ti.

Fletcher había sonreído de esa manera codiciosa suya y había sacado su última carta.

YKell le había devuelto la sonrisa y había jugado su mano y ganado todo, dejando a Fletcher con nada más que un ego herido y una pequeña torre blanca.

«Sin rencores».

Ahora Kell había revuelto la mitad de la tienda en busca del souvenir y echado vistazos a la puerta a cada rato, mientras su propio rostro los observaba desde la tabla de adivinación en la pared.

DESAPARECIDO

Mientras tanto, Lila había dejado de buscar y estaba observando un mapa enmarcado. Entrecerraba los ojos e inclinaba la cabeza, frunciendo el entrecejo como si faltara algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Kell.

—¿Dónde está París? —preguntó, señalando el lugar en el continente donde debería estar.

—No hay París —dijo Kell, hurgando en un armario—. Ni Francia. Ni Inglaterra tampoco.

—¿Pero cómo puede haber un Londres sin Inglaterra?

—Te dije, la ciudad es una rareza lingüística. Aquí Londres es la capital de Arnes.

—Entonces Arnes es simplemente el nombre que usan para Inglaterra.

Kell rio.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza mientras cruzaba hacia donde estaba ella—. Arnes cubre más de la mitad de tu Europa. La isla (tu Inglaterra) se llama la *raska*. La *corona*. Pero solo es la punta del imperio. —Trazó las líneas del territorio con la punta del dedo—. Después de nuestro país se extienden Vesk, al norte, y Faro, al sur.

—¿Ydespués de ellos?

Kell se encogió de hombros.

—Más países. Algunos grandes, otros pequeños. Es un mundo, después de todo. La mirada de Lila recorrió el mapa con ojos brillantes. Una pequeña sonrisa íntima cruzó por sus labios.

—Sí, lo es.

Ella se apartó y vagó hacia otra habitación. Ymomentos después, gritó:

—¡Ajá!

Kell se sobresaltó.

—¿La encontraste? —gritó en respuesta.

Ella reapareció, sosteniendo en alto su premio, pero no era la torre. Era un cuchillo. Kell se sintió decepcionado.

—No —dijo ella—, ¿pero no es esto ingenioso? —Lo levantó para que Kell pudiera verlo. La empuñadura de la daga no era simplemente un mango; el metal se curvaba alrededor de los nudillos en un círculo ondulante antes de volver al tronco.

—Es para golpear —explicó Lila, como si Kell no pudiera comprender el significado de los nudillos de metal—. Los puedes apuñalar o puedes bajarles los dientes. O puedes hacer las dos cosas. —Tocó la punta de la cuchilla con el dedo—. No al mismo tiempo, claro.

—Claro —repitió Kell, cerrando un armario—. Te gustan mucho las armas.

Lila lo miró con perplejidad.

—¿A quién no?

—Y ya tienes un cuchillo —señaló él.

—¿Y? —preguntó Lila, admirando la empuñadura—. Uno nunca tiene demasiados cuchillos.

—Eres un poco violenta.

Ella meneó la cuchilla.

—No todos podemos convertir sangre y susurros en armas.

Kell se enfureció.

—Yo no susurro. Y no estamos aquí para robar.

—Pensé que eso era *exactamente* lo que hacíamos aquí.

Kell suspiró y siguió buscando por la tienda. Había dado vuelta todo, incluyendo la pequeña y estrecha habitación de Fletcher en el fondo, y había terminado con las manos vacías. Fletcher no la habría vendido… ¿o sí? Kell cerró los ojos, dejando que sus sentidos vagaran, como si quizá pudiese sentir la magia extranjera. Pero el lugar estaba prácticamente vibrando con poder, superponiendo tonos que hacían imposible distinguir lo extranjero y prohibido de lo meramente prohibido.

—Tengo una pregunta —dijo Lila, cuyos bolsillos tintinearon sospechosamente.

—Claro que la tienes. —Kell suspiró y abrió los ojos—. Y pensé que había dicho «nada de robar».

Ella se mordió el labio y sacó del bolsillo unas pocas piedras y un artilugio de metal que ni siquiera Kell reconoció para qué se usaba y los apoyó sobre un baúl.

—Dijiste que los mundos habían sido desconectados. Entonces, ¿cómo tiene este hombre, Fletcher, una pieza del Londres Blanco?

Kell examinó un escritorio que juró que ya había revisado, luego tocó el borde en busca de cajones ocultos.

—Porque yo se la di.

—Bueno, ¿qué estabas *tú* haciendo con ella? —Sus ojos se entrecerraron—. ¿La robaste?

Kell frunció el entrecejo. Lo había hecho.

—No.

—Mentiroso.

—No la tomé para mí —dijo Kell—. Unas pocas personas en tu mundo saben sobre el mío. Aquellos que lo saben (coleccionistas y entusiastas) están dispuestos a pagar una suma preciada por una pieza de él. Una muestra. Un souvenir. En mi mundo, la mayoría sabe sobre el tuyo (algunos pocos están tan intrigados por su mundanidad como ustedes lo están por nuestra magia), pero todos saben sobre el *otro* Londres. El Londres Blanco. Y por una pieza de *ese* mundo algunos pagarían muchísimo.

Una sonrisa burlona se abrió en la boca de Lila.

—Eres un contrabandista.

—Habla la carterista —ladró Kell, a la defensiva.

—Sé que soy una ladrona —dijo Lila, que levantó un lin rojo de la tapa del baúl y lo hizo rodar por sus nudillos—. Lo he aceptado. No es mi culpa si tú no. —La moneda desapareció. Kell abrió la boca para protestar, pero el lin reapareció un instante después en su otra mano—. Aunque no entiendo. Si eres de la realeza…

—*No* lo soy…

Lila le lanzó una mirada fulminante.

—Si *vives* con la realeza y *comes* con ellos y *perteneces* a ellos, definitivamente no necesitas dinero. ¿Por qué te arriesgas?

Kell apretó los dientes, pensando en el pedido de Rhy para que dejara estos juegos estúpidos.

—No lo entenderías.

Lila levantó una ceja.

—El crimen no es tan complicado —dijo—. La gente roba porque tomar algo les da algo. Si no están en eso por dinero, están en eso por el control. El acto de sacar, de romper las reglas, los hace sentir poderosos. Están en eso por puro desafío. —Se dio vuelta—. Algunos roban para mantenerse vivos y algunos roban para sentirse vivos. Es así de simple.

—¿Y a cuál de las dos clases perteneces?

—Yo robo para ser libre —explicó Lila—. Supongo que eso es un poco de ambas. —Se fue caminando por un pequeño vestíbulo entre dos habitaciones—. Entonces, ¿fue así como te topaste con la piedra negra? —gritó desde ahí—. ¿Hiciste un trato por ella?

—No —dijo Kell—. Cometí un error. Uno que pretendo arreglar, si podemos encontrar la maldita cosa. —Cerró un cajón con fuerza, frustrado.

—Cuidado —habló una voz ronca en arnesiano—. Podrías romper algo.

Kell se dio vuelta para encontrar al dueño del negocio ahí parado, con un hombro apoyado contra un guardarropa, luciendo vagamente desconcertado.

—Fletcher —dijo Kell.

—¿Cómo entraste? —preguntó Fletcher.

Kell se obligó a encogerse de hombros mientras echaba un vistazo hacia Lila, quien había tenido el buen juicio de mantenerse en el vestíbulo y fuera de vista.

—Supongo que tus protecciones están desgastadas.

Fletcher se cruzó de brazos.

—Lo dudo.

Kell robó una segunda mirada hacia Lila, pero ella ya no estaba en el pasillo. Una punzada de pánico lo recorrió, una que empeoró un momento

después cuando ella reapareció detrás de Fletcher. Se movía con pasos silenciosos y un cuchillo brillante en una mano.

—*Tac* —dijo Fletcher, alzando la mano al lado de su cabeza—. Tu amiga es muy grosera. —Cuando lo dijo, Lila se quedó helada a la mitad de un paso. Se notaba en el rostro el esfuerzo que estaba haciendo al luchar contra la fuerza invisible que la mantenía en el lugar, pero era inútil. Fletcher tenía la rara y peligrosa habilidad de controlar *huesos* y, por lo tanto, cuerpos. Era una habilidad que le había hecho ganar las cicatrices de amarre que estaba tan orgulloso de haber quebrado.

Lila, por una vez, parecía muy poco impresionada. Murmuró algunas cosas muy violentas y Fletcher separó los dedos. Kell escuchó un sonido como de hielo agrietándose y Lila dejó escapar un grito contenido, el cuchillo se le cayó de la mano.

—Creí que preferías trabajar solo —dijo Fletcher, dando charla.

—Suéltala —ordenó Kell.

—¿Me vas a obligar, *antari*?

Los dedos de Kell se cerraron en puños —la tienda estaba protegida de decenas de formas, contra intrusos y ladrones y, con la suerte que tenía Kell, contra cualquiera que quisiera hacerle daño a Fletcher—, pero el propio dueño del negocio lanzó una risa en voz baja y dejó caer la mano, y Lila cayó en cuatro patas y se agarró la muñeca maldiciendo con vehemencia.

—*Anesh* —dijo relajadamente—. ¿Qué te trae de regreso a mi humilde tienda?

—Te di algo una vez —dijo Kell—. Me gustaría tomarlo prestado.

Fletcher rio por la nariz burlonamente.

—No estoy en el negocio de los que prestan.

—Lo compraré entonces.

—¿Y si no está a la venta?

Kell se obligó a sonreír.

—Tú más que nadie sabes —dijo— que *todo* está a la venta.

Fletcher imitó la sonrisa, fría y seca.

—No te la venderé a ti, pero quizá se la venda a ella. —Su mirada fue

hacia Lila, que se había puesto de pie y se había retirado hacia la pared más cercana para espiar y maldecir—. Por el precio justo.

—Ella no habla arnesiano —replicó Kell—. No tiene ni la menor idea de lo que estás diciendo.

—¿Ah, sí? —Fletcher se agarró la entrepierna—. Apuesto a que puedo hacerle entender —dijo, sacudiéndose en dirección a ella.

Los ojos de Lila se entrecerraron.

—Vete al infierno, mald…

—No perdería el tiempo con ella —interrumpió Kell—. Muerde.

Fletcher suspiró y negó con la cabeza.

—¿En qué clase de lío estás metido, *maestro Kell*?

—En ninguno.

—Debes estar en alguno, para venir aquí. Y además —dijo Fletcher, su sonrisa afilándose—, no ponen tu cara en las pizarras por nada.

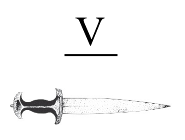
Los ojos de Kell corrieron a la tabla de adivinación sobre la pared, la que había sido pintada con su rostro durante la última hora. Y entonces empalideció. El círculo en la parte de abajo, el que decía «Si lo ve, toque aquí», titilaba brillante y verde.

—¿Qué has hecho? —gruñó Kell.

Fletcher solo sonrió.

—Sin rencores —dijo amenazante, justo antes de que las puertas del negocio se abrieran de golpe y entrara la guardia real.

V



Kell solo tuvo un instante para acomodar sus rasgos, para obligar al pánico a volverse compostura, antes de que los guardias estuvieran ahí, cinco en total, llenando la habitación con movimiento y ruido.

No podía correr —no había *adónde*— y no quería lastimarlos y Lila… Bueno, no tenía ni idea de dónde estaba Lila. En un momento había estado justo ahí, contra la pared, y al siguiente había desaparecido (aunque Kell había visto que sus dedos iban al bolsillo de su abrigo el instante previo a que desapareciera, y podía sentir el zumbido sutil de la magia de la piedra en el aire, como Holland debía haberla sentido en Campos de Rubí).

Kell se obligó a quedarse quieto, a fingir calma, aunque su corazón iba a toda velocidad en su pecho. Intentó recordarse a sí mismo que no era un criminal, que la familia real solo estaba preocupada por su desaparición. No había hecho nada malo, no a los ojos de la *corona*. No que ellos *supieran*. A menos que en su ausencia Rhy les hubiese contado al rey y la reina sobre sus transgresiones. No lo haría —Kell *esperaba* que no—, pero aunque lo hubiese hecho, Kell era un *antari*, un miembro de la familia real, alguien a quien debían respetar, incluso temer. Se abrigó en ese saber mientras se inclinaba hacia atrás perezosamente, casi con arrogancia, contra la mesa detrás de él.

Cuando los miembros de la guardia real lo vieron parado ahí, vivo y despreocupado, la confusión se extendió por sus rostros. ¿Habían esperado un cadáver? ¿Una pelea? La mitad se arrodilló y la otra descansó las manos en las empuñaduras de sus espadas, y uno de ellos se quedó parado ahí en el medio, con el entrecejo fruncido.

—Ellis —saludó Kell, saludando al jefe de la guardia real con la cabeza.

—Maestro Kell —dijo Ellis, dando un paso hacia adelante—. ¿Se encuentra bien?

—Por supuesto.

Ellis se movía nerviosamente.

—Hemos estado preocupados por usted. Todo el palacio lo ha estado…

—No fue mi intención preocupar a nadie —dijo él, observando a los guardias alrededor de sí—. Como puedes ver, estoy perfectamente bien.

Ellis miró alrededor y luego nuevamente a Kell.

—Es que…, señor…, cuando no regresó de su tarea en el exterior…

—Hubo un retraso —dijo Kell, con la esperanza de que eso apaciguara las preguntas.

Ellis frunció el entrecejo.

—¿No vio los letreros? Están en todos lados.

—Acabo de regresar.

—Entonces, discúlpeme —contraatacó Ellis, señalando la tienda—, pero ¿qué está haciendo *aquí*?

Fletcher frunció la frente. Aunque solo hablaba arnesiano, claramente entendía el lenguaje real lo suficiente como para saber que lo estaban insultando.

Kell se obligó a sonreír un poco.

—Comprando el regalo de Rhy.

Una risa nerviosa se extendió entre los guardias.

—¿Vendrá con nosotros, entonces? —preguntó Ellis, y Kell entendió las palabras que no fueron dichas. *Sin pelear*.

—Por supuesto —dijo Kell, parándose derecho para mostrar toda su altura, y se acomodó el saco.

Los guardias parecieron aliviados. La mente de Kell dio vueltas mientras se giraba hacia Fletcher y le agradecía su ayuda.

—*Mas marist* —respondió el dueño del lugar sombríamente. *Un placer* —. Solo estaba cumpliendo con mi deber civil.

—Regresaré —dijo Kell en inglés (lo que generó que el guardia real levantara una ceja)— apenas termine. Para encontrar lo que estaba buscando. —Las palabras estaban dirigidas a Lila. Aún podía sentirla en la

habitación, sentir la piedra incluso mientras la ocultaba. Le susurraba a él.

—Señor —dijo Ellis, señalando la puerta—. Después de usted.

Kell asintió con la cabeza y salió.



En cuanto escuchó que los guardias entraban, Lila tuvo la cautela de cerrar la mano sobre la piedra y decir «Ocúltame».

Y la piedra había obedecido una vez más.

Había sentido un cosquilleo subiéndole por el brazo, apenas debajo de la piel, una sensación agradable —¿se había sentido tan bien la última vez que había usado el talismán?— y entonces el velo se había posado sobre ella otra vez y ella había desaparecido. Igual que antes, podía verse a sí misma, pero nadie más podía verla. Ni los guardias ni Fletcher ni siquiera Kell, cuyos ojos de distinto color apuntaban hacia ella pero parecían solo distinguir el lugar donde había estado y no el lugar donde estaba.

Pero a pesar de que no podía verla, ella podía verlo y en su rostro leyó un destello de preocupación, disfrazado en su voz pero no en su postura, y debajo una advertencia, entretejida en la falsa calma de sus palabras.

«Quédate», parecía urgirla, incluso antes de que él dijese las palabras, lanzadas a la habitación pero claramente para ella. Así que se quedó y esperó y observó cómo Kell y cuatro de los cinco miembros de la guardia salían a la calle. Vio cómo un solo guardia se quedaba atrás, con el rostro escondido por el visor de su casco, que estaba bajo.

Fletcher le estaba diciendo algo, haciendo el gesto universal con la mano que significa pagar. El guardia asintió y su mano fue hacia su cinturón, mientras Fletcher giraba para mirar a Kell por la ventana.

Lila lo vio venir.

Fletcher no.

En vez de buscar un monedero, el guardia fue por una cuchilla. El metal brilló una vez bajo la luz tenue de la tienda y luego apareció bajo el mentón de Fletcher, dibujando una silenciosa línea roja a lo largo de su garganta.



Un carruaje cerrado, tirado por caballos reales blancos, con lazos dorados y rojos aún entretejidos en sus crines por el desfile de más temprano, estaba esperando por Kell frente a la tienda.

Mientras Kell se abría camino hacia él, se quitó el abrigo con una sacudida de los hombros, lo dio vuelta de izquierda a derecha, y deslizó los brazos nuevamente adentro de las mangas ahora rojas de su vestimenta real. Sus pensamientos daban vueltas sobre qué decirles al rey y la reina —no la verdad, obviamente—. Pero el propio rey tenía un souvenir del Londres Blanco, un adorno que estaba apoyado en el estante de su habitación privada, y si Kell pudiera obtenerlo y regresar a Lila y la piedra… Lila y la piedra sueltas en la ciudad, era un pensamiento preocupante. Pero con suerte ella se quedaría quieta, solo por un rato. Sin meterse en problemas.

Ellis caminaba medio paso atrás de Kell, tres guardias más los seguían. El último se había quedado atrás para hablar con Fletcher y seguramente arreglar el tema de la recompensa (aunque Kell estaba bastante seguro de que Fletcher lo odiaba lo suficiente como para entregarlo incluso sin el prospecto adicional del dinero).

Por el río hacia el palacio, las celebraciones del día iban muriendo —no, muriendo no, *cambiando*— para abrir paso a los festejos nocturnos. La música se había suavizado y las multitudes en los muelles y el mercado se habían reducido, migrando a los varios bares y posadas de la ciudad para seguir brindando en nombre de Rhy.

—Vamos, señor —dijo Ellis, sosteniendo la puerta del carruaje abierta para él. En vez de asientos que se miraban uno a otro, este carruaje tenía dos conjuntos de bancos que miraban hacia adelante; dos de los guardias tomaron el asiento de atrás y uno fue a sentarse con el conductor, mientras Ellis se deslizó al asiento delantero al lado de Kell y cerró la puerta del carruaje—. Llevémoslo a casa.

A Kell le dolió el pecho al pensarlo. Había intentado evitar pensar en casa, en cuánto quería estar ahí, no desde que la piedra —y la amarga tarea

de desecharla— había caído en sus manos. Ahora todo lo que quería era ver a Rhy, abrazarlo una última vez, y estaba secretamente contento de tener la chance.

Dejó escapar un suspiro tembloroso y se dejó caer hacia atrás sobre el asiento mientras Ellis cerraba las cortinas del carruaje.

—Lamento esto, señor —dijo, y Kell estaba a punto de preguntar qué, cuando una mano le presionó un trapo contra la boca y los pulmones se le llenaron con algo amargo y dulce. Intentó liberarse, pero guantes de armadura se cerraron alrededor de sus muñecas y lo sostuvieron contra el banco, y pocos momentos después, todo se oscureció.



Lila respiró hondo, inaudible bajo el velo, cuando el guardia soltó el hombro de Fletcher y este cayó hacia adelante, golpeando como una masa sin vida contra el gastado piso de madera de la tienda.

El guardia se quedó parado ahí, sin inmutarse ante el asesinato y aparentemente inconsciente de que ahora estaba salpicado con la sangre de otra persona. Observó la habitación, su mirada pasó por encima de ella, pero a través de la ranura en su casco, a Lila le pareció ver un extraño brillo en sus ojos. Algo como magia. Satisfecho de que no había nadie más de quién deshacerse, el guardia regresó su espada a su vaina, giró sobre sus talones y salió de la tienda. Una campanilla tenue lo acompañó afuera y unos pocos momentos después, Lila escuchó que el carruaje cobraba vida y se iba rodando por la calle.

El cuerpo de Fletcher yacía desplomado en el suelo de su tienda, la sangre empapaba su cabello rubio y manchaba las tablas de madera debajo de su pecho. Su expresión petulante había desaparecido, reemplazada por la sorpresa, la emoción preservada por la muerte como un insecto en ámbar. Sus ojos estaban abiertos y vacíos, pero algo blanco se había caído del bolsillo de su camisa y ahora estaba atrapado entre su cuerpo y el piso.

Algo que se parecía demasiado a una torre de ajedrez blanca.

Lila miró alrededor para asegurarse de que estaba sola, luego se deshizo

del hechizo de ocultamiento. Era bastante fácil ahora deshacer la magia, pero soltar la piedra resultó bastante más difícil; le tomó un largo rato y cuando finalmente se las ingenió para liberarse y soltar el talismán nuevamente en su bolsillo, toda la habitación se ladeó. Un escalofrío la recorrió, robándose el calor y algo más. En la estela de la magia, se sintió… *vacía*. Lila estaba acostumbrada a tener hambre, pero la piedra la dejaba sintiéndose famélica hasta los huesos. Hueca.

«Maldita roca», pensó, metiendo la punta de su bota debajo del hombro muerto de Fletcher para darlo vuelta, su mirada vacía ahora dirigida hacia el techo y hacia ella.

Se arrodilló, teniendo el cuidado de evitar la mancha roja que se expandía mientras levantaba la pieza de ajedrez salpicada de sangre.

Lila maldijo de alivio y se enderezó, apreciándola. A primera vista, parecía bastante ordinaria; sin embargo, cuando cerró los dedos alrededor de la piedra —o hueso o lo que fuese el material que estaba tallado—, casi podía sentir la diferencia entre su energía y la del Londres que la rodeaba. Era sutil y quizá se lo estaba imaginando, pero la torre se sentía como una corriente de aire en una habitación cálida. Lo suficientemente fría para parecer fuera de lugar.

Se sacudió la sensación y metió la pieza de ajedrez en su bota (no sabía cómo funcionaba la magia, pero no parecía una buena idea mantener dos talismanes juntos, no hasta que fuera necesario, y no pensaba tocar la pequeña piedra ladrona a menos que no le quedara otra opción). Limpió la sangre de Fletcher contra su pantalón.

Tomando todo en consideración, Lila se sentía bastante satisfecha. Después de todo, tenía la piedra del Londres Negro *y* el souvenir del Londres Blanco. Ahora todo lo que necesitaba era a Kell.

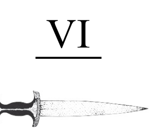
Lila giró hacia la puerta y titubeó. Él le había dicho que se quedara ahí, pero cuando ella miró el reciente cadáver de Fletcher, temió que él mismo se hubiera metido en problemas. Había estado en el Londres Rojo solo un día, pero no parecía ser un lugar en el que los guardias reales fueran por ahí cortándole la garganta a la gente. Quizás Kell estuviese bien. Pero ¿y si no lo estaba?

Sus instintos le decían que se fuera y los años de robar para sobrevivir le habían enseñado a escucharlos cuando hablaban. Además, razonó, nadie en la ciudad la buscaba a ella.

Lila se dirigió a la puerta y estaba casi allí cuando vio otra vez el cuchillo, el que le había gustado tanto, apoyado sobre el baúl donde lo había dejado. Kell le había advertido contra robar en la tienda, pero el dueño estaba muerto y esto estaba ahí apoyado, sin que nadie lo apreciara como correspondía. Lo levantó y pasó un dedo cuidadosamente por el filo. Era realmente un cuchillo hermoso. Le echó una mirada a la puerta, preguntándose si las protecciones de la tienda contra los ladrones habían muerto con su forjador. Por qué no hacer la prueba. Con cuidado, abrió la puerta, puso el arma en el piso y usó la punta de la bota para patear el cuchillo por el umbral. Se contrajo, esperando la reacción —una corriente de energía, una oleada de dolor o incluso el regreso tenaz del cuchillo hacia la tienda—, pero nada sucedió.

Lila sonrió codiciosamente y salió a la calle. Tomó el cuchillo y lo puso en su cinturón y fue a buscar —y muy probablemente *rescatar*— a Kell del lío en el que se había metido ahora.

VI



Parrish y Gen vagaron por el festival, con los cascos en una mano y una jarra de vino en la otra. Parrish había logrado recuperar su dinero —en verdad, entre los constantes juegos de cartas y las apuestas ocasionales, ambos parecían intercambiar monedas de acá para allá sin demasiadas ganancias o pérdidas— y, al ser un buen ganador, se ofreció a comprarle un trago a Gen.

Después de todo, era una celebración.

El príncipe Rhy había sido lo suficientemente amable como para darles a los dos miembros más cercanos de su guardia privada unas horas libres, a fin de que disfrutaran de las festividades con las masas reunidas a lo largo del Isle. Parrish, propenso a preocuparse, había dudado, pero Gen había razonado que de todos los días, en este Rhy estaría adecuadamente bien vigilado sin ellos. Al menos por un pequeño rato. Y así los dos habían deambulado hacia el fragor del festival.

La celebración abrazaba el río, el mercado había triplicado su tamaño usual, las orillas estaban inundadas de clientes y alegría, música y magia. Cada año, las festividades parecían crecer en pomposidad; lo que alguna vez había sido una simple hora o dos de entretenimiento, ahora era un día completo de fiestas (seguidas por varios días de recuperación, el entusiasmo menguando lentamente hasta que la vida volvía a la normalidad). Pero en este, el día principal, el desfile matutino daba paso a una tarde de comida y bebida y alegría, y al final, una gala nocturna.

Este año era un baile de máscaras.

Los grandiosos escalones del palacio ya se estaban vaciando, las flores eran recogidas y llevadas dentro para decorar el pasillo de entrada. Esferas

de luz brillante colgaban como estrellas bajas tanto fuera como dentro del palacio, de modo que los terrenos reales parecerían flotar, no sobre el río como un sol naciente, sino más arriba, lejos, como una luna rodeada por el deslumbrante cielo nocturno. En todo Londres, los jóvenes y los bellos y la élite estaban subiendo a sus carruajes, practicando su inglés en voz baja, mientras avanzaban hacia el palacio con sus máscaras y sus vestidos y sus capas. Y una vez allí, venerarían al príncipe como si fuera divino, y él se empaparía en su adoración como siempre hacía, con placer y júbilo.

El baile de máscaras dentro de las paredes del palacio era un evento solo para invitados, pero fuera, a las orillas del río, la fiesta estaba abierta a todos y seguiría a su manera hasta después de medianoche antes de finalmente culminar, los remanentes volviendo a casa con los parranderos alegres.

Parrish y Gen pronto serían llamados a regresar al lado del príncipe, pero por ahora, estaban apoyados contra el poste de una carpa en el mercado, observando las multitudes y divirtiéndose muchísimo. De vez en cuando, Parrish chocaba el hombro de Gen, un empujoncito silencioso para mantener un ojo alerta en la muchedumbre. Incluso si no estaban oficialmente de guardia, ellos (o al menos Parrish) sentían tanto orgullo por su trabajo que usaban la armadura real (aunque no hacía daño que a las muchachas les gustaran los hombres en uniforme) y miraban en busca de señales de problemas. La mayor parte de la tarde, los problemas habían venido en la forma de alguien celebrando el día de Rhy con demasiado entusiasmo, pero de vez en cuando surgía una pelea, y un arma o un *flash* de magia eran razón para intervenir.

Gen parecía estar teniendo un momento perfectamente agradable, pero Parrish se estaba poniendo inquieto. Su compañero insistía en que era porque Parrish se había detenido después de tan solo un trago, pero él no creía que fuera eso. Había cierta energía en el aire y aunque sabía que el alboroto probablemente venía del propio festival, lo ponía nervioso igual. No era solo que había *más* poder de lo habitual. Se sentía *diferente*. Hizo rodar su jarra vacía entre sus manos e intentó calmar su mente.

Había una tropa de labradores de fuego haciendo un espectáculo cerca, retorciendo llamas para formar dragones y caballos y aves, y Parrish los

miraba, la luz de su fuego encantado le borroneaba la vista. Cuando volvió a enfocar, captó la mirada de una mujer justo tras ellos, una hermosura con labios rojos y cabello dorado y un busto voluptuoso tan solo semicubierto. Arrastró la vista desde el pecho hasta los ojos, y entonces arrugó el entrecejo. No eran azules o verdes o marrones.

Eran negros.

Negros como un cielo sin estrellas o una tabla de adivinación.

Negros como el ojo derecho del maestro Kell.

Entornó los ojos para asegurarse, luego llamó a Gen. Cuando su compatriota no respondió, se dio vuelta y vio que el guardia estaba observando a un hombre joven —no, a una *muchacha* con ropa de hombre, y vaya si eran extrañas y opacas las prendas— serpenteando por la multitud hacia el palacio.

Gen estaba frunciendo la frente hacia ella, como si luciera rara, fuera de lugar, y lo era y lo estaba, pero no tan extraña como la mujer con los ojos negros. Parrish agarró el brazo de Gen y atrajo su atención enérgicamente.

—¿*Kers*? —gruñó Gen, que casi derrama su vino. *Qué*.

—Esa mujer de ahí, vestida de azul —dijo Parrish, girando hacia la multitud—. Sus ojos… —Pero se quedó callado. La mujer de ojos negros se había ido.

—¿Te enamoraste?

—No es eso. Juro que sus ojos… eran *negros*.

Gen levantó una ceja y tomó un sorbo de su vaso.

—Quizás hayas celebrado un poco después de todo —dijo, dándole una palmada al brazo del otro guardia. Sobre su hombro, Parrish observó a la muchacha en ropa de hombre desaparecer en la carpa, antes de que Gen frunciera el entrecejo y agregara—: Parece que no has sido el único.

Parrish siguió su mirada y vio a un hombre, de espaldas a ellos, abrazando a una mujer en el medio del mercado. Las manos del hombre se estaban desviando demasiado, incluso para un día festivo, y la mujer no parecía estar disfrutando. Llevó las manos al pecho del sujeto, como para apartarlo, pero este respondió besándola con más profundidad. Gen y Parrish abandonaron su puesto y se abrieron paso hacia la pareja. Y

entonces, abruptamente, la mujer dejó de luchar. Dejó caer las manos y la cabeza, y cuando el hombre la soltó un momento después, se tambaleó y se desplomó en un asiento. El sujeto, mientras tanto, simplemente se dio vuelta y se fue caminando, mitad caminando y mitad tropezando con la multitud.

Parrish y Gen lo siguieron, acortando la distancia lenta pero constantemente, para evitar causar alarma. El hombre aparecía y desaparecía entre la gente antes de finalmente cortar camino entre las carpas hacia la orilla del río. Los guardias aceleraron el paso y llegaron al lugar antes de que el sujeto desapareciera.

—Ey, tú —llamó Gen, asumiendo el liderazgo. Siempre lo hacía—. Detente.

El hombre que se dirigía hacia el Isle ahora desaceleró hasta finalmente parar.

—Date vuelta —ordenó Gen, cuando estaba casi sobre él, con una mano en su espada.

El hombre obedeció. Los ojos de Parrish se abrieron grandes al captar el rostro del extraño. Dos charcos brillantes y negros como piedras de río por la noche se posaban donde tendrían que estar los ojos; la piel alrededor de ellos, cubierta de venas negras. Cuando el hombre estiró la boca en una sonrisa, salieron motas como cenizas.

—*Asan narana* —dijo en un lenguaje que no era arnesiano. Estiró la mano, y Parrish retrocedió al ver que era completamente negra, las yemas de los dedos se estrechaban en puntas de hueso carbonizado.

—Qué demonios, en el nombre del rey… —comenzó a decir Gen, pero no tuvo la chance de terminar porque el hombre sonrió y clavó la mano ennegrecida adentro del pecho del guardia atravesando la armadura.

—Corazón oscuro —dijo, esta vez en inglés.

Parrish se quedó parado, congelado por el *shock* y el horror, mientras el hombre, o lo que fuera que fuese, sacaba la mano y lo que quedaba de dedos, mojados con sangre. Gen cayó redondo al piso y el *shock* de Parrish se quebró y pasó al movimiento. Embistió hacia adelante con su espada real y penetró el estómago del monstruo de ojos negros.

Por un instante, la criatura parecía divertirse. Ydespués la espada de

Parrish comenzó a resplandecer al cobrar efecto el hechizo del filo y a amputar al hombre de su magia. Los ojos se le abrieron grandes, el negro se retiró de ellos y de sus venas, hasta que volvió a verse más o menos como un hombre ordinario otra vez (uno que estaba muriendo). Respiró en estertor y agarró la armadura de Parrish —llevaba una X, la marca de los asesinos, en el dorso de la mano— y luego cayó deshecho en cenizas alrededor de la espada de Parrish.

—*Por los Santos* —maldijo, mirando el montículo de hollín, que comenzaba a salir volando.

Yentonces, de la nada, un dolor se abrió por su espalda, incandescente, y bajó la vista para ver la punta de una espada sobresaliendo de su pecho. Se deslizó afuera con un sonido horrible y mojado, y las rodillas de Parrish cedieron mientras su atacante lo rodeaba.

Respiró hondo, temblando, sus pulmones se llenaban de sangre, y levantó la vista para ver a Gen cerniéndose sobre él, con el filo cubierto de sangre colgando a su lado.

—¿Por qué? —susurró Parrish.

Gen bajó la vista hacia él, con dos ojos negros y una sonrisa nefasta.

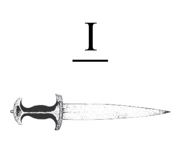
—*Asan harana* —dijo—. Corazón noble.

Yluego alzó la espada sobre su cabeza y asestó hacia abajo.

ONCE

BAILE DE MÁSCARAS

I



El palacio se alzaba como un segundo sol sobre Isle cuando la luz del día se hundió detrás de él, formando un halo dorado en sus bordes. Lila se abrió camino hacia la estructura resplandeciente, serpenteando por el mercado atestado —se había transformado en un festival bastante estridente a medida que pasaba el día y, con él, las bebidas—, su mente daba vueltas sobre el tema de cómo *entrar* en el palacio una vez que llegara allí. La piedra latía en su bolsillo, atrayéndola con su respuesta fácil, pero había tomado la decisión de no usar la magia otra vez, a menos que no tuviera otra opción. Consumía demasiado, y lo que se llevaba se lo llevaba con la astucia silenciosa de un ladrón. No, si había otra forma de entrar, ella la encontraría.

Y luego, cuando el palacio se acercaba y las escaleras delanteras estuvieron a la vista, Lila vio su oportunidad.

Las puertas principales estaban abiertas de par en par, una alfombra azul se derramaba como agua nocturna por los escalones y sobre ellos ascendía una corriente constante de invitados. Parecían estar asistiendo a un baile.

No cualquier baile, notó ella, observando el río de asistentes.

Un baile de *máscaras*.

Cada hombre y mujer llevaba un disfraz. Algunas máscaras eran simplemente de cuero manchado, otras estaban mucho más adornadas, decoradas con cuernos o plumas o joyas; algunas tan solo caían sobre los ojos y otras no dejaban ver nada. Lila sonrió con picardía. No necesitaría ser un miembro de la sociedad para entrar. Tan solo necesitaba no mostrar el rostro.

Pero había otra cosa que todos los invitados parecían tener: una *invitación*. Eso, temía, sería más difícil de conseguir. Pero justo entonces,

como un golpe de suerte, o un golpe divino, Lila escuchó el dulce sonido agudo de risas y se dio vuelta para ver tres muchachas no más viejas que ella, siendo ayudadas a salir de un carruaje, con vestidos largos y sonrisas amplias, mientras parloteaban y trinaban y se posaban sobre la calle. Lila las reconoció inmediatamente del desfile matutino, las muchachas que habían estado embelesándose por Rhy y el príncipe del ojo negro, quien Lila sabía era Kell. Las muchachas habían estado practicando su inglés. *Por supuesto*. Porque el inglés era el lenguaje de la realeza y aquellos que se relacionaban con ella. La sonrisa de Lila se agrandó. Quizás Kell tenía razón: en cualquier otro escenario, su acento la haría sobresalir. Pero aquí, aquí la ayudaría a integrarse, a *pertenecer*.

Una de las muchachas —la que se había vanagloriado de su inglés— sacó una invitación con bordes dorados y las tres la leyeron cuidadosamente por varios minutos, antes de que la joven se la pusiera bajo el brazo. Lila se acercó.

—Disculpa —dijo, posando una mano sobre el codo de la muchacha—. ¿A qué hora comienza la gala de máscaras?

La joven no parecía recordarla. Le lanzó a Lila una mirada examinadora — el tipo que hacía que quisiera liberar un par de dientes de la boca de la muchacha— antes de sonreír tensamente.

—Está comenzando ahora.

Lila imitó la sonrisa.

—Por supuesto —dijo, mientras la muchacha se liberaba de su mano, inconsciente del hecho de que ahora le faltaba la invitación.

Las muchachas avanzaron hacia las escaleras del palacio, y Lila observó su botín. Pasó un dedo sobre los bordes dorados del papel y la escritura arnesiana ornamentada. Levantó la vista otra vez para asimilar la procesión a las puertas del palacio, pero no se unió a ella. Los hombres y mujeres que ascendían los escalones prácticamente brillaban en sus vestidos del color de las piedras preciosas y sus trajes oscuros y elegantes. Capas opulentas caían sobre los hombros e hilos de metal precioso brillaban en sus cabelleras. Lila se miró, su capa raída y sus botas gastadas, y se sintió más harapienta que nunca. De un tirón, sacó su propia máscara —tan solo una

tira arrugada de tela negra— de su bolsillo. Aunque tuviera una invitación y un abundante entendimiento de la lengua inglesa, nunca la dejarían entrar, no mientras se viera así.

Metió la máscara nuevamente en el bolsillo de su capa y miró hacia los stands del mercado más cercanos. Más allá, las casetas estaban llenas de comidas y bebidas, pero aquí, en el borde más próximo al palacio, los puestos vendían otros bienes. Amuletos, sí, pero también bastones y zapatos y otras ropas elegantes. Telas y luces se vertían de la boca de la carpa más cercana, y Lila se enderezó y dio un paso adentro.

Cientos de rostros la saludaron desde la pared más lejana, cuya superficie estaba cubierta de máscaras. Desde austeras hasta intrincadas, de hermosas a grotescas, las caras la miraban con ojos entrecerrados y entrecejos fruncidos y al mismo tiempo le daban la bienvenida. Lila cruzó hasta ellas y se estiró para liberar una de su gancho. Una media máscara con dos cuernos que salían en espiral desde las sienes.

—*A tes fera, ¿kes ile?*

Lila se sobresaltó y vio a una mujer parada a su lado. Era pequeña y redonda, y tenía media docena de trenzas retorcidas como serpientes alrededor de la cabeza, donde llevaba posada una máscara, como si fuese una hebilla.

—Lo siento —dijo Lila despacio—, no hablo arnesiano.

La mujer solo sonrió y entrelazó las manos frente a su amplio estómago.

—Ah, pero su inglés es magnífico.

Lila suspiró de alivio.

—Al igual que el suyo —dijo.

La mujer se sonrojó. Obviamente era algo de lo que estaba orgullosa.

—Soy sirvienta en el baile —respondió—, es lo que corresponde. —Luego señaló la máscara que Lila llevaba en las manos—. Un poco oscura, ¿no le parece?

Lila miró la máscara a los ojos.

—No —dijo—, creo que es perfecta.

Yentonces Lila dio vuelta la máscara y vio un serie de números que debían ser el precio. No estaba escrito en chelines ni libras, pero Lila estaba

segura de que, más allá del tipo de moneda, no podía costearla. Sin ganas, la devolvió a su gancho.

—¿Por qué la regresa si es perfecta? —presionó la mujer.

Lila suspiró. La hubiese robado si la vendedora no hubiese estado allí parada.

—No tengo dinero —dijo, metiendo la mano en el bolsillo. Tocó el reloj de plata y tragó saliva—. Pero sí tengo esto… —Sacó el objeto de su bolsillo y lo sostuvo en alto, con la esperanza de que la mujer no notara la sangre (había intentado limpiarla toda).

Pero la mujer tan solo negó con la cabeza.

—*An, an* —dijo, cerrando los dedos de Lila nuevamente contra el reloj —. No puedo aceptar su pago. Sin importar la forma que tenga.

Lila frunció el entrecejo.

—No entiendo…

—La vi esta mañana. En el mercado. —Los pensamientos de Lila regresaron a la escena, a cuando casi la arrestaron por robar. Pero la mujer no estaba hablando del robo—. Usted y el maestro Kell son… amigos, ¿verdad?

—De algún modo —dijo Lila, que se sonrojó cuando eso le sacó una sonrisa solapada a la mujer—. No —dijo intentando enmendar sus palabras —, no quise decir… —Pero la mujer simplemente le palmeó la mano.

—*Ise av eran* —dijo jovialmente—. No es mi lugar —hizo una pausa, buscando la palabra— inmiscuirme. Pero el maestro Kell es *aven* (*bendito*), una joya en la corona de nuestra ciudad. Y si usted es de él, o él es suyo, mi tienda es suya también.

Lila se crispó. Odiaba la caridad. Incluso cuando la gente pensaba que estaba dando algo libremente, siempre venía con una cadena, un peso que desequilibraba todo. Lila prefería robar una cosa directamente que quedar en deuda por amabilidad. Pero necesitaba la vestimenta.

La mujer pareció leer la duda en sus ojos.

—No eres de aquí, así que no lo sabes. Los arnesianos pagan sus deudas de muchas maneras. No siempre con dinero. No necesito nada de ti ahora, así que me pagarás en otro momento y de tu propia forma. ¿Sí?

Lila dudó. Yentonces comenzaron a sonar las campanas en el palacio, lo suficientemente fuertes para resonar contra ella, que asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo.

La comerciante sonrió.

—*Ir chas* —dijo—. Ahora busquemos algo apropiado.



—Hmmm. —La vendedora (que se llamaba Calla) se mordió el labio—. ¿Está segura de que no prefiere algo con corsé? ¿O con cola?

Calla había tratado de llevar a Lila al perchero de vestidos, pero los ojos de esta habían ido directamente a los gabanes para hombre. Cosas gloriosas, con hombros fuertes y cuellos altos y botones brillantes.

—No —dijo Lila, levantando uno del perchero—. Esto es *exactamente* lo que quiero.

La vendedora la miró con extraña fascinación, pero sin juzgarla (o al menos lo escondía bien) y dijo:

—*Anesh*. Si está decidida a ir en esa dirección, le buscaré unas botas.

Unos minutos después, Lila se encontró a sí misma en una esquina de la carpa cerrada por cortinas, sosteniendo las prendas más bonitas que jamás hubiese tocado o tenido. «Son prestadas», se corrigió a sí misma. Prestadas hasta que las pagara.

Lila sacó los artefactos de sus varios bolsillos —la piedra negra, la torre blanca, el reloj de plata manchado con sangre, la invitación— y los apoyó en el suelo antes de sacarse las botas y su vieja capa gastada. Calla le había dado una túnica negra nueva —le quedaba tan bien que se preguntó si no tendría algún tipo de hechizo de sastrería— y un par de pantalones ceñidos que aun así quedaban un poco sueltos sobre su estructura ósea. Ella había insistido en quedarse con su cinturón, y Calla tuvo la delicadeza de no quedar boquiabierta ante el número de armas que estaban enhebradas en él cuando le alcanzó las botas.

Todo pirata necesita un buen par de botas, y estas eran una cosa hermosa, esculpidas en cuero y forradas en algo que era más suave que el

algodón suelto, y Lila dejó salir un inusual sonido de regocijo al ponérselas. Y luego estaba el gabán. Era un verdadero sueño, de cuello alto y hermoso y negro —verdaderamente negro, aterciopelado e intenso— con cintura ceñida y una media capa incorporada, que estaba recogida con brillantes broches rojos a ambos lados del cuello y caía sobre los hombros y por la espalda. Lila pasó los dedos con admiración por los lustrosos botones negros azabache que recorrían el frente. Nunca había sido alguien que les diera importancia a los ornamentos y la elegancia, nunca había querido más que aire salado y un barco sólido y un mapa vacío, pero ahora que estaba parada en una tienda extranjera, en una tierra lejana y ataviada en telas exquisitas, estaba comenzando a ver el atractivo.

Finalmente, levantó la máscara que la había estado esperando. Muchos de los rostros que colgaban en el puesto eran cosas bonitas y delicadas hechas de plumas y encaje y decoradas con vidrio. Pero esta era hermosa de una forma distinta, de una forma opuesta. Le recordaba a Lila no tanto los vestidos y las galas, sino más bien los cuchillos afilados y los barcos de noche en el mar. Se veía *peligrosa*. La llevó a descansar contra su rostro y sonrió.

Había un espejo de tono plateado apoyado en la esquina y ella admiró allí su reflejo. Había muy poco del ladrón de las sombras de los pósteres de BUSCADO allá en casa y nada de la muchacha escuálida que acopiaba monedas para escapar de una vida sórdida. Sus lustrosas botas relucían desde la rodilla hasta la punta y alargaban sus piernas. El abrigo le ensanchaba los hombros y le abrazaba la cintura. Y la máscara le afilaba los pómulos, con los cuernos que se retorcían hacia arriba de su cabeza de una manera elegante y a la vez monstruosa. Se echó una larga mirada examinadora, como la muchacha había hecho en la calle, pero no había nada de que mofarse ahora.

Delilah Bard se veía como un rey.

«No», pensó, enderezándose. Se veía como un conquistador.

—¿Lila? —llamó la voz de la vendedora del otro lado de la cortina. Pronunció el nombre como si estuviera lleno de *íes*—. ¿Le queda bien?

Lila deslizó los souvenirs adentro del nuevo bolsillo forrado en seda de

su abrigo y emergió. Los botas taconearon orgullosamente contra el piso de piedra (y sin embargo, había probado el andar y sabía que si se movía sobre la parte carnosa del pie, los pasos serían silenciosos) y Calla sonrió, con un destello pícaro en los ojos, incluso cuando chistó.

—*Mas aven* —dijo—. Luce más preparada para atacar una ciudad que para seducir a un hombre.

—A Kell le encantará —aseguró Lila, y la forma en que dijo su nombre, infundiéndole una leve suavidad, una intimidad, hizo que la mujer se alborotara alegremente. Yentonces volvieron a sonar las campanas por la ciudad y Lila maldijo para sí—. Debo irme —dijo—. Vuelvo a agradecerle.

—Ya me pagará —dijo Calla con simpleza.

Lila asintió.

—Lo haré.

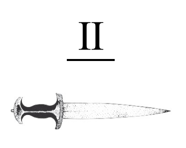
Estaba en la boca de la carpa cuando la mujer agregó:

—Cuídelo.

Lila sonrió con amargura y tiró el cuello de su abrigo hacia arriba.

—Lo haré —dijo antes de desaparecer por la calle.

II



Los colores florecieron sobre la cabeza de Kell, manchones de color rojo y dorado y un intenso azul oscuro. Al principio no eran nada más que rayas gruesas, pero cuando su vista hizo foco, las reconoció como cortinas del palacio, del tipo que cuelgan de los techos en cada uno de los dormitorios, dibujando patrones de cielo hecho con tela.

Entrecerrando los ojos, Kell se dio cuenta de que debía estar en la habitación de Rhy.

Sabía esto porque el techo de su propia habitación estaba decorado como la medianoche, con nubes de tela casi negra salpicadas con hilos plateados, y el techo de la reina era como el mediodía, sin nubes y azul, y el del rey era como el atardecer con bandas de amarillos y naranjas. Solo el de Rhy estaba cubierto así. Como el amanecer. La cabeza de Kell dio vueltas; cerró los ojos y respiró hondo mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

Estaba acostado sobre un sillón, su cuerpo hundido en los suaves almohadones que había debajo de él. Sonaba música más allá de las paredes de la habitación, una orquesta, y entremezclados en ella, sonidos de risas y fiesta. Por supuesto, la gala por el cumpleaños de Rhy. Justo en ese momento, alguien se aclaró la garganta y Kell se esforzó para volver a abrir los ojos y giró la cabeza para ver al propio Rhy sentado frente a él.

El príncipe estaba acomodado sobre una silla, con un tobillo apoyado en la rodilla, bebiendo té y viéndose completamente enojado.

—Hermano —dijo Rhy, inclinando su taza. Estaba vestido todo de negro, su chaqueta y sus pantalones y sus botas estaban adornados con decenas de botones dorados. Una máscara (una cosa chillona, decorada

con miles de pequeñas escamas doradas) descansaba sobre su cabeza en lugar de su corona usual.

Kell fue a quitarse el pelo de los ojos y rápidamente descubrió que no podía. Tenía las manos esposadas detrás de la espalda.

—Tienes que estar bromeando… —Se arrastró hasta quedar sentado—. Rhy, ¿por qué, en nombre del rey, tengo estas cosas puestas? —Las esposas no eran como esos grilletes ordinarios del Londres Gris, hechos de eslabones de metal. Ni tampoco eran como las ataduras del Blanco, que causaban un dolor terrible al oponer resistencia. No, estas estaban esculpidas de una pieza de hierro sólido y talladas con hechizos diseñados para disminuir la magia. No tan severas como las espadas reales, sin lugar a dudas, pero igual de efectivas.

Rhy apoyó su taza sobre una mesa auxiliar ornamentada.

—No podía dejar que huyeras de nuevo.

Kell suspiró e inclinó la cabeza nuevamente contra el sillón.

—Esto es un disparate. Supongo que por eso también me trajiste arrastrado, ¿no? Por favor, Rhy.

Rhy se cruzó de brazos. Claramente estaba enfurruñado. Kell arrastró la cabeza hacia arriba, miró alrededor y notó que había dos miembros de la guardia real en la habitación con ellos, aún vestidos con la armadura formal, con los cascos puestos, los visores bajos. Pero Kell conocía la guardia personal de Rhy lo suficientemente bien como para reconocerlos con o sin armadura, y estos no eran.

—¿Dónde están Gen y Parrish? —preguntó Kell.

Rhy se encogió de hombros perezosamente.

—Divirtiéndose de más, supongo.

Kell se movió en el sillón, intentando liberarse de las esposas. Estaban demasiado apretadas.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

—¿Dónde has estado, hermano?

—Rhy —dijo Kell con seriedad—. Quítame esto.

La bota de Rhy se deslizó de la rodilla y fue a apoyarse con firmeza en el suelo. Se enderezó en su asiento para mirar de frente a Kell.

—¿Es verdad?

Kell frunció el entrecejo.

—¿Es verdad qué?

—¿Tienes una pieza del Londres Negro?

Kell se tensionó.

—¿De qué estás hablando?

—¿Es verdad? —insistió el príncipe.

—Rhy —dijo Kell despacio—, ¿quién te dijo?

Nadie sabía, nadie excepto aquellos que querían deshacerse de la piedra y aquellos que querían reclamarla.

Rhy negó con la cabeza tristemente.

—¿Qué has traído a nuestra ciudad, Kell? ¿A qué la has expuesto?

—Rhy, yo…

—Te advertí que esto pasaría. Te dije que si seguías con tus intercambios, serías atrapado y que ni yo podría protegerte entonces.

A Kell se le heló la sangre.

—¿Saben el rey y la reina?

Los ojos de Rhy se entrecerraron.

—No, aún no.

Kell dejó escapar un suspiro de alivio.

—No es necesario que sepan. Estoy haciendo lo que tengo que hacer. La voy a regresar, Rhy. Iré todo el camino hasta la ciudad caída.

Rhy arrugó la frente.

—No puedo dejar que hagas eso.

—¿Por qué no? —preguntó Kell—. Es el único lugar al que el talismán pertenece.

—¿Dónde está ahora?

—A salvo —dijo Kell, con la esperanza de que eso fuera cierto.

—Kell, no puedo ayudarte si no me dejas.

—Me estoy ocupando de esto, Rhy. Te lo prometo.

El príncipe estaba negando con la cabeza.

—Las promesas no bastan —afirmó—. Ya no. Dime dónde está la piedra.

Kell se quedó helado.

—Nunca te dije que era una piedra.

Un pesado silencio cayó sobre ellos. Rhy le sostuvo la mirada. Y luego, finalmente, sus labios se estiraron en una pequeña y oscura sonrisa, que retorció su rostro de una forma que lo hacía verse como otra persona.

—Oh, Kell —dijo. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas, y Kell alcanzó a ver algo debajo del cuello de su camisa y se tensó. Era un colgante. Un collar de vidrio con bordes de color rojo sangre. Lo conocía, lo había visto tan solo unos días atrás.

Sobre Astrid Dane.

Kell se puso de pie de un salto, pero los guardias estaban sobre él, sosteniéndolo en el lugar. Sus movimientos eran demasiado parejos, su agarre demasiado demoledor. Dominados. Por supuesto. Con razón sus visores estaban bajos. El dominio se veía en los ojos.

—Hola, muchacho de las flores. —Las palabras salían de la boca de Rhy con una voz que era y no era de él.

—Astrid —siseó Kell—. ¿Has puesto bajo dominio a todo el palacio?

Una risita despreciable escapó de los labios de Rhy.

—Aún no, pero estoy trabajando en eso.

—¿Qué has hecho con mi hermano?

—Solo lo he tomado prestado. —Los dedos de Rhy se cerraron debajo del cuello de su camisa y sacaron el colgante. Solo podía ser una cosa: un amuleto de posesión—. La sangre *antari* —dijo ella con orgullo— permite que el hechizo exista en los dos mundos.

—Pagarás por esto —gruñó Kell—. Te…

—¿Qué? ¿Me harás daño? ¿Y te arriesgarás a lastimar a tu querido príncipe? Lo dudo. —Otra vez esa sonrisa fría, tan extraña en el rostro de Rhy, se extendió en sus labios—. ¿Dónde está la piedra, Kell?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Acaso no es obvio? —La mano de Kell recorrió la habitación—. Estoy expandiéndome.

Kell peleó contra sus ataduras, el metal le mordió las muñecas. Las esposas de disminución eran lo suficientemente fuertes para silenciar las habilidades elementales y para impedir los hechizos, pero no podían frenar

la magia *antari*. Si tan solo pudiera…

—Dime dónde has escondido la piedra.

—Dime por qué estas usando el cuerpo de mi hermano —disparó, tratando de ganar tiempo.

Astrid suspiró desde adentro del caparazón del príncipe.

—Sabes tan poco sobre la guerra. Las batallas pueden pelearse de afuera hacia adentro, pero las guerras se ganan de adentro hacia afuera. —Señaló hacia abajo, al cuerpo de Rhy—. Los reinos y las coronas se toman desde adentro. La fortaleza más fuerte puede resistir cualquier ataque desde *más allá* de sus muros y, sin embargo, no está fortificada contra ataques desde detrás de ellos. Si hubiese marchado contra tu palacio desde los escalones, ¿hubiese llegado hasta acá? Pero ahora, ahora nadie me verá venir. Ni el rey ni la reina, ni la gente. Soy su amado príncipe, y lo seré hasta el momento en que decida no serlo.

—Yo sé —dijo Kell—. Yo sé qué y quién eres. ¿Qué harás, Astrid? ¿Me matarás?

La cara de Rhy se iluminó con un extraño tipo de regocijo.

—No. —La palabra se deslizó sobre su lengua—. Pero estoy seguro de que desearás que lo hubiese hecho. Ahora —la mano de Rhy levantó el mentón de Kell—, ¿dónde está mi piedra?

Kell miró en los ojos ámbar de su hermano y, más allá de ellos, a la cosa escondida en el cuerpo de Rhy. Quería rogarle a Rhy, suplicarle que luchara contra el hechizo. Pero no funcionaría. Mientras *ella* estuviera ahí, él no estaría.

—No sé dónde está —dijo Kell.

La sonrisa de Rhy se extendió, lobuna y afilada.

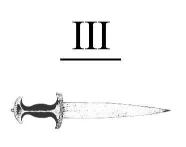
—Sabes… —La boca de Rhy formaba las palabras y Rhy sostenía en alto su mano y observaba sus largos dedos, los nudillos adornados con anillos brillantes. Esas mismas manos comenzaron a girar los anillos de modo que las joyas engarzadas estuvieran hacia adentro—. Una pequeña parte de mí estaba deseando que dijeras eso.

Y entonces, los dedos de Rhy se cerraron en un puño y dieron contra la mandíbula de Kell.

La cabeza de Kell crujió hacia el costado y él casi se cae, pero los guardias lo sostuvieron con más fuerza y lo mantuvieron parado. Kell sintió la sangre en la boca, pero Rhy simplemente sonrió con esa sonrisa horrible y se frotó los nudillos.

—Esto va a ser divertido.

III



Lila ascendió las escaleras del palacio, la media capa de su nuevo abrigo ondeaba tras ella. La brillante alfombra azulada se ondulaba ligeramente con cada paso, como si realmente fuese agua. Los otros invitados subían las escaleras en pareja o en pequeños grupos, pero Lila hizo lo mejor que pudo para imitar su aire arrogante —los hombros hacia atrás, la cabeza en alto— al ascender sola. Quizás no fuese una persona de dinero, pero había robado suficiente de aquellos que lo eran para copiar sus modos y sus gestos.

En la cima, presentó la invitación a un hombre ataviado de negro y dorado, quien hizo una reverencia y dio un paso a un costado para permitirle pasar a un recibidor cubierto de flores. Más flores de las que Lila había visto jamás. Rosas y lirios y peonías, narcisos y azaleas, y muchas más que no podía reconocer a simple vista. Racimos de pequeños capullos blancos como de nieve y algunas de tallo largo que se parecían a los girasoles, si los girasoles fuesen azules. La habitación estaba llena de la fragancia de todas ellas y, sin embargo, no la abrumaba. Quizá simplemente se estaba acostumbrando a ello.

La música venía de una segunda entrada, que estaba tapada por una cortina, y el misterio de qué había detrás atrajo a Lila más allá de la galería de flores. Y entonces, justo cuando se estiraba para correr la cortina hacia un lado, un segundo sirviente apareció del otro lado y le cerró el paso. Lila se tensó, preocupada de que de alguna manera su disfraz y su invitación no fuesen suficiente, de que descubrieran que era una impostora, una extranjera. Sus dedos se sacudieron hacia el cuchillo que llevaba bajo el abrigo.

Y entonces el hombre sonrió y dijo en un inglés tosco:

—¿Estoy presentando a quién?

—¿Disculpe? —preguntó Lila, manteniendo la voz baja, ronca.

El auxiliar frunció el entrecejo.

—¿Con qué título y nombre debo anunciarlo, señor?

—Ah. —El alivio la recorrió y bajó la mano. Una sonrisa se extendió en sus labios—. Capitán Bard —dijo ella—, del *Sea King*.

El auxiliar pareció inseguro, pero se dio vuelta y dijo las palabras sin protestar.

Su nombre hizo eco y fue tragado por la habitación antes de que ella siquiera pusiera un pie adentro.

Cuando lo hizo, quedó con la boca abierta.

El intenso glamour del mundo exterior quedaba pálido en comparación con el mundo aquí dentro. Era un palacio de bóvedas de cristal y relucientes tapices y, entrelazada en todo como la luz, *magia*. El aire estaba vivo con ella. No la magia secreta y seductora de la piedra, sino una cosa llamativa, brillante y envolvente. Kell le había dicho a Lila que la magia era como un sentido adicional, mezclado con la vista y el olfato y el gusto, y ahora ella lo entendió. Estaba en todos lados. En todo. Y era embriagante. No lograba discernir si la energía venía de los cientos de cuerpos en la habitación o de la habitación misma, que definitivamente la reflejaba. La *amplificaba* como un ruido en una cámara de eco.

Y era extrañamente —*increíblemente*— familiar.

Debajo de la magia, o quizá debido a ella, el espacio mismo estaba vivo con color y luz. Nunca había estado dentro de St. James, pero seguramente no podría compararse con este esplendor. Nada en su Londres podría. Sintió que su mundo era realmente gris en comparación, lúgubre y vacío de una forma que hacía que Lila quisiera besar la piedra por liberarla de él, por traerla aquí, a esta brillante joya de palacio. Donde fuera que mirara, veía riqueza. Los dedos le hormigueaban y resistió la urgencia de comenzar a robar de los bolsillos, recordándose que la carga en el suyo era demasiada valiosa como para arriesgarse a que la atrapasen.

La entrada con cortina llevaba a otro descanso, un conjunto de escalones que bajaban y hacia el piso pulido del vestidor, cuya piedra se

perdía bajo las botas y las faldas que daban vueltas.

Al pie de las escaleras estaban parados el rey y la reina, que saludaban a cada uno de sus invitados. De pie ahí, vestidos en oro, se veían insoportablemente elegantes. Lila nunca había estado tan cerca de la realeza —no lo contaba a Kell— y sabía que debía escabullirse tan pronto como pudiese, pero no pudo resistir la urgencia de presumir de su disfraz. Y además, sería grosero no saludar a sus anfitriones. «Imprudente», gruñó una voz en su cabeza, pero Lila tan solo sonrió y bajó los escalones.

—Bienvenido, Capitán —dijo el rey, su mano estrechó con firmeza la de Lila.

—Su Majestad —dijo ella, esforzándose por evitar que su voz se elevara. Asintió con su máscara hacia él, con cuidado de no pincharlo con los cuernos.

—Bienvenido —repitió la reina cuando Lila le besó la mano que había extendido. Pero cuando ella se apartó, la reina agregó—: No nos conocemos.

—Soy amigo de Kell —dijo Lila, tratando de sonar lo más natural posible y con la mirada aún en el piso.

—Ah —dijo la reina—, entonces bienvenido.

—En realidad —continuó Lila—, Su Alteza, lo estoy buscando. ¿Usted sabrá dónde puede estar?

La reina la observó impasible y dijo:

—No está aquí. —Lila frunció el entrecejo, y la reina agregó—: Pero no estoy preocupada. —Su tono era extrañamente invariable, como si estuviese recitando una línea que no era suya. El mal presentimiento que Lila sentía en el pecho empeoró.

—Estoy seguro de que ya aparecerá —dijo Lila, retirando lentamente la mano de la de la reina.

—Todo estará bien —dijo el rey, con la voz igual de hueca.

—Lo estará —agregó la reina.

Lila arrugó el entrecejo. Algo estaba mal. Lila levantó la vista y se arriesgó al mirar de forma impertinente a los ojos de la reina, donde vio un brillo sutil. El mismo resplandor que había visto en los ojos del guardia

después de que este le cortara la garganta a Fletcher. Algún tipo de *hechizo*. ¿Pero nadie más lo había notado? ¿O nadie más había tenido el descaro de mirar tan directo a los reyes?

El siguiente invitado se aclaró la garganta atrás de Lila y ella quebró el contacto con los ojos de la reina.

—Lamento haberlos retenido —dijo con rapidez y avanzó hacia el salón de baile. Rodeó la multitud de bailarines y bebedores, buscando alguna señal del príncipe, pero a juzgar por la expectativa en el aire, la forma en que los ojos se disparaban constantemente hacia las puertas y las escaleras, este aún no había hecho su entrada.

Se escabulló por un par de puertas en el extremo del salón de baile y se encontró a sí misma en un pasillo. Estaba vacío, salvo por un guardia y una mujer joven, que estaban envueltos en un abrazo bastante apasionado y demasiado ocupados como para notar a Lila, que pasó por al lado de ellos y desapareció por otro conjunto de puertas. Y luego por otras. Navegar por las calles de Londres le había enseñado bastante sobre cómo era el trazado laberíntico de los lugares, la forma en que la riqueza se concentra en el corazón y va disminuyendo hacia los bordes. Se desplazó de sala en sala, serpenteando por el corazón latente sin desviarse demasiado. Adonde fuera, encontraba invitados y guardias y sirvientes, pero ningún rastro de Kell o el príncipe o algún quiebre en el laberinto. Hasta que, finalmente, se encontró con una escalera en espiral. Era elegante pero estrecha y claramente no era para uso público. Lanzó una última mirada en dirección al salón y luego subió los escalones.

El piso de arriba era silencioso de una manera íntima, y supo que debía estar acercándose, pero no solo por el silencio, sino también porque la piedra había empezado a zumbar en su bolsillo. Como si pudiera *sentir* a Kell cerca y deseara estar más cerca todavía. Una vez más, Lila intentó no sentirse ofendida.

Se encontró ante un nuevo conjunto de pasillos, el primero de los cuales estaba vacío, pero el segundo no. Lila dobló en una esquina y contuvo la respiración. Retrocedió y se metió en un recoveco en penumbras, escapando por poco de los ojos de un guardia. Estaba parado frente a un

conjunto de puertas ornamentadas y no estaba solo. De hecho, mientras que las otras puertas en el pasillo estaban libres de seguridad, la que estaba al final estaba custodiada por no menos de tres hombres armados y con armaduras.

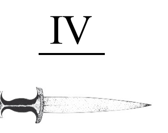
Lila tragó saliva y sacó su cuchillo nuevo de su cinturón. Dudó. Por segunda vez en igual cantidad de días, se encontró a sí misma uno contra tres. Eso aún no había salido bien. Agarró con más fuerza el cuchillo mientras intentaba ingeniar un plan que no terminara con ella en una tumba. La piedra retomó el ritmo de sus murmullos y ella, aunque reacia, estaba a punto de sacarla de su abrigo cuando se detuvo y notó algo.

El pasillo estaba lleno de puertas, y mientras la más lejana estaba custodiada, la más cercana estaba entreabierta. Llevaba a un lujoso dormitorio y, en el fondo de este, un balcón, cuyas cortinas se agitaban con el aire vespertino.

Lila sonrió y regresó el cuchillo a su cinturón.

Tenía una idea.

IV



Kell escupió sangre al hermoso piso con incrustaciones de Rhy, estropeando el intrincado diseño. Si el propio Rhy estuviese aquí, no estaría contento. Pero Rhy no estaba aquí.

—La piedra, mi rosa. —El tono seductor de Astrid se vertió desde los labios de Rhy—. ¿Dónde está?

Kell luchó para ponerse de rodillas, con los brazos aún atados detrás de la espalda.

—¿Para qué la quieres? —gruñó mientras los dos guardias tiraban de él para que se pusiera de pie.

—Para tomar el trono, desde luego.

—Ya tienes un trono —observó Kell.

—En un Londres agonizante. ¿Y sabes por qué está muriendo esta ciudad? Por ustedes. Por esta ciudad y su cobarde retirada. Hizo de nosotros un escudo y ahora prospera mientras nosotros perecemos. Es solo justo que la tome, como desagravio. Retribución.

—¿Para entonces hacer qué? —preguntó Kell—. ¿Abandonar a tu hermano en el cuerpo en descomposición de tu mundo para poder disfrutar del esplendor de este?

Una carcajada fría y sardónica escapó de la garganta de Rhy.

—Para nada. Eso me haría una muy mala hermana. Athos y yo reinaremos juntos. Lado a lado.

Los ojos de Kell se entrecerraron.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a restablecer el equilibrio de los mundos. Reabriremos las puertas. O mejor dicho, las derribaremos, crearemos una que se mantenga

abierta, de modo que cualquiera (*todos*) pueda moverse entre ellos. Una fusión, por así decirlo, de nuestros dos ilustres Londres.

Kell empalideció. Incluso cuando las puertas no estaban selladas, habían sido *puertas*. Y se mantenían cerradas. Una puerta abierta entre los mundos no solo sería peligroso. Sería *inestable*.

—La piedra no es lo suficientemente fuerte para hacer eso —dijo, tratando de sonar seguro. Pero no lo estaba. La piedra había hecho una puerta para Lila. Pero hacer un agujerito en un paño era muy distinto de romper la tela a la mitad.

—¿Estás seguro? —se mofó Astrid—. Quizá tengas razón. Quizá tu mitad de la piedra no sea suficiente.

A Kell se le heló la sangre.

—¿Mi mitad?

La boca de Rhy se retorció en una sonrisa.

—¿No has notado que está rota?

Kell retrocedió.

—El borde dentado.

—Athos la encontró así, en dos trozos. Le gusta encontrar tesoros, ¿sabes? Siempre le ha gustado. Cuando éramos chicos, solíamos hurgar entre las piedras a lo largo de la costa, en busca de algo valioso. Un hábito que nunca perdió. Su búsqueda simplemente se volvió más sofisticada. Un poco más intencionada. Obviamente, sabíamos sobre la purga del Londres Negro, de la erradicación de artefactos, pero él estaba tan seguro de que debía haber algo (*lo que fuese*) que ayudara a salvar nuestro mundo agonizante.

—Y lo encontró —dijo Kell, que hincó las muñecas contra las esposas de metal. Los bordes era suaves, no afilados, y un dolor agudo se extendió por su brazo, pero la piel se negaba a partirse. Bajó la vista a la sangre de sus labios en el piso de Rhy, pero los guardias lo estaban sujetando con una fuerza inquebrantable.

—Exploró —continuó Astrid con la lengua de Rhy—. Encontró algunas cosas inútiles ocultas (un anotador, un trozo de tela) y entonces, por fin, encontró la piedra. Partida en dos, sí, pero, como estoy segura de que has

notado, su estado no ha evitado que funcione. Es magia después de todo. Puede dividirse pero no se debilita. Las dos mitades se mantienen conectadas, incluso cuando están separadas. Cada mitad es suficientemente fuerte en sí misma, suficientemente fuerte para cambiar el mundo. Pero se buscan la una a la otra, como verás. Se atraen a través de la pared. Si una gota de tu sangre es suficiente para hacer una puerta, piensa qué podrían hacer las dos mitades de la piedra.

«Podrían derribar la pared misma», pensó Kell. Tirar abajo la realidad.

Los dedos de Rhy dieron golpecitos a lo largo del respaldo de la silla.

—Darte la piedra fue mi idea, debo confesar. Permitir que cruzaras la línea con ella.

Kell hizo un gesto de dolor al retorcer las muñecas contra el hierro que las sujetaba.

—¿Por qué no usaste a Holland —preguntó, intentando ganar tiempo— para entrar la piedra aquí? Obviamente le entregó ese collar a Rhy.

Astrid estiró los labios de Rhy en una sonrisa y pasó un dedo suavemente por la mejilla de Kell.

—Te quería a ti. —La mano de Rhy continuó subiendo y se enredó en el pelo de Kell mientras Astrid se inclinaba hacia adelante y presionaba su mejilla robada contra la de Kell ensangrentada y le susurraba al oído—: Te dije una vez que me apoderaría de tu vida.

Kell se tiró hacia atrás y la mano de Rhy se apartó.

—Además —dijo ella con un suspiro—. Tenía sentido. Si las cosas salían mal y lo atrapaban a Holland, la culpa recaería en nuestra corona y no tendríamos otra oportunidad. Si las cosas salían mal y *tú* eras atrapado, la culpa recaería en tu cabeza. Conozco tus *hobbies*, Kell. ¿Crees que Hueso Quemado mantiene los secretos? *Nada* pasa desapercibido en mi ciudad. —La lengua de Rhy hizo un chasquido—. Un sirviente de la realeza con el mal hábito de contrabandear cosas entre las fronteras. No es tan difícil de creer. Y si las cosas salían *bien*, y yo lograba tomar este castillo, este reino, no podía dejar que estuvieses afuera, sin vigilancia, luchando contra mí. Te quería aquí, donde perteneces. A mis pies.

Una energía oscura comenzó a crujir en la mano de Rhy y Kell se

preparó, pero Astrid no parecía poder controlarla, no con las habilidades rudimentarias de Rhy. El rayó se disparó a la izquierda y golpeó contra el poste de metal de la cama del príncipe.

Kell forzó una risita fría.

—Deberías haber elegido un cuerpo mejor —dijo—. Mi hermano nunca tuvo un don para la magia.

Astrid rotó la muñeca de Rhy y miró los dedos.

—No importa —dijo ella—. Tengo una familia entera para elegir.

Kell tuvo una idea.

—¿Por qué no intentas con alguien un poco más fuerte? —la provocó.

—¿Como tú? —preguntó Astrid con frialdad—. ¿Quieres que saque a *tu* cuerpo a dar una vuelta?

—Quisiera verte intentarlo —insistió Kell. Si pudiese lograr que ella se sacara el collar y se lo pusiera a él…

—Podría —susurró ella—. Pero la posesión no funciona con los *antari* —agregó con indiferencia. Kell se afligió—. Lo sé. Y tú también lo sabes. Buen intento, de todos modos. —Kell observó cómo su hermano se daba vuelta y levantaba un cuchillo de una mesa cercana—. Ahora, el *dominio* —dijo él (ella), admirando el destello del filo—. Eso es otra cosa.

Los dedos de Rhy agarraron con más fuerza el cuchillo y Kell se tiró hacia atrás, pero no había adónde ir. Los guardias lo sujetaban con extremada fuerza, mientras el príncipe caminaba perezosamente hacia él con el cuchillo en alto, rebanaba los botones de la camisa de Kell y le corría el cuello a un lado para revelar la piel suave y blanca sobre su corazón.

—Tan pocas cicatrices… —Los dedos de Rhy llevaron la punta de la cuchilla a la piel de Kell—. Arreglaremos eso.

—Detente ahí mismo —lanzó una voz desde el balcón.

Kell se retorció y vio a Lila. Estaba vestida de otra forma, en un abrigo negro y una máscara con cuernos, y estaba parada sobre el barandal, sosteniéndose en el marco de la puerta del balcón y apuntando su pistola al pecho del príncipe.

—Esto es un asunto familiar —le advirtió Astrid con la voz de Rhy.

—Escuché lo suficiente para saber que no eres realmente de la familia. —

Lila ladeó el revólver y lo apuntó hacia Rhy—. Ahora, aléjate de Kell.

La boca de Rhy sonrió con amargura. Y luego su mano se agitó hacia afuera. Esta vez, el rayo dio en el blanco y golpeó a Lila directo en el pecho. Esta lanzó un grito ahogado y perdió el agarre del marco, sus botas se deslizaron afuera del barandal, tropezó hacia atrás y cayó hacia la oscuridad.

—¡Lila! —gritó Kell cuando ella desapareció tras la baranda. Se libró de los guardias de un tirón, las esposas finalmente le cortaron la muñeca lo suficiente como para que le saliera sangre. En un instante, había cerrado los dedos alrededor del metal y escupió los comandos para abrir las esposas.

—*As Orense*. —*Abrir*.

Los grilletes cayeron y el resto del poder de Kell regresó desbordante. Los guardias se lanzaron hacia él, pero alzó las manos y los hombres salieron volando hacia atrás, uno golpeó contra la pared y el otro contra el marco de metal de la cama de Rhy. Kell liberó su navaja y la giró hacia el príncipe, listo para pelear.

Pero Rhy solo lo miró, divertido.

—¿Qué planeas hacer ahora, Kell? No me lastimarás, no mientras esté vestida de tu hermano.

—Pero yo sí. —Era la voz de Lila otra vez, seguida instantáneamente por el sonido de una pistola. Dolor y sorpresa, ambos cruzaron el rostro de Rhy, y luego una de sus piernas se desplomó debajo de él, la sangre oscureciendo la tela que rodeaba su pantorrilla. Lila estaba parada fuera, no en el barandal como antes, sino en el aire alrededor de este, sus pies apoyados sobre una pluma de humo negro. Kell sintió que lo recorría el alivio, seguido inmediatamente de horror. No solo se había metido en el peligro. Había traído la piedra con ella.

—Tendrás que esforzarte más para matarme —dijo y saltó desde la plataforma de humo al balcón. Entró a la recámara caminando.

Rhy se puso de pie.

—¿Es un desafío?

Los guardias también se estaban recuperando, uno se movió detrás de Lila, el otro se cernió detrás de Kell.

—Corre —le dijo a Lila.

—Yo también me alegro de verte —espetó Lila, que se metió el talismán nuevamente en el bolsillo. Kell vio la debilidad que la recorría al despedirse de la magia, pero solo en sus ojos y su mandíbula. Era buena escondiéndolo.

—No deberías haber venido —gruñó Kell.

—No —dijo en eco Rhy—, no deberías haber venido. Pero ahora estás aquí. Y me has traído un regalo. —La mano de Lila se presionó contra el abrigo, y la boca de Rhy se retorció en esa sonrisa horrible. Kell se preparó para un ataque, pero en vez de eso, la mano de Rhy llevó el cuchillo contra su propio pecho y apoyó la punta entre sus costillas, justo bajo su corazón. Kell se tensionó.

—Dame la piedra o mato al príncipe.

Lila frunció el entrecejo, sus ojos corrieron de Rhy a Kell, indecisa.

—No lo matarías —desafió Kell.

Rhy levantó una ceja.

—¿Realmente crees eso, chico de las flores, o solo tienes la esperanza de que sea así?

—Elegiste su cuerpo porque él es parte de tu plan. No lo…

—Nunca supongas que conoces a tu enemigo. —La mano de Rhy presionó el cuchillo hacia abajo, la punta se hundió entre las costillas—. Tengo un armario lleno de reyes.

—Detente —ordenó Kell, al ver que la sangre salía por la punta del cuchillo. Intentó comandar a los huesos del brazo de Rhy que se quedaran quietos, pero la poderosa voluntad de Astrid dentro del cuerpo del príncipe hizo que el agarre de Kell fuera tenue.

—¿Cuánto tiempo podrás hacer que mi mano se quede? —desafió Astrid —. ¿Qué pasará cuando tu foco comience a flaquear? —Los ojos ámbar de Kell fueron hacia Lila—. No quiere que lastime a su hermano. Mejor me das la piedra antes de que lo haga.

Lila dudó, y la mano libre de Rhy se cerró alrededor del amuleto de posesión, que sacó por sobre la cabeza y lo sostuvo flojo en la palma de la mano.

—La piedra, Lila.

—No lo hagas —dijo Kell, y no supo si las palabras eran para Astrid o Lila o ambas.

—La *piedra*.

—Astrid, por favor —susurró Kell, con voz temblorosa.

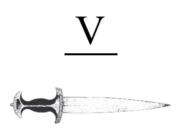
Con eso, la boca de Rhy se retorció en una sonrisa triunfal.

—Eres mío, Kell, y te voy a quebrar. Comenzando con tu corazón.

—*Astrid*.

Pero era demasiado tarde. El cuerpo de Rhy se retorció hacia Lila y una sola palabra salió de su boca —«*atrápalo*»— antes de que lanzara el colgante al aire y empujara el cuchillo adentro de su pecho.

V



Sucedió demasiado rápido, el pendiente se movió al mismo tiempo que la cuchilla. Kell vio que Lila se lanzaba afuera del alcance del amuleto y él se retorció hacia atrás a tiempo para ver a Rhy enterrando el cuchillo entre sus costillas.

—¡No! —gritó Kell, que salió disparado hacia adelante.

El collar patinó por el suelo y fue a parar contra la bota de un guardia, y Rhy se desplomó hacia adelante, con el filo metido hasta la empuñadura, mientras Kell gateaba a su lado y liberaba el cuchillo.

Rhy —y *era* Rhy ahora— dejó salir un sonido gutural y Kell presionó sus dedos ensangrentados contra el pecho de su hermano. La pechera de Rhy ya estaba mojada y él tembló bajo el tacto de Kell. Kell acababa de empezar a hablar, a comandar a la magia para que sanara al príncipe, cuando un guardia lo golpeó desde un costado y ambos cayeron al piso.

Varios metros más allá, Lila estaba forcejeando con el otro guardia, mientras el atacante de Kell agarraba el talismán con una mano e intentaba rodear el cuello de Kell con la otra. Kell pateó y luchó y logró liberarse, y cuando el guardia (y Astrid dentro de él) embistieron hacia adelante, él alzó la mano. La armadura de metal —y el cuerpo que había dentro— salió volando hacia atrás, no dio contra la pared, sino contra el barandal en el balcón, que cedió por el golpe, y el cuerpo del guardia pasó de largo y cayó. Aterrizó con un estruendo en el patio empedrado de abajo, a lo que siguieron gritos, y Kell corrió hacia el patio para ver a una decena de invitados del baile rodeando el cuerpo. Uno de ellos, una mujer con un hermoso vestido verde, se estiró con curiosidad hacia el colgante, ahora tirado entre las piedras del patio.

—¡Deténgase! —gritó Kell, pero fue demasiado tarde. En cuanto los dedos de la mujer se cerraron alrededor del collar, él pudo ver el cambio, la posesión corriendo a través de ella en un solo y extenso escalofrío, antes de que su cabeza se disparara hacia Kell con una sonrisa fría y amarga en la boca. Se dio vuelta sobre sus tacones y se metió en el palacio.

—¡Kell! —lo llamó Lila y él se dio vuelta, asimilando por primera vez la imagen de cómo estaba la habitación, en caos. El guardia que quedaba yacía inmóvil en el piso, con una daga clavada por el visor de su casco, y Lila agachada sobre Rhy, con la máscara levantada y las manos entrelazadas presionando el pecho del príncipe. Estaba cubierta de sangre, pero no era suya. La camisa de Rhy estaba empapada.

—*Rhy* —dijo Kell; la palabra, un sollozo, un suspiro de estremecimiento, al arrodillarse al lado de su hermano. Sacó su daga y se cortó la mano con profundidad—. Resiste, Rhy. —Presionó la mano herida contra el pecho del príncipe (que subía y bajaba con respiraciones entrecortadas) y enunció—: *As Hasari*.

Sanar.

Rhy tosió sangre.

Abajo el patio había explotado en actividad, varias voces se escuchaban por el balcón. Pasos sonaban por los pasillos, puños golpeaban las puertas de la recámara, que ahora Kell vio que estaban garabateadas con hechizos. Encantos de bloqueo.

—Nos tenemos que ir —dijo Lila.

—*As Hasari* —dijo Kell otra vez, poniendo presión sobre la herida. Había tanta sangre. Demasiada.

—Lo siento —murmuró Rhy.

—Cállate, Rhy —dijo Kell.

—Kell —ordenó Lila.

—No lo voy a dejar —dijo él simplemente.

—Entonces tráelo con nosotros. —Kell dudó—. Dijiste que la magia necesita tiempo para actuar. No podemos esperar. Tráelo con nosotros si quieres, pero es necesario que nos *vayamos*.

Kell tragó saliva.

—Lo siento —dijo, justo antes de obligarse (y a Rhy) a ponerse de pie. El príncipe jadeó de dolor—. Lo siento.

No podían irse por la puerta. No podían exhibir al príncipe herido frente a un palacio lleno de gente que había acudido ahí a celebrar su cumpleaños. Y, en algún lugar entre ellos, Astrid Dane. Pero había un pasillo privado entre la habitación de Rhy y la de Kell, uno que habían usado desde que eran niños, y ahora él llevó a su hermano, medio a rastras, hacia la puerta oculta y luego a través de ella. Él guio al príncipe y a Lila por el estrecho corredor, cuyas paredes estaban cubiertas con un surtido de marcas extrañas —apuestas y desafíos y cuentas con puntos personales, las tareas mismas olvidadas hace tiempo—. Un rastro de su extraña y protegida niñez.

Ahora dejaban un rastro de sangre.

—Quédate conmigo —dijo Kell—. Quédate conmigo. Rhy. Escucha mi voz.

—Tan linda voz —dijo Rhy en voz baja, su cabeza cayó hacia adelante.

—*Rhy*.

Kell escuchó que cuerpos con armaduras penetraban en la habitación del príncipe mientras ellos llegaban a la suya, y cerró la puerta hacia el pasillo y presionó la mano ensangrentada contra la madera y dijo:

—As *Staro*.

Sellar.

Cuando la palabra dejó sus labios, de sus dedos comenzó a salir un metal que recorrió la puerta de arriba hacia abajo y la mantuvo cerrada.

—No podemos seguir corriendo de habitación en habitación —espetó Lila—. ¡Tenemos que salir de este palacio!

Kell lo sabía. Sabía que tenían que escapar de ahí. Los había llevado hasta su estudio privado en el extremo más lejano de su habitación, el que tenía las marcas de sangre en la parte trasera de la puerta. Atajos a media docena de lugares en la ciudad. El que llevaba a Campos de Rubí era inútil ahora, pero los otros funcionarían. Escaneó las opciones hasta que encontró la que sabía —la única— que sería segura.

—¿Funcionará? —preguntó Lila.

Kell no estaba seguro. Las puertas *dentro* de los mundos eran más

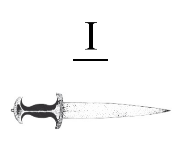
difíciles de hacer pero más fáciles de usar; solo podían ser creadas por *antari,* pero otros podían —*hipotéticamente*— pasar por ellas. De hecho, Kell había llevado a Rhy por un portal una vez antes —el día que lo encontró en el barco—, pero habían sido dos entonces y ahora eran tres.

—No se suelten —dijo Kell. Dibujó con sangre fresca sobre la marca y sostuvo a Rhy y Lila lo más cerca que pudo, con la esperanza de que la puerta (y la magia) fuese lo suficientemente fuerte para llevarlos a todos al santuario.

DOCE

SANTUARIO Y SACRIFICIO

I



El Santuario de Londres, ubicado sobre un recodo del río cerca del límite de la ciudad, era una estructura de piedra con la elegancia simple de un templo y un aire igual de reverente. Era un lugar al que hombres y mujeres acudían tanto para estudiar magia como para venerarla. Aquí estudiosos y eruditos dedicaban su vida a comprender —y conectarse con— la esencia del poder, el origen, la fuente. A entender la sustancia de la magia. La entidad en todo y, sin embargo, de nada.

De niño, Kell había pasado tanto tiempo en el santuario como el que pasaba en el palacio, estudiando bajo supervisión de su tutor, el maestro Tieren —y siendo estudiado por él—. Aunque de vez en cuando visitaba el lugar, hacía años que no regresaba a quedarse (no desde que Rhy comenzó a hacer berrinches cada vez que Kell se ausentaba, insistiendo en que este último no fuese solo un visitante habitual sino también un miembro de la familia). Aun así, Tieren insistía en que siempre tendría una habitación allí, entonces Kell había tenido una puerta dibujada en su pared, marcada con un simple círculo de sangre con una X dibujada a través de este.

El símbolo del santuario.

Ahora él y Lila —con Rhy ensangrentado entre ellos— pasaron por esta a los tropezones, dejando atrás el esplendor y el caos actual del palacio, y entraron en una simple habitación de piedra.

La luz de una vela titilaba contra las paredes de roca pulida. La recámara en sí era estrecha, con techo alto y apenas amoblada. El santuario despreciaba las distracciones, por lo que las habitaciones privadas estaban provistas solo con lo esencial. Kell podía ser *aven* —bendito—, pero Tieren insistía en tratarlo como a cualquier otro estudiante (algo por lo que Kell

estaba agradecido). Como tal, su habitación no tenía ni más ni menos que las otras: un escritorio de madera contra una pared y un catre bajo contra la otra, con una pequeña mesa al lado. Sobre la mesa, encendida, como siempre, había una vela infinita. La habitación no tenía ventanas y solo había una puerta, y el aire mantenía el frescor de los lugares subterráneos, de las criptas.

Había un círculo grabado en el piso, con símbolos escritos alrededor de los bordes. Una esfera de amplificación destinada a la meditación. La sangre de Rhy trazó un camino a través de ella cuando Kell y Lila lo arrastraron hacia el catre. Lo acostaron ahí lo más cuidadosamente posible.

—Quédate conmigo —repetía Kell, pero los suaves «bueno» y «está bien» y «como quieras» habían dado paso al silencio y la respiración entrecortada.

¿Cuántos *As Hasari* había dicho Kell? Las palabras se habían convertido una vez más en un cántico susurrado en sus labios, en su cabeza y en los latidos de su corazón, pero Rhy no estaba sanando. ¿Cuánto tiempo hasta que la magia funcionara? Tenía que funcionar. El miedo escaló hacia la garganta de Kell. Debería haber mirado el arma de Astrid. Debería haber prestado atención al metal y las marcas que tenía. ¿Habría hecho algo para bloquear su magia? *¿Por qué no estaba funcionando*?

—Quédate conmigo —murmuró. Rhy había dejado de moverse. Sus ojos estaban cerrados y la tensión había dejado su mandíbula.

—Kell —dijo Lila con suavidad—. Creo que es demasiado tarde.

—No —dijo él, agarrando el catre—, no lo es. La magia solo necesita tiempo. Tú no entiendes cómo funciona.

—Kell.

—*Solo necesita tiempo*. —Kell presionó ambas manos contra el pecho de su hermano y reprimió el llanto. Ni subía ni bajaba. No podía sentir un latido bajo las costillas—. No puedo… —dijo, tomando aire por la boca como si también él estuviera falto de aire—. No puedo… —A Kell le tembló la voz y sus dedos se enredaron en la camisa ensangrentada de su hermano —. No puedo darme por vencido.

—Ya está —dijo Lila—. No hay nada que puedas hacer.

Pero eso no era verdad. Aún había algo. Todo el calor salió del cuerpo de Kell. Pero también la vacilación y la confusión y el miedo. Sabía qué hacer. Sabía qué *tenía* que hacer.

—Dame la piedra.

—No.

—Lila, dame la maldita piedra antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es *demasiado* tarde. Está…

—¡*No está muerto*! —espetó Kell. Estiró una mano, manchada y temblorosa—. Dámela.

La mano de Lila fue hacia un bolsillo y se quedó ahí.

—Hay una razón por la que la tengo yo, Kell —advirtió ella.

—Demonios, Lila. *Por favor.*

Dejó escapar un suspiro tembloroso y sacó la piedra. Él se la arrancó de los dedos, ignorando el pulso de poder que le recorría el brazo mientras se giraba hacia el cuerpo de Rhy.

—Me lo dijiste tú mismo, nada bueno puede salir de esto —dijo Lila, mientras Kell apoyaba la piedra sobre el corazón inerte de Rhy y presionaba una mano encima de esta—. Sé que estás mal, pero no puedes creer que esto…

Pero él no podía escucharla. Su voz se disolvió, junto con todo lo demás, cuando Kell se enfocó en la magia que le corría por las venas.

«Sálvalo», le ordenó a la piedra.

El poder trinó en su sangre y de debajo de sus dedos salió humo. Se enroscó hacia arriba por su brazo y alrededor de las costillas de Rhy, convirtiéndose en una cuerda ennegrecida al enredarse alrededor de ellos. Amarrándolos juntos. Atándolos. Pero Rhy aún yacía ahí, inmóvil.

«Mi vida es su vida», pensó Kell. «Su vida es mía. Amárrala a la mía y tráelo de regreso».

Pudo sentir la magia, hambrienta y deseosa, empujando contra él, intentando introducirse en su cuerpo, su poder, su fuerza vital. Y esta vez, la dejó entrar.

Apenas lo hizo, la cuerda negra se ajustó y el corazón de Kell dio un salto en su pecho. Se salteó un latido y el corazón de Rhy lo atrapó,

golpeando una vez bajo el contacto de Kell. Por un instante, todo lo que sintió fue alivio, alegría.

Luego, *dolor*.

Como si estuvieran desgarrándolo, un nervio a la vez. Kell gritó y se dobló hacia adelante sobre el príncipe, pero no lo soltó. La espalda de Rhy se arqueó debajo de su mano, oscuros remolinos de magia se ceñían alrededor de ellos. El dolor solo empeoró, tallándose con golpes ardientes en la piel de Kell, en su corazón, su vida.

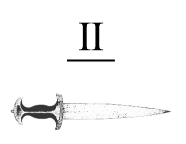
—¡Kell! —La voz de Lila atravesó la niebla y vio que ella se apresuraba hacia adelante, dio un paso y luego dos, ya estirada para detenerlo, para liberarlo del hechizo. «Detente», pensó. No lo dijo, no levantó ni un dedo, pero la magia estaba en su cabeza y escuchó su voluntad. Corrió a través de él y el humo se abalanzó y lanzó a Lila hacia atrás. Ella golpeó la pared de piedra con fuerza y cayó redonda al suelo.

Algo en Kell se agitó, lejano y silencioso. «Mal», susurró. «Esto está…». Pero otra oleada de dolor lo hizo tambalear. El poder se batía en sus venas y su cabeza fue a descansar sobre las costillas de su hermano, mientras el dolor lo desgarraba, piel y músculo, hueso y alma.

Rhy jadeó, al igual que Kell, su corazón saltó una vez más en su pecho.

Y luego se detuvo.

II



La habitación se quedó completamente quieta.

La mano de Kell se deslizó desde las costillas de Rhy y su cuerpo cayó desde el catre al piso de piedra con un golpazo tremendo. A Lila aún le zumbaban los oídos por la fuerza con que su cabeza había dado contra la pared. Con esfuerzo, se puso en cuatro patas y luego de pie.

Kell no se movía. No respiraba.

Yentonces, después de un momento que pareció durar horas, tomó una bocanada temblorosa de aire. Ylo mismo hizo Rhy.

Lila maldijo con alivio al arrodillarse junto a Kell. La camisa del *antari* estaba abierta, tenía el estómago y el pecho manchados de sangre, pero debajo de eso, grabado en su piel, había un símbolo negro, hecho de círculos concéntricos, directamente sobre su corazón. Lila levantó la vista al catre. Escrita sobre el pecho sangriento de Rhy, la misma marca.

—¿Qué has hecho? —susurró ella. No sabía mucho sobre magia, pero estaba bastante segura de que traer a alguien de regreso de la muerte estaba definitivamente en la columna de lo *malo*. Si todo lo que se hacía con magia venía con un precio, ¿qué le había costado esto a Kell?

Como si estuviera respondiendo la pregunta, sus ojos se abrieron. Lila sintió alivio al ver que uno de ellos seguía siendo azul. Había habido un instante, durante el hechizo, en el que ambos se habían vuelto completamente negros.

—Bienvenido —dijo ella.

Kell gimió y Lila lo ayudó a acomodarse en una posición de sentado sobre el piso frío de piedra. La atención de Kell fue hacia la cama, donde el pecho de Rhy subía y bajaba en un movimiento lento pero constante. Sus

ojos fueron de la marca en la piel del príncipe a la marca espejada en su propia piel, que tocó, e hizo un leve gesto de dolor.

—¿Qué hiciste? —preguntó Lila.

—Amarré la vida de Rhy a la mía —dijo con voz ronca—. Mientras yo sobreviva, también lo hará él.

—Eso parece un hechizo peligroso.

—No es un hechizo —dijo en voz baja. Ella no sabía si él no tenía la fuerza para hablar más fuerte o si tenía miedo de despertar a su hermano—. Se llama sello de almas. Los hechizos pueden romperse. Un sello de almas no. Es una pieza de magia permanente. Pero *esto* —agregó, rozando la marca —, esto es…

—¿Tabú?

—Imposible —replicó Kell—. Este tipo de magia… no existe.

Parecía aturdido y distante mientras se ponía de pie, y Lila se tensionó al ver que él aún estaba sosteniendo la piedra. Venas negras trazaban su brazo.

—Es necesario que sueltes eso ahora.

Kell bajó la vista, como si se hubiera olvidado de que la estaba sujetando. Pero cuando se las arregló para aflojar los dedos, el talismán no cayó. Hilos negros se prolongaban desde la roca, se retorcían hacia abajo por sus dedos y hacia arriba por su muñeca. Miró la piedra por un largo rato.

—Al parecer, no puedo — dijo finalmente.

—Eso es malo, ¿no?

—Sí —dijo, y su calma la preocupó más que cualquier otra cosa—, pero no tenía opción… Tuve que… —Se le apagó la voz al girar hacia Rhy.

—Kell, ¿estás bien? —Parecía una pregunta absurda, dadas las circunstancias, y Kell le lanzó una mirada que sugirió eso mismo, así que Lila agregó—: Cuando estabas haciendo ese hechizo, no eras *tú*.

—Bueno, ahora lo soy.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó, señalando la mano de Kell—. Porque eso es nuevo. —Kell frunció el entrecejo—. Esa roca es magia mala; tú mismo lo dijiste. Se alimenta de energía. De la gente. Y ahora se ató a ti.

No puedes decirme que eso no te preocupa.

—Lila —dijo él con un tono oscuro—, no podía dejarlo morir.

—Pero lo que has hecho en lugar de eso…

—Hice lo que tenía que hacer —dijo él—. Supongo que no importa. Ya estoy perdido.

Lila hizo un gesto de preocupación.

—¿Qué quieres decir con eso?

Los ojos de Kell se ablandaron un poco.

—Alguien tiene que regresar la piedra al Londres Negro, Lila. No es solo una cuestión de abrir una puerta y lanzar el objeto adentro. Tengo que *llevarla ahí dentro*. Tengo que entrar con ella. —Kell bajó la vista a la piedra que se ataba a su mano—. Nunca creí que podría regresar.

—Cielos, Kell —gruñó Lila—. Si no piensas molestarte en mantenerte vivo, entonces ¿qué sentido tiene? ¿Para qué demonios atas la vida de Rhy a la tuya si simplemente vas a tirarla a la basura?

Kell se encogió.

—Para que mientras yo viva, él también. Y no dije que planeaba morir.

—Pero acabas de decir…

—Dije que no voy a *regresar*. Los sellos sobre el Londres Negro están diseñados no tanto para evitar que alguien entre, sino más para evitar que alguien salga. No puedo desmontar los hechizos. Y aunque pudiera, no lo haría. Y con los hechizos intactos, aunque me las ingenie para hacer una puerta de *entrada* al Londres Negro, los sellos nunca me dejarán *salir*.

—Y no pensabas mencionar *nada* de todo esto. Simplemente ibas a dejar que te siguiera en un viaje de ida a…

—Dijiste que querías una aventura —espetó Kell—, y no, nunca fue mi intención dejarte…

Justo en ese momento la puerta se abrió de golpe. Kell y Lila se quedaron en silencio, su discusión aún hacía eco contra las paredes de la estrecha recámara de piedra.

Un hombre viejo estaba parado en el umbral de la puerta vestido con una bata negra, una mano contra el marco de la puerta y la otra sosteniendo una esfera de luz blanca pálida. No era viejo de una forma marchita. De hecho,

estaba parado derecho y con los hombros firmes, tan solo delataban su edad el cabello blanco y las profundas arrugas en su cara, remarcadas por las sombras proyectadas por la luz en su mano. Kell cerró su abrigo alrededor de sí y enterró su mano dañada en el bolsillo.

—Maestro Tieren —dijo de forma relajada, como si la informalidad en su voz pudiera tapar el hecho de que él y Lila estaban manchados de sangre y parados frente al cuerpo de un príncipe casi muerto.

—Kell —dijo el hombre, con el entrecejo muy fruncido—. *¿Kers la? Ir vanesh mer…* —Y entonces se le apagó la voz y miró a Lila. Sus ojos eran de un increíble azul claro; parecían atravesarla. Se le arrugó más la frente y luego comenzó a hablar de nuevo, esta vez en inglés. Como si pudiera saber, con tan solo una mirada, que ella no entendía, que no pertenecía aquí—. ¿Qué los trae por aquí? —preguntó, mirando a los dos.

—Dijiste que siempre tendría una habitación —respondió Kell, con cansancio—. Me temo que la necesito.

Dio un paso al costado para que el maestro Tieren pudiera ver al príncipe herido.

Los ojos del hombre se abrieron grandes y se tocó el labio con los dedos en un gesto como de rezo.

—¿Está…?

—Está vivo —dijo Kell, levantó la mano hacia su cuello para esconder la marca—. Pero el palacio está bajo ataque. No puedo explicar todo, no ahora, pero debes creerme, Tieren. Ha sido tomado por traidores. Están usando magia prohibida, han poseído los cuerpos y mentes de aquellos que los rodean. Nadie está a salvo, *ningún lugar* es seguro y no se puede confiar en nadie. —Estaba sin aire para cuando terminó de hablar.

Tieren cruzó hasta Kell con un puñado de pasos largos y lentos. Tomó el rostro de Kell en sus manos, en un gesto extrañamente íntimo, y miró en sus ojos, como había hecho con los de Lila, como si pudiera ver más allá de ellos.

—¿Qué te has hecho?

A Kell se le atragantó la voz.

—Solo lo que tenía que hacer. —Su abrigo se había abierto y la mirada

del hombre bajó hasta la marca ennegrecida sobre el corazón de Kell—. Por favor —rogó él, sonando asustado—, no hubiese traído el peligro a estos salones, pero no tuve otra opción.

El hombre dejó caer las manos.

—El santuario está protegido contra la oscuridad. El príncipe estará a salvo dentro de estas paredes.

El alivio barrió los rasgos de Kell. Tieren se dio vuelta para observar a Lila una segunda vez.

—No eres de aquí —dijo a modo de introducción.

Lila estiró la mano.

—Delilah Bard.

El hombre la tomó y algo parecido a un escalofrío, pero más cálido, pasó debajo de la piel de Lila y una calma se expandió a su paso.

—Soy el maestro Tieren —dijo—. Soy el *onase aven* (es decir, el sumo sacerdote) del Santuario de Londres. Y un sanador —agregó, como si estuviera explicando la sensación. Las manos se apartaron, y Tieren fue hacia el príncipe y apoyó sus dedos huesudos como si fueran una pluma sobre el pecho de Rhy—. Sus heridas son graves.

—Lo sé —dijo Kell temblando—. Las puedo sentir como si fueran mías.

Lila se tensionó, y la expresión de Tieren se oscureció.

—Entonces haré lo que pueda para aliviar su dolor y el tuyo.

Kell asintió con la cabeza agradecido.

—Es mi culpa —admitió—, pero arreglaré las cosas. —Tieren abrió la boca para hablar, pero Kell lo detuvo—. No puedo decirte —dijo—. Debo pedirte confianza además de discreción.

La boca de Tieren se volvió una línea delgada.

—Te llevaré a los túneles. Desde ahí serás capaz de encontrar tu camino. Adonde sea que necesites ir.



Kell había estado en silencio desde que dejó la pequeña habitación. No había sido capaz de mirar a su hermano, no había sido capaz de decir adiós,

solo había tragado saliva con fuerza y asentido y se había dado vuelta para seguir al maestro Tieren afuera. Lila se quedó atrás, quitando la sangre seca de los puños de su abrigo nuevo (supuso que habría tenido que ensuciarse las manos —y mangas— tarde o temprano). Mientras se abrían paso por las entrañas del santuario, ella observó a Kell y la forma en que su mirada estaba sobre Tieren, como deseando que el sacerdote dijese algo. Pero el sacerdote mantuvo la boca cerrada y los ojos hacia adelante, y con el tiempo los pasos de Kell comenzaron a rezagarse, hasta que él y Lila quedaron lado a lado en la estela del sumo sacerdote.

—La ropa va contigo —dijo Kell en voz baja—. Quiero saber ¿cómo terminaste con ellas?

Lila ladeó la cabeza.

—No la robé, si eso es lo que estás preguntando. La compré en el mercado de una mujer que se llama Calla.

Kell sonrió ligeramente ante el nombre.

—¿Y cómo pagaste?

—Aún no lo hice —replicó Lila—, pero eso no quiere decir que no lo haré. —Bajó la vista—. Aunque no sé cuándo tendré la oportunidad…

—La tendrás —dijo Kell—, porque te quedarás aquí.

—Claro que no —disparó Lila.

—El santuario te mantendrá a salvo.

—No me quedaré atrás.

Kell negó con la cabeza.

—La idea nunca fue que siguieras avanzando. Cuando dije que sí, lo dije con la intención de dejarte aquí, en mi ciudad, para que entregaras las noticias de mi destino al rey y la reina. —Lila respiró hondo, pero él sostuvo su mano sin lastimar en alto—. Y para mantenerte a salvo. El Londres Blanco no es un lugar para una ciudadana gris. No es un lugar para *nadie*.

—Seré yo quien juzgue eso —dijo ella—. Voy a ir contigo.

—Lila, esto no es un *juego*. Suficiente gente ha muerto y yo…

—Tienes razón, no es un juego —insistió Lila—. Es *estrategia*. Escuché lo que la reina dijo acerca de que la piedra está partida en dos. Es necesario que te deshagas de los *dos* pedazos, y ahora mismo solo tienes uno. El rey

blanco tiene el otro, ¿verdad? Lo que significa que tenemos trabajo que hacer. Y es *tenemos*, Kell. Dos de ellos significa que debe haber dos de nosotros también. Puedes ocuparte del rey y yo me encargaré de la reina.

—No eres rival para Astrid Dane.

—Dime, ¿subestimas a todo el mundo o solo a mí? ¿Es porque soy mujer?

—Es porque eres *humana* —ladró Kell—. Porque quizás seas el alma más valiente, osada, que haya conocido, pero sigues teniendo mucha carne y hueso y muy poco poder. Astrid Dane está hecha de magia y maldad.

—Sí, bueno, todo eso está muy bien, pero ella ni siquiera está *en* su cuerpo, ¿no? Está aquí, teniendo una gran experiencia en el Londres Rojo. Eso significa que debería ser un blanco fácil. —Lila le lanzó una sonrisa afilada—. Y quizás sea humana, pero he llegado hasta aquí.

Kell arrugó el entrecejo aún más.

«Es increíble —pensó Lila— que no tenga más arrugas».

—Así es —dijo él—, pero no más lejos.

—Hay poder en la chica —ofreció Tieren sin mirar hacia atrás.

Lila se alegró.

—¿Ves? —se jactó—. Te lo he estado diciendo desde el principio.

—¿Qué *clase* de poder? —preguntó Kell, levantando una ceja.

—No suenes tan escéptico —espetó Lila.

—Sin cultivar —dijo Tieren—. Sin atender. Sin despertar.

—Bueno, entonces, adelante, *onase aven* —dijo ella, estirando las manos hacia adelante—. Despiértelo.

Tieren echó una mirada hacia atrás y le ofreció un esbozo de sonrisa.

—Se despertará solo, Delilah Bard. Y si lo alimentas, crecerá.

—Viene de otro Londres —dijo Kell. Tieren no mostró sorpresa alguna —. El que no tiene magia.

—Ningún Londres carece de magia, en verdad —observó el sacerdote.

—Y humana o no —agregó Lila bruscamente—, quisiera recordarte que todavía sigues vivo gracias a *mí*. *Yo* soy la razón por la que la reina blanca no está usándote de abrigo. *Y* tengo algo que necesitas.

—¿Qué?

Lila sacó la torre blanca de su bolsillo.

—La llave.

Los ojos de Kell se abrieron una fracción por la sorpresa y luego se entrecerraron.

—¿Realmente crees que podrías mantenerla lejos de mí si quisiera tomarla?

En un instante, Lila tenía la torre en una mano y su cuchillo en la otra. Los nudillos de metal de la empuñadura brillaron bajo la luz de la vela, mientras la piedra emitía un zumbido bajo y constante, como si le susurrara a Kell.

—Inténtalo —dijo ella con desdén.

Kell se detuvo y la miró.

—¿Qué sucede contigo? —preguntó él, y sonó realmente perplejo—. ¿Tan poco te importa tu vida que estás dispuesta a tirarla por la borda por unas pocas horas de aventura y una muerte violenta?

Lila frunció el entrecejo. Admitía que, al principio, todo lo que quería era una aventura, pero no era por eso que estaba insistiendo ahora. La verdad era que había visto el cambio en Kell, había visto la sombra que cruzó por sus ojos cuando invocó esa magia astuta y maldita, había visto cuán difícil había sido para él volver en sí. Cada vez que usaba la piedra, parecía perder una parte más grande de sí. Así que no, Lila no iba con él solo para satisfacer una especie de sed de peligro. Yno iba con él solo para hacerle compañía. Iba porque ambos habían llegado hasta aquí y porque tenía miedo de que él no lo lograra, no si iba solo.

—Es un tema mío cómo quiero pasar mi vida —dijo ella—. Yno la pasaré aquí, sin importar cuán agradable sea tu ciudad o cuánto más seguro sea quedarme. Teníamos un trato, Kell. Yahora tienes a Tieren para proteger tu historia y sanar a tu hermano. No le sirvo para nada. Déjame que te sea útil a ti.

Kell la miró a los ojos.

—Quedarás atrapada ahí —advirtió— cuando todo termine.

Lila tembló.

—Quizás —dijo—, o quizás vaya contigo hasta el fin del mundo.

Después de todo, me has generado curiosidad.

—Lila… —Los ojos de Kell estaban oscurecidos con dolor y preocupación, pero ella solo sonrió.

—Una aventura a la vez —dijo ella.

Llegaron al final del túnel y Tieren abrió de un empujón un par de verjas de metal. El río rojo resplandeció ante ellos desde abajo. Estaban parados sobre la orilla norte, el palacio centelleaba en la distancia, aún rodeado por la luz de las estrellas, como si nada pasara.

Tieren llevó la mano al hombro de Kell y murmuró algo en arnesiano antes de agregar en inglés:

—Que los Santos y la fuente de todo esté con ambos.

Kell asintió con la cabeza y tomó la mano del sacerdote en la suya que estaba ilesa antes de salir al anochecer. Pero cuando Lila iba a seguirlo, Tieren la tomó del brazo. Entrecerró los ojos para mirarla, como si estuviera buscando un secreto.

—¿Qué? —preguntó Lila.

—¿Cómo lo perdiste? —preguntó el sacerdote.

Lila frunció el entrecejo.

—¿Perder qué?

Los avejentados dedos de Tieren se posaron bajo el mentón de Lila.

—Tu ojo.

Lila apartó su rostro de la mano de Tieren y su mano fue hacia el más oscuro de sus ojos marrones. El que estaba hecho de vidrio. Pocas personas lo notaban. El cabello le cruzaba el rostro en una línea marcada, e incluso cuando alguien la miraba a los ojos, rara vez le sostenía la mirada lo suficiente para percibir la diferencia.

—No recuerdo —dijo. No era mentira—. Era una niña y fue un accidente, según me dijeron.

—Hmm —dijo Tieren, pensativo—. ¿Kell sabe?

La frente de Lila se arrugó aún más.

—¿Acaso importa?

Después de un largo rato, el anciano ladeó la cabeza.

—Supongo que no —dijo.

Kell miraba hacia atrás a Lila, estaba esperándola.

—Si la oscuridad se apodera de él —dijo Tieren en voz baja—, debes acabar con su vida. —La miró. La atravesó con la mirada—. ¿Crees que puedes hacerlo?

Lila no sabía si él quería saber si tenía la fuerza o la voluntad.

—Si él muere —dijo—, también morirá Rhy.

Tieren suspiró.

—Entonces el mundo será como debe ser —dijo el sacerdote con tristeza —. En vez de como es.

Lila tragó saliva y asintió con la cabeza, y luego fue a reunirse con Kell.

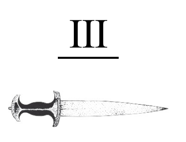
—¿Al Londres Blanco, entonces? —preguntó ella al alcanzarlo, ofreciéndole la torre blanca. Kell no se movió. Estaba mirando fijamente el río y el palacio que lo cruzaba. Ella pensó que quizás él estaba internalizando su Londres, su hogar, diciendo adiós, pero luego él habló.

—El esqueleto es el mismo en todos los mundos —dijo, señalando la ciudad—, pero el resto será diferente. Tan diferente como este mundo es del tuyo. —Señaló el otro lado del río y hacia el centro de Londres—. Adonde vamos, el castillo está ahí. Athos y Astrid también estarán ahí. Una vez que crucemos, mantente cerca. No abandones mi lado. Es de noche aquí, lo que significa que también lo es en el Londres Blanco, y la ciudad está llena de sombras. —Kell miró a Lila—. Aún puedes cambiar de opinión.

Lila se enderezó y levantó el cuello de su abrigo. Sonrió.

—De ninguna manera.

III



El palacio estaba en un estado de agitación.

Los invitados se vertían, confundidos y preocupados, por las grandes escaleras, guiados por los guardias reales. Los rumores se expandían rápido por la multitud, rumores de violencia y muerte y miembros reales heridos. Palabras como *traición* y *golpe de Estado* y *magnicidio* llenaban el aire, alimentando la histeria.

Alguien aseguró que un guardia había sido asesinado. Otro dijo que había visto caer a ese guardia desde el balcón del príncipe al patio debajo. Otro aún decía que una mujer de vestido verde había robado un collar de la horripilante escena y había salido corriendo adentro del palacio. Otro insistía en que la había visto lanzar el colgante a las manos de otro guardia y luego colapsar a sus pies. El guardia ni siquiera había pedido ayuda. Simplemente se había ido hacia los aposentos reales.

Hacia allí se habían retirado el rey y la reina, con una extraña calma que no había hecho otra cosa que sumar más confusión a los invitados. La guardia había desaparecido a sus habitaciones y, momentos después, el rey aparentemente había salido disparado, su calma abandonada, para gritar «traición». Aseguró que el príncipe había sido apuñalado y que Kell era el culpable y exigía que el *antari* fuese arrestado. Y justo así, la confusión se quebró en pánico y el caos se expandió como humo en la noche.

Para cuando las botas de Gen se acercaron al palacio, las escaleras estaban inundadas de invitados inquietos. La cosa dentro de la armadura de Gen elevó los ojos negros a las luces del baile y los cuerpos que se abrían paso a los empujones. No era el caos lo que lo atraía hacia allí. Era el aroma. Alguien había usado magia poderosa, magia hermosa, y tenía la intención

de averiguar quién.

Se dirigió hacia las escaleras, empujando contra los nerviosos invitados. Nadie parecía notar que su armadura estaba desgarrada, arrancada a la altura del corazón, una mancha como de cera negra le atravesaba el frente. Tampoco notaron la sangre —la sangre de Parrish— salpicada contra el metal.

Cuando llegó a la cima de las escaleras, respiró hondo y sonrió; la noche se cernía llena de pánico y poder, energía que llenaba sus pulmones, avivándolo como brasas. Podía oler la magia ahora. Podía *saborearla*.

Yestaba hambriento.

Había escogido su último caparazón bastante bien; los guardias, en la conmoción, lo dejaron pasar. No fue sino hasta que estuvo dentro, más allá del vestíbulo lleno de flores y caminado a través del salón de baile vacío, que una figura con casco lo detuvo.

—Gen —lo urgió el guardia—, ¿dónde has…? —Pero las palabras murieron en la garganta del guardia cuando vio los ojos del sujeto—. *Mas aven*…

La grosería fue interrumpida por la espada de Gen, que atravesó la armadura y penetró entre las costillas. El guardia tomó un único y tembloroso respiro e intentó gritar, pero la espada lo cortó de costado y hacia arriba, y el aire murió en su garganta. Bajando lentamente el cuerpo, la cosa vestida en la piel de Gen enfundó nuevamente su arma y le quitó el casco al guardia para ponérselo en la cabeza. Cuando bajó el visor, sus ojos negros no eran más que un brillo tras la hendidura metálica.

Sonaban pasos a través del palacio y gritos con órdenes hacían eco desde arriba. Se enderezó. El aire estaba lleno de sangre y magia, y fue a encontrar su fuente.



La piedra aún cantaba en la mano de Kell, pero no de la misma manera que antes. Ahora la melodía, el aleteo de poder, parecía estar cantando en sus huesos, en vez de sobre ellos. En todo momento, lo sentía en los latidos de

su corazón y en la cabeza. Con ello vino una extraña tranquilidad, una calma, una en la que confiaba menos que en la explosión inicial de poder. La calma le decía que todo estaría bien. Arrullaba y confortaba y estabilizaba su corazón y hacía que Kell se olvidara de que había algo mal, lo hacía olvidar que estaba sosteniendo la piedra. Eso era lo peor. Estaba atada a su mano y sin embargo flotaba en las afueras de sus sentidos; tenía que luchar para recordar que estaba ahí con él. *Dentro* de él. Cada vez que lo recordaba, era como despertar de un sueño, lleno de pánico y miedo, solo para ser arrastrado al sueño otra vez. En esos breves momentos de claridad, quería liberarse, rasgar o romper o desgarrar o cortar la piedra de su piel. Pero no lo hizo, porque compitiendo con esa urgencia de desprenderse de ella estaba el deseo opuesto, igual de fuerte, de mantenerla cerca, de aferrarse a su calor como si estuviera muriendo de frío. *Necesitaba* su fuerza. Ahora más que nunca.

Kell no quería que Lila viera lo asustado que estaba, aunque creyó que ella igual lo veía.

Habían serpenteado nuevamente hacia el centro de la ciudad, las calles estaban casi desiertas de este lado del río, pero aún tenían que cruzar alguno de los puentes que atravesaban el Isle. Era demasiado peligroso, era exponerse demasiado. Especialmente desde que, mitad de camino hacia allí, el rostro de Kell había reaparecido en las tablas de adivinación que había en las calles.

Solo que esta vez en lugar de decir:

DESAPARECIDO

Ahora decía:

BUSCADO

Por *traición*, *homicidio* y *secuestro*.

El pecho de Kell se contrajo ante las acusaciones y se aferró al hecho de que Rhy estaba a salvo —tan a salvo como podía estar—. Los dedos se le fueron a la marca sobre su corazón; si se concentraba, podía sentir el eco del pulso de Rhy, pulsaciones una fracción de segundo después de las suyas.

Miró alrededor, intentando ver las calles no solo como eran aquí, sino

cómo serían en el Londres Blanco, superponiendo las imágenes en su mente.

—Esto tendrá que funcionar —dijo.

Donde estaban parados ahora, en la boca de un callejón frente a una hilera de barcos —Lila los había observado con un ojo examinador—, estarían parados frente a un puente en la ciudad siguiente. Un puente que llevaba a una calle que terminaba contra los muros del castillo blanco. Mientras caminaban, Kell le había descripto a Lila los peligros del otro Londres, desde los reyes mellizos a su población famélica y sedienta de poder. Y luego le había descripto el castillo y el esqueleto de su plan, porque huesos era todo lo que tenía ahora.

Huesos y esperanza. Esperanza de que lo lograran, de que él sería capaz de aferrarse a sí mismo lo suficiente como para vencer a Athos y recuperar la segunda mitad de la piedra y luego…

Kell cerró los ojos y respiró hondo para estabilizarse. «Una aventura a la vez». Las palabras de Lila se repitieron en su mente.

—¿Qué estamos esperando?

Lila estaba apoyada contra la pared. Les dio unos golpecitos a los ladrillos.

—Vamos, Kell. Hora de hacer la puerta. —Y el aire relajado de Lila, su energía desafiante, la manera en que, incluso ahora, no parecía preocupada ni asustada lo *entusiasmó*, le dio fuerza.

La herida en la palma de su mano, aunque parcialmente oscurecida por la piedra negra, aún estaba fresca. Tocó el corte con el dedo y dibujó una marca en la pared de ladrillos que estaba frente a ellos. Lila le tomó la mano, palma contra palma, con la piedra aún cantando entre ellos, y le ofreció la torre blanca. Él la llevó a la sangre en la pared y se tragó los nervios.

—*As Travars* —comandó. Y el mundo se difuminó y se oscureció alrededor de ellos al dar un paso adelante y atravesar la entrada recién tallada.

O al menos, así es como debió haber pasado.

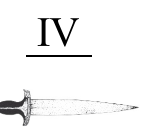
Pero a la mitad del paso, una fuerza empujó a Kell hacia atrás, rompiendo el enlace entre la mano de Lila y la de él al arrancarlo hacia afuera del

espacio entre mundos y de nuevo a la dura calle de piedra del Londres Rojo. Kell parpadeó hacia el cielo nocturno, aturdido, y después se dio cuenta de que no estaba solo. Alguien estaba cernido sobre él. Al principio, la figura no era más que una sombra que se arremangaba. Y luego Kell vio el círculo plateado que brillaba en su cuello.

Holland bajó la vista hacia él y frunció el entrecejo.

—¿Te vas tan pronto?

IV



Las botas negras de Lila aterrizaron en la calle pálida. La cabeza le dio vueltas levemente por el cambio repentino y ella se estabilizó apoyándose contra la pared. Escuchó el sonido de los pasos de Kell detrás de ella.

—Bueno, esto es mejor —dijo, dándose vuelta—. Al menos estamos en el mismo lugar esta…

Pero él no estaba ahí.

Estaba parada sobre la vereda frente al puente, el castillo blanco se alzaba a la distancia detrás del río, que no era ni gris ni rojo, sino un tramo de agua perlada y medio congelada que resplandecía débilmente en la oscuridad.

Algo brillaba cerca de su pie y bajó la mirada para encontrar en el piso la torre blanca, cuya superficie aún estaba salpicada con la sangre de Kell. Pero Kell no estaba. Levantó el souvenir y se lo guardó en el bolsillo, tratando de tragarse los nervios que comenzaba a sentir.

Cerca, un perro famélico la miraba con ojos vacíos.

Y luego, rápidamente, Lila tomó conciencia de otros ojos. En ventanas y umbrales, en las sombras entre charcos de luz pálida. Su mano se fue hacia el cuchillo con nudillos metálicos.

—¿Kell? —lo llamó en voz baja, pero no hubo respuesta. Quizá fuera como la última vez. Quizá simplemente habían sido separados y él estaba abriéndose camino hacia ella ahora. Quizá, pero Lila había sentido un extraño tirón al pasar, había sentido que la mano de él desaparecía de la suya demasiado pronto.

Había eco de pasos y ella se dio vuelta lentamente, pero no vio a nadie.

Kell le había advertido sobre este mundo —lo había calificado como

peligroso—, pero tanto del mundo de Lila cabía en ese término que ella no le había dado demasiada importancia. Después de todo, él había crecido en un palacio y ella en las calles, y Lila pensó que sabía bastante más sobre callejones riesgosos y hombres amenazantes que Kell. Ahora, ahí parada, sola, Lila comenzaba a pensar que no le había dado demasiado crédito. Cualquiera —incluso alguien de alta alcurnia— podía ver el peligro aquí. Podía olerlo. Muerte y cenizas y aire invernal.

Tembló. No solo de frío, sino también de miedo. Una sensación que le llegaba a los huesos de que había algo *malo*. Era como mirar el ojo negro de Holland. Por primera vez, Lila deseó tener más cuchillos y el revólver.

—*Övos norevjk* —vino una voz desde la derecha, y se dio vuelta para ver a un hombre pelado con cada centímetro de piel expuesto cubierto de tatuajes, desde la coronilla de su cabeza hasta los dedos. Lo que fuera que estaba diciendo no sonaba como arnesiano. Era brusco y gutural y aunque no conocía las palabras, podía entender el tono, y este no le gustó.

—*Tovach ös mostevna* —dijo otro, que apareció a su izquierda, cuya piel parecía un pergamino.

El primer sujeto soltó una risita. El segundo chistó.

Lila sacó el cuchillo.

—No se acerquen —ordenó, con la esperanza de que su gesto compensara cualquier barrera idiomática.

Los hombres intercambiaron una mirada y luego desenvainaron sus propias armas.

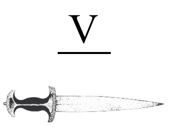
Una brisa fría atravesó la noche y Lila luchó contra un escalofrío. Los hombres lanzaron sonrisas putrefactas. Ella bajó el cuchillo. Yentonces, con un movimiento fluido, sacó el revólver de su cinturón, lo levantó y le disparó al primer hombre entre los ojos. Este cayó como un saco de piedras, y Lila sonrió antes de percatarse de cuán fuerte había sonado el tiro. No se había dado cuenta de cuán silenciosa era la ciudad hasta que sonó su disparo, cuyo estruendo se expandió por las calles. Alrededor de ellos, comenzaron a abrirse puertas. Las sombras se movían. Susurros y murmullos venían de las esquinas de la calle; primero uno, luego dos, luego media docena.

El segundo hombre, el que tenía la piel de pergamino, miró al muerto y después a Lila. Comenzó a hablar otra vez en un gruñido bajo y amenazante, y Lila se alegró de no hablar su idioma. No quería saber qué estaba diciendo.

Destellos de energía oscura crujieron en el aire que rodeaba el cuchillo del hombre. Ella podía sentir que había gente moviéndose detrás, sombras que tomaban forma de personas, sombrías y grises.

«Vamos, Kell», pensó mientras alzaba el arma otra vez. «¿Dónde estás?».

V



—Déjame pasar —dijo Kell.

Holland tan solo levantó una ceja.

—Por favor —dijo Kell—, puedo acabar con esto.

—¿Puedes? —desafió Holland—. No creo que esté en ti. —Su mirada fue hacia la mano de Kell, la magia oscura se retorcía alrededor de ella—. Te lo advertí, con la magia no se trata de equilibrio. Se trata de dominio. Tú la controlas o ella te controla a ti.

—Aún estoy en control —dijo Kell con los dientes apretados.

—No —dijo Holland—, no lo estás. Cuando dejas que la magia entre, ya has perdido.

Kell sintió una opresión en el pecho.

—No quiero pelear contigo, Holland.

—No tienes otra opción. —Holland usaba un anillo afilado en una mano y ahora lo usó para cortar una línea en la palma de su mano. La sangre cayó a la calle—. *As Isera* —dijo suavemente. *Congelar*.

Las gotas oscuras golpearon el suelo y se convirtieron en hielo negro, que se disparó hacia adelante por la calle. Kell intentó retroceder, pero el hielo se movía demasiado rápido y en cuestión de segundos, estaba parado sobre este y luchando por no perder el equilibrio.

—¿Sabes qué es lo que te hace débil? —dijo Holland—. Nunca tuviste que ser fuerte. Nunca tuviste que esforzarte. Nunca tuviste que luchar. Y definitivamente nunca tuviste que pelear por tu *vida*. Pero eso cambia esta noche, Kell. Esta noche, si no peleas, *vas* a morir. Y si tú…

Kell no esperó a que él terminara. Una repentina ráfaga de viento se batió hacia adelante y casi hizo que Kell perdiera el equilibrio al avanzar

como un ciclón hacia Holland. Rodeó al *antari* blanco y pareció tragárselo. El viento silbaba, pero a través de él, Kell podía oír un sonido bajo y acechante. Y luego se dio cuenta de que era una risa.

Holland se estaba riendo.

Un momento después, apareció la mano ensangrentada de Holland partiendo la pared del ciclón y luego el resto de su cuerpo lo atravesó, la columna de viento derrumbándose a su paso.

—El aire no se puede afilar —lo reprendió Holland—. No puede lastimar. No puede matar. Deberías elegir tus elementos con más cuidado. Observa.

Holland se movió con una rapidez tan ligera que seguir sus movimientos era difícil, mucho más seguirle el ritmo. En un único movimiento fluido, se dejó caer sobre una rodilla y tocó el suelo y dijo «*As Steno*».

Quebrar.

El adoquín debajo de la palma de su mano se quebró en decenas de astillas afiladas y, al pararse, las astillas subieron con él, flotando en el aire de la forma como lo habían hecho los clavos en el callejón. Giró la muñeca con rapidez y las astillas se dispararon hacia adelante por el aire hacia Kell. La piedra cantó en advertencia y Kell apenas tuvo tiempo para alzar la mano, el talismán brillando en ella, y decir: «Alto».

El humo se lanzó hacia adelante, atrapó las esquirlas a mitad de camino y las pulverizó. El poder se disparó a través de Kell con el comando, seguido instantáneamente por algo más oscuro, más frío. La sensación lo hizo lanzar un grito ahogado. Podía sentir la magia pasando sobre su piel, y debajo de esta, y le ordenó que se detuviera, la empujó con todas sus fuerzas para que retrocediera mientras el humo se disolvía.

Holland estaba negando con la cabeza.

—Adelante, Kell. Usa la piedra. Te consumirá más rápido, pero quizá ganes.

Kell maldijo en voz baja y volvió a invocar un ciclón, esta vez frente a él. Chasqueó los dedos de la mano sin piedra. Una llama apareció en la palma y cuando tocó el remolino de aire con ella, este la tomó y el viento se envolvió con el fuego. El ciclón fogoso atravesó el suelo ardiendo y derritió el hielo al embestir contra Holland, quien lanzó la mano hacia adelante e hizo que el

suelo se levantara como escudo, y luego, en cuanto la llama desapareció, envió otra pared de piedra disparada hacia Kell. Este levantó las manos para luchar por el control sobre las rocas y se dio cuenta, demasiado tarde, de que solo eran una distracción para que no notara el arco de agua que como ola lo golpeó desde atrás.

La oleada del río estrelló contra Kell y lo dejó en cuatro patas, pero antes de que pudiera recuperarse, lo levantó y se retorció alrededor de él. En pocos segundos, Kell quedó atrapado por la ola y boqueando en busca de aire, antes de que se lo tragara por completo. Luchó, sujeto por la fuerza del agua.

—Astrid te quería vivo —dijo Holland, que sacó la cuchilla curva de debajo de su abrigo—. Insistió en eso. —Su mano libre se cerró en puño y el agua apretó con más fuerza a Kell, exprimiendo todo el aire de sus pulmones—. Pero estoy seguro de que entenderá si no tengo otra opción más que matarte para recuperar la piedra.

Holland avanzó hacia él con pasos largos y medidos por el piso congelado, la cuchilla curva colgada a su lado, y Kell se retorció y se agitó en busca de algo, algo que pudiera usar. Quiso llamar al cuchillo en manos de Holland, pero el metal estaba protegido y ni siquiera tembló. Kell se estaba quedando sin aire y Holland estaba casi sobre él. Yentonces por la pared de agua vio la imagen oscilante de suministros para barcos, una pila de tablones y mástiles y el metal oscuro de cadenas retorcidas en postes al lado del puente.

Los dedos de Kell se sacudieron y el conjunto de cadenas más cercano voló hasta envolver la muñeca de Holland, lo que lo hizo perder foco. El agua perdió su forma y se desmoronó y Kell cayó hacia adelante al suelo, completamente empapado y boqueando para recuperar el aire. Holland aún estaba tratando de liberarse y Kell sabía que no podía darse el lujo de vacilar. Otro conjunto de cadenas, de otro poste, se enroscó como una serpiente alrededor de la pierna del *antari* blanco hasta su cintura. Holland se movió para lanzar la cuchilla curva, pero un tercer conjunto de cadenas le atrapó el brazo y lo estrujó. No se mantendría así, no demasiado tiempo. Kell llamó un mástil de metal desde el piso del muelle y este voló por el aire,

donde quedó flotando unos metros detrás de Holland.

—No puedo dejarte ganar —dijo Kell.

—Entonces, mejor me matas —gruñó Holland—. Si no lo haces, nunca acabará.

Kell sacó el cuchillo de su antebrazo y lo levantó como si fuera a atacar.

—Vas a tener que esforzarte más —dijo Holland y la mano de Kell se detuvo, sus huesos inmovilizados por voluntad del otro *antari*. Era exactamente lo que Kell estaba esperando. En cuanto Holland se enfocó en el cuchillo, Kell atacó, no desde el frente, sino de atrás, llamando a la barra de metal para que avanzara con toda su fuerza.

Esta se disparó por el aire y encontró su objetivo, golpeó a Holland en la espalda con la fuerza suficiente como para perforar capa, piel y hueso. Salió por el pecho de Holland, metal y sangre oscureciendo el sello cicatrizado sobre su corazón. El broche circular de plata se quebró y salió volando, la media capa cayó desde los hombros de Holland al tiempo que a este se le doblaban las rodillas.

Kell se tambaleó al derrumbarse Holland a la calle mojada. Una tristeza horrible le recorrió el cuerpo cuando cruzó hacia el *antari* blanco. Habían sido dos iguales, dos de la misma estirpe en extinción. Ahora él era el único. Y pronto, no habría ninguno. Quizás así era como debía ser. Como era necesario que fuera.

Kell envolvió con los dedos la barra de metal ensangrentada y la sacó del pecho de Holland. Lanzó el mástil a un lado, el sonido agudo de este rodando por la calle era como un latido que iba debilitándose. Kell se arrodilló al lado del cuerpo de Holland mientras la sangre comenzaba a acumularse debajo de él. Cuando lo tocó en busca de un pulso, encontró que había uno. Pero era superficial e iba debilitándose.

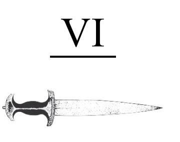
—Lo siento —dijo. Parecía estúpido e inútil decirlo, pero la mordacidad había desaparecido de su enojo, y su tristeza, su miedo, su pérdida (todo) habían menguado en un dolor fijo, uno del que sintió que quizás nunca podría librarse. Se estiró hacia la garganta del *antari* y encontró un souvenir del Londres Blanco en un cordón alrededor de su cuello.

Holland *sabía*. Había visto venir el ataque y no lo había detenido. El

instante previo a que el metal lo golpeara de atrás, Holland había dejado de pelear. Fue solo un segundo, una fracción de un respiro, pero había sido suficiente para darle a Kell la ventaja, la oportunidad. Y en el fragmento de tiempo después de que el metal le atravesara el cuerpo y antes de que cayera, no fue ni ira ni dolor lo que cruzó por su rostro. Era alivio.

Kell arrancó el cordón y se enderezó, pero no pudo convencerse de dejar al *antari* ahí, en la calle. Miró desde el souvenir a la pared que lo esperaba y luego levantó el cuerpo de Holland a rastras para ponerlo de pie.

VI



Lo primero que vio Kell cuando dio un paso adentro del Londres Blanco fue a Lila blandiendo dos cuchillos, ambos ensangrentados. Se las había ingeniado para abrirse paso a las cuchilladas a través de varios hombres —cuyos cuerpos ensuciaban la calle—, pero cuatro o cinco la estaban rodeando y más se mantenían atrás y miraban con ojos hambrientos y susurraban en su lengua gutural.

—*Hermosa sangre roja.*

—*Huele a magia.*

—*Destrípenla.*

—*Vean qué hay dentro.*

Kell dejó el cuerpo de Holland en el piso y dio un paso adelante.

—¡*Vös rensk torejk*! —bramó, haciendo retumbar el suelo por si acaso. *Aléjense de ella*.

Una corriente se propagó entre la multitud cuando lo vieron. Algunos huyeron, pero otros, demasiado curiosos, solo dieron uno o dos pasos atrás. En cuanto Lila lo vio, entrecerró los ojos.

—Llegas *muy, muy* tarde —gruñó. Su calma usual se había resquebrajado y, debajo, se veía tensa de miedo—. ¿Ypor qué estás mojado? —Kell bajó la vista a sus prendas empapadas. Pasó las manos a lo largo de ellas, llamando al agua a que saliera, y un momento después, estaba seco salvo por el charco bajo sus botas.

—Me encontré con un obstáculo —dijo, señalando hacia atrás a Holland. Pero varios ciudadanos de ojos oscuros ya estaban comenzando a investigar el cuerpo. Uno de ellos sacó un cuchillo y lo presionó contra la muñeca del agonizante *antari*.

—Alto —ordenó Kell, golpeando a los asaltantes con una ráfaga de viento. Levantó al *antari* sobre sus hombros.

—Déjalo —escupió Lila—. Deja que lo raigan hasta los huesos.

Pero Kell negó con la cabeza.

—Si no los dejas —dijo ella—, raerán los *nuestros*.

Kell se dio vuelta y vio a hombres y mujeres cerrándose alrededor de ellos.

La gente del Londres Blanco sabía las órdenes, sabía que los Dane degollarían a cualquiera que tocase a su invitado de tierras remotas, pero era de noche y la atracción de magia fresca y el estado indefenso de Holland —«Déjame hacer una corona con él», murmuró uno; «Apuesto a que aún queda sangre», dijo otro— parecía haberles quitado la razón. Lila y Kell retrocedieron hasta que sus talones chocaron con el puente.

—¿Lila? —dijo Kell mientras se retiraban por ahí.

—¿Sí? —dijo ella, en voz baja y tensa.

—*Corre*.

Ella no dudó, sino que se dio vuelta y salió disparada por el puente. La mano de Kell se alzó rápida y con ella, una pared de piedra, una barricada que les daría tiempo. Y luego él también se echó a correr. Tan rápido como podía, con el cuerpo de Holland sobre sus hombros estrechos y la magia negra circulando por sus venas.

Kell estaba a mitad del puente —y Lila casi ya del otro lado— cuando los plebeyos finalmente tiraron abajo la pared y corrieron tras ellos por la estructura. En cuanto llegó a la orilla opuesta, Kell bajó hasta el suelo y tocó con la mano sangrienta el piso del puente.

—*As Steno* —comandó, igual que como Holland había hecho, y de inmediato el puente comenzó a derrumbarse, sumergiendo piedras y cuerpos en el glacial Sijlt. Kell se esforzó para recuperar el aire, las pulsaciones le golpeaban los oídos. Lila estaba parada al lado de él, mirando con furia el cuerpo de Holland.

—¿Está muerto?

—Casi —dijo Kell, poniéndose de pie, acarreando el cuerpo del *antari* consigo.

—Espero que lo hayas hecho sufrir —escupió ella, que giró hacia el acechante castillo.

«No», pensó Kell al avanzar. «Ya había sufrido suficiente tiempo».

Podía sentir que la gente los observaba mientras serpenteaban por las calles, pero nadie salió de su casa. Estaban demasiado cerca del castillo ahora, y el castillo tenía ojos. Pronto se cernió ante ellos, la ciudadela de piedra detrás del muro elevado; el arco de entrada, como una boca abierta, llevaba al patio oscurecido y sus estatuas.

La piedra zumbaba contra la mano de Kell y este se dio cuenta de que ahora no solo lo llamaba a él. Estaba llamando a su otra mitad. Al lado de él, Lila desenvainó otra cuchilla de debajo de su abrigo. Pero esta no era una cuchilla ordinaria. Era una media espada del Londres Rojo.

Kell se quedó boquiabierto.

—¿Dónde conseguiste eso? —preguntó.

—Se la birlé al guardia que intentó matarme —dijo ella, admirando el arma. Él podía ver las marcas grabadas a lo largo de la hoja. El metal que deshacía la magia—. Como dije, nunca se tienen demasiados cuchillos.

Kell estiró la mano.

—¿Puedes prestármela?

Lila lo observó un momento, luego se encogió de hombros y se la dio. Kell tocó la empuñadura mientras ella sacaba su pistola y comenzaba a recargarla.

—¿Estás listo? —preguntó ella, haciendo girar la recámara.

Kell miró por la verja al castillo que los esperaba.

—No.

Ante eso, ella le ofreció el contorno más filoso de una sonrisa.

—Bien —dijo ella—. Los que creen que están listos siempre terminan muertos.

Kell esbozó una sonrisa.

—Gracias, Lila.

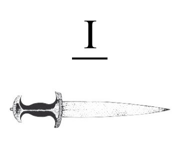
—¿Por qué?

Pero Kell no respondió, solo dio un paso adelante hacia la oscuridad que los esperaba.

TRECE

EL REY QUE ESPERA

I



Una nube de humo negro flotaba en el aire de la habitación del trono blanco, una mancha de noche contra el fondo blanco. Sus bordes, desgastados y curvos y borrosos, pero su centro era liso y brillante, como el fragmento de piedra en la mano de Athos o la superficie de una tabla de adivinación, que era exactamente lo que el rey había invocado con ella.

Athos Dane estaba sentado en su trono, el cuerpo de su hermana, en su propia silla al lado de él. Dio vuelta la piedra en su mano y observó la imagen en movimiento de Kell y su compañera pasando al patio de su castillo.

Allí adonde la otra mitad de la piedra había ido, allí también había estado su mirada.

El Londres más lejano no había sido más que un borrón, pero a medida que Kell y su compañera habían viajado más cerca, la imagen en la superficie había aumentado su nitidez y definición. Athos había observado cómo se desarrollaban los eventos por las varias ciudades: la huida de Kell, la astucia de la muchacha, el fracaso de su sirviente y la estupidez de su hermana, el príncipe herido y la matanza del *antari*.

Sus dedos apretaron con más fuerza el talismán.

Athos había visto cómo todo se desarrollaba con una mezcla de diversión e irritación y, lo reconocía, excitación. Se enfureció por la pérdida de Holland, pero un pico de placer corrió por él al pensar en matar a Kell.

Astrid se enfurecería.

Athos giró la cabeza y consideró el cuerpo de su hermana, apoyado sobre su trono, con el amuleto palpitando en su garganta. A un Londres de distancia, quizás aún estuviese sembrando caos, pero aquí estaba sentada

inmóvil y pálida como la escultura de piedra al lado de ella. Tenía las manos posadas sobre los apoyabrazos de la silla y mechones de cabello blanco le caían sobre los ojos, que estaban cerrados. Athos chistó a su hermana.

—*Ös vosa nochten* —dijo él—. Deberías haberme dejado ir al baile de máscaras a mí. Ahora mi juguete está muerto y el tuyo ha hecho un lío tremendo. ¿Qué tienes para decir a tu favor?

Obviamente, ella no respondió.

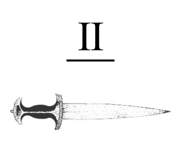
Athos golpeteó el borde de su trono con sus largos dedos, pensativo. Si rompía el hechizo y la despertaba, ella solo complicaría las cosas. No, le había dado la chance de lidiar con Kell a su modo y ella había fallado. Era su turno ahora.

Athos sonrió y se puso de pie. Sus dedos se apretaron contra la piedra y la imagen de Kell se disolvió hacia el humo y luego desapareció. El poder vibró en el rey, la magia hambrienta de más, pero él la mantuvo a raya, alimentándola solo lo necesario. Era algo que mantener controlado, y Athos jamás había sido un amo indulgente.

—No te preocupes, Astrid —dijo a la reina hechizada—. Arreglaré las cosas.

Yentonces se arregló el cabello, reacomodó el cuello de su capa blanca y fue a recibir a sus invitados.

II



La fortaleza del Londres Blanco se alzaba en una columna de luz brillante desde el patio de piedra lleno de sombras. Lila se escabulló en el bosque de estatuas para llevar a cabo su parte del plan mientras Kell se abría paso hacia los escalones expectantes. Apoyó el cuerpo de Holland sobre un banco de piedra y subió las escaleras, una mano cerrada alrededor de la espada real; la otra, alrededor del talismán del Londres Negro.

«Adelante, Kell», lo había provocado Holland. «Usa la piedra. Solo te consumirá más rápido, pero quizás ganes».

No la usaría. Juró no hacerlo. Su reciente uso en la pelea solo había estimulado la oscuridad. Hilos negros ahora se retorcían más allá de su codo hacia sus hombros, y Kell no podía darse el lujo de perder nada más de sí mismo. Como estaban las cosas, cada latido parecía propagar más el veneno.

Los latidos le resonaban en los oídos al subir los escalones. Kell no era tan tonto como para pensar que podía tomar a Athos por sorpresa, no aquí. Tenía que saber que Kell estaba viniendo, sin embargo, lo dejó acercarse a sus puertas sin atacar. Los diez guardias de ojos vacíos que usualmente flanqueaban las escaleras habían desaparecido, el camino despejado para Kell. El paso sin obstáculos era en sí un desafío. Un acto de arrogancia digno del rey blanco.

Kell hubiera preferido enfrentar a un ejército antes que las puertas desguarnecidas y lo que fuese que lo esperaba del otro lado. Cada paso adelante que no era examinado, interrumpido, solo lo volvía más nervioso para el siguiente. Para cuando llegó al descanso en la cima, las manos le temblaban y sentía el pecho oprimido.

Llevó las puntas de sus temblorosos dedos a las puertas e hizo un esfuerzo para que un último respiro de aire fresco le entrara en los pulmones. Y luego empujó. Las puertas del castillo se abrieron bajo su contacto, sin necesidad de fuerza o magia, y la sombra de Kell se volcó hacia adelante al pasillo. Dio un pasó sobre el umbral y las antorchas de la recámara se encendieron con un fuego pálido, cuya luz se extendía hacia arriba contra los techos abovedados y hacia abajo por el pasillo y revelaba los rostros de la docena de guardias que lo guarnecían.

Kell contuvo el aliento en preparación, pero los soldados no se movieron.

—No te pondrán ni un dedo encima —vino una voz argentina—, a menos que intentes escapar. —Athos Dane salió de entre las sombras, vestido en su usual blanco impoluto; sus rasgos gastados, incoloros bajo la luz de las antorchas—. El placer de matarte será mío. Y solo mío.

Athos sostuvo la otra mitad de la piedra laxamente en una mano y una corriente de poder se disparó a través del cuerpo de Kell al verla.

—Astrid se molestará, por supuesto —continuó Athos—. Te quería como mascota, pero siempre sostuve que traías más problemas vivo que muerto. Y pienso que los últimos acontecimientos servirían como prueba de eso.

—Se terminó, Athos —dijo Kell—. Su plan falló.

Athos sonrió con amargura.

—Eres como Holland —dijo—. ¿Sabes por qué no pudo tomar la corona? Nunca disfrutó de la guerra. Veía el derramamiento de sangre y las batallas como un medio para llegar a un fin. A un destino. Pero *yo* siempre disfruté del viaje. Y te prometo que voy a saborear este.

Cerró los dedos sobre su mitad de la piedra, y humo comenzó a verterse. Kell no dudó. Llamó a las armaduras —y los guardias que había dentro— a que salieran de sus lugares contra la pared y formaran una barricada entre él y el rey. Pero no fue suficiente. El humó pasó por arriba y por abajo y a través y buscó a Kell, intentando retorcerse alrededor de sus brazos. Llamó a la pared de guardias a avanzar hacia Athos. Cortó el humo con la espada real. Pero el rey no soltó la piedra y la magia era inteligente y se movió

alrededor de la cuchilla de Kell, lo agarró de la muñeca y se convirtió instantáneamente en cadenas forjadas que no iban hasta el suelo, sino a las paredes a ambos lados del pasillo de la antesala.

El metal se tensó, forzando a Kell a abrir bien los brazos, mientras Athos saltaba sobre los guardias y aterrizaba con suavidad y sin esfuerzo frente a él. Las cadenas se ciñeron, cortando las muñecas ya heridas de Kell, a quien se le cayó la espada robada de los dedos, mientras Athos sacaba un látigo plateado. Este se desenrolló desde la mano del rey y cayó en cascada, su punta bífida lamió el suelo.

—¿Qué tal si vemos lo bien que sufres?

Cuando Athos fue a alzar el látigo, Kell envolvió las cadenas con los dedos. La sangre en la palma de su mano estaba casi seca, pero agarró el metal con suficiente fuerza como para reabrir la herida.

—*As Orense* —dijo un instante antes de que el látigo chasqueara en el aire, y las cadenas soltaron a Kell justo a tiempo para que él eludiera el azote bífido.

Rodó para buscar la espada caída y presionó la mano contra las piedras del piso, recordando el ataque de Holland.

—*As Steno* —habló. El piso de piedra se quebró en decenas de astillas filosas bajo sus dedos. Kell se levantó y con él, las piezas punzantes, y cuando lanzó la mano hacia adelante, se dispararon hacia el rey. En respuesta, Athos levantó la mano relajadamente, la piedra agarrada dentro, y un escudo cobró forma frente al *antari*; las esquirlas de piedra se hicieron añicos inútiles contra este.

Athos sonrió oscuramente.

—Oh, sí —dijo, bajando el escudo—. Voy a disfrutar esto.



Lila zigzagueó por el bosque de estatuas, cabizbajas en rendición y con las manos alzadas en súplica.

Rodeó la fortaleza abovedada, que parecía una catedral, si las catedrales estuviesen construidas sobre pilotes y no tuviesen vitrales, solo acero y

piedra. Aun así, la fortaleza era larga y estrecha como una iglesia, con un conjunto de puertas principales en el lado norte y tres entradas más pequeñas, aunque impresionantes de todos modos, en los lados sur, este y oeste. A Lila le martillaba el corazón al acercarse a la entrada sur; el camino a las escaleras estaba forrado con suplicantes de piedra.

Hubiese preferido escalar las paredes y entrar por una ventana más arriba, algo más discreto que marchar hasta las escaleras, pero no tenía sogas ni ganchos, y aunque hubiese tenido la vestimenta necesaria para semejante excursión, Kell le había advertido contra ello.

Los Dane, le había dicho él, no confiaban en nadie y el castillo era una trampa tanto como era la residencia del rey.

—Las puertas principales dan al norte —había dicho él—. Yo iré por esas. Tú entra por las puertas del sur.

—¿No es peligroso eso?

—En este lugar —había respondido— todo es peligroso. Pero si las puertas te rechazan, al menos la caída no será tan empinada.

Entonces Lila había aceptado ir por las puertas a pesar de su inquietante miedo de que fueran una trampa. De que todo fuese una trampa. Llegó a las escaleras sur y bajó la máscara encornada sobre sus ojos antes de subir los escalones. Al final de las escaleras, las puertas cedieron el paso sin resistencia, y otra vez las vísceras de Lila le dijeron que se fuera, que corriera para el otro lado, aunque por primera vez en su vida, ignoró la advertencia y entró. El espacio tras las puertas era oscuro, pero en cuanto cruzó el umbral, la luz brotó en los faroles y Lila se quedó congelada. Había decenas de guardias alineados contra las paredes como armaduras vivientes. Retorcieron la cabeza hacia la puerta abierta, hacia ella, que se armó de valor frente al inminente ataque.

Pero este nunca llegó.

Kell le había dicho que el Londres Blanco era un trono tomado —y retenido— por la fuerza y que este tipo de ascensión no solía inspirar lealtad. Aquí los guardias estaban claramente dominados por magia, atrapados bajo algún tipo de hechizo de control. Pero ese era el problema de forzar a la gente a hacer cosas que no querían. Tenías que ser tan

específico. No tenían otra opción más que seguir órdenes, pero probablemente no estaban dispuestos a actuar más allá de ellas.

Una sonrisa se le dibujó lentamente en los labios.

Sea cual fuese la orden que el rey Athos les había dado a sus guardias, no parecía incluirla. Sus ojos vacíos la siguieron mientras avanzaba por el pasillo con tanta calma como le fue posible. Como si perteneciese allí. Como si no hubiese venido a matar a su reina. Al pasar al lado de ellos, se preguntó cuántos querían que ella lo lograra.

Los pasillos del palacio rojo habían sido laberínticos, pero aquí había una simple red de líneas e intersecciones, una prueba más de que el castillo alguna vez había sido algo como una iglesia. Un pasillo dio a otro antes de colocarla frente a la habitación del trono, justo como Kell le había dicho que sería.

Pero Kell también había dicho que el pasillo estaría vacío.

Y no lo estaba.

Había un muchacho parado frente a la puerta de la habitación del trono. Era más chico que Lila y delgado de una forma vigorosa, y a diferencia de los guardias con ojos vacíos, los suyos eran oscuros y apenados y febriles. Cuando la vio venir, sacó una espada.

—*Vösk* —ordenó él.

Lila frunció el entrecejo.

—*Vösk* —dijo otra vez—. *Ös reijkav vösk*.

—Ey, tú —dijo ella bruscamente—, muévete.

El muchacho comenzó a hablar despacio e insistentemente en su propio idioma. Lila negó con la cabeza y sacó el cuchillo con los nudillos de metal de su vaina.

—Sal de mi camino.

Creyendo que se había hecho entender, Lila caminó hacia la puerta. Pero el muchacho levantó su espada, se puso directamente en su camino y dijo:

—*Vösk*.

—Mira —ladró Lila—, no tengo ni idea de lo que estás diciendo…

El joven guardia miró alrededor, exasperado.

—Pero te aconsejo enérgicamente que te vayas y hagas de cuenta que

esta interacción nunca sucedió y… Ey, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

El muchacho había negado con la cabeza y murmurado algo en voz baja, y luego llevó su espada a su propio brazo y comenzó a cortar.

—*Ey* —dijo Lila otra vez, mientras el muchacho apretaba los dientes y dibujaba una segunda línea y luego una tercera—, *deja de hacer eso*.

Fue a agarrarle la muñeca, pero él había dejado de cortar el patrón y la miró a los ojos y habló:

—Vete.

Por un momento, Lila pensó que lo había escuchado mal. Y luego se dio cuenta de que él estaba hablando inglés. Cuando bajó la vista, vio que él se había tallado algún tipo de símbolo en la piel.

—Vete —dijo él otra vez—. *Ahora*.

—Sal de mi camino —replicó Lila.

—No puedo.

—Niño… —amenazó ella.

—No puedo —repitió—. Tengo que vigilar la puerta.

—¿O qué? —desafió Lila.

—No hay un «o qué». —Se corrió el cuello de la camisa para mostrarle una marca, furiosa y negra, cicatrizada en su piel—. Él me ordenó que vigilara la puerta, así que debo vigilarla.

Lila frunció el entrecejo. La marca era distinta de la de Kell, pero entendió lo que debía ser: algún tipo de sello.

—¿Qué pasa si te haces a un lado?

—No puedo.

—¿Qué pasa si te atravieso con el cuchillo?

—Moriré.

Dijo ambas cosas con la misma certeza triste. «Qué mundo de locos», pensó Lila.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Beloc.

—¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes. —Había inclinado de forma petulante la mandíbula y

había un fuego en sus ojos que ella reconoció. Una rebeldía. Pero aún era demasiado joven. Demasiado joven para esto.

—No quiero lastimarte, Beloc —dijo ella—, no me obligues.

—Desearía no tener que hacerlo. —Se puso de frente a ella, sosteniendo su espada con ambas manos, sus nudillos blancos—. Tendrás que pasar por sobre mí.

Lila gruñó y sujetó su cuchillo.

—Por favor —agregó él—. Por favor, pasa por sobre mí.

Lila le dio una larga y dura mirada.

—¿Cómo? —dijo finalmente.

Beloc levantó las cejas como en pregunta.

—¿Cómo quieres morir?

El fuego en sus ojos flaqueó por un instante. Después él se recuperó y dijo:

—Rápido.

Lila asintió con la cabeza. Levantó su cuchillo y él bajó su espada solo una fracción, justo lo suficiente. Y entonces cerró los ojos y empezó a susurrar algo para sí. Lila no titubeó. Sabía cómo usar un cuchillo, cómo herir y cómo matar. Cerró el espacio entre ambos y metió el filo entre las costillas de Beloc y hacia arriba antes de que él siquiera terminara su plegaria. Había peores formas de irse, pero de todos modos maldijo en voz baja, a Athos y Astrid y toda la maldita ciudad, mientras bajaba el cuerpo del muchacho hasta el piso.

Limpió el filo contra el dobladillo de su camisa y guardó el cuchillo en su vaina mientras avanzaba hasta las expectantes puertas de la habitación del trono. Había un círculo de símbolos grabados en la madera, doce marcas en total. Llevó la mano al disco, recordando las instrucciones de Kell.

—Piensa en él como la esfera de un reloj —había dicho, dibujando el movimiento en el aire—. Uno, siete, tres, nueve.

Ahora ella lo dibujó con el dedo: tocó el símbolo de la hora primera, llevó la punta del dedo hacia abajo cruzando el círculo hasta la séptima, fue en curva hacia arriba hasta el tres y derecho por el medio hasta el nueve.

—¿Estás segura de que lo entendiste? —había preguntado Kell, y Lila

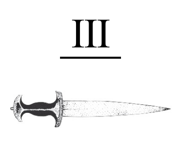
había lanzado un suspiro y se había soplado el pelo afuera de los ojos.

—Te dije, aprendo rápido.

Al principio, no pasó nada. Y luego algo pasó entre sus dedos y la madera, y una traba se deslizó dentro.

—Te dije —murmuró, empujando la puerta para abrirla.

III



Athos se estaba riendo. Era un sonido horrible.

El pasillo alrededor de ellos era un completo caos, los guardias vacíos apilados, los cortinajes desgarrados y las antorchas desparramadas por el suelo, aún encendidas. Un moretón había florecido debajo del ojo de Kell y la capa blanca de Athos estaba chamuscada y salpicada con sangre ennegrecida.

—¿Empezamos de vuelta? —dijo Athos. Antes incluso de que las palabras hubiesen dejado sus labios, una corriente de energía oscura se disparó como un rayo desde la parte frontal del escudo del rey. Kell lanzó la mano hacia arriba y el suelo se alzó entre ellos, pero no fue suficientemente rápido. La electricidad lo golpeó y lo arrojó hacia atrás contra las puertas de entrada del castillo con suficiente fuerza como para quebrar la madera. Kell tosió, falto de aire y mareado por el golpe, pero no tuvo oportunidad de recuperarse. El aire restalló y cobró vida y otra corriente de energía lo golpeó, tan fuerte que las puertas se astillaron y se rompieron, y Kell salió tropezando de regreso a la noche.

Por un instante, todo se volvió negro y luego su vista regresó, y él estaba cayendo.

El aire se impulsó para agarrarlo, o al menos para suavizar la caída, pero igual dio contra el patio de piedra en la base de la escalera, con la fuerza suficiente como para romper un hueso. La espada real salió despedida varios metros. Sangre cayó goteando desde la nariz de Kell hasta las piedras.

—Ambos sostenemos espadas —lo regañó Athos mientras descendía las escaleras, con su capa blanca ondeando suntuosamente detrás—. Aun

así, eliges pelear con un alfiler.

Kell luchó para ponerse de pie, maldiciendo. El rey parecía no ser afectado por la magia de la piedra negra. Sus venas siempre habían sido oscuras y sus ojos mantenían su usual azul glacial. Estaba claramente en control y por primera vez Kell se preguntó si Holland había estado en lo cierto. Si no existía el equilibrio, sino victoriosos y víctimas. ¿Ya había perdido? La magia oscura vibraba en su cuerpo, rogando ser usada.

—Vas a morir, Kell —dijo Athos cuando llegó al patio—. Siendo ese el caso, mejor morir en el intento.

Salió humo de la piedra de Athos y se disparó hacia adelante, tentáculos de oscuridad que se convertían en brillantes filos negros al avanzar hacia Kell. Este levantó su mano vacía e intentó llamar a los filos a que se detuvieran, pero estaban hechos de magia, no de metal, y no cedieron, no desaceleraron. Y entonces, el instante antes de que el muro de cuchillos triturara a Kell, su otra mano —la que estaba atada a la piedra— voló hacia arriba, como por sí misma, y la orden hizo eco en su cabeza.

«Protégeme».

Apenas el pensamiento se formó, se volvió real. Una sombra lo envolvió y colisionó con los filos de humo. El poder corrió por el cuerpo de Kell, fuego y agua helada y energía todo al mismo tiempo. Aspiró aire al sentir que la oscuridad se expandía más lejos por debajo de su piel y por encima de ella, saliendo en lazos desde la piedra, más allá de sus brazos y por su pecho, mientras la pared de magia repelía el ataque y se lo devolvía a Athos.

El rey lo esquivó, lanzando las cuchillas a un lado con una onda de su piedra. La mayoría llovió al suelo del patio, pero una encontró su objetivo y se enterró en la pierna de Athos. El rey siseó y extrajo el filo. Lo lanzó a un lado y sonrió oscuramente mientras se enderezaba.

—Así está mejor.



Los pasos de Lila hicieron eco por la habitación del trono. El espacio era cavernoso y circular y blanco como la nieve, interrumpido únicamente por

un anillo de columnas en torno de los bordes y dos tronos en la plataforma del medio, uno al lado del otro y tallados de una sola pieza de piedra blanca. Uno de los tronos estaba vacío.

El otro contenía a Astrid Dane.

Su cabello —tan rubio que parecía incoloro— estaba enroscado como una corona alrededor de su cabeza, mechones tan finos como hilos de telaraña le caían sobre el rostro, que estaba inclinado hacia adelante como si se hubiese quedado dormida. Astrid estaba pálida como la muerte y vestida de blanco, pero no los suaves blancos de una reina salida de un cuento de hadas, nada de terciopelo o encaje. No, las prendas de esta reina la envolvían como una armadura, extremadamente ceñidas a lo largo de su cuello y hacia abajo hasta sus muñecas, y donde otras hubiesen usado vestidos, Astrid Dane vestía pantalones bien ajustados que se encontraban con relucientes botas blancas. Sus largos dedos estaban cerrados alrededor de los brazos del trono, la mitad de sus nudillos marcados por sortijas, aunque el único color auténtico que había en ella venía del dije que colgaba alrededor de su cuello, con bordes de sangre.

Lila miró fijo a la reina inmóvil. Su colgante era exactamente igual al que Rhy estaba usando en el Londres Rojo cuando no era Rhy. Un amuleto de posesión.

Y por lo que se veía, Astrid Dane aún estaba bajo su hechizo.

Lila dio un paso adelante, sobresaltándose cuando sus botas hicieron eco a lo largo de la habitación vacía con una claridad innatural. «Ingenioso», pensó Lila. Estaba diseñada para transmitir sonido. Perfecta para un gobernante paranoico. Pero a pesar del sonido de los pasos de Lila, la reina nunca se inmutó. Lila continuó avanzando, medio esperando que los guardias aparecieran de repente desde rincones ocultos —de los que no había ninguno— y se apresuraran a ayudar a Astrid.

Pero nadie vino.

«Te lo mereces», pensó Lila. Cientos de guardias, y el único que alzó una espada quería caer sobre ella. Vaya reina.

El colgante brillaba contra el pecho de Astrid y latía débilmente con luz. En algún lugar en otra ciudad, en otro mundo, ella había tomado otro cuerpo

—quizás el rey o la reina o el capitán de la guardia—, pero aquí, estaba indefensa.

Lila sonrió con amargura. Le hubiese gustado tomarse su tiempo, hacer que la reina pagara —en nombre de Kell—, pero sabía que no era buena idea tentar a su suerte. Sacó la pistola de su funda. Un tiro. Rápido y fácil y listo.

Alzó el arma, la apuntó a la cabeza de la reina y disparó.

El tiro resonó por la habitación del trono, seguido instantáneamente por una oleada de luz, un estruendo como de trueno y un dolor agudo en el hombro de Lila. La envió tambaleando hacia atrás y el arma se le cayó de la mano. Se tomó el brazo con un grito silencioso y maldijo intensamente al ver que se filtraba sangre por su camisa y su abrigo. Había recibido un disparo.

La bala claramente había rebotado, pero ¿contra qué?

Lila entrecerró los ojos hacia Astrid en el trono y se dio cuenta de que el aire alrededor de la mujer de blanco no estaba tan vacío como parecía; oscilaba tras el disparo, el ataque directo reveló el aire que temblaba y brillaba, salpicado de esquirlas vidriosas de luz. Con *magia*. Lila apretó los dientes, al tiempo que su mano caía desde su hombro herido (y su abrigo roto) a su cintura. Buscó su cuchillo, aún manchado por la sangre de Beloc, y se acercó un poco, hasta que estuvo parada directamente frente al trono. Su respiración rebotó contra la barrera casi invisible y regresó a rozarle sus propias mejillas.

Levantó el cuchillo lentamente, llevando la punta del filo hacia adelante, hasta encontrar el borde del hechizo. El aire crujió alrededor de la punta, brillando como escarcha, pero no cedió. Lila maldijo en voz baja, mientras su mirada se desplazaba hacia abajo por el aire, sobre el cuerpo de la reina, antes de aterrizar en el suelo a los pies de la monarca. En la piedra de la base del trono había símbolos. No podía leerlos, por supuesto, pero la forma en que se entrelazaban, la forma en que se entretejían alrededor de todo el trono y la reina, dejaba en claro que eran importantes. Eslabones en la cadena de un hechizo.

Y los eslabones se podían romper.

Lila se agachó y llevó el filo al borde del símbolo más cercano. Contuvo

la respiración y arrastró el cuchillo a lo largo del suelo, raspando la marca desde su lado, hasta que borró una franja estrecha de tinta o sangre o lo que fuera que se había usado para escribir el hechizo (no quería saber tampoco).

El aire alrededor del trono perdió su resplandor y se atenuó, y al pararse, dolorida, Lila supo que el conjuro que había estado protegiendo a la reina, fuera lo que fuese, había desaparecido.

Los dedos de Lila se movieron sobre el cuchillo.

—Adiós, Astrid —dijo, lanzando la hoja adelante hacia el pecho de la reina.

Pero antes de que la punta pudiera desgarrar la túnica blanca, una mano tomó la muñeca de Lila. Ella bajó la vista para ver los ojos celestes de Astrid Dane mirándola. Despierta. La boca de la reina se estiró en una sonrisa delgada y filosa.

—Mal hecho, pequeña ladrona —susurró Astrid. Yentonces esta apretó con más fuerza la muñeca y un dolor agudo desgarró el brazo de Lila, que escuchó a alguien gritando. Le tomó un momento darse cuenta de que el sonido venía de su garganta.



Había sangre en la mejilla de Athos.

Kell tomó aire por la boca.

La capa blanca del rey estaba rota, y tajos superficiales dañaban la pierna, la muñeca y el estómago de Kell. La mitad de las estatuas del patio que estaban alrededor de ellos yacían derrumbadas y rotas tras chocar la magia, que se estrellaba contra sí misma como piedras para prender fuego.

—Te quitaré ese ojo negro tuyo —dijo Athos— y lo llevaré alrededor del cuello.

Lanzó una descarga y Kell contraatacó, voluntad contra voluntad, piedra contra piedra. Pero Kell estaba luchando en dos peleas, una con el rey y otra consigo mismo. La oscuridad seguía propagándose, tomando más de él a cada instante, con cada movimiento. No podía ganar; a este ritmo, o

perdería la batalla o se perdería a sí mismo. Algo tenía que ceder.

La magia de Athos encontró una fisura en el escudo de sombra y lo golpeó con fuerza, quebrándole las costillas. Kell tosió y sintió el sabor de la sangre, mientras luchaba por enfocar la vista sobre el rey. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo pronto. La media espada real brillaba cerca en el suelo. Athos levantó la piedra para atacar otra vez.

—¿Es todo lo que tienes? —Kell lo provocó, hablando con los dientes apretados—. ¿Los mismos trucos aburridos? No tienes la creatividad de tu hermana.

Los ojos de Athos se entrecerraron. Y luego sostuvo la piedra e invocó algo nuevo.

Ni una pared, ni una espada, ni una cadena. No, el humo se retorció alrededor de él, tomando la forma de una sombra siniestra y curva. Una serpiente gigante de ojos negros, que movía su lengua bífida rápidamente en el aire mientras se elevaba, más alta que el propio rey.

Kell se obligó a lanzar una risa baja y burlona, aunque le dolieran las costillas rotas. Buscó la media espada real en el piso. Estaba astillada y resbalosa por el polvo y la sangre, pero aún podía distinguir los símbolos que corrían por el largo del metal.

—He estado esperando que hagas eso —dijo—, que crees algo lo suficientemente fuerte para matarme. Dado que claramente tú no puedes.

Athos frunció el entrecejo.

—¿Qué importa la forma que tome tu muerte? Sigue siendo a mis manos.

—Dijiste que querías matarme tú mismo —replicó Kell—. Pero supongo que esto es lo más cerca que has llegado. Adelante, escóndete detrás de la magia de la piedra. Y di que es tuya.

Athos dejó escapar un gruñido bajo.

—Tienes razón —dijo—. Tu muerte debe ser (y será) mía.

Apretó los dedos alrededor de la piedra, con la clara intención de disipar la serpiente. La víbora, que había estado reptando alrededor del rey, ahora detuvo su recorrido, pero no se disolvió. En vez de eso, volvió sus ojos negros brillantes hacia Athos, de la forma en que la imagen espejada de Kell había hecho con Lila en su habitación. Athos miró a la serpiente con furia,

llamándola a que desapareciera. Cuando no obedeció a sus pensamientos, le dio voz a su comando.

—Tú te sometes a *mi* voluntad —ordenó Athos, mientras la serpiente movía la lengua—. Eres mi creación y yo soy tu…

Nunca tuvo la oportunidad de terminar la frase.

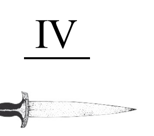
La serpiente se echó hacia atrás y atacó. Los colmillos en sus mandíbulas se cerraron sobre la piedra en la mano de Athos y antes de que el rey pudiera siquiera gritar, la víbora lo había rodeado. Su cuerpo plateado se retorció alrededor de los brazos y el pecho del rey y luego alrededor de su cuello, que quebró con un crujido audible.

Kell contuvo el aire cuando la cabeza de Athos se desplomó hacia adelante, el terrorífico rey reducido a nada más que un cadáver con la forma de muñeco de trapo. La serpiente se desenroscó y el cuerpo del rey cayó hacia adelante contra el piso roto. Y luego la serpiente giró sus brillantes ojos hacia Kell. Reptó hacia él con una velocidad aterradora, pero Kell estaba preparado.

Condujo la media espada real adentro del vientre de la víbora. Penetró la piel áspera de la serpiente y el hechizo en el metal resplandeció por un instante antes de que la derrota de la criatura quebrara el filo en dos. La víbora tembló y cayó, disipada a nada más que una sombra a los pies de Kell.

Una sombra y, en medio de esta, un pedazo roto de piedra negra.

IV



La espalda de Lila golpeó con fuerza el pilar.

Se desplomó al piso de piedra de la habitación del trono y le cayó sangre por el ojo falso mientras se esforzaba por ponerse en cuatro patas. El hombro le chilló de dolor, pero también lo hizo el resto de ella. Intentó no pensar en eso. Astrid, mientras tanto, parecía estar pasándolo genial. Estaba sonriéndole perezosamente a Lila, como un gato con un ratón de cocina.

—Te voy a sacar esa sonrisa de la cara —gruñó Lila, mientras se tambaleaba de pie.

Había estado en muchas peleas con mucha gente, pero nunca había peleado con alguien como Astrid Dane. La mujer se movía tanto con una velocidad estridente como con una gracia torpe, un momento lento y suave, al siguiente atacando tan rápido que todo lo que Lila podía hacer era mantenerse de pie. Mantenerse viva.

Lila sabía que iba a perder.

Lila sabía que iba a *morir*.

Pero ni loca dejaría que su muerte no contara para nada.

A juzgar por el estruendo que venía de los terrenos del castillo a su alrededor, Kell tenía las manos ocupadas. Lo menos que ella podía hacer era mantener en uno el número de Danes con los que él tenía que pelear. Darle un poco de tiempo.

Sinceramente, ¿qué le había pasado? La Lila Bard del sur de Londres cuidaba de sí misma. Esa Lila jamás malgastaría su vida por otra persona. Nunca elegiría lo correcto por sobre lo incorrecto en tanto lo incorrecto significara mantenerse con vida. Nunca hubiese regresado a ayudar al

extraño que la había ayudado a ella. Lila escupió una bocanada de sangre y se enderezó. Quizá nunca debería haber robado la maldita piedra, pero incluso aquí y ahora, enfrentando la muerte en la forma de una reina pálida, no lo lamentaba. Había querido libertad. Había querido aventuras. Y no creía que le importara morir por ello. Solo deseaba que morir no doliera tanto.

—Te has interpuesto en el camino por tiempo suficiente —dijo Astrid, levantando las manos frente a ella.

La boca de Lila dibujó una sonrisa.

—Sí, pareciera que tengo un talento para eso.

Astrid comenzó a hablarle a Lila en esa lengua gutural que ella había escuchado en las calles. Pero en la boca de la reina, las palabras sonaban distintas. Extrañas y duras y hermosas, se vertían de sus labios, susurradas como una brisa a través de hojas caídas. Le recordaron a Lila la música que cobijaba a la muchedumbre en el desfile de Rhy, sonido hecho materia. *Poderoso*.

Y Lila no era lo suficientemente tonta como para pararse ahí y escucharlas. Su pistola, ahora vacía, yacía descartada a varios pasos de distancia, su cuchillo más nuevo estaba a los pies del trono. Aún tenía una daga contra la espalda, fue a buscarla y la desenvainó. Pero antes de que la cuchilla pudiera dejar sus dedos, Astrid terminó el conjuro y una ola de energía se estrelló contra Lila, quitándole el aire de los pulmones cuando golpeó el suelo y resbaló varios metros.

Rodó para ponerse de cuclillas, tratando de recuperar el aire. La reina estaba jugando con ella.

Los dedos de Astrid se alzaron en preparación para atacar otra vez, y Lila supo que era su única oportunidad. Sus dedos se apretaron sobre la cuchilla y la lanzó, con fuerza, rápido y derecho al corazón de la reina. Voló directo a Astrid, pero en vez de eludirla, ella simplemente se estiró y arrancó el metal del aire. Con la mano desnuda. Lila se sintió descorazonada cuando la reina quebró el filo en dos y tiró los pedazos a un lado, todo sin interrumpir su hechizo.

«Mierda», pensó Lila, justo antes de que el piso de piedra debajo de ella comenzara a retumbar y agitarse. Luchó por mantenerse de pie y casi no vio

la ola de piedras rotas alzándose sobre su cabeza. Llovieron pedacitos de roca y ella se lanzó afuera de su alcance justo cuando toda la cosa se vino abajo. Fue rápida, pero no lo suficiente. El dolor le desgarró la parte derecha, la pierna, desde el talón hasta la rodilla, que estaba atrapada debajo de los escombros, piedra blanca con fragmentos de roca emblanquecida.

«No, no son rocas emblanquecidas», se dio cuenta Lila con horror. «Son huesos».

Lila gateó para liberar su pierna, pero Astrid estaba allí. La lanzó violentamente hacia atrás y se arrodilló sobre su pecho. Astrid se estiró, arrancó la máscara con cuernos del rostro de Lila y la lanzó a un lado. Agarró el mentón de Lila y le giró la cara hacia la propia.

—Hay una cosita bonita —dijo la reina— debajo de toda esa sangre.

—Púdrete en el infierno —escupió Lila.

Astrid solo sonrió. Y luego las uñas de su otra mano se hundieron en el hombro herido de Lila. Esta se mordió para no gritar y se revolvió bajo el agarre de la reina, pero no sirvió de nada.

—Si vas a matarme —ladró Lila—, hazlo de una vez por todas.

—Oh, lo haré —dijo Astrid, sacando los dedos del hombro dolorido de Lila—, pero todavía no. Cuando haya acabado con Kell, volveré por ti y me tomaré mi tiempo para despojarte de tu vida. Y cuando haya terminado, te agregaré a mi piso. —Alzó la mano entre ambas para mostrarle a Lila las puntas de los dedos, ahora manchados con sangre. Era un rojo muy vívido contra la piel pálida de la reina—. Pero primero… —Astrid llevó un dedo ensangrentado al espacio entre los ojos de Lila y trazó un patrón allí.

Lila luchó con toda la fuerza que pudo para liberarse, pero Astrid era una fuerza inamovible sobre ella, que la sujetaba hacia abajo mientras dibujaba una marca sangrienta sobre su propia frente pálida.

Astrid comenzó a hablar, en voz baja y rápido y en esa otra lengua. Lila forcejeaba frenéticamente ahora para liberarse y trató de gritar, en un intento por interrumpir el hechizo, pero los dedos largos de la reina le cerraron la boca, y el hechizo de Astrid salió y cobró forma en el aire alrededor de ellas. Una punzada de hielo se disparó a través de Lila, la piel le hormigueó

mientras la magia avanzaba sobre ella. Y arriba de ella, la cara de la reina comenzó a *cambiar*.

Se le afiló el mentón y las mejillas de porcelana se volvieron más cálidas y tomaron una tez más sana. Los labios se le enrojecieron y los ojos se oscurecieron de azul a marrón —dos tonos diferentes— y el cabello, antes blanco como la nieve y enroscado alrededor de la cabeza, ahora le caía sobre el rostro, castaño y cortado en una línea afilada paralela a la mandíbula. Incluso la ropa se sacudió y cambió y tomó una forma demasiado familiar. La reina sonrió una sonrisa filosa y Lila miró horrorizada no a Astrid Dane, sino a la imagen de sí misma, como en un espejo.

Cuando Astrid habló, salió la voz de la propia Lila.

—Mejor me voy —dijo—, estoy segura de que a Kell le vendría bien una mano.

Lila finalmente pudo lanzar un puñetazo, pero Astrid le atrapó la muñeca como si fuera nada más que un estorbo y la sujetó contra el suelo. Bajó la cabeza hacia la de Lila para llevar los labios a sus oídos.

—No te preocupes —susurró—, le enviaré tus saludos.

Y luego Astrid estrelló la cabeza de Lila contra el piso arruinado, y el mundo de Lila se oscureció.



Kell estaba parado en el patio de piedra, rodeado de estatuas rotas, un rey muerto y un pedazo dentado de piedra negra. Estaba sangrando y estaba roto, pero seguía vivo. Dejó que la espada real arruinada se le escapara de los dedos y cayera ruidosamente al piso, y temblando tomó aire fresco, que le quemó los pulmones y se tornó vapor frente a sus labios ensangrentados. Algo se estaba moviendo a través de él, cálido y frío, sosegante y peligroso. Quería dejar de pelear, quería ceder, pero no podía. Aún no había terminado.

Una mitad de la piedra latía contra su mano. La otra mitad lanzaba destellos desde el suelo, donde la serpiente la había soltado. Lo llamaba y el cuerpo de Kell se movió por voluntad propia hacia el pedazo faltante. La

piedra guio sus dedos hacia abajo al suelo astillado y los cerró alrededor del fragmento de roca que allí esperaba. En cuanto las dos piezas se encontraron, Kell sintió que se formaban unas palabras en su boca.

—*As Hasari* —dijo, el comando salió solo, con una voz que era y no era de él. En su mano, las dos mitades comenzaron a *sanar*. Las piezas se fusionaron para volver a ser una, las grietas se desmarcaron hasta que la superficie quedó de un negro liso e inmaculado y en su estela un poder inmenso (puro, hermoso y dulce) se vertió por el cuerpo de Kell, trayendo consigo una sensación de que era lo correcto. Una sensación de *completitud*. Lo llenó de calma. De sosiego. El ritmo simple y firme de la magia lo debilitaba como el sueño. Todo lo que Kell quería hacer era ceder, desaparecer en el poder y la oscuridad y la paz.

«Ríndete», dijo una voz en su cabeza. Los ojos se le cerraron lentamente y se balanceó sobre sus pies.

Y entonces escuchó la voz de Lila, que lo llamaba por su nombre.

La quietud se agitó cuando Kell se obligó a abrir los ojos y la vio bajando las escaleras. Parecía distante. Todo parecía lejano.

—Kell —dijo otra vez al llegar a él. Sus ojos asimilaron la escena (el patio destruido, el cadáver de Athos, la figura maltrecha del propio *antari*) y el talismán, ahora entero.

—Ha terminado —dijo ella—, es hora de soltarlo.

Bajó la vista al talismán en su mano, a la forma en que hilos negros que se habían espesado y se habían trasformado como en sogas le envolvían el cuerpo.

—Por favor —rogó Lila—, sé que puedes hacerlo. Sé que puedes escucharme. —Estiró una mano, con los ojos bien abiertos de preocupación.

Kell frunció el entrecejo, el poder aún circulaba en él, distorsionando su vista, sus pensamientos.

—*Por favor* —dijo otra vez ella.

—Lila —dijo él suavemente, desesperado. Se estiró y se sujetó del hombro de ella.

—Aquí estoy —susurró ella—, solo dame la piedra.

Él observó el talismán. Y luego sus dedos se cerraron contra este, que sopló humo. No tuvo que hablar. La magia estaba en su cabeza ahora y sabía lo que él quería. Entre un instante y otro, el humo se transformó en cuchillo. Él se quedó mirando el borde centelleante del metal.

—Lila —dijo otra vez.

—¿Sí, Kell?

Los dedos del *antari* se cerraron alrededor del cuchillo.

—Toma.

Y entonces condujo el filo adentro de su estómago.

Lila dejó escapar un grito ahogado de dolor. Y todo su cuerpo comenzó a temblar, oscilar, y se convirtió en el de otra persona. Se estiró en la forma de Astrid Dane, sangre oscura comenzó a acumularse contra su vestimenta blanca.

—¿Cómo…? —gruñó ella, pero Kell llamó al cuerpo de la reina a que se quedara inmóvil, a su mandíbula a que se cerrara. Ninguna palabra (ningún hechizo) la salvaría ahora. Él quería matar a Astrid Dane. Pero más que eso, quería que *sufriera*. Por su hermano. Su príncipe. Porque en ese momento, al mirar fijo los grandes ojos azules, todo lo que pudo ver fue a Rhy.

Rhy usando su colgante.

Rhy con una sonrisa que era demasiado cruel y demasiado fría para ser suya.

Rhy cerrando los dedos contra la garganta de Kell y susurrando a su oído las palabras de otro.

Rhy lanzándole un cuchillo al estómago.

Rhy —*su* Rhy— desplomándose al suelo de piedra.

Rhy sangrando.

Rhy muriendo.

Kell quería *aplastarla* por lo que había hecho. Y en sus manos, el deseo se convirtió en voluntad y la oscuridad comenzó a extenderse desde el cuchillo enterrado en el estómago de la reina. Trepó por su ropa y debajo de su piel y transformó todo lo que tocaba en piedra blanca y opaca. Astrid intentó abrir la boca, para hablar o gritar, pero antes de que ningún sonido pudiera escapar por sus dientes apretados, la piedra le llegó al pecho, a la

garganta, a sus labios descoloridos. Pasó por el estómago, bajó por las piernas y sobre las botas, antes de dar directo contra el suelo picado. Kell se quedó ahí, mirando a la estatua de Astrid Dane, con los ojos abiertos en *shock* congelados, con los labios en un gruñido permanente. Ahora se veía como el resto del patio.

Pero no era suficiente.

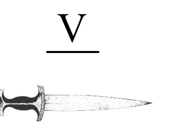
Por mucho que quisiera dejarla ahí en el jardín destruido con el cuerpo de su hermano, no podía. La magia, como todo, se desvanecía. Los hechizos podían romperse. Astrid podía ser libre otra vez, algún día. Y él no podía dejar que eso pasara.

Kell agarró uno de los hombros de piedra blanca. Sus dedos estaban ensangrentados, como el resto de su cuerpo, y la magia *antari* vino tan fácil como el aire.

—*As Steno* —dijo.

Se formaron grietas profundas en el rostro de la reina, fisuras serradas que le tallaban el cuerpo, y cuando los dedos de él hicieron más fuerza, la estatua de piedra de Astrid Dane se hizo añicos bajo su contacto.

V



Kell tembló y la extraña calma volvió a posarse sobre él.

Era más pesada esta vez. Yentonces alguien dijo su nombre, igual que lo había hecho momentos antes, y él levantó la vista para ver a Lila agarrándose el hombro mientras corría y al mismo tiempo rengueaba por las escaleras, llena de moretones y sangre pero viva. La máscara negra de Lila colgaba de los dedos sangrientos de Kell.

—¿Estás bien? —preguntó ella, al llegar hasta él.

—Mejor que nunca —respondió él, aunque le estaba tomando cada gota de fuerza enfocar sus ojos en los de ella, su mente en ella.

—¿Cómo supiste? —preguntó Lila, bajando la vista a los escombros de la reina—. ¿Cómo supiste que no era yo?

Kell se las ingenió para mostrar una sonrisa exhausta.

—Porque dijo «por favor».

Lila lo miró fijo, en *shock*.

—¿Es una broma?

Kell se encogió ligeramente de hombros. Le tomó mucho esfuerzo.

—Solo lo supe —dijo.

—Solo lo supiste —repitió en eco ella.

Kell asintió. Lila lo observó cuidadosamente y él se preguntó cómo se vería en ese momento.

—Te ves terrible —dijo ella—. Mejor te deshaces de esa roca.

Kell asintió.

—Podría ir contigo.

Kell negó con la cabeza.

—No. Por favor. No quiero que lo hagas. —Era una respuesta honesta.

No sabía lo que esperaba del otro lado, pero lo que fuera que fuese, lo enfrentaría solo.

—Bueno —dijo Lila y tragó saliva—, me quedaré aquí.

—¿Y qué harás? —preguntó él.

Lila se obligó a encogerse de hombros.

—Vi algunos lindos barcos en el muelle cuando estábamos corriendo para salvar nuestras vidas. Uno de ellos bastará.

—Lila…

—Estaré bien —dijo firmemente—. Ahora, apresúrate antes de que alguien se dé cuenta de que hemos matado a los monarcas.

Kell intentó reírse y algo se disparó a través de él, como dolor, pero más oscuro. Se dobló hacia adelante y se le nubló la vista.

—¿Kell? —Lila se arrodilló al lado de él—. ¿Qué pasa? ¿Qué está sucediendo?

«No», suplicó con su cuerpo. «No. Ahora no». Estaba tan cerca. Tan cerca. Todo lo que tenía que hacer era…

Otra ola de dolor lo dejó de rodillas.

—¡Kell! —ordenó Lila—. Háblame.

Él intentó responder, intentó decir algo, un sonido, pero su mandíbula cerrada se trabó, sus dientes bien apretados. Luchó contra la oscuridad, pero la oscuridad dio pelea. Y estaba ganando.

La voz de Lila se alejaba cada vez más.

—Kell… ¿puedes oírme? Quédate conmigo. Quédate conmigo.

«Deja de pelear», dijo una voz en su cabeza. «Ya has perdido».

«No», pensó Kell. «No, aún no». Se las ingenió para llevar los dedos al corte superficial que le cruzaba el estómago y comenzó a dibujar una marca sobre la piedra agrietada. Pero antes de que pudiera presionar la mano unida a la piedra contra esta, una fuerza lo estrelló hacia atrás contra el piso. La oscuridad se enroscó alrededor de él y lo arrastró hacia abajo. Luchó contra la magia, pero ya estaba dentro de él, circulando por sus venas. Intentó liberarse de su agarre, alejarla, pero era demasiado tarde.

Tomó una última bocanada de aire y luego la magia lo hundió.



Kell no se podía mover.

Sombras se entrelazaban alrededor de sus extremidades y resistían como piedra, dejándolo inmóvil. Cuanto más peleaba, más se ceñían, extrayendo lo que le quedaba de fuerza. La voz de Lila estaba lejos, muy lejos y luego ya no estuvo, y Kell se quedó en un mundo lleno solo de oscuridad.

Una oscuridad que estaba en todos lados.

Y luego, de alguna manera, no lo estaba. Se agrupó, enroscándose frente a él, fusionándose hasta que primero fue una sombra y luego un hombre. Tenía la forma de Kell, desde su altura y su cabello hasta su abrigo, pero cada centímetro de él era de la piedra negra restablecida, lisa y brillante.

—Hola, Kell —dijo la oscuridad, las palabras no eran ni en inglés ni en arnesiano ni en maktahn, sino en la lengua nativa de la magia. Y finalmente, Kell comprendió. Esto era *Vitari*. La cosa que había estado atrayéndolo, empujando para entrar, haciéndolo más fuerte al mismo tiempo que debilitaba su voluntad y se alimentaba de su vida.

—¿Dónde estamos? —preguntó, con la voz ronca.

—Estamos en ti —dijo *Vitari*—. Nos estamos *convirtiendo* en ti.

Kell luchó inútilmente contra las sogas de oscuridad.

—Sal de mi cuerpo —gruñó.

Vitari sonrió con su sonrisa negra sombría y dio un paso hacia Kell.

—Has luchado bien —admitió—, pero el tiempo de luchar se ha terminado. —Cerró la distancia y llevó una mano al pecho de Kell—. Fuiste hecho para mí, *antari* —dijo—. Un recipiente perfecto. Vestiré tu piel para siempre.

Kell se retorció bajo su contacto. Tenía que pelear. Había llegado tan lejos. No podía rendirse ahora.

—Es demasiado tarde —dijo *Vitari*—. Ya tengo tu corazón. —Con eso, las yemas de sus dedos presionaron hacia abajo y Kell lanzó un grito ahogado al meter *Vitari* la mano *adentro* de su pecho. Sintió que los dedos de *Vitari* se cerraban alrededor de su corazón palpitante, sintió cómo este se sacudía y la oscuridad se desparramaba sobre su pechera hecha trizas,

como si fuese sangre.

—Se ha terminado, Kell —dijo la magia—. Eres mío.



El cuerpo de Kell se sacudió en el piso. Lila tomó su rostro con las manos. Estaba ardiendo. Las venas en su garganta y en sus sienes se habían oscurecido hasta quedar negras y el esfuerzo se le notaba en las líneas de la mandíbula, pero no se movía, no abría los ojos.

—¡Lucha contra esto! —gritó cuando el cuerpo de él tuvo un espasmo —. Has llegado hasta aquí. No puedes simplemente *rendirte*.

La espalda de Kell se arqueó contra el piso y Lila le abrió la camisa de un tirón y vio que el negro se expandía sobre su corazón.

—Demonios —maldijo, intentando arrancarle la piedra de la mano.

Esta ni se movió.

—Si te mueres —gritó—, ¿qué hay de Rhy?

La espalda de Kell golpeó el suelo y él dejó escapar un suspiro agitado.

Lila había recuperado sus armas, ahora liberó su cuchillo y lo pesó en su mano. No quería tener que matarlo. Pero podría. Y no quería amputarle la mano, pero sin dudas lo haría.

Un quejido salió de entre los labios de Kell.

—No vayas a rendirte, maldita sea, Kell. ¿Me oyes?



El corazón de Kell titubeó y se salteó un latido.

—Lo pedí tan amablemente —dijo *Vitari,* con la mano aún enterrada en el pecho de Kell—. Te di la chance de rendirte. Tú me hiciste usar la fuerza.

Un calor se extendió por las extremidades de Kell, dejando un frío a su paso. Él escuchó la voz de Lila. Lejana y tan estirada que las palabras, un eco de un eco, apenas le llegaron. Pero escuchó un nombre. *Rhy*.

Si moría, también lo haría Rhy. No podía dejar de pelear.

—No voy a matarte, Kell. No exactamente.

Kell cerró los ojos con fuerza, la oscuridad se expandía sobre él.

—*¿No hay una palabra para esto?* —La voz de Lila hacía eco en su cabeza—. *¿Cuál es? Vamos, Kell. Di la maldita palabra.*

Kell se obligó a concentrarse. Por supuesto. Lila tenía razón. Había una palabra. *Vitari* era magia pura. Y toda magia estaba atada a reglas. A un orden. *Vitari* era creación, pero todo lo que podía ser creado también podía ser destruido. *Disipado*.

—*As Anasae* —dijo Kell. Sintió un destello de poder. Pero no pasó nada.

La mano libre de *Vitari* se cerró alrededor de su garganta.

—¿Realmente creíste que eso funcionaría? —se burló la magia con forma de Kell, pero había algo en su voz y en la forma en que se tensionó. *Miedo*. Podía funcionar. Funcionaría. Tenía que hacerlo.

Pero la magia *antari* era un pacto verbal. Nunca había podido invocarla solo con un pensamiento y aquí, en su cabeza, todo era pensamiento. Kell tenía que *decir* la palabra. Se concentró, buscando sus sentidos, cada vez más debilitados, hasta que pudo sentir su cuerpo, no como era aquí en esta ilusión, en este plano mental, sino como era en verdad, estirado sobre el suelo extremadamente frío del patio destruido, con Lila agachada sobre este. Sobre él. Se aferró a ese frío, enfocándose en la forma en que le presionaba la espalda. Luchó por sentir sus dedos, envueltos alrededor de la piedra con tanta fuerza que le dolían. Se concentró en su boca, bien cerrada de dolor, y la forzó a destrabarse. Forzó a sus labios a separarse.

A formar las palabras.

—*As An…*

Su corazón flaqueó cuando los dedos de *Vitari* se cerraron aún más alrededor de él.

—*No* —aulló la magia, el miedo ahora marcado retorcía la impaciencia en furia. Y Kell entendió ese miedo. *Vitari* no era un simple hechizo. Era la *fuente* del poder de la piedra. Disiparlo a él sería disipar al propio talismán. Todo se acabaría.

Kell luchó para aferrarse a su cuerpo. A sí mismo. Se obligó a aspirar aire a sus pulmones y a sacarlo por la boca.

—*As Anas…* —logró decir antes de que la mano de *Vitari* se moviera del

corazón a los pulmones, aplastándolos para quitarles el aire.

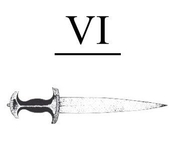
—No puedes —dijo la magia con desesperación—. Soy lo único que está manteniendo a tu hermano con vida.

Kell titubeó. No sabía si eso era verdad, si el lazo que había hecho con su hermano *podía* romperse. Pero sí sabía que Rhy nunca lo perdonaría por lo que había hecho y ni siquiera importaría, a menos que ambos lo lograran.

Kell invocó lo que le quedaba de fuerza y se concentró, no en *Vitari* intentando aplastar su vida ni en la oscuridad que se expandía sobre él, sino en la voz de Lila y en el suelo frío y en sus dedos doloridos y en sus labios sangrientos al formar la palabra.

—*As Anasae*.

VI



Por todo el Londres Rojo, cayeron cuerpos.

Hombres y mujeres que habían sido besados o tomados, atraídos o forzados, aquellos que habían dejado entrar a la magia y aquellos a los que se les había metido, todos ellos cayeron cuando la llama negra que tenían dentro se consumió y se apagó. Disipada.

En todos lados, la magia dejó un tendal de cuerpos.

En las calles, se tambalearon y colapsaron. Algunos se desmenuzaron en cenizas, completamente quemados, y algunos quedaron reducidos a cáscaras, vacíos por dentro, y unos pocos suertudos se desplomaron, faltos de aire y débiles, pero aún vivos.

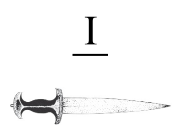
En el palacio, la magia vestida de Gen había llegado a los aposentos reales, su mano ennegrecida sobre la puerta, cuando la oscuridad murió y se lo llevó consigo.

Yen el santuario, lejos de los muros del castillo, sobre un catre pelado y a la luz de la vela en una pequeña habitación, el príncipe del Londres Rojo tiritó y luego yació quieto.

CATORCE

LA ÚLTIMA PUERTA

I



Kell abrió los ojos y vio estrellas.

Flotaban bien arriba sobre las paredes del castillo, nada más que espinas de luz blanca pálida en la distancia.

La piedra se deslizó afuera de sus dedos y golpeó el piso con un tintineo apagado. No había nada en ella ahora, ni zumbido, ni urgencia, ni promesas. Solo era un pedazo de roca.

Lila estaba diciendo algo y, por una vez, no sonaba enojada, no tan enojada como siempre, pero no podía oír por el martilleo de su corazón mientras llevaba una mano temblorosa al cuello de su camisa. Realmente no quería ver. No quería saber. Pero tiró del cuello hacia abajo de todas formas y miró la piel sobre su corazón, el lugar donde el sello había atado la vida de Rhy a la suya.

El entramado negro de la magia había desaparecido.

Pero la cicatriz no. El sello mismo aún estaba intacto. Lo que significaba que no había sido solamente atado a *Vitari*. Había sido amarrado a *él*.

Kell dejó salir un sollozo de alivio.

Y finalmente, el mundo alrededor de él volvió a estar en foco. El frío patio de piedra y el cadáver de Athos y las esquirlas de Astrid, y Lila, con los brazos alrededor de sus hombros por un instante, solo un instante, idos antes de que él pudiese apreciar su presencia.

—¿Me extrañaste? —susurró Kell, con la garganta irritada.

—Seguro —dijo ella, con los ojos rojos. Tocó el talismán con la punta de la bota—. ¿Está muerta? —preguntó.

—No puedes matar a la magia —dijo Kell, poniéndose lentamente de pie —, solo disiparla. Pero se ha ido.

Lila se mordió el labio.

—¿Aún tienes que regresarla?

Kell observó la piedra vacía y asintió lentamente.

—Para estar seguro —dijo. Pero quizás, ahora que finalmente se había librado de su agarre, no tenía que ser él quien se fuera con ella. Kell escaneó el patio hasta que vio el cuerpo de Holland. Durante la pelea, el *antari* había caído del banco de piedra y ahora yacía estirado sobre el piso, y la capa empapada de sangre era el único signo de que Holland no estaba simplemente durmiendo.

Kell se paró derecho, cada centímetro de él protestó, y fue al lado de Holland. Se arrodilló y tomó una de las manos del *antari* en la suya. La piel de Holland estaba fría, el pulso en su muñeca era débil y se debilitaba cada vez más, su corazón arrastrándose en los latidos finales. Pero aún estaba vivo.

«Es realmente difícil matar a un *antari*», había dicho una vez. Aparentemente tenía razón.

Kell sintió que Lila rondaba detrás de él. No sabía si esto iba a funcionar, si un *antari* podía comandar por otro, pero presionó los dedos en la herida en el pecho de Holland y dibujó una sola línea en el piso al lado del cuerpo. Y luego tocó la piedra vacía con la sangre y la apoyó en la línea, para luego llevar la mano de Holland a descansar sobre ella.

—Paz —dijo suavemente, una palabra de despedida para un hombre roto. Y luego presionó la mano de Holland con la suya y dijo—: *As Travars*.

El suelo debajo del *antari* cedió, doblándose en una sombra. Kell se apartó cuando la oscuridad y lo que fuera que yacía debajo se tragaron el cuerpo de Holland y la piedra, dejando atrás solo un piso manchado de sangre.

Kell se quedó mirando la tierra manchada, reticente a creer que realmente había funcionado. Que se había salvado. Que estaba vivo. Que podía irse a *casa*.

Se tambaleó y Lila lo agarró.

—Quédate conmigo —dijo ella.

Kell asintió, mareado. La piedra había enmascarado el dolor, pero en su

ausencia, se le nublaba la vista del sufrimiento. Las heridas de Rhy se apilaban sobre las suyas y cuando intentó morderse el labio para evitar un quejido, sintió gusto a sangre.

—Tenemos que irnos —dijo Kell. Ahora que la ciudad estaba falta de un gobernante (o dos), la lucha recomenzaría. Alguien subiría sangrientamente al trono. Como siempre hacían.

—Vayamos a casa —dijo Lila. Kell sintió que una oleada de alivio lo recorría, antes de que la dura realidad lo alcanzara.

—Lila —dijo, tensionándose—. No sé si puedo llevarte conmigo. —La piedra había garantizado su pasaje por los mundos, había hecho una puerta para ella donde no debería haber ninguna. Sin el talismán, las chances de que el mundo la dejara pasar…

Lila pareció entender. Miró alrededor y se abrazó a sí misma. Estaba llena de moretones y sangre. ¿Cuánto tiempo podría durar aquí sola? Aunque era Lila. Probablemente sobreviviría a cualquier cosa.

—Bueno —dijo ella—. Podemos intentarlo.

Kell tragó saliva.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —agregó, mientras se abrían camino hacia la pared del patio—. ¿Que sea arrastrada en cientos de pedacitos a un lugar entre mundos? —Lo dijo con una sonrisa burlona, pero él podía ver el miedo en sus ojos—. Estoy preparada para quedarme. Pero quiero intentar irme.

—Si no funciona…

—Entonces encontraré mi camino —dijo Lila.

Kell asintió con la cabeza y la guio hacia la pared del patio. Hizo una marca sobre las piedras blancas y sacó una moneda del Londres Rojo del bolsillo. Y luego tomó a Lila para que se acercara, la envolvió con su cuerpo roto e inclinó la cabeza contra la de ella.

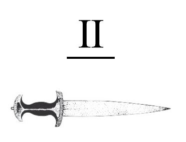
—Ey, Lila —dijo suavemente al espacio entre ellos.

—¿Sí?

Presionó la boca contra la de ella por un breve instante, la calidez apareció y desapareció. Ella lo miró con el entrecejo fruncido, pero no se apartó.

—¿Para qué fue eso?
—Para la suerte —dijo él—, no es que la necesites.
Y luego presionó la mano contra la pared y pensó en casa.

II



El Londres Rojo cobró forma alrededor de Kell, en la noche profunda. Olía a tierra y fuego, a flores y té especiado y, debajo de todo eso, a casa. Kell nunca había estado tan feliz de regresar. Pero su corazón se estrujó al darse cuenta de que tenía los brazos vacíos.

Lila no estaba con él.

No había logrado regresar.

Kell tragó saliva y bajó la vista al souvenir en su mano ensangrentada. Y luego lo arrojó con tanta fuerza como pudo. Cerró los ojos y respiró hondo, en un intento por tranquilizarse.

Yentonces escuchó una voz. La de ella.

—Nunca pensé que estaría tan contenta de oler flores.

Kell parpadeó y se dio vuelta para ver a Lila ahí parada. Viva y en una sola pieza.

—No es posible —dijo.

La comisura de la boca de Lila se curvó.

—También me alegro de verte.

Kell arrojó los brazos alrededor de ella. Ypor un segundo, solo un segundo, ella no lo apartó, no amenazó con apuñalarlo. Por un segundo, solo un segundo, ella le devolvió el abrazo.

—¿Qué eres? —preguntó él, sorprendido.

Lila solo se encogió de hombros.

—Terca.

Se quedaron ahí parados un momento, apoyados uno en el otro, uno sosteniendo al otro de pie, aunque ninguno estaba seguro de quién necesitaba más el sostén. Ambos tan solo sabían que estaban felices de

estar aquí, de estar vivos.

Y luego él escuchó el sonido de botas y espadas y vio destellos de luz.

—Creo que estamos bajo ataque —susurró Lila hacia el cuello del abrigo de Kell.

El *antari* levantó la cabeza del hombro de ella para ver a una docena de miembros de la guardia real rodeándolos, con las espadas listas. A través de sus cascos, sus ojos lo miraban con miedo y furia. Pudo sentir que Lila se tensionaba contra él, sentir sus ansias por buscar una pistola o un cuchillo.

—No pelees —susurró al deslizar los brazos lentamente desde su espalda. Tomó la mano de Lila y se giró hacia los hombres que cuidaban de su familia—. Nos rendimos.



Los guardias forzaron a Kell y a Lila a ponerse de rodillas ante el rey y la reina, y los sostuvieron ahí a pesar de las injurias murmuradas por Lila. Tenían las muñecas atadas con metal detrás de ellos, como Kell había estado más temprano esa noche en la habitación de Rhy. ¿Realmente habían sido solo horas atrás? Le pesaban a Kell como años.

—Déjennos —ordenó el rey Maxim.

—Señor —protestó uno de los guardias reales, su mirada se disparó hacia Kell—. No es seguro que…

—*Dije que se fueran* —estalló.

El guardia se retiró, dejando solo a Kell y Lila de rodillas en un salón de baile vacío y el rey y la reina cernidos sobre ellos. Los ojos del rey Maxim estaban febriles y tenía la piel enrojecida por la furia. A su lado, la reina Emira lucía sepulcralmente pálida.

—¿Qué has hecho? —exigió el rey.

Kell se estremeció, pero les contó la verdad. Sobre el amuleto de posesión de Astrid y el plan de los mellizos Dane, pero también sobre la piedra y la forma en que había terminado con ella (y el hábito que le precedió). Les dijo sobre su descubrimiento y sobre su intento de regresarla al único lugar donde sería seguro. Y el rey y la reina escucharon, no tanto

con desconfianza como con horror. Con cada explicación, el rey se tornaba más rojo y la reina más pálida.

—La piedra ha desaparecido ahora —concluyó Kell— y con ella, la magia.

El rey estrelló un puño contra la baranda.

—Los Dane pagarán por lo que han…

—Los Dane están muertos —dijo Kell—. Yo mismo los maté.

Lila se aclaró la garganta.

Kell revoleó los ojos.

—Con la ayuda de Lila.

El rey pareció notar a Lila por primera vez.

—¿Quién eres? ¿Qué locura has agregado a estas conspiraciones?

—Me llamo Delilah Bard —replicó ella—. Ya nos conocemos, nos vimos más temprano esta tarde. Cuando estaba intentando salvar su ciudad y ustedes estaban parados ahí, con los ojos en blanco bajo algún tipo de hechizo.

—*Lila* —espetó Kell, horrorizado.

—Su ciudad aún está de pie en gran parte gracias a mí.

—¿*Nuestra* ciudad? —cuestionó la reina—. ¿No eres de aquí, entonces?

Kell se tensionó. Lila abrió la boca, pero antes de que pudiera responder, él dijo:

—No. Ella es de muy lejos.

El rey arrugó la frente.

—¿Cuán *lejos* es muy lejos?

Y antes de que Kell pudiera responder, Lila tiró los hombros hacia atrás.

—Mi barco atracó hace unos días —anunció—. Vine a Londres porque escuché que las fiestas de su hijo eran imperdibles y porque tenía unos negocios con una comerciante llamada Calla en el mercado al lado del río. Kell y yo nos hemos cruzado una o dos veces y cuando me quedó claro que necesitaba ayuda, se la di. —Kell la miró fijo. Lila levantó una sola ceja en respuesta y agregó—: Él me prometió una recompensa, obviamente.

El rey y la reina también miraron fijo a Lila, como tratando de decidir qué parte de la historia sonaba *menos* creíble (o el hecho de que fuera dueña de

un barco o el hecho de que una extranjera hablara en un perfecto inglés), pero finalmente la compostura de la reina se quebró.

—¿Dónde está nuestro *hijo*? —suplicó. La forma en que lo dijo, como si solo tuviera uno, hizo que Kell se estremeciera.

—¿Está Rhy vivo? —exigió el rey.

—Gracias a Kell —intervino Lila—. Hemos pasado el último día intentando salvar su reino y ustedes ni siquiera….

—Está vivo —dijo Kell, interrumpiéndola—. Y vivirá —agregó, sosteniéndole la mirada al rey— mientras yo viva. —Había un ligero desafío en la oración.

—¿Qué quieres decir?

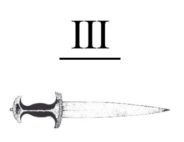
—Señor —dijo Kell, rompiendo el contacto visual—. Solo hice lo que tenía que hacer. Si hubiese podido darle mi vida, se la hubiese dado. En vez de eso, solo pude compartirla. —Se retorció contra sus ataduras para que el borde de la cicatriz quedara visible debajo del cuello de su camisa. La reina lanzó un grito silencioso. El rostro del rey se oscureció.

—¿Dónde está, Kell? —preguntó el rey, con voz más suave.

Los hombros de Kell se aflojaron, el peso abandonándolos.

—Suéltennos —dijo— y lo traeré a casa.

III



—Adelante.

Kell nunca había estado tan contento de escuchar la voz de su hermano. Abrió la puerta y entró en la habitación de Rhy, tratando de no recordar en qué condiciones había estado cuando la dejó la última vez, con el piso manchado con la sangre del príncipe.

Habían pasado tres días desde esa noche, y todos los signos de caos habían sido borrados desde entonces. El balcón había sido reparado; la sangre había sido removida de las incrustaciones de la madera, ahora pulida; los muebles y las telas, hechos a nuevo.

Ahora Rhy estaba recostado en su cama. Tenía ojeras, pero se veía más aburrido que enfermo, y eso era todo un progreso. Los sanadores lo habían tratado lo mejor que pudieron (también habían tratado a Kell y a Lila), pero el príncipe no estaba curándose tan rápido como debería. Kell sabía por qué, por supuesto. Rhy no había sido simplemente herido, como les habían dicho. Había estado *muerto*.

Dos asistentes estaban parados al lado de una mesa y había un guardia sentado en una silla junto a la puerta, y los tres observaron cómo Kell entraba. Parte del malhumor de Rhy venía del hecho de que el guardia no era ni Parrish ni Gen. Ambos habían sido hallados muertos —uno por una espada y el otro por la fiebre negra, como rápidamente fue llamada, que se había propagado por la ciudad—, un hecho que preocupaba a Rhy tanto como su propia condición.

Los asistentes y el guardia observaron a Kell con nueva cautela, mientras este se acercaba a la cama del príncipe.

—No dejan que me levante los bastardos —refunfuñó Rhy, mirándolos

con furia—. Si no puedo irme —les dijo—, entonces sean tan amables de irse ustedes. —El peso de las pérdidas y la culpa, emparejados con la molestia de las heridas y el confinamiento, habían puesto a Rhy de un humor espantoso—. Adelante —agregó cuando sus sirvientes se levantaron—, hagan guardia afuera. Háganme sentir más prisionero de lo que ya me siento.

Cuando se hubieron ido, Rhy suspiró y se dejó caer hacia atrás contra las almohadas.

—Solo quieren ayudarte —dijo Kell.

—Quizá no sería tan malo —respondió— si fueran más lindos a la vista. —Pero la burla infantil sonó extrañamente vacía. Sus ojos encontraron los de Kell y su mirada se oscureció—. Cuéntamelo todo —dijo—, pero empieza por esto. —Se tocó el lugar sobre el corazón donde llevaba una cicatriz igual a la de Kell—. ¿Qué estupidez has hecho, hermano mío?

Kell bajó la vista a las sábanas de color rojo intenso de la cama y se apartó la camisa para mostrar la cicatriz en espejo.

—Solo hice lo que tú hubieras hecho si hubieses estado en mi lugar.

Rhy frunció el entrecejo.

—Te quiero, Kell, pero no tenía ningún interés en tener tatuajes iguales.

Kell sonrió con tristeza.

—Te estabas muriendo, Rhy. Te salvé la vida.

No podía terminar de convencerse de decirle toda la verdad a Rhy: que la piedra no solo le había salvado la vida, sino que la había recuperado.

—¿Cómo? —exigió el príncipe—. ¿A qué costo?

—Uno que pagué —dijo Kell—. Y volvería a pagar.

—*¡Contéstame sin rodeos!*

—Amarré tu vida a la mía —dijo Kell—. Mientras yo viva, también tú.

Los ojos de Rhy se abrieron de par en par.

—¿Que hiciste qué? —susurró horrorizado—. Debería salir de esta cama y retorcerte el cuello.

—Yo no lo haría —aconsejó Kell—. Tu dolor es mío y el mío es tuyo.

Las manos de Rhy se cerraron en puños.

—¿Cómo pudiste? —dijo, y a Kell le preocupó que el príncipe estuviera

resentido por estar atado a él. En vez de eso, Rhy agregó—: ¿Cómo pudiste cargar ese peso?

—Es lo que es, Rhy. No puede ser deshecho. Así que, por favor, siéntete agradecido y termina con esto.

—¿Cómo podría? —dijo con fastidio, ya cambiando a un tono más juguetón—. Está tallado en mi pecho.

—A las amantes les gustan los hombres con cicatrices —dijo Kell, que sonrió—, o eso escuché.

Rhy suspiró e inclinó la cabeza hacia atrás, y los dos se quedaron en silencio. Al principio, era un silencio cómodo, luego comenzó a espesarse y justo cuando Kell estaba a punto de quebrarlo, Rhy lo hizo primero.

—¿Qué he hecho? —susurró, sus ojos ámbar apuntados al techo de gasa—. ¿Qué he hecho, Kell? —Giró la cabeza para poder ver a su hermano—. Holland me trajo ese collar. Me dijo que era un regalo y le creí. Dijo que era de este Londres y le creí.

—Cometiste un error, Rhy. Todo el mundo los comete. Incluso los príncipes. Yo he cometido muchos. Es solo justo que tú cometas uno.

—Debería haberlo sabido. Lo sabía —agregó, con la voz quebrada.

Intentó sentarse y se estremeció de dolor. Kell lo urgió a recostarse.

—¿Por qué lo tomaste? —preguntó cuando el príncipe estuvo acostado.

Por una vez, Rhy no lo miró a los ojos.

—Holland me dijo que me daría fuerza.

Kell arrugó la frente.

—Tú ya eres fuerte.

—No como tú. Quiero decir, sé que nunca seré como tú. Pero no tengo habilidad con la magia y me hace sentir débil. Un día seré rey. Quería ser un rey fuerte.

—La magia no hace fuerte a la gente. Rhy. Confía en mí. Y tienes algo mejor. Tienes el amor de la gente.

—Es fácil ser querido. Yo quiero ser respetado y pensé… —La voz de Rhy era apenas un susurro—. Tomé el collar. Todo lo que importa es que lo tomé. —Comenzaron a escapársele las lágrimas, que caían sobre sus rulos negros—. Y pude haber arruinado todo. Pude haber perdido la corona antes

de siquiera usarla. Pude haber condenado a mi ciudad a la guerra o al caos o al colapso.

—Qué hijos tienen nuestros padres —dijo Kell con suavidad—. Entre los dos, haremos pedazos este mundo entero.

Rhy dejó escapar un sonido sofocado, mezcla de risa y llanto.

—¿Nos perdonarán alguna vez?

Kell mostró una sonrisa.

—Ya no estoy encadenado. Eso habla de progreso.

El rey y la reina habían enviado el mensaje por toda la ciudad, a través de guardias y las tablas de adivinación, de que Kell era inocente de todos los cargos. Pero en las calles, los ojos aún se quedaban sobre él, cautela y miedo y suspicacia se entrelazaban con la reverencia. Quizá cuando Rhy estuviera bien otra vez y pudiera hablarle a su pueblo directamente, la gente creería que él estaba bien y que Kell no había tenido la culpa de la oscuridad que había caído sobre el palacio esa noche. Quizá, pero Kell dudaba de que alguna vez fuera tan sencillo como había sido antes.

—Quería decirte —dijo Rhy—, Tieren vino a visitarme. Trajo algunos…

Fue interrumpido por un golpe a la puerta. Antes de que Rhy o Kell pudieran contestar, Lila entró como un huracán en la habitación. Estaba usando su abrigo nuevo —con parches cosidos sobre los lugares donde había sido desgarrado por bala, espada y piedra—, pero al menos se había dado un baño y un broche dorado le sostenía el pelo para que no le cayera sobre los ojos. Aún se veía como un pollito hambriento, pero estaba limpia y alimentada y curada.

—No me gusta la forma en que los guardias me miran —habló, antes de levantar la vista y ver los ojos dorados del príncipe sobre ella—. Lo siento —agregó—, no era mi intención entrometerme.

—Entonces, ¿cuál era tu intención? —desafió Kell.

Rhy levantó una mano.

—Definitivamente no estás entrometiéndote —dijo, empujándose contra la cama para estar más alto—. Aunque me temo que no me encuentras en las mejores condiciones ni en mi usual gracia. ¿Tú nombre?

—Delilah Bard —respondió ella—. Ya nos habíamos conocido. Y te

veías mucho peor.

Rhy se rio silenciosamente.

—Me disculpo por cualquier cosa que pude haber hecho. No era yo.

—Me disculpo por dispararte en la pierna —dijo Lila—. Sí era yo, por completo.

Rhy sonrió su sonrisa perfecta.

—Me gusta esta chica —le dijo a Kell—. ¿La puedo tomar prestada?

—Lo puedes intentar —replicó Lila, con una ceja levantada—, pero serás un príncipe sin dedos.

Kell hizo una mueca, pero solo Rhy se rio. La risa rápidamente se disolvió a un gesto de dolor, y Kell se acercó para calmar a su hermano, incluso cuando el dolor hizo eco en su propio pecho.

—Deja el flirteo para cuando estés bien —dijo.

Kell se puso de pie y comenzó a acompañar a Lila afuera.

—¿Te veré de nuevo, Delilah Bard? —la llamó el príncipe.

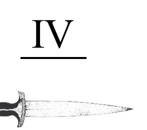
—Quizá nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

La sonrisa de Rhy se torció.

—Si de mí depende, entonces lo harán.

Kell revoleó los ojos, pero pensó haber atrapado a Lila sonrojándose mientras la guiaba hacia afuera y cerraba la puerta, dejando al príncipe para que descanse.

IV



—Podría intentar llevarte de regreso —estaba diciendo Kell— a tu Londres.

Lila y él estaban caminado sobre la orilla del río, más allá del mercado vespertino —donde los ojos de la gente aún se fijaban sobre ellos con demasiado peso y por demasiado tiempo— hacia los muelles. El sol se estaba hundiendo detrás de ellos y proyectaba frente a ambos largas sombras como caminos.

Lila negó con la cabeza y sacó el reloj de plata de su bolsillo.

—No hay nada para mí allí —dijo, abriendo y cerrando el reloj—, ya no.

—Tampoco perteneces aquí —dijo él con simpleza.

Ella se encogió de hombros.

—Encontraré mi camino. —Yentonces levantó el mentón y lo miró a los ojos—. ¿Ytú?

Él sintió una leve punzada en la cicatriz sobre su corazón, un dolor fantasma, y se frotó el hombro.

—Lo intentaré. —Metió una mano en el bolsillo de su abrigo (el negro con botones plateados) y sacó un pequeño paquete—. Te compré algo.

Se lo entregó y observó a Lila, que deshizo las envolturas de la caja y luego quitó la tapa. Esta le cayó abierta en la mano, revelando una pequeña tabla de adivinación y un puñado de elementos.

—Para que practiques —dijo—. Tieren dice que tienes algo de magia. Mejor la encuentras.

Hicieron una pausa en un banco y él le mostró cómo funcionaba, y ella lo regañó por presumir y luego guardó la caja y le agradeció. Parecía una frase difícil de decir para ella, pero se las arregló. Se pusieron de pie, ninguno de los dos tenía ganas de apartarse aún, y Kell bajó la vista hacia

Delilah Bard, una maleante y una ladrona, una compañera valiente y una chica extraña y aterradora.

La vería de nuevo. Sabía que sí. La magia curvaba el mundo. Le daba forma. Había puntos fijos. La mayoría del tiempo, esos puntos eran lugares. Pero a veces, casi nunca, eran personas. Para alguien que nunca se estaba quieto, Lila aun así se sentía como un clavo en el mundo de Kell. Uno en el que él seguramente se engancharía.

No sabía qué decir, así que simplemente dijo:

—Mantente alejada de los problemas.

Ella le lanzó una sonrisa que decía que no lo haría, por supuesto.

Y entonces se levantó el cuello del abrigo, se metió las manos en los bolsillos y se fue caminando.

Kell la observó irse.

Ella nunca miró hacia atrás.



Delilah Bard finalmente era libre.

Pensó en el mapa que dejó atrás en Londres —el Londres Gris, su Londres, el viejo Londres—, el pergamino que había dejado en la estrecha habitación en la cima de las escaleras de Tiro de Piedra. El mapa a dondequiera. ¿No era ahí donde estaba ahora?

Sintió que los huesos le cantaban con la promesa de eso.

Tieren había dicho que había algo en ella. Algo desatendido. No sabía qué forma cobraría ahora, pero estaba entusiasmada por averiguarlo. Ya sea que fuera el tipo de magia que corría por Kell o algo diferente, algo nuevo, Lila sabía una cosa.

El mundo era suyo.

Los *mundos* eran suyos.

Y los iba a tomar a todos.

Sus ojos vagaron por los barcos en el extremo lejano del río, sus costados brillantes y sus largos mástiles tallados y lo suficientemente afilados para pinchar las nubes bajas. Banderas y velas flameaban con la

brisa, rojas y doradas pero también verdes y púrpuras y azules.

Botes con los estandartes reales y barcos sin ellos. Barcos de otras tierras venidas de otros mares, de lejos y cerca, a lo ancho y a lo largo.

Yahí, metido entre ellos, vio un barco oscuro y presuntuoso, con costados pulidos y un estandarte plateado y velas del color de la noche, de un negro que sugería azul cuando atrapaba la luz de cierta forma.

«Ese», pensó Lila con una sonrisa.

«Ese servirá».

AGRADECIMIENTOS

Pensamos en los autores como criaturas solitarias encorvadas sobre su trabajo en habitaciones estrechas, pero vacías, y aunque es cierto que la escritura es una actividad que mayormente se hace en solitario, un libro es el resultado no de una mente o un par de manos, sino de muchas. Agradecer a cada alma sería imposible, pero hay algunas que *no puedo* dejar de mencionar. Son tan responsables de este libro como yo.

A mi editora, Miriam, mi cómplice en el crimen, por amar a Kell y a Lila y a Rhy tanto como yo y por ayudarme a construir la base de esta serie con sangre, sombras y elegantes ropajes. Un gran editor no tiene todas las respuestas, pero hace las preguntas correctas, y tú realmente eres una gran editora.

A mi agente, Holly, por ser una maravillosa defensora de esta extraña y pequeña fantasía, incluso cuando la presenté como una historia de *piratas, ladrones, reyes sádicos y cosas mágicas violentas*. Y a mi agente cinematográfico, Jon, por igualar la pasión de Holly a cada paso. Nadie podría pedir mejores defensores.

A mi madre, por vagar por las calles de Londres conmigo en los zapatos de Kell, y a mi padre, por tomarme en serio cuando dije que estaba escribiendo un libro sobre ladrones travestidos y hombres mágicos con fabulosos abrigos. De hecho, a ambos, por no burlarse nunca cuando dije que quería ser escritora.

A Lady Hawkins, por deambular conmigo por las calles de Edimburgo, y a Edimburgo por su naturaleza mágica. Mis huesos le pertenecen.

A Patricia, por conocer este libro tanto como yo y por sus ojos siempre dispuestos y hábiles, sin importar cuánto trabajo les falte a las páginas.

A Carla y Courtney, por ser las mejores animadoras —y las mejores *amigas*— que una autora neurótica y adicta a la cafeína podría pedir.

A la comunidad creativa de Nashville —Ruta, David, Lauren, Sarah, Sharon, Rae Ann, Dawn, Paige y tantos otros—, que me recibió con amor y encanto y margaritas.

A Tor y a Irene Gallo, Will Staelhe, Leah Withers, Becky Yeager, Heather Saunders y todos los que me han ayudado a dejar este libro listo para el mundo.

Y a mis lectores, tanto los fieles seguidores como los nuevos, porque sin ustedes solo sería una chica hablando sola en público.

Esto es para ustedes.